

TODOLÓGIA

JOSÉ VASCONCELOS

ca Vasconcelos

Biblioteca José Vasconcelos 17

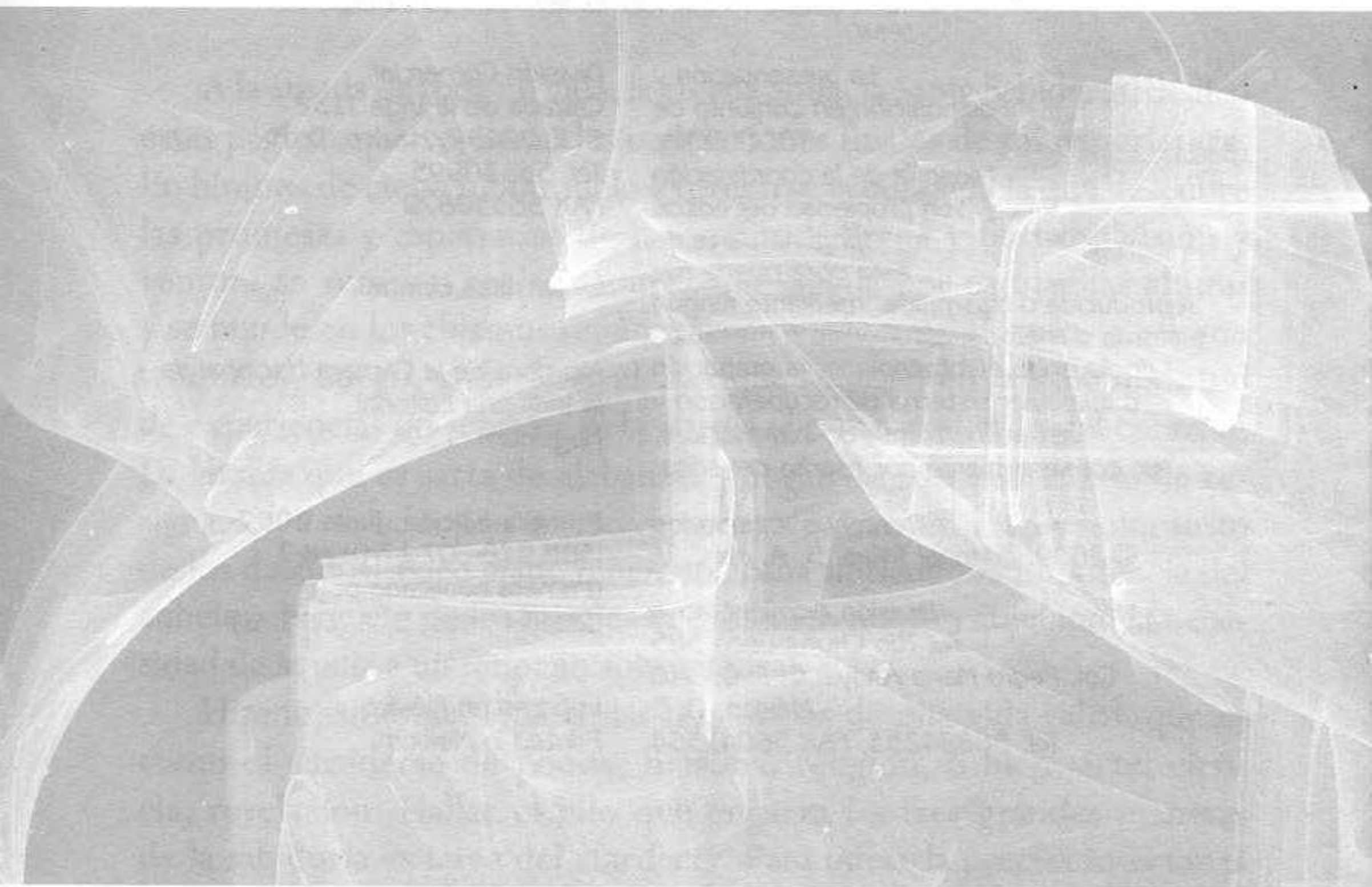
trillas 

TODOLOGÍA



TODOLOGÍA

JOSÉ VASCONCELOS



Biblioteca José Vasconcelos

17

**EDITORIAL
TRILLAS**

México, Argentina, España,
Colombia, Puerto Rico, Venezuela



Catalogación en la fuente

Vasconcelos Calderón, José

Todología : filosofía de la coordinación. --

México : Trillas, 2009. -- (Biblioteca José Vasconcelos)

254 pp. ; 23 cm.

ISBN 978-607-17-0178-7

1. Filosofía. I. Vasconcelos, José, 1881-1959

II. t. III. Ser.

D- 101'V136t

LC- B1019'V3.8

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON
FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES. PROHIBIDA SU VENTA O
REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE
INFRINJA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES
PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 369 TER Y DEMÁS
APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN
MATERIA COMÚN Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA
FEDERAL.

La presentación y
disposición en conjunto de
TODOLOGÍA.

Filosofía de la coordinación
son propiedad del editor.

Ninguna parte de
esta obra puede ser
reproducida o transmitida, mediante ningún
sistema o método, electrónico o mecánico
(incluyendo el fotocopiado, la grabación
o cualquier sistema de recuperación y
almacenamiento de información),
sin consentimiento por escrito del editor

Derechos reservados
© 2009, Editorial Trillas, S. A. de C. V.

División Administrativa
Av. Río Churubusco 385
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340
México, D. F.
Tel. 56884233, FAX 56041364

División Comercial
Calzada de la Viga 1132
C. P. 09439, México, D. F.
Tel. 56330995
FAX 56330870

www.trillas.com.mx

Miembro de la Cámara Nacional de
la Industria Editorial
Reg. núm. 158

Primera edición, junio 2009
ISBN 978-607-17-0178-7
(Primera publicada por
Editorial Trillas, S. A. de C. V.)

Impreso en México
Printed in Mexico

PRÓLOGO

A la amada de toda mi vida, la eterna Sofía, la Santa Sabiduría, dedico estas páginas que registran las conclusiones finales de mi experiencia. En himnos de ciego júbilo suele expresarse la conciencia que descubre las promesas y esperanzas de la juventud. Brega y fracaso, pasión y ventura se suceden en la madurez que pugna por escalar las alturas y se hunde en los abismos según *scherzos* y *adagios* dolorosos o *allegros* triunfales. Luego, al declinar el afán que se gastó en la vana multitud de experiencias sin sentido, es la letanía el canto preferido del corazón. La letanía que es sarta de alabanzas y rogativas sobre un fondo de resignación desolada: ¡Dolor con esperanza! ¡Consumación y holocausto de los destinos! Poco afanó quien no acaba sintiendo la impotencia del anhelo, el engaño de los mirajes que distraen nuestra atención, la necesidad de acudir a un empeño sobrenatural.

Himno, sinfonía, letanía: las tres etapas de una vida cabal, que es como el sucederse de poesía, filosofía, religión, o bien, arte, ciencia, revelación. Hallar el hilo que engarza las tres grandes maneras de la sabiduría es tarea del atardecer. Para iniciarla precisa insertar el mensaje de cada época en los textos interminables de la sabiduría. La contribución más señalada de nuestra época es el conjunto de noticias que derivamos de la ciencia positiva experimental. El estado a que ha llegado dicha ciencia no sólo permite sino que obliga al intento de ligar sus apreciaciones, primero a la filosofía, después al saber supremo que es la Revelación. Mostrar caminos que conducen de esta suerte a

la armonía del saber total es el propósito de la presente obra. Un ensayo incompleto, pero útil quizás para quienes sean capaces de aciertos mayores. Por lo pronto, con humildad sencilla reconocemos que nuestro esfuerzo, consumado a lo largo de una vida que ya va siendo larga, no nos satisface del todo. El asunto supera nuestra capacidad. Prueba de ello es que hasta el nombre que finalmente he dado al libro ha sido para mí motivo de incertidumbre y de preocupación. Teología no podía ser porque carezco de los más elementales conocimientos de ciencia tan alta que parece circunscrita al problema de Dios exclusivamente y, por lo mismo, se halla reservada a los atisbos de los santos más bien que a la investigación de pensadores mundanos. *Teodicea*, pensé bautizar esta obra, pero enseguida hube de reflexionar que no es por la sola razón como se abordan los problemas aquí estudiados. ¿Razón nada más, cuando precisamente postulamos un método que pretende superar el discurso complementándolo con la imagen y la revelación? Evidentemente que no. Más bien se trata de un experiencialismo vivo al cual concurren cada uno en su función: los datos de los sentidos, los arreglos de la razón, los propósitos de la voluntad. Todo en armonía que engendre amor. Ambición de concertar todos los recursos de que dispone la conciencia para relacionarse con el mundo y ahondar dentro de sí misma, y finalmente para acudir al encuentro de Dios; tal es el afán de una filosofía que he venido denominando “estética”, entendiendo por *estética* un arte de composición y de coordinación de valores cognoscitivos. En ella encontramos la síntesis del saber que dan los sentidos, la sensibilidad, y lo que enseñan el logos y la voluntad, la armonía y el amor, expresado este último conforme a la ciencia de la Revelación, la teología. En suma, un todo que abarca la creación entera y encima de ella, en ejercicio inefable, la Trinidad Divina. Dejando a ésta fuera en su misterio augusto, pretendemos sin embargo relacionar con Ella cuanto existe, designado con la palabra sin pretensiones de *todología*.

Cronológicamente, y también por natural secuencia, es este volumen el término de una escala que comienza en mi *Pitágoras* (1916), se continúa en la *Metafísica* (1929) y la *Ética* (1931); adopta configuración en la *Estética* (1935) y descubre su método en la *Lógica orgánica* (1945). El proceso de toda la obra se aclara en el presente volumen según los capítulos dedicados a lo que he llamado *método de la coordi-*

nación. La verdad es concebida en ellos como un acorde musical más bien que como un acuerdo lógico; por eso se afirma que pensar es coordinar. Sin embargo, la doctrina que resulta de tal método es la misma que he venido llamando "filosofía estética", pero el tema de ésta es la realidad viva según el orden que nos dan, primero, los sentidos y la razón, después la imagen y la revelación; todo en clara jerarquía armoniosa.

Se confirman y aclaran en este libro ideas que vengo apuntando desde la publicación de mi *Estética* y el *Realismo estético*, la *Lógica orgánica*. El problema de la unificación de los heterogéneos ocupa sitio central y da origen a la teoría del conocimiento como coordinación. Al mismo tiempo desarrollo la doctrina que se deriva de los procesos naturales que contemplan nuestros ojos de modernos. En ellos el pensamiento va desde el logos tradicional hasta la armonía que conduce al Eros del Evangelio. El ritmo, la melodía y la armonía son estudiados como los modos propios del conocimiento en acción. A su vez constituyen estos elementos algo equivalente a un *a priori* particular de la sensibilidad que señala el camino del ingreso del pensamiento a las normas de la armonía. Después de un recorrido por las principales disciplinas de la ciencia contemporánea, me aventuro por los reinos de la teología sin otra intención que la de comprobar que la experiencia moderna desemboca de modo natural no sólo en la ética, sino también en la cosmología y la escatología del Evangelio.

El ordenamiento de los capítulos quizá no es muy riguroso porque la inmensidad del tema nos lleva a menudo por zonas distintas, aparentemente inconexas. Confío, sin embargo, en que se puede abarcar mucho sin que se nos pierda la visión de simultaneidad que lo contiene todo. La mera sucesión dispersa el fenómeno en la temporalidad. Lo real ocurre al contrario, según relación de coexistencia en la que cada cosa puede ser concebida como porción de un todo en que la movilidad es asunto de posición más bien que de fondo y de meta. En el conjunto cada sucesión de hechos es melodía que se acompaña de armónicos que complementan su arquitectura, igual que en la música las voces se desenvuelven libres, sin embargo, condicionadas a las exigencias del concierto. Siempre que contemplamos la creación según sentido de simultaneidad, el presente encierra en sí los pasados y los futuros, reduciendo a su unidad todas las dimensiones. Cada potencia se cumple

cuando alcanza su meta y cada meta consiste en llevarnos a participar de la armonía que nos conduce al fin de los fines. Claro que este último fin no es otro que Dios. Hay para cada ser un instante de plenitud que no necesita de mejoría y se detiene. Quizá en algún momento del tiempo el conjunto de las actividades cósmicas hallará su objetivo y entonces quedará suspenso el acontecer. Se acabará entonces el tiempo, que al fin y al cabo no es otra cosa que modalidad de los procesos divinos. Todos ellos parecen estar animados de un afán que brega por ingresar en la Eternidad. Ésta es disfrute de lo acabado y perfecto: el acto final en que Dios se recrea en la gloria de su obra y nos hace partícipes de ella como el ejército victorioso en que cada quien hizo su parte.

Así que la tarea se suspende porque se logró. ¿Puede decirse que ya no tiene objeto el acontecer y ya nada volverá a empezar? Cuando nuestra existencia llegue a la perfección, ¿ya no necesitará renovarse? ¿Las creaciones son varias y cada una tiene su tiempo y su finalidad? Sólo el Creador lo sabe, pero se diría que cada vez que echa a andar el tiempo es porque algo queda inconcluso o comienza de nuevo en la trama infinita de sucesos que no tienen otro límite que la ilimitada fantasía del Creador.

Cada cosa es parte de un todo y, por lo mismo, capaz de llevarnos a filosofías en que los tiempos y los espacios se desenvuelven para enriquecer el contenido inefable de la Creación, que es un milagro en perenne fecundidad.

Descubrir la colocación y la función de las partes dentro del todo es sin disputa el problema y también el propósito de una filosofía completa. El todo encierra misterios y tesoros que en vano pretenderíamos agotar; pero somos aspirantes al todo. Nuestra *Todología* es apenas un ensayo, a la medida del ingenio del autor, que es corto, pero su afán es vehemente en la exigencia de la totalidad.

“César o nada”, dice la ambición del mundo. Y la ambición del filósofo afirma: “Todo o nada”, o sea que sin una parte, por lo menos, del conocimiento divino, todo es nada.

Esto quiere decir que es imposible renunciar a la teología; pero la teología no admite subordinación a ninguna de las humanas filosofías.

Insatisfechas, las filosofías cambian sus métodos, pero la Revelación permanece y progresa. Ninguna filosofía descubre el contenido de la teología. Son los profetas los iniciadores de su verdad. La teo-

logía es el pleroma del cual descienden como ríos desbordados de un piélago muy alto las diversas filosofías. Los Padres de la Iglesia pretenden armonizar el platonismo con la Revelación. San Agustín con vigorosa independencia concierta una filosofía más perdurable que la mayoría de las escuelas, a tal punto que hoy lo sentimos más cerca de la sabiduría contemporánea. Más tarde, en la primera Edad Media, el escolasticismo vuelve a poner énfasis en el platonismo. La divulgación de Aristóteles produce por fin en el siglo XIII la gran *Suma* de Santo Tomás. Actualmente el mensaje de la ciencia experimental desemboca con naturalidad en la Revelación. La teología sobrevive a las filosofías enriqueciéndose con cada una de ellas, pero sin depender de ninguna. Una visión del universo que comienza en la onda magnética y termina en la Trinidad que definió San Pablo: esto es lo que procura captar el presente libro. Una manera de acuerdo del saber natural con el divino.

En su folleto sobre la nueva teología que se cultiva en la Francia de la posguerra segunda, el padre jesuita Iturrioz ha dicho:

El mundo cultural moderno aborrece el pensamiento abstracto. Lo encuentra poco humano, poco vital, poco real. El abstraccionismo implica en el sujeto abstrayente una escisión y ruptura interior para sobreexaltar una de las llamadas *facultades del hombre* sobre el resto de sus funciones psicológicas, cuya unidad interior queda rota y a merced de un intelecto frío que fácilmente pierde contacto con la temperatura espiritual en que vive por necesidad el hombre. El mundo moderno prefiere con mucho, acepta y consagra, un modo de conocimiento más en consonancia con la unidad de conciencia del hombre.

No menos antipatía produce el aristotelismo al espíritu moderno por sus concepciones científicas. El hombre moderno está muy orgulloso de sus descubrimientos científicos en lo físico, en lo químico, en lo vital y en lo humano. Encuentra que el aristotelismo nada supo de las enormes fuerzas físicas que la técnica moderna ha descubierto, dominado y utilizado; el cuerpo moderno con sus ondas, su electricidad, su energía, su radiactividad, su núcleo[...] nada tiene que ver con el compuesto hilemórfico del Estagirita. La vida de la anatomía y fisiología humanas no fue sospechada por el filósofo griego, y la evolución que en todo orden de cosas descubre la ciencia, incluso en la formación del hombre, está en pugna con la estabilidad y fijeza estática de las esencias que nos venía enseñando en esa filosofía.

Cierto que hay aristotélicos que superan los primitivos errores científicos; pero todo el sistema de términos y conceptos, y aun el armazón propiamente ideológico y metafísico, están tan vaciados en los moldes científicos de Aristóteles que no puede disimularse el sabor a ello. En todos los términos y concepciones escolásticas encuentra el hombre moderno tan profundas huellas de la falsa ciencia, ya superada, que cree al sistema mismo sustancialmente inficionado de dichos errores; incorregible, por tanto, y condenado a ser archivado en los museos de la historia.

Con todos estos elementos ha tenido que cargar la teología al presentarse al mundo moderno organizada en escolástica. Con ese lenguaje mal podrá hablar el hombre moderno. La teología se vuelve un poco incapaz de realizar su misión y de pronunciar su mensaje.

Esta situación aconseja a los teólogos nuevos una separación (quizá muy dolorosa) de ciertas tradiciones comunes hoy a las escuelas teológicas; tradiciones no esenciales a la teología cristiana, por una parte; tradiciones, por otra, que la incapacitan para vivir la ley vital que le funde con la vida misionera de la Iglesia.

Esto, sin embargo, no implica necesariamente un abandono de Santo Tomás. Su personalidad sigue siendo de una ejemplaridad maravillosa insustituible para nuestra época, ya que él realizó una acción difícil al separar la teología de tradiciones seculares y adaptarla a las nuevas ideologías de su época. Quizás un estudio profundo e íntegro de Santo Tomás sacara de bajo tierra sus profundas raíces agustinianas; quizá sea posible rehacer el Santo Tomás completo y auténtico, hondamente arraigado en San Agustín. Este Tomás agustiniano, auténtico en lo radical más que el otro aristotélico, tendría mucho que decir al hombre moderno.

Nosotros, desde hace tiempo, abrigamos la convicción de que no son los caminos viejos los únicos que conducen a la verdad. Nuestro saber quizá no es suficientemente apto para atreverse a la aventura de la comunicación directa con lo Absoluto, pero el atisbo y el esfuerzo son humanos.

Sería presunción ridícula que un seglar imaginase poder decir algo nuevo en teología. Nos limitamos a reseñar nuestros hallazgos por rutas que aparentemente estaban muy distantes y, sin embargo, nos han llevado al fin Absoluto. No busco, pues, otro fin que el de unir mi voz al coro de las alabanzas del Eterno. Añadir al caudal de la verdad el testimonio de mi experiencia y desde algún escondido rincón del templo entonar con humildad mis salmos:

*La pequeña luz que nos diste,
Chispa de la zarza ardiente incorruptible,
Consérvanos, Señor.*

*En el Cristo que vio San Pablo
Otórganos refugio y amparo.
¡Pantocrátor inmortal,
Apresura tu venida!*

*Borra de la faz del mundo la fealdad,
Extirpa el dolor.*

*Danos ser como el pensamiento,
Que en un segundo va del átomo a la estrella;
Un ser de luz y de fuego
Que arda sin consumirse.*

*Que la abundancia de tu misericordia
Salve a quienes no alcancen la justicia.
Suspende, liquida el curso de la historia.*

*Que no se repita jamás,
En ninguno de tus ciclos,
El drama estéril del humano acontecer.
Y que alcancen redención los astros,
No sólo las almas.*

*Entretanto, roguemos:
Santifica nuestra ciencia;
Fortifica nuestra esperanza;
Ilumina nuestra conciencia;
Satisfecho sea el honor.*

Nuestro amor purifícalo en tu Gracia.

*El día del gran perdón,
Seguido de transfiguraciones
Como la del hombre-Dios,
Cuando seres y cosas
Esplenderán incorruptibles,
Apresúralo, Señor.*



ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO 1	
CLASIFICACIÓN FILOSÓFICA	17
Filosofías analíticas: tienden a reducir la realidad a uno de sus elementos, 17. Filosofías de síntesis (comprensivas): tratan de explicar la realidad por la coordinación de todos sus factores, 18. Época moderna, 19. La filosofía estética coordinativa moderna, 21. Filosofía y teología, 22. Uno y vario, 26. Retorno a lo uno, 29.	
CAPÍTULO 2	
LAS FORMAS ESPECÍFICAS DEL CONOCER COMO ACCIÓN	35
Consideraciones generales, 37. La epojé inversa, 42. Pensamiento paradisiaco, 43. Pensar es coordinar conjuntos, 46. Formas del conocimiento como acción, 48. El secreto del sonido, 49. El método de la coordinación, 50. El Todo, 53. Unidad y verdad, 54. El proceso de la coordinación, 57. Sumar es identificar, pero no es unificar, 58. Filosofía como simplificación y filosofía como arquitectura, 60. Factor de coordinación, 64. El ritmo Trino, condición del ser, 66. La unidad de los heterogéneos en Santo Tomás coincide en rea-	

lidad con nuestra solución, 71. Rehusamos la abstracción, 76. La percepción del sentido, 78. Unidad, 79. El alma y su operar, 80. Sucesión y simultaneidad, 85.

CAPÍTULO 3

EL SER Y SUS VARIANTES

89

El ser como yo, 92. El ser en sí, 96. El ser en los otros, 100. El ser del cuerpo, 103. El ser y la multiplicidad, 105. El movimiento, el ser y la alegría, 108. Potencialidad del ser, 109. Percepción del ser, 110. El ser y sus ciclos, 111. El ser en Dios, 114. Seres fugaces y seres perennes, 116. El ser y sus categorías, 117.

CAPÍTULO 4

TABLAS DE LA EXISTENCIA

119

Existencias. Sus jerarquías, 120. La jerarquía electromagnética, 121. El átomo, 124. Estructuras sensibles, 126. La jerarquía biológica, 126. La heterogeneidad unitaria de la vida según la ciencia contemporánea, 127. Inmunidad, 131. Bioelectrodinámica, 136. Jerarquía celeste, 141. La filosofía del Evangelio, 143. Sobre los ángeles, 145. La índole angélica, 148. La visión paradisiaca, 149.

CAPÍTULO 5

REFLEXIONES METAFÍSICAS

151

Unidad como acción, 151. El argumento estético, 155. Generalización, 156. Lo que pudo ser, 156. El tiempo según Elliot, 156. ¿Cantidad intensiva?, 157. Objeciones Maritain, 157. Cristo y la creación, 158. Modos de conocer, 159. Imagen e idea, 161. Las posiciones posibles, 161. Lo concreto, 162. La visión de Dios, 164. Pasiones, 166. Ciencia primera, 166. Acto puro, 166. Universal, 166. Los entes, 167. El nirvana, 168. La religión y lo ético, 169. Personalismo y metafísica, 169. El problema del mal, 170. Mecánica y pensamiento, 170. La nada, 171. Análisis y síntesis, 172. Monismo, 173. Imagen e idea, 174.

CAPÍTULO 6

ETAPA DE LA ARMONÍA

177

Abstracción y armonía, 182. La verdad como armonía, 184. Ciencias según la cualidad, 186. La psicocirugía, 189. La armonía tiene su órgano propio, 190.

CAPÍTULO 7

MATEMÁTICA Y ARMONÍA

197

Análisis matemático, 199. Síntesis matemática, 199. Números ordinales, 201. Cálculo, 202. Armonía y cualidad, 203. Análisis de lo heterogéneo (Leibniz), 204. La matemática y el *a priori* kantiano, 207. Proporción en el movimiento, 208. Etapas de la ciencia, 208. Medida como finalidad, 209. Kant y los números, 209. Filosofía de la matemática, 214.

CAPÍTULO 8

FILOSOFÍA DEL MITO

223

CAPÍTULO 9

TEOLOGÍA DE SAN PABLO

231

La transfiguración, 233. Revelación, 234. Sobre el cuerpo glorioso, 235. Los días de la creación, 236. Creación y ontología, 237. Redención de lo natural, 238. Resurrección de la carne, 239. El cielo empíreo, 242. El pleroma, 244. La unidad de la Iglesia, 245. La incorruptibilidad del cuerpo resucitado, 246. San Agustín: tratado de la Trinidad, 247. La felicidad en Dios, 247. La condenación, 248. El absurdo, 249. El pesimismo, 249. El milagro, 250. Mística, 250. Predestinación, 251. Sobre la Trinidad, 252. Experiencia y revelación, 253. Amor a Dios, 254.

CAPÍTULO 1

CLASIFICACIÓN FILOSÓFICA

A fin de ubicar el pensamiento que se desarrolla en este libro, conviene clasificar las escuelas filosóficas en dos grandes ramas, a saber: filosofías analíticas y filosofías de síntesis.

Todo el pensamiento filosófico puede ser dividido en la forma ya indicada, y así tenemos, por ejemplo:

FILOSOFÍAS ANALÍTICAS: TIENDEN A REDUCIR LA REALIDAD A UNO DE SUS ELEMENTOS

Son analíticas, por lo mismo desintegrantes, tanto la escuela de los físicos como la de los eleáticos. Los primeros reducen la pluralidad a unos cuantos elementos y entre ellos señalan uno predominante. Para Tales lo es el agua; para Anaximandro, el aire; para Heráclito, el fuego. Lo que importa advertir es la tendencia de consumir reducciones que empobrecen la realidad y la imaginan homogénea. Se diría que son filosofías que corresponden a la segunda ley de la termodinámica: anulan la riqueza de la pluralidad; son filosofías desintegrativas por exceso de simplificación.

Los pitagóricos representan el primer paso hacia las filosofías idealistas, porque al reducir la pluralidad al número iniciaron el convencionalismo de igualar la realidad con el orden matemático cuantitativo, sacrificando para ello las cualidades de las cosas. Descubren así una arquitectura útil como sostén del pensamiento abstracto, pero sin contenido.

Los eleáticos, poco después, también proceden mutilando la realidad para quedarse con las sombras, o residuos o formas de ser, que son las ideas. Seducidos por la inmutabilidad de la idea no advirtieron que la naturaleza es más rica de contenido que todas las ideologías. De ahí a la deificación de la forma no había más que un paso, y éste lo dio el idealismo exagerado de los hegelianos que identificaron el ser con el pensamiento desentendiéndose de lo concreto. La experiencia, desentendida por su parte también del conceptualismo, acabó por elaborar su propia filosofía: la de la ciencia de lo concreto. Afortunadamente al lado de las filosofías analíticas ha subsistido constantemente, y a veces se ha impuesto, el anhelo de la totalidad y de la síntesis que es propiamente el del filósofo. El anhelo de la síntesis ha producido filosofías integrativas de la realidad, a saber:

FILOSOFÍAS DE SÍNTESIS (COMPRENSIVAS): TRATAN DE EXPLICAR LA REALIDAD POR LA COORDINACIÓN DE TODOS SUS FACTORES

Empédocles es el primero que busca el secreto de la realidad en la combinación de los elementos, sin exclusiones y sin falsas primacías. La combinación es el esfuerzo primario de la síntesis.

Después de Empédocles, como era natural esperarlo, es Platón quien concibe la filosofía como un esfuerzo para descubrir los elementos esenciales de la creación y la manera de combinarlos. No podía Platón conformarse ni con el aire o el fuego de los físicos ni con la escueta idea de los eleatas. Y no obstante que Platón desarrolla la filosofía de la idea en su mejor forma (la teoría de las ideas), esto no le impide concebir un mundo de coherencias en su concepto de

los siete elementos de que nos habla en el *Timeo*. Deuda impagable tiene la filosofía con Whitehead por habernos señalado este Platón ignorado de eruditos y de sofistas: el Platón que descubre en la textura del mundo los siete factores (materia, idea, matriz, psiqué, logos, armonía y Eros). Es por lo mismo Platón el segundo filósofo que se inclina a la verdad como coherencia en contraste con la verdad como identidad.

Aristóteles, con su teoría de los universales, ofrece un sistema para unificar la combinación de factores, pero desgraciadamente se trata de un sistema que se origina en la abstracción, y la abstracción supone eliminación de propiedades. Todos los seres, incluso Dios mismo, tienen que ser sustraídos a la riqueza de su realidad para convertirse en entes. La cualidad queda vencida y la infinita grandeza de lo Absoluto queda reducida a la miseria del acto puro. Pero al fin la filosofía aristotélica no cierra los ojos a la física, no despersonaliza del todo la realidad, sino que le asigna lugar en sus cuadros. Es, al fin y al cabo, un realismo.

ÉPOCA MODERNA

El pensamiento cristiano introduce en la filosofía un elemento de realidad ultramaterial, sobrehumana, que hará imposible un retorno cabal al simplismo de los físicos griegos o a la abstracción de los eleatas. Por encima de la sensación y la materia; por encima de la idea y la lógica está la realidad del Creador y su criatura. El mismo Creador es trino y uno, es decir, unifica dentro de sí la pluralidad y la justifica. San Agustín es filósofo de síntesis. Después de él toda la filosofía cristiana es un esfuerzo para incorporar el pensamiento sobre el mundo al pensamiento sobre lo divino que es la teología. La teología nos da la evidencia real del Dios persona transfigurada que vio San Pablo. No hay aquí lugar para la abstracción. El pensamiento tiene que dedicarse a establecer relaciones entre Dios y sus criaturas. El universo es concebido como un todo vivo y armónico. No hay otro modo de abarcarlo que el de la síntesis que lo contempla entero. El ser se nos aparece individualizado. Las relaciones de los seres entre sí responden

a sistemas de razón, a sistemas de coordinación conforme la armonía y a esfuerzos de unión conforme al amor. El pensamiento es un esfuerzo de unidad que se integra en la pluralidad y crece con ella. No trata de reducirla a ningún uno convencional; procura entenderla penetrando en la intimidad de sus procesos. La filosofía deja de ser abstraccionista y se hace estética. Estamos dentro de la filosofía de la cualidad.

Una filosofía de la cualidad: esto es lo que ha estado haciendo falta durante siglos de especulación.

La filosofía de la cualidad tiene sus formas específicas de conocimiento y de síntesis. De ellas nos ocuparemos hasta donde nos sea posible hacerlo. Al hacerlo quedará precisada una distinción capital entre dos formas de conocer: el conocer pasivo que da la lógica y el conocer activo que se desenvuelve mediante las formas de la armonía.

Toda operación racional comienza descomponiendo su objeto en sus elementos más simples, pero como no puede volver a juntar las piezas que le da el análisis nos vemos obligados a dar un salto fuera del objeto real que la razón desintegró y lo reemplazamos con el concepto, el ente, que en una falsa síntesis la razón nos da por abstracción. Esta abstracción ya no corresponde exactamente a la cosa pensada y analizada. Toda la síntesis que resulta de la coordinación, síntesis activa que no reduce unos a otros los elementos, sino que los pone en acción, es una síntesis cabal, una síntesis verdadera. El pensamiento coordinativo, a diferencia del pensamiento analítico, nos da una filosofía de los hechos y los sucesos en su realidad. La comprensión de este equilibrio de propiedades y funciones encaminadas a fines es lo que debe llamarse *verdad*. La verdad lógica y sus elementos, de carácter abstracto, nos dan la verdad provisional y parcial que halla su ley en el silogismo. La verdad, además de adecuación, debe demostrar coordinación. La adecuación se da en lo estático y conceptual. La coordinación es la verdad de lo vivo.

La verdad, entonces, consiste en la investigación de la existencia de cosas y seres y sus relaciones recíprocas, así como de las leyes que unen el conjunto de lo creado por el Creador.

Las consideraciones anteriores nos llevan a formular un cuadro de la filosofía más o menos como sigue:

<i>Filosofías reductivas</i>		<i>Filosofías constructivas</i>
Tales, los físicos y Heráclito.		Empédocles.
Los pitagóricos.		
Los eleatas.		
Sócrates y los platonistas de las ideas.		Platón (el del <i>Timeo</i> y los mitos).
La escolástica de los universales.	En medio está el realismo aristotélico que liga materia y forma, potencia y acto.	La Revelación. San Agustín.
Galileo y Newton (los nuevos físicos).	El tomismo, que une filosofía y teología.	Escoto (voluntarista).
Comte y los materialistas que buscan la unidad en la energía.		Buenaventura, místico doctor en Eros.
Los intelectualistas: Hegel-Kant-Husserl.		Bergson, que busca la unidad en la vida. Whitehead, que renueva a Platón en la armonía. El personalismo moderno, que desemboca en el Evangelio.

LA FILOSOFÍA ESTÉTICA
COORDINATIVA MODERNA

Filosofías cósmicas

De esta división del pensamiento filosófico en dos grandes ramas: la filosofía reductiva (abstractizante) y la filosofía comprensiva (sintética), se deducen dos maneras de verdad: la verdad como identidad, cuyo modo ha señalado Meyerson en su estudio del método de la física matemática, y la verdad como combinación de Empédocles; la verdad como coordinación de la filosofía estética de nuestro tiempo (los personalistas yanquis, las filosofías científico-teológicas, filosofías cósmicas de la Francia contemporánea, y mi propia filosofía).

unas veces nos da luz, otras se manifiesta en variedades electromagnéticas (poco más de ochenta en número) que son la base de todo lo que ocurre en el mundo físico. La onda y el átomo son los primeros esfuerzos constructivos del cosmos, las estructuras elementales que vienen a contrariar la segunda ley de la termodinámica, la entropía, y de esta suerte contienen el proceso de disolución que después de su creación padece el Universo.

La segunda etapa en este proceso, hacia la construcción y la arquitectura, o sea la heterogeneidad coordinada en vez de la desintegración, la destrucción y la homogeneidad, lo encontramos en la molécula que juntando dos o más átomos heterogéneos construye cuerpos que son en número aproximado noventa y ocho, conocidos hasta la fecha por los químicos. Mediante composiciones específicas, que son siempre heterogéneas y asimétricas, el mundo molecular lleva la arquitectura del Universo un paso más allá de la onda y el átomo en la tarea de contradecir la entropía, o sea, en la lucha contra la dispersión en la homogeneidad.

En tercer lugar tenemos la actividad peculiar que se encierra en la célula viva. Por medio de combinaciones, también asimétricas (macho, hembra; calor, frío; asimilación y desasimilación de elementos), la célula da origen a las especies animales, y al término de ellas aparece como remate y a la vez como transición hacia otra etapa la persona humana. Con evolución o sin evolución, el hombre representa en el cosmos un salto como el del *quantum* de la luz que crea las ondas, o como el de la molécula o la célula, sólo que de trascendencia mucho más profunda porque en el hombre aparece el elemento nuevo que es la conciencia. Decimos *conciencia* porque resulta peligroso hablar desde luego de la inteligencia, si por *inteligencia* entendemos el intuir de las esencias o de las formas. Lo que caracteriza a la conciencia, más bien que una intuición formal, mejor aún que una intuición ontológica, es el acto vivo que le permite *coordinar los distintos elementos del conocimiento* que llegan a su persona a través de sus varios instrumentos de conocimiento. Estos instrumentos son los sentidos, la inteligencia, la voluntad, el sentimiento. Su número puede aumentar a medida que la investigación ahonda en el estudio de la psiqué, la psicología, etc., pero lo que constituye lo central y específico de la conciencia es el acto *coordinador de los heterogéneos* que forman el conocimiento, del cual resulta un tipo especial de unificación, unificación para la acción,

a diferencia de la unidad que da la inteligencia, producto de abstracciones y comunes denominadores puramente convencionales. La acción coordinante integra las percepciones del exterior en una conducta. Cuando ésta inquiere a dónde va, por eso mismo engendra una actividad de orden trascendente, una actividad metafísica. Una metafísica que no consiste, como la antigua, en intuir esencias abstractas y ligadas por la lógica a fin de oponerlas a la realidad cambiante, o sea, una ontología que se suponía realísima porque era fija y que hoy, por eso mismo, nos parece muerta y completamente ajena a la índole real de la creación. Por *metafísica* entiendo, al contrario, un sistema de conocimiento de las partes, o sea, los seres que integran una zona de la existencia; las relaciones que ligan entre sí las partes, los fines particulares de cada uno y la meta común de los distintos grupos, todo con el fin de alcanzar la comprensión del todo. Pero de un todo vivo, dentro del cual las partes no son elementos que se prestan a la suma como en la aritmética o la geometría, sino funciones, propiedades y factores que manteniéndose heterogéneos dan origen, sin embargo, a un conjunto que es siempre mucho más que la suma de sus partes: más que un todo formal porque constituye una jerarquía. Y una jerarquía es ya una imagen del Universo más acertada que cualesquiera dimensión puramente cuantitativa.

Quede de todos modos asentado que procuramos identificar la persona con la *psiqué* de los griegos, y más estrechamente con el alma de los cristianos. Pero rechazamos desde el comienzo la pretensión de reducir a intelecto puro un alma que es porción de vida, en la cual se consuma una como miniatura del Universo. No hallamos posible ni deseable la hipótesis del intelecto puro. Repudiamos también la vieja concepción aristotélica del acto puro, en la cual vemos un exceso de la abstracción que a fuerza de eliminaciones en vez de Dios alcanza la nada. No hay en la naturaleza abstracciones: los verbos sólo existen como situaciones del sustantivo, pero sólo los sustantivos poseen el ser.

En todo caso, es el alma el triunfo supremo de la acción que a través de estructuras y arquitecturas diversas pone en pie de acción a los seres con objeto de combatir la entropía del Universo. El hombre, el mejor instrumento con que contaba la creación para librar esa lucha que anima el espíritu, por alguna causa misteriosa (algo como el pecado original) se llenó de soberbia, se cegó y se hizo inútil. Desde entonces la naturaleza y las almas mismas quedaron necesitadas de

redención. La redención es un proceso cósmico que contradice a la entropía a través del hombre redimido que vuelve a lo suyo al ligar su albedrío con el que dijo: "Soy el camino y la vida; el que me siga conquistará la inmortalidad".

De tal suerte, el hombre representa una cuarta etapa que es la del alma, diferenciado de todo el resto del cosmos y tan ajeno a la entropía, por lo menos mientras actúa su alma, que gracias al hombre resplandece sobre lo creado un destello del espíritu. El *quantum* produce luz; el átomo engendra estructuras movibles; la célula es inicio de vida que contradice la entropía; el alma es comienzo de espíritu: mediante las almas el Espíritu Santo renueva el Universo. Al mismo tiempo, es en el alma donde aparece por primera vez una cierta afinidad, que nos permite advertir la presencia de las cosas del espíritu con algo como el instinto precursor de la inteligencia de las especies. Así el alma sospecha las maneras del otro mundo e intenta relacionarse con los seres que posiblemente lo habitan: ángeles, arcángeles, etcétera.

Hemos dicho "seres del otro mundo" y no "esencias del otro mundo" (como lo habría expresado un platónico usual, es decir, un idealista) porque tenemos repudiada la tesis de los dos mundos: el de las esencias y el de la vida concreta. No aceptamos y no concebimos sino un solo mundo hecho de estructuras, organismos, almas, es decir, seres en integración plena, y más allá seres aún más perfectos. De esta manera nos ahorramos la operaciónseudoplatónica que primero abstrae para postular esencias y después, a fin de expresar esas esencias fantasmales, tiene que revestirlas de atributos carnales y así representa en el arte formas humanizadas de ángeles: Virtudes, Potencias, etc. No hallamos necesario ni útil este juego mental. ¡No creemos que nuestras concepciones modernas sobre el mundo que nos rodea se aclaren con el supuesto de un mundo de ideas separadas que serían el modelo de lo que ocurre en lo concreto! No vemos la exigencia ontológica, acaso porque no somos filósofos de la abstracción, sino de la síntesis. ¿Que para crear hacen falta patrones? Enhorabuena, pero que no los vendan separados: dejen que Dios los guarde en su mente y que sea Él mismo quien en cada caso consume el ajuste, el arreglo único para cada criatura. Los sistemas del idealismo, en cambio, se parecen a la tienda de modas barata, que no toma medidas, no ajusta, sino que vende figurines impresos por series.

Ya dentro del mundo de las almas y al decaer éstas, la Providencia, que no quiere dejar perder su obra, que ansía salvarla, produce el suceso de la Encarnación del Verbo en persona humana para regenerar al hombre y dar aliento a las fuerzas superiores de la historia. En rigor la Encarnación vuelve inútil la historia desde que en ella se consuma la final posibilidad del espíritu con la aparición del Redentor. Lo que el Universo aguardaba para librarse de la dispersión a que lo arrastra la entropía, lo que el hombre desesperaba desde su caída lo da el Verbo encarnando en la persona de Cristo. Por algún motivo profundo (desgaste de las corrientes creadoras, pecado original, intervenciones malignas), lo cierto es que la existencia toda se hallaba necesitada de una nueva, general y profunda intervención de su creador. En tal momento el hombre, término el más avanzado entre los productos de la creación y el más responsable del desquiciamiento general, fue elegido para recibir el soplo divino y orientarlo: la forma del hombre regenerada por la Encarnación y convertida en Dios-Hombre. Reorientación hacia el amor, que es fuerza más coherente y perdurable que las fuerzas de creación que no pueden dominar la entropía. El Padre, como al principio del mundo, se vale del Verbo; sólo que esta vez lo encarna, y concluida su acción salvadora personal, llama todavía a la Tercera Persona, el Espíritu Santo, para que sea la mantenedora del universo regenerado.

Recorrido de esta suerte el panorama de la existencia desde la onda magnética hasta Dios, sólo queda por establecer (magna tarea) las relaciones de las partes entre sí (asunto de la ciencia) y las relaciones de las partes con la Suprema Persona, lo que es objeto de la teología.

UNO Y VARIO

La persona humana representa en el cosmos el primer acto de conocimiento, si por *conocer* entendemos no sólo adaptar la cosa a la idea, la imagen al objeto material, sino el acto propio del *cognoscere*, que es coordinar factores heterogéneos en alguna finalidad común, posiblemente concurrente. En las altas esferas de la existencia la persona humana, con su coordinar de direcciones, desempeña función parecida a la de la amiba que capta, aprehende, el corpúsculo nutritivo necesario

para mantener la construcción que es la vida. Tal y como, todavía más abajo en la escala, la onda y el átomo son los primeros actos de elaboración de estructuras necesarias para la base arquitectónica del cosmos.

Todo en la existencia es uno o vario: unidad y pluralidad. En las primeras creaciones de la existencia la unidad y la variedad son confusas. Acaso la primera distinción, lo positivo y lo negativo del elemento eléctrico, es el comienzo de la separación, la bifurcación de lo uno elemental en sus diferencias, diferencias de carga y de cualidad que pronto adquieren la más alta significación. Ya desde la electricidad, para que exista corriente es necesario que operen los diferentes, los asimétricos positivo y negativo; de otra manera no hay desplazamiento de energía. Así como más tarde en lo molecular hace falta también que los elementos de la composición creadora sean impares; y luego, en lo orgánico, no funciona la vida sino cuando son asimétricos los elementos de la composición del ser vivo. La unidad siempre es el resultado de un instante fugitivo de unión venturosa, unión armónica de varios heterogéneos. Uno de los elementos de cada heterogeneidad se va acentuando a expensas de los otros, y así en el hombre la postura de lo uno y lo vario se simplifica. Existe en el hombre la conciencia una en acción perenne y en contraste con la perpetua desintegración de los elementos que lo rodean: físicos, químicos, orgánicos. La primera suspensión, el primer alto de importancia en las corrientes que van hacia la desintegración lo da la conciencia humana que por primera vez junta en sí la trilogía contradictoria: pasado, presente y futuro. En ella lo uno conquista el dominio de lo trino haciéndolo orgánico, obligándolo a concurrir a una finalidad superior a los términos originales. Desde que el hombre percibe y junta pasado, presente y futuro, lo que hace en rigor es ponerse fuera del tiempo, vencer su medida y participar de la eternidad. Así en todos los órdenes vivos no hay otra unidad que la de la acción que determina direcciones, se abre paso hacia objetivos diversos. La conciencia recibe sensaciones, ideas, voliciones, sentimientos, pero de todo hace un haz en que no hay suma sino arreglo proporcionado, armónico o inarmónico, pero de todos modos dotado de un propósito nuevo que no es ni el de la pura sensación, ni el de la pura inteligencia, etc., sino un compuesto en que predomina la persona, es decir, el tipo nuevo de unidad que al conjuro de los heterogéneos factores provoca y en cierta manera engendra.

Cada una de las maneras de nuestra *psiqué*, de nuestra personalidad, es un sistema de orden que da origen a un método de investigación y de acción. Y según que cada uno de estos órdenes predomine tendremos visiones parciales de la naturaleza de la *psiqué*. Si aprovechamos con demasiada la inteligencia tendremos un racionalismo; si hacemos predominar la sensación nos convertiremos en materialistas; si equilibramos nuestras funciones vitales, nuestros sistemas de investigación, alcanzaremos una armonía que es más que la razón del idealista y más que el sensualismo: conquistaremos una conciencia de la totalidad dentro de la cual podrá ocupar un sitio cada una de las partículas del cosmos según proporciones y jerarquías.

Un equilibrio de esta índole no se da entero ni por la razón ni por la sensación ni por el arte y, sin embargo, se realiza en nosotros cuando vivimos según la totalidad de la conciencia. Sin esfuerzo la conciencia cumple a cada instante su función unificadora y nos revela de esta suerte un poder super-racional al mismo tiempo que supersensorial; un poder de ajustes y de armonía de lo de abajo y de lo de arriba, de lo distante y lo próximo, que ya no es natural sino sobrenatural, como que pertenece en efecto a la zona del espíritu. Y supone una conciencia inmaterial que es trascendencia de la conciencia corpórea. Sin separar una de otra, porque es inútil y orilla a confusiones toda hipótesis no indispensable, digamos que es propio de la conciencia del hombre entenderse con lo de abajo recibiendo sus sollicitaciones para darles orientación que concurra al fin superior y, al mismo tiempo, sospechar y adivinar las direcciones y las metas de la existencia de arriba, todo, según dijimos ya alguna vez, a la manera de un anfibio inmaterial que participa de las dos naturalezas: la sensible y la invisible.

Pero ¿qué es lo que descubre la cabeza de este anfibio al asomar a la región incorpórea? Desde luego descubre un mundo en que ya no tienen aplicación sus nociones de materialidad, sino sólo aquellas ideas y sentimientos que satisfacen las exigencias de lo eterno. En el mundo nuevo de lo invisible ya no valen física y química ni matemática y lógica, sino sólo más altas visiones de la poesía, la filosofía y la religión. Y es esta última la que acaba por hacerse el intérprete indispensable, el único idioma mediante el cual se puede comunicar el alma con lo invisible. Y la religión, en resumen, no es otra cosa que la Revelación, es

decir, la contemplación del conjunto en toda su infinitud, ya no tanto según arriba y abajo, sino más bien conforme operaciones mentales de proporción, de armonía y de amor. Dios en el centro y las criaturas en sus sitios respectivos, dentro de un mundo que es dinamismo perenne y concierto logrado y fecundo de las disparidades y las asimetrías.

La Revelación es entonces la última filosofía, y como Cristo es el más grande, el más autorizado de los videntes religiosos de toda la historia, el único en quien, según vio San Juan, encarna el Verbo mismo, tenemos que concluir que es en el Evangelio donde hemos de encontrar los principios y los fines, las columnas y la bóveda de la verdadera y total filosofía. La que permite explicar y conectar cuanto ha ocurrido y ocurre y habrá de ocurrir en el universo entre las criaturas y su Creador.

RETORNO A LO UNO

Creemos que el mundo está construido según modelos y patrones que rigen para toda la evolución de lo que existe. No hay desde luego ser uno ni ser en abstracto; todo ser supone una feliz combinación de elementos dispares unificados por la acción; *cada ser es un caso en que lo vario se coordina para retornar a lo uno o para ensayarlo*. Esto es verdad completa en el caso del Dios Trino. La Trinidad es la solución más simple, más fecunda y más alta entre todas las posibilidades de la creación. En la divinidad tres naturalezas se combinan para alcanzar la unidad que es Dios. En el hombre hay muchas naturalezas, de allí sus conflictos. Más abajo del hombre, en la escala zoológica, ni siquiera hallamos completos los elementos que serían necesarios para alcanzar un tipo de unidad individualizada. Falta el factor coordinativo de la conciencia tal como se da en el hombre.

Fuerza es deducir que una filosofía que no se halla concorde con la Revelación será una filosofía falsa o incompleta porque en la Revelación, según se da en el Evangelio, está no sólo el sistema de la moral sino también el esquema de los mundos, por ejemplo: la teoría de la evolución también en la doctrina sobre la creación. Lo que se aparta de este patrón sencillo y grandioso se pierde en el abismo, se desintegra.

Se dijo muchas veces que el Evangelio no contenía una metafísica. Ciertamente, no hallamos allí vestigios ni de Aristóteles ni de Platón; mucho menos, por fortuna, de Hegel; pero sí supone el Evangelio un plan del Universo, y dentro de él una oportunidad para los destinos tan cabal y sencilla que no reclama ontologías.

Así como en el siglo XIII Santo Tomás y la escolástica llevan la filosofía aristotélica a desarrollos que la colocan en el dintel de la mística, frente al misterio de la Revelación, actualmente las almas contemporáneas sentimos que la ciencia de nuestra época, la ciencia positiva, nos ha descubierto un mundo estructurado en seres, jerarquizado en personas, que responde mejor a la cosmovisión del Evangelio que a cualquiera de las filosofías idealistas de índole abstracta. La idea de *creación*, que es central en la Escritura, domina hoy a la ciencia de la experiencia. En nuestra visión del mundo los seres se hallan repartidos en familias y géneros de distinta índole y grado diferente de integración. En la esfera del hombre luchan los destinos: arriesgan perderse si predomina la soberbia; disfrutan oportunidades de salvación si logran insertar nuestro albedrío en la voluntad divina. Y al centro de la historia, Cristo, que no sólo es Redentor, sino el término último de la creación entera, su paradigma y su meta: el Pantocrátor de los bizantinos.



La Revelación es una y no cambia; lo que va cambiando es la manera como cada época contribuye a enriquecerla. Bajo San Pablo la filosofía griega es reorganizada conforme al anhelo de llevarla a conclusión en el mensaje revelado. No es como se ha dicho: que la religión buscase apoyos en la filosofía pagana, sino que ésta se hallaba incompleta hasta en tanto no pudiese quedar incorporada al edificio de la teología verdadera. Esto mismo ha ido ocurriendo con todas las filosofías: cada una tiene que sacrificar algo a fin de estructurarse en forma de que pueda conectar con la verdad superior. El platonismo tiene que corregir la doctrina de su Eros de tipo sexual a favor de Eros como relación de padre e hijo, de criatura y de creador, para acceder a la unidad de un pensamiento cabal. Más tarde la Patrística se empeñará en corregir la filosofía griega con la mira de darle sentido gracias a su contacto

con la verdad revelada. Realiza de esta suerte la Patrística un esfuerzo parecido al que poco antes consumara Filón el hebreo en su síntesis del hebraísmo y el platonismo. El objeto esencial de esta síntesis fue la coordinación del pluralismo helénico con el monoteísmo hebreo.

La Patrística se cierra con San Agustín, que pensando como cristiano formula una síntesis que abarca todo el pensamiento de su época con objeto de enmarcarlo dentro del contenido cristiano y animarlo todo del espíritu de la Revelación. Nunca se había logrado tan acertado acuerdo entre el Cielo y la Tierra, entre lo fugitivo y la verdad eterna. La variedad se ha multiplicado sin precedentes; sin embargo, la unidad nunca alcanzó mayor firmeza que en la filosofía del santo.

El platonismo conserva sitio de honor en su sistema, pero la primacía es teológica. Es en la Iglesia donde encarna el saber pleno que depende de la interpretación de la verdad revelada.

La directriz agustiniana es tan fecunda que se mantiene autónoma frente a la inundación mental provocada por el tomismo aristotélico y todavía llega fecunda a nuestros días. Pasando por San Buenaventura todavía nos ofrece raíces para asentar el existencialismo cristiano y escuelas afines como el personalismo científico, etc., etc., pero no intentamos negar la importancia que tuvo el tomismo. La síntesis tomista del siglo XIII coronó el pensamiento escolástico y por mucho tiempo dio coherencia al saber universal en torno a la Revelación como última instancia de toda experiencia y todo concepto. Lo que pasa es que con el advenimiento de la ciencia positiva ya no podemos pensar el mundo en forma aristotélica. Aun durante la época de oro del pensamiento tomista otras doctrinas filosóficas conservaron vigencia y no fueron repudiadas por la autoridad eclesiástica. Esto quiere decir que hay distintas maneras válidas de interpretar filosóficamente la doctrina del Evangelio, lo cual la misma Iglesia acepta desde que ha canonizado por igual a Santo Tomás y a San Buenaventura, a San Francisco de Asís y a San Ignacio de Loyola. Pero no sólo cada conciencia es para el Evangelio oasis en que se rejuvenece, sino que la contextura misma de la verdad está hecha de zonas, etapas y modos, según lo reconoce la Escritura misma cuando afirma que son muchas, y no una sola, las moradas del Padre.

Esta verdad suprema la confirma la experiencia histórica y nos justifica a los que en este periodo de mediados del siglo XX nos resistimos

a usar el lenguaje, debería más bien decir: nos resistimos a aprender el lenguaje abstraccionista de los entes, las especies y los géneros. Nos resistimos porque sabemos lo que no sospechaba el clásico, y es que el mundo externo, el conjunto de los seres que nos rodean está hecho de individualidades, todas estructuradas conforme a ondas, radiaciones, átomos, células, y luego los animales, que son grupos aparecidos y desarrollados, quizá por evolución, pero seguramente no por dialéctica. Se ve enseguida la distancia a que esto nos coloca del aristotelismo y del tomismo. Los esfuerzos consumados recientemente por el neotomismo con la mira de forzar la verdad experimental dentro de los moldes de un realismo a lo clásico nos parecen más bien intencionados que eficaces; pero no advertimos la necesidad, digamos moral, de insistir, porque la Revelación no depende de un solo idioma, sino que por medio de muchos expresa la misma verdad. Así en la ciencia. No existe razón alguna para que la ciencia moderna tenga que acudir a otros símbolos que los que ella misma ha creado en su desarrollo, porque precisamente hoy se advierte que, nuevos como son esos símbolos, nos conducen mejor que cualquiera terminología antigua al objetivo fundamental del saber, que es el de coordinar todas sus esferas con su centro fundamental que es el de la Revelación. El conocimiento moderno es como una nueva región del Cielo abierta a nuestra contemplación; una nueva morada de la sabiduría que es menester ocupar con beneplácito porque se halla en el mismo palacio del Universo que habita su Creador.

De otra manera, sin esta libertad sincera de juicio se caería en el error, eso sí grave, de identificar a la Revelación, que es absoluta, con tal o cual sistema del pensamiento, subordinado, como todos los sistemas, a las circunstancias del ambiente histórico en que aparecen. Al contrario, cada uno de los sistemas filosóficos a través de la historia es como vestidura temporal conveniente para que los fieles comprendan mejor la verdad inmutable, pero riquísima en consecuencias y matices, que es el núcleo de la Revelación.

Las expresiones cambian, pero no sin haber contribuido cada una al enriquecimiento de nuestras captaciones de la verdad. En el fin de los tiempos, así que todas las generaciones hayan contribuido su experiencia, la perduración de la humanidad ya no tendrá sentido. Estamos aquí para desentrañar todo el contenido del misterio y pensaremos hasta que ya no tenga objeto pensar porque todo esté des-

cubierto. Quizá para entonces ya tampoco tenga objeto vivir según se vive en la Tierra. De suerte que la tarea de la especie sólo llegará a término así que la verdad se manifieste y esplenda en toda la variedad de su poderío. Mientras haya un misterio en la creación, la mente humana tendrá tarea que realizar. Una vez hecha la luz en el orden del espíritu como ya lo fue en lo material, las almas podrán entregarse al disfrute despreocupado del existir. Esto es lo que se entiende por *salvación*.

Algo por dentro pregunta: ¿por qué esta lucha de siglos durante la cual unos cuantos videntes y otros tantos santos logran mirar de frente a la verdad y se salvan, en tanto que millones y millones nacen, padecen y mueren sin sacudir la tiniebla? No está a nuestro alcance el libro de las respuestas. Pero acaso lo más notable de la Revelación, según el Evangelio, es que, al revés de lo que ocurre en doctrinas de salvación, como por ejemplo la vedántica, la salvación no depende tanto de ver la luz, conquistar la verdad, como de practicar la caridad. No hace falta una gran inteligencia ni poderío sobre el mundo. Basta con la posibilidad de poner en obra alguno de aquellos actos sencillos que se enumeran en el Sermón de la Montaña.

Los esfuerzos del pensador, el caudal de conocimiento de cada época son tesoros añadidos, gala y vestidura nueva del cuerpo de la doctrina teológica, y ésta es el Verbo de que habló San Juan.

Nada tiene que ver en todo ello la historia. El suceso de la Revelación carece de conexiones con el acontecer inmediato que es inseparable de la historia. Los sistemas y las ciencias que han ido enriqueciendo la Revelación pueden caber, de hecho caben, dentro del horizonte de la historia, pero no se hallan determinadas por ninguna suerte de necesidad: son apariciones espontáneas, con la espontaneidad del genio filosófico o el milagro de la santidad. En la serie neutra del tiempo sólo es importante aquel siglo en que el espíritu humano concibe la verdad absoluta según ángulo propio y hallazgos originales, lo mismo en el orden del arte que según las modalidades del pensamiento. Hay en todo esto descubrimiento más bien de la creación. Por eso la verdad emanada de la Revelación va derecho al Padre, porque ya es el Verbo y se manifiesta iluminado por el Espíritu Santo. Por sobre la razón que es claridad, la voluntad que es amor y misericordia.

Hasta aquí la ciencia y la sabiduría; más allá, la teología nos confirma que el cosmos está hecho de seres y sólo de seres. Plasman éstos en formas según las exigencias de su índole y de su desarrollo. La voluntad divina desató las potencias mediante un *Fiat* (quanta) que engendró la luz, es decir, la familia de las ondas electromagnéticas. Vinieron después en sucesión las especies, y por último la divina voluntad extrajo de su universo el joyel de su creación: el hombre, victoria fulgurante sobre la entropía. En el hombre triunfaba definitivamente la vida; pero, igual que el ángel más hermoso, el hombre se ufana y peca. Su caída en cierto modo arrastra a la creación entera; se suceden los cataclismos y las penalidades. Hasta que maduros los tiempos el propio Dios encarna el Verbo que es Cristo. Mediante Él se opera la tarea cósmica de reintegrar la creación a su gloria primitiva.

En tanto que el hombre no sea salvo, su mente hace filosofías y se siente incompleta porque no acierta a ligar sus hallazgos obtenidos por ministerio del logos con las luces del saber revelado, mensaje directo del Creador.

CAPÍTULO 2

LAS FORMAS ESPECÍFICAS DEL CONOCER COMO ACCIÓN

Formas elementales y específicas del conocimiento se nos manifiestan en la actividad de todo lo que nos rodea. Examinemos la manera como se desenvuelve el movimiento en los seres vivos. La primera condición del movimiento creador es el ritmo. En él hallamos un modo de la acción y también un modo del conocimiento. Analicemos la marcha del hombre: consiste en dos impulsiones desemejantes que producen avance corpóreo. Adelántase el pie izquierdo y le sigue el pie derecho; los dos impulsos heterogéneos se resuelven en la unidad que llamamos *un paso*. Nos hallamos frente a una contradicción palmaria de la matemática que nos dice que uno y uno son necesariamente dos; en el paso humano uno y uno combinados nos dan uno, un paso. Y si observamos un caballo que trota veremos que la acción acompasada de cuatro patas engendra un salto, de suerte que el concurso de cuatro elementos dinámicos heterogéneos nos da una unidad que es el salto. ¿Quién podrá negar entonces que cuatro ya no es aquí igual a cuatro? ¿Qué haremos ante la evidencia desconcertante de estas ecuaciones absurdas: $2 = 1$; $4 = 1$? Lo cierto es que nos hallamos ante un modo *sui generis* de conocimiento; también de acción.

Sucede que la ley propia de la constitución del vivir y el ser mismo, no corresponden a la extensión geométrica. Uno y uno, si son

diferentes en calidad como lo izquierdo y lo derecho, no dan dos sino una unidad nueva que engloba ambos y genera acción. Uno más uno, más uno, más uno, o sean cuatro unos, diferentes en calidad pero concurrentes en un propósito vivo, vuelven a dar uno, pero un uno de género superior, vital, activo.

¿Cuáles son las consecuencias filosóficas de estas verdades evidentes como las de la matemática, sin embargo totalmente diferentes en sus resultados? Oportunamente veremos que para explicarlas se hace necesario un cambio radical de los métodos usuales de la filosofía.

Por lo pronto ensayaremos la aplicación de la tesis del ritmo y la armonía a las maneras de relación que se manifiestan en las formas elementales de la existencia, como el color y el sonido. Descubriremos enseguida que el desarrollo general de los fenómenos no obedece a leyes matemáticas ni a leyes dialécticas, sino casi exclusivamente a combinaciones rítmicas y melódicas. En nuestra obra *Estética*, y después en la *Lógica orgánica*, dejamos determinados ya los caracteres específicos de lo que hemos llamado el *a priori estético*, base de la filosofía estética y su método que es la coordinación. En lo que sigue se observará la naturalidad con que un gran número de problemas oscuros se resuelve con claridad si les aplicamos el criterio de la armonía mediante las formas específicas del conocer como acción: el ritmo, la melodía y la armonía.

Observemos antes, sin embargo, que la serie numérica nos da impresión de cantidad cuando imaginamos una, dos, tres esferas, o cuando escuchamos las campanadas de la hora en el reloj. Si en la serie se introduce un ritmo enseguida nace un sentido, se inicia una sugestión de valor cualitativo que inmediatamente nos traslada de la física a la estética.

Ya Bergson observó en su análisis de la duración que la sucesión de nuestros estados de conciencia se identifica con ésta cuando nuestro yo se deja llevar de la vida, cuando se abstiene de establecer una separación entre el estado presente y los estados anteriores, tal como ocurre cuando recordamos juntas, y por decirlo así, fundidas, las notas de una melodía. Según el propio Bergson, este conjunto es comparable con un ser vivo cuyas partes, aunque distintas, se penetran por el efecto mismo de su solidaridad.

Es indudable, entonces, que podemos concebir la sucesión por penetración mutua y solidaridad. Los distintos elementos de esta or-

ganización no son aislables por la abstracción, sino que cada uno es percibido simultáneamente. Nuestros estados de conciencia se solidarizan como lo están en la vida. No los ponemos uno al lado del otro como en el mundo fingido de los matemáticos. Expresan éstos la duración en extensión, pero la verdad está en percibirlos simultáneos y distintos y, sin embargo, ligados en un propósito.

La percepción de la multiplicidad distinta o cualitativa, sin relación con el número, nos da la imagen de la duración pura que ya no es susceptible de medición. La organización rítmica del conjunto es lo que nos da la noción de *calidad*, a diferencia de la síntesis espacial o numérica que nos da un símbolo, una imagen que representa sumas de unidades homogéneas yuxtapuestas.

La percepción de la simultaneidad es una forma específica del conocimiento que, como iremos viendo, encierra el mayor interés. Para comprender todas estas formas del conocimiento activo es conveniente recordar ciertas observaciones esenciales de Bergson, a saber: que el movimiento, en tanto que tránsito de un punto a otro, es una síntesis mental, un proceso psíquico inextenso; pero el movimiento es un progreso, una síntesis cualitativa, una organización gradual de nuestras sensaciones con unidad análoga a la de una frase melódica.

CONSIDERACIONES GENERALES

El secreto del color. Juego del crear y el pensar

La creación entera reposa en el seno de Dios como los colores del iris en la luz blanca que los resume y contiene; los mantiene inmanifiestados mientras no encuentran la clave de su desarrollo en las gotas del rocío o el prisma del laboratorio. Luz neutra es en apariencia el rayo blanco; en realidad es un recipiente de poderío genético sempiterno. Posibilidad permanente del milagro de la diversificación que es el iris. Luz preñada es en verdad el rayo blanco y de la prole limpia de los colores. Ser específico cada color, su existencia depende de arreglos fijos de las ondas energéticas, perfectamente medidas y conocidas. Sólo los ignorantes o los ociosos buscan en los colores esencias y entes,

como cuando de lo verde deducen la verdosidad, etc., etc., en disparatadas verbologías que estorban nuestra comunicación directa con el ser. Aparentemente los colores del iris se pierden al desvanecerse el nublado, pero los recobramos cada vez que la gota de agua o el prisma les da ocasión de escapar al rayo blanco, que es para ellos hogar o cárcel. Así, quizá también, la muerte al desenraizar las almas las entrega al espíritu en que hallarán la eclosión misteriosa de la redención. Con la diferencia de que al salir de la cárcel corpórea las almas escapan al ciclo vida y muerte para lanzarse al nuevo destino de la perdición o la salvación. La naturaleza no sólo trabaja para la muerte: también para la vida, y si un grupo de seres como el de los colores contenidos en la luz ordinaria encuentra en ella misma su refugio contra la dispersión definitiva, su garantía de resurrección repetida cada vez que el prisma los convoca a lucir, ¿por qué no ha de ser legítimo imaginar que el alma se refugia momentáneamente en la muerte para saltar de allí al elemento de donde viene, que es el Verbo que la creara, y luego establecerse en la eternidad? Para los colores el blanco no es la muerte. No obstante que el blanco los traga, en él se mantienen reconcentrados los colores en espera de nuevas apariciones que enriquecerán la variedad del ser. El problema de cómo será la vestidura nueva de las almas, su contextura, bien aérea y esplendente como la de los ángeles, o bien, intangible aunque de figura como la corpórea, es cuestión secundaria; lo que interesa es recoger las analogías que nos dan confianza en su inmortalidad. Como los colores en el prisma, no sólo las almas, la creación entera se halla suspendida del juego que en las manos del Creador desenvuelve un prisma original. Se recrea el Supremo Artífice en su obra y por eso la mantiene a través de las edades, en despliegue de mundos y en amor que abarca a todas las criaturas y rescata las pobres imitaciones del Creador que son los hombres.

Por eso, si pensar es llevar la atención por todas las maneras del cosmos, hay que concluir que pensar es seguir el juego de los elementos del cosmos. Dios hizo el mundo jugando; en toda creación hay goce. No es cierto que en el séptimo día el Creador descansara; en el último día se recreó con el resultado del afán constructivo de los días anteriores. En el rostro divino prevalece la sonrisa. De allí que el filósofo de la verdad tenga que ser claro y jovial. Cierto que la verdad es a veces terrible: hay el *Dies Irae*, la ira divina a la par que las alabanzas y las beatitudes,

pero la causa de ello es el pecado, que consiste en desarreglos de que se contagia a veces la misma naturaleza. Pero la verdad es clara y sencilla. Ya lo dice el método científico: entre dos hipótesis de ley natural, la más simple es casi siempre la verdadera, la más directa y fácil.

Sin embargo, esto no lo entienden ciertos filósofos. Suele el filósofo ser abstracto y difícil. Los filósofos difíciles son necios o son tontos o están equivocados. Porque les cuesta trabajo pensar, suponen que Dios también sudó para hacer su creación. En realidad ni el hombre sufrió desconcierto cuando disponía de la inteligencia natural del Paraíso. Nuestro pensamiento humano se resiente de la caída original, por eso suele concebir un Creador lento y sutil, inepto casi, pues tal es el supuesto implícito en esas metafísicas complicadas y estériles que desembocan fatalmente en la nada. Lo cierto es que Dios no es máquina de sumar ni maestro de ecuaciones ni formulador de dialécticas que se resuelven en juego de palabras.

Tampoco es la sabiduría cosa de puro pensamiento. Para entender el mundo no basta el pensamiento; es preciso amarlo como lo han amado los santos y los poetas. Porque amarlo es acomodarse a su armonía. Entienden el mundo los niños y los bienaventurados porque la verdad es sencilla y alegre. En cambio, se desvían y pierden y nos engañan todas esas álgebras filosóficas en torno a un logos que flota infecundo en una eternidad vacía. Sólo el Verbo es creador; pero los ideólogos creen que Dios padece para pensar y, en suma, que es tan tonto como el filósofo. Las risas de los niños, los cuentos de las hadas, son imagen del verdadero operar del cosmos. Dios hizo el mundo jugando y la alegría de su trabajo repercute en su obra.

Pero hay en el juego un orden

¿En dónde hallar ese orden? Descubrirlo es el propósito de la filosofía, y para ello necesita abarcar toda la experiencia para juzgarla no sólo con la razón, sino con toda la conciencia. Coincide en esta forma nuestra filosofía con el concepto antiguo de la *sabiduría*, según el cual *filosofía* es amor de sabiduría y *sabiduría* es todo conocer como fruto de una experiencia total. Empezamos abriendo los ojos a la realidad entera del mundo y, por lo mismo, repudiando desde el

comienzo el tipo de filosofía que ha estado en boga a partir de Descartes y que consiste en escindir pensamiento de extensión, o sea en bifurcar la realidad en las zonas irreducibles: cosas con extensión e ideas concebidas como objetivas.

Con la ciencia positiva afirmamos que existe un tipo de conocimiento, anterior al formal ideológico, que se nos da en el subconsciente y en el instinto. Enseguida, más allá de la razón distinguimos el tipo de conocer cualitativo que no descifra ninguna dialéctica y que nos llega a través de órganos específicos y nos entrega datos irreducibles a las leyes del concepto. Por ejemplo, el color; el sonido organizado, el gusto, etc. Conocemos por los sentidos del cuerpo en una primera etapa que nunca se ausenta de la conciencia. Los sentidos nos revelan la existencia indubitable de un mundo exterior a nosotros, que ha existido antes de nosotros y seguirá existiendo después de la muerte de todos los filósofos. Aparte de la calidad, la sensibilidad y el instinto, y con independencia de las determinaciones logicomatemáticas, reconocemos otra modalidad del conocimiento en el juicio moral, cuyo propósito no es consumir reglas universales según quería Kant, sino realizar arquetipos vivientes: el héroe, el santo, Dios. Asimismo, en la estética hallamos otra manera de ordenamiento obtenido no por desinterés a lo kantiano, sino por composición, a lo artista. Y en suma, filosofía hay cuando la conciencia opera utilizando el conjunto de sus poderes, conforme a los diversos tipos de conocer acabados de nombrar. La realidad se nos presenta, entonces, como un conjunto vario, heterogéneo; sin embargo, obligado a síntesis activa que no prescinde de una sola de las modalidades del ser y es tanto más exacta cuanto que no la buscamos por la vía tradicional de tipo matemático, que sacrifica elementos fundamentales de la realidad para lograr un denominador común que da número o ideas, pero nunca la realidad armoniosa, cabal y viva.

Nos atrevemos nosotros a formular soluciones, a presentar afirmaciones. La moda decadente de los últimos treinta años exigía que se iniciase el filosofar con preguntas que conducían a planteamientos de problemas que enseguida se quedaban sin respuesta. Es sin duda atinado que en el capítulo de la crítica una filosofía se dedique a plantear problemas; pero a la hora de ejercitar el pensamiento es necesario resolverlos. De otra manera el filósofo dedicará su vocación a la

tarea de prepararse para pensar sin llegar nunca a darnos los resultados de su pensamiento. Al contrario, nosotros procuramos no perder el tiempo en lo obvio; los problemas de la filosofía no son de geometría ni de lógica, y la verdad que nosotros perseguimos no se conforma con alcanzar el rigor de una cadena inflexible de juicios vacíos ni con las verdades ya contenidas casi siempre en las premisas de un silogismo. Nuestra filosofía se siente madura como para responder a las interrogaciones esenciales: ¿Qué es el mundo? ¿Qué soy yo? ¿Cómo se coordinan mundo y yo? ¿Qué es Dios?

A la primera pregunta contesta la ciencia experimental con exclusión de casi todos los análisis conceptualistas. ¿Qué es el mundo? No lo supieron ni Platón ni Aristóteles ni Hegel ni Kant. Lo que es el mundo lo dicen la física y la química contemporáneas que Hegel, Kant y Platón no conocieron. Aunque seguramente un Platón, un Aristóteles, no se hallarían hoy entre los fanáticos del logos kantiano, sino entre los físicos, los químicos y los biólogos que han estado arrancando sus secretos al mundo de lo positivo y concreto. Con las verdades nuevas, ellos, Platón y Aristóteles, harían otra vez coordinaciones, quizá ya no generalizaciones; pero en todo caso pondrían atención escrupulosa a las investigaciones concretas sin ningún género de epojés o exclusiones.

¿Qué soy yo?

Más parecida al "soy yo" agustiniano que al "yo pienso" cartesiano, mi experiencia me enseña que no soy sólo un sujeto ni sólo un pensamiento, sino un señor de la conciencia que es como el mundo: al mismo tiempo un uno y un todo. No soy fábrica de conceptos que se enlazan entre sí lógicamente y nada más; aparte de ideólogo soy en la existencia una célula del ser, unidad activa que es como el gobierno de un pequeño todo. Una partícula del Creador que, por eso mismo, disfruta la ilusión de ser centro y ordenamiento de mundos.

Enseguida, y para no dejar cabos sueltos en nuestra breve exposición, ensayaremos respuesta a la grave y sencilla pregunta: ¿Qué es Dios? Lo sabemos hasta donde es posible cuando investigamos con profundidad en lo que soy yo, su creatura; en lo que son sus creaturas. La creatura de más elevada categoría que conocemos es el hombre; si aceptamos con el saber moderno que el hombre no es ente abstracto ni sólo sentimiento ni una oración, sino todo esto en armonía o en des-

armonía perennes, habremos de reconocer que somos un compuesto ordenado de índole unitaria, una persona; entonces, por salto natural de la reflexión reconocemos que Dios no puede ser ni una piedra ni una fuerza natural, ni un ente abstracto; ni siquiera abstracción de tipo universal: justicia, verdad, razón; sino que Dios es causa de todo esto que es creación particular. Comprendemos enseguida que, además de Creador, es Dios el sostén de la armonía y coordinación perennes de las partes del todo. Una armonía sin desarmonías, que es lo que entendemos cuando decimos, con la Revelación, que Dios es Amor.

Hemos llamado a nuestra filosofía *estética*, para significar con ello que construye con lo heterogéneo unidades fundadas en síntesis de experiencia sensible, razón y amor.

LA EPOJÉ INVERSA

Tratemos ahora de justificar nuestras respuestas, y para ello coloquémonos de golpe en la visión del mundo que se deduce del saber combinado de la experiencia física, la razón, la experiencia estética y la experiencia mística o Revelación. Para explicar esta teoría de la compensación cósmica acudí en cierta vez a una astucia derivada del tipo de filosofía que en nuestra facultad prevalece: la filosofía fenomenológica con sus variantes kantianas, hegelianas, existencialistas, etc., colección de posiciones parciales sofísticas, estrechas, que son todo lo contrario de la hipótesis integral que yo postulo.

La astucia a que me refiero consistió en invertir para nuestro beneficio la hipótesis fundamental de Husserl, valiéndonos de ella para ilustrar por contraste nuestra propia posición antagónica.

Dije entonces:

Se estila por acá en la facultad consumir a diario lo que se llama la *reducción fenomenológica*, o sea, dar comienzo al ejercicio filosófico mediante un esfuerzo mental que prescinde de la realidad física, la pone entre paréntesis para ocuparse enseguida de conceptos y sólo conceptos. El singular método conduce a la curiosa aberración de reemplazar el mundo vivo de la naturaleza con una mediocre imagería conceptual carente de vida, aunque ligada por el orden obvio que se deriva de la dialéctica.

PENSAMIENTO PARADISIACO

Usaremos nosotros de la "licencia filosófica" (llamémosla así en recuerdo de la licencia poética usual en los bardos) que nos permita poner entre paréntesis toda la estructura ideológica de las ideas y la dialéctica para ensayar el pensamiento sin ideas, hecho sólo de imágenes. Llegaremos a la realidad en intuición directa, prescindiendo de los universales de uso corriente; contemplaremos el árbol concreto, sin referencia alguna a sus géneros. No analizo si es pino o palmera; eludo todas las clasificaciones: miro un árbol lozano al centro de un prado; no pienso en otros prados; grabo en mi mente el árbol particular rodeado de su césped, el césped único que estoy mirando, y en particularización semejante recorro los lienzos de los muros que limitan el jardín y subo con la mirada al firmamento. Hay un instante en que mi visión es receptiva como la de la placa fotográfica que retiene el instante único en sus arreglos y sus determinaciones. Pero a diferencia de la placa, ni el panorama ni mi conciencia se mantienen quietos; los dejaremos ir, el panorama y la conciencia, sin pretender consumir el alto definitivo que suponen tanto la cámara fotográfica como los juicios genéricos. Si pienso en el árbol, el prado, las casas, dejo la realidad viva y entro al mundo de las ideas; imito entonces a la cámara fotográfica que es incapaz de seguir el milagro vivo del ser. Un ser que muere cuando se hace abstracción revive sólo cuando esplende singular y concreto.

Para evitar la traducción de mi panorama en abstracciones hago lo que el artista: observo en mi pequeña porción de realidad sus relaciones, sus proporciones, sus luces, y lo que añade al panorama mi emoción, mis recuerdos. Se trata de un conjunto hecho de imágenes y estados de ánimo ligados por varios sistemas de orden: el sistema de la experiencia científica que me dice cómo surgieron las cosas que tengo delante y cómo se relacionan entre sí físicamente. Actúa asimismo todo un sistema moral que establece relaciones entre los objetos y mi conducta. Disfruto además conforme a leyes de belleza, que son el origen del beneplácito que me causa la intervención de mi conciencia en el orden natural que contemplo. Al vivir dentro de lo concreto, con los propósitos de mi voluntad y los goces de mi contemplación que distingue, asimila y ordena, participo de un vivir que a falta de otro nombre he titulado *paradisiaco*, imaginando que así veían el mundo

Adán y Eva antes del pecado. Pues éste, al limitar las facultades de la conciencia, nos obligó a construir esos aparatos de reducción, anteojos para la miopía, que son las voces abstractas que me veo obligado a usar cuando digo *árbol*, nombre que abarca una multiplicidad de vegetales diversos, y lo que quisiera expresar y recordar es este árbol específico y único que es el objeto de mi complacencia.

Añoro entonces un lenguaje que tuviese un nombre para cada cosa (que es lo debido, puesto que no hay dos iguales en la creación) y un infinito de nombres correspondientes al infinito de los seres. La corteidad de mi léxico humano me obliga entonces a abreviar, a simplificar, y como no me alcanza la mente para recordar la individualidad de todas las creaciones de la existencia acudo a signos que al consumir sumas sacrifican la singularidad, la especificidad o individualidad de millones de seres. Repito la voz *árbol* con resignación, porque si con ella doy los elementos esenciales de la estructura de todos los árboles, en cambio por eso mismo no designo el árbol preciso de aquel día y aquella hora. Y digo *hombre* con dolor porque no hay derecho de reducir a abstracción ni el más humilde de los seres, mucho menos al amigo, al vecino, al enemigo mismo. En resumen, me encuentro frente al universo con un mundo que está lleno de expresiones y de motivos, pero sólo dispongo para manifestarlos de unos cuantos signos que abrevian y nulifican las ansiedades de mi conciencia. Y, como el mudo, empiezo a expresarme y uso, por ejemplo, el lenguaje abstracto de la razón, diciendo: "veo un árbol que es un pino, verde, lozano, etc., etc. (con adjetivos todos genéricos), enclavado en un prado". Algo manifiesta este lenguaje de lo que es esencial en el paisaje, pero pronto me convenzo de que no basta la esquemática noticia idealista y pienso en el poema que ante las mismas cosas ensayaría un poeta y en la tela que pintaría un pintor y en la música que extraería del trozo del paisaje un compositor elocuente. Pues todo esto junto es lo que capta en su contemplación este mi yo mudo, pero no lo expresa porque dispone a lo sumo de un lenguaje, y haría falta una como telepatía para revelar con lealtad la más humilde de nuestras percepciones.

Y, a pesar de todo, el pensamiento se detiene en este árbol y en el otro y los distingue e individualiza. Y esto nos lleva a imaginar una mente divina, capaz de recorrer y nombrar cada uno de los seres de la creación y que todo lo designe sin mancillar el estilo con la torpeza

que supone echar mano de los géneros. Dios distingue así sus creaciones y las ordena conforme al amor y la vida y no según los géneros y especies de los botánicos.

Disponer de una palabra para designar cada cosa existente: tal es el don del Verbo. Posibilidad de distinguir la multitud de las creaciones asociándolas a la multitud de las palabras que probablemente sirvieron a Dios para engendrarlas, y todo sin ideas, que son abreviaturas hechas a la medida humana de un conjunto que, aunque infinito, es claro y sencillo para el Creador. Tal es el pensamiento paradisiaco.

Ubicada la conciencia en el Verbo, en directa comunión con los seres y provista de nombres para cada uno de ellos, ya no harán falta términos genéricos ni para hablar ni para pensar. Y en simples términos humanos, ¿quién no ha envidiado la posesión de un lenguaje directo como la telepatía?

El Uno complejo, ¿acaso no lo vieron ya los teólogos así en el misterio de la Trinidad? ¡El Ser Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero! Jamás alcanzó el pensamiento cumbre más alta. Pero estaba reservado a la filosofía de nuestro tiempo explicar, si no racionalmente sí de una manera coherente y, por lo mismo, conforme al espíritu, la esencia misma de la verdad. La verdad es coherencia de pensamiento obtenida por coordinación de conjuntos de hechos y zonas de saber.



Surge de pronto un motivo de vacilación. Si nos desentendemos de los conceptos no podemos ni siquiera pensar. Esto sería exacto si no hubiese en el mundo más que conceptos subordinados al mecanismo dialéctico. Pero a poco de observar advertimos que la realidad misma nos da la sorpresa de que ella no necesita del mecanismo del logos para establecer función y armonía entre sus elementos. Esta armonía la establecen las leyes físicas: por ejemplo, la gravedad que rige las distancias, y así sucesivamente: un conjunto de leyes independientes del logos rige y desarrolla lo concreto. El goce que experimento de contemplar nube y mar no tiene nada que ver con mi raciocinio; depende quizá de misteriosas analogías operantes. Mi alma también cambia de estados y va de la diferencia a la diferencia, sin

perder la coherencia; una coherencia que responde a unidad genética proliferada, pero congruente. Así también el agua del mar y el vapor de las nubes se engendran uno de otro sin conceptos y sin dialéctica, por virtud de procesos que obedecen a leyes físicas independientes.

Procuramos prescindir de ideas que, según enseñó Bergson, fijan el fluir y lo desnaturalizan. Pero ¿seguimos siendo bergsonistas en el sentido de afirmar que la filosofía sólo da horizontes indefinidos como el fluir del acontecer? Seguramente que no. Se pensó así a principios del siglo, pero hoy sabemos que en el fluir no hay continuidad homogénea ni falta de ley. Descubrir las formas del movimiento ha sido la hazaña de la filosofía de nuestro tiempo, particularmente en la rama de la experiencia científica. Hacemos de esta suerte lo que no sospechó Heráclito. Vamos hoy dentro del movimiento como quería Bergson, pero no dejándonos llevar hacia perspectivas indefinidas, sino controlando el sentido y eligiendo la ruta; enterados de que el movimiento es relativo y no absoluto, según suponía Heráclito, y descubriendo al mismo tiempo que si la creación no siempre es lógica sí es coherente de una manera constante.

Nosotros partimos ahora de un sentido de unidad que se define como el Uno Todo, o sea una unidad que nace del todo, lo rige y lo mueve. Unidad operante y no estática, sino dinámica; unidad de función que coordina las partes para realizar propósitos.

PENSAR ES COORDINAR CONJUNTOS

En mi *Lógica orgánica* he procurado explicar de qué manera el hombre moderno y la ciencia moderna ya no se limitan a clasificar, o sea a reducir lo particular a lo general, sino que investigan los procesos de las diversas ramas del acontecer para ponerlos a funcionar como funcionan en la naturaleza. Por ejemplo, en psicología ya no se dedica el sabio a analizar separadamente ideas, sensaciones, reflejos, sino que procura darse cuenta de la forma en que todos estos elementos son utilizados por la vía psíquica. De esta suerte el análisis ha dejado su lugar a favor de la síntesis. Y no hablamos hoy de aquellos elementos homogéneos de la física de hace veinte años (la fuerza, la materia) porque ante nuestra mirada de exploradores no hay sino cosas, subseres y seres, y no aquel

mito equivalente al logicismo de los géneros: fuerzas de la naturaleza. En la naturaleza hay fuerza, pero no suelta ni suspendida en el vacío, sino siempre encarnada en cosas, seres o personas.

No existe como realidad activa un elemento que se mantenga igual a sí mismo sin perderse ni crear y sólo transformándose. Lavoisier está a mil leguas de la ciencia contemporánea, que no registra el operar de fuerzas ciegas homogéneas, sino que constantemente encuentra la energía, pero siempre estructurada o encarnada, o bien, organizada en las conciencias.

A este respecto dice Rusell:¹

La materia no es cosa persistente en estados varios, sino un sistema de eventos interrelacionados. La antigua solidez se ha perdido, y con ella las características que al materialista hicieron creer que la materia era más real que los pensamientos transitorios. En lugar de materia homogénea se reconocen los sucesos heterogéneos.

Todo es ser, en grado menor o mayor, y todo el ser responde a caracteres que es fácil reducir a cohesión. No hay fuerzas sin forma, pero tampoco formas sin concreción. Las objetivaciones conceptuales de los hegelianos equivalen al flogisto de la física medieval. La física proscribió el flogisto y la biología prescinde de fuerzas vitales. Ahora es tiempo de que la filosofía consume la expulsión de toda esa suerte de entes y esencias, "pensamientos en cuanto tales" y valores que son regla absoluta. Los "objetos ideales", y quizá toda la familia ontológica, sobran según nuestras explicaciones.

Hagamos, para terminar este capítulo, dos citas irrefutables:

"Platón deriva las formas del Uno y el Uno es el principio unificador. El Uno está inmanente en las formas, pero es trascendental a ellas, porque no se identifica con ellas." (Copleston.)

Juan de Santo Tomás, citado por Maritain, dice: "Porque para el asentimiento de una verdad no basta la simple aprehensión de los términos; se requiere además la aprehensión del conjunto y de los términos confrontados porque el juicio recae propiamente sobre dicha composición".

Apliquemos estas reflexiones al mundo de los sonidos y de la acción vital.

¹*Outline of Philosophy*, p. 311.

FORMAS DEL CONOCIMIENTO COMO ACCIÓN

Hemos estado pensando con sólo ideas y es menester que la filosofía disponga de los instrumentos del conocer que nos revelan la cualidad. Son éstos el ritmo, la melodía y la armonía. Coordinar es en el fondo armonizar. El pensamiento filosófico ha de llevar a la armonía. Señala Whitehead los siete elementos del *Timeo* de Platón como factores indispensables a la ciencia moderna para explicar la realidad, a saber: materia, fuerza, idea, receptáculo, *psiqué*, Eros y armonía.

Entre estos siete elementos, ¿quién establece, no diremos la unidad, sino la coherencia? Muy sencillo: la conciencia. Un invisible, la conciencia, organiza todo lo visible en beneficio de la persona; otro invisible que llamamos *la vida* rige el cuerpo del hombre y los cuerpos de los animales, así como la actividad de las plantas.

Un invisible mucho más alto rige el proceso universal de electrones, átomos, células y almas conforme a idéntica ley. Según dijo el Dante, más sabio por este descubrimiento que todas las filosofías: "Un mismo amor mueve las almas y las estrellas".

Platón no se planteó el problema de la coherencia entre sus siete factores de la creación. Pero así como juntó en Dios las tres categorías socráticas (verdad, bien y belleza), es fácil suponer que confió en Dios la tarea de unificar los disímiles factores de la existencia: materia, forma, *psiqué*, logos, armonía, Eros, etc. Nosotros no decimos *unificar* sino *coordinar*. Si la realidad es coordinación de elementos activos estructurados, la verdad tiene que ser también un proceso de coordinación funcional viva e inteligente más bien que el hallazgo de una coincidencia del término medio de dos o varias premisas. En vez de la obvia, aunque a veces complicada, verdad de igualdad que dan las ecuaciones matemáticas, el filósofo busca la coordinación de la desigualdad para el logro de las armonías superiores del existir.

La conciencia o la *psiqué* unifican de esta suerte para crear, para vivir y pensar, pero ¿quién realiza la unificación coherente del universo? ¿Un elemento sensible como el agua o el aire, según creían los físicos? ¿Un concepto, como imaginaron los eleatas y más tarde los idealistas? Platón tuvo que olvidarse de la teoría de las ideas para señalar a Dios como aquel a quien se unen verdad, belleza y bondad,

pero no pudo dar el salto necesario que consiste en transformar el Uno de Parménides en el Dios personal del cristianismo.

La teoría del pensamiento como coordinación, a diferencia de la teoría clásica del pensamiento como abstracción por reducción, nos conduce a reconocer un máximo ser, una última existencia que no es ni como la sensibilidad ni como la inteligencia ni como la voluntad, porque es todo esto, pero no expresado en sumas ni ecuaciones, sino como una conciencia absoluta que rige y sostiene los mundos.

EL SECRETO DEL SONIDO

El silencio es al sonido lo que la luz blanca al color. De la luz natural salen todos los colores cada vez que opera el sortilegio del prisma. Del silencio emergen sonos cada ocasión en que los seres o las cosas se mueven y chocan. De la entraña del silencio arrancan gritos de angustia o acentos de dicha y esperanza los seres vivos siempre que se agitan y actúan.

En vez de la nada del sonido, su negación, el silencio, es la matriz de todos los clamores. Sin silencio no habría notas, así como no habría colores si no existiese la luz. Y así como la luz es armonía y fusión de todos los colores, el silencio es armonía y cohesión de todos los sonidos. Se equivocaron los pitagóricos al afirmar que la música de las esferas suena: la música perfecta es silencio, tal y como el color se disuelve en la armonía que es luz. La armonía cabal es silencio.

No hay en la suma de los colores o en la síntesis aplacadora de los sonidos, que es el silencio, ningún resabio de la unificación de tipo abstracto, de identificación. Las notas, los tonos diversos, los sonidos diferenciados no se reducen, como si fueran casos particulares de un mismo género, a una sola esencia que sería el sonido. Entre sí y dentro de sus conjuntos, las notas y los colores son individuaciones; no es posible traducirlas unas a otras, ni siquiera conceptualmente; para desarrollo de color o sonido es indispensable que subsista cada uno (la nota y el color) fieles a sí mismos. Las imágenes rápidas que usa el cinematógrafo son invariables; de otra manera no engendrarían la traslación que, por continua y diversa, es creadora de algo que simula vida. El movimiento gráfico significativo nace de una concurren-

cia de heterogéneos, no de la suma de sus partes. El orden que, sin embargo, liga colores y notas es muy distinto de un común denominador cualquiera. Si los colores no se conservasen auténticos no engendrarían la maravilla de la luz; si las notas no poseyesen estructura vibratoria invariable, su entrecruzamiento armonioso no engendraría la ventura del silencio. Se trata pues de fusión y unión de tipo no discursivo sino armónico; no analítico, sintético; no aditivo sino heterogéneo y coherente.

EL MÉTODO DE LA COORDINACIÓN

El problema de la unificación de los heterogéneos lo vengo tratando desde hace años. En mi *Estética*, publicada por el 1937, apunté la solución que sigue y es la base de lo que llamo *filosofía estética* o *filosofía de la coordinación*. Consiste la solución en afirmar que elementos que no pueden ni deben reducirse al denominador común que suponen la abstracción y la lógica se pueden manejar, sin embargo, ordenadamente gracias a las formas que conocemos con los nombres de *ritmo*, *melodía*, *armonía* y *contrapunto*. El ejercicio de tales formas estéticas obedece a un sistema de acción que englobo bajo el nombre de *a priori estético* por analogía con el *a priori* mental kantiano. Pero señalando que el *a priori* estético nos lleva a un modo de pensar por concierto o concurrencia de intenciones y significaciones diferente totalmente del discurso.

Por este mismo camino llegué a la tesis que aparece en mi *Lógica orgánica*, publicada hace unos tres años, en la cual afirmo que pensar, para el hombre moderno, ya no es reducir lo particular a lo general, sino que pensar es *coordinar conjuntos*.

Un ejemplo ya expuesto en mi *Lógica orgánica* define la posición que adoptamos.

Al decir *hombre* no consumamos hoy la operación discursiva clásica: "hombre, caso particular del género humanidad"; no referimos el individuo a su género, sino que pensamos en el hombre como cuerpo vivo racional, o en el hombre como miembro de la sociedad, o en el hombre como ser de destino, un alma; o como el hombre compuesto bioló-

gico, cuyos caracteres nos darán la física y la química, etc. En resumen, en torno al hombre vamos deslindando una serie de círculos o zonas de realidad, sujeta cada una a leyes propias: la ley de la física, la ley de la química, de la lógica, de la moral, de la literatura. El pensar entonces opera ligando zonas de experiencia, conjuntos de conocimiento: el de la física, el de la química, etc. Tomado separadamente, cada uno de estos conjuntos es homogéneo en cuanto a las leyes de su acción; observado dentro de la totalidad "hombre", su función es heterogénea. No pueden ser reducidos unos a otros los distintos conjuntos; no los podemos unir por medio de simplificaciones como la de la aritmética o la abstracción. Mentalmente los unificamos, pero no por relaciones ónticas o lógicas, sino por la conexión que entre sí revelan de hecho. En efecto, el existir físico no se puede explicar sino mediante las leyes de la física y la química, a su vez la biología obedece a leyes diversas aunque no independientes de las fisicoquímicas. Enseguida, para juzgar al hombre consciente entran en juego las determinaciones del espíritu, tales como la lógica, la poesía, la religión. Todo esto nos obliga a reconocer un todo que no es caos sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto. ¿Se trata de un orden de armonía y proporción movido en último extremo por Eros? Probablemente, pero esto como meta final. En la realidad que nosotros percibimos la ley del conjunto nace de las relaciones de hecho de los conjuntos parciales: la física en sus relaciones con la química y éstas con la biología, etc., etc. La ley de la integración última coincide con la meta final de la acción.

La unidad de tipo abstracto matemático resulta todavía más inepta cuando pasando de lo corpóreo asistimos a las operaciones propias del espíritu; son éstas de tipo comprensivo, integrador, como la actividad que da vida a los conjuntos. El pensamiento de esta suerte se identifica con el funcionamiento de los heterogéneos. La síntesis filosófico-estética, en consecuencia, se halla en el polo opuesto de la operación desintegrante, separativa e inerte, que es necesario ejecutar para entender por análisis. El pensamiento coordina emparentando los movimientos, buscando en ellos la armonía y la meta de la acción combinada que persigue el conjunto. Y en cada conjunto se revela un existir renovado que deja intacta la individualidad de cada una de las partes, y éstas por concurrencia engendran todos parciales que las superan y les dan finalidad. En forma simplificada podemos observar la naturaleza

de la coordinación, la coherencia, en el caso del contrapunto musical. Sin despersonalizar las notas, las voces, el contrapunto engendra con ellas una composición, un significado, un mensaje rudimentario o alto. La filosofía tiende a descifrar la composición del universo para expresarla en contrapunto de sabiduría.

Consideremos el enigma del todo concebido como un contrapunto de contenido universal. Todo, así, no es "la abstracción de las partes" según la vieja definición. No es tampoco la suma de las partes. El todo es más que sus partes. Un todo es el conjunto de las partes y el resultado de la interacción de partes que son, cada una, elementos internos activos. Alcanzamos de esta suerte la percepción directa de conjuntos dinámicos, vivos. Un todo congruente, como los que se dan en la existencia, es un sistema animado que añade intención y propósito al ser de las partes. Por su combinación, las partes logran lo que no podrían consumir por sí solas. De suerte que en el todo se enriquecen las partes. Así, por ejemplo, la sociedad enriquece las potencialidades de sus individuos. En cada todo orgánico las relaciones complejas de las partes concurren al propósito que es inherente a cuanto existe. El hombre es un todo complejo que rebasa el concepto de la unidad abstracta. Secciones enteras de su persona quedan fuera del discurso. Tampoco lo abarca la sensación: la sensación nos revela una potencialidad del ser. Sin embargo, el hombre no es dispersión; en su esencia opera un instrumento dedicado específicamente a la labor de unificación por integración y coordinación; ese instrumento es la conciencia. La conciencia recibe en su seno el reflejo de las cosas y los seres y sus relaciones; lo ordena todo según las determinaciones de cada género de existencias y le da sentido hacia lo Absoluto. La conciencia, insertada en el devenir universal, lo aclara mediante el conocimiento; lo enriquece y orienta por la intervención de su voluntad. El universo por su parte es pluralidad que se unifica en torno de la conciencia divina y en ella encuentra integración y sostén. De esta suerte Dios es la conciencia del mundo. Pero la conciencia, tanto en el hombre como en Dios, es más que discurso y sensación: es coordinación que mantiene un existir asentado en la armonía e impelido por el amor.

Reconocemos en consecuencia un todo que no es caos, sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto, sino orden existencial de ar-

monía y proporción, como el de los colores o los sonidos, pero inmensamente más vario. Tan complejo que sólo podemos unificarlo por armonía de afinidad en cuanto al fin último. Y no hay otra manera de concebirlo que por coherencia y coordinación. El centro vivo de todas las coordinaciones es el Creador del universo. En Él se opera un tipo de unificación que deja intacta la individualidad, la personalidad de cada una de las partes del conjunto, así se trate de un conjunto tan vasto como el propio Universo.

El hombre es un nódulo que recibe en su seno el cosmos y lo transfigura en dirección de lo Absoluto, al mismo tiempo que en su conciencia descubre el germen que le dará ciudadanía en el universo de lo invisible. Por su parte, Dios unifica con su persona, su conciencia, el Universo que es su creación.

EL TODO

En consecuencia, la verdad filosófica no es asunto de sumas y restas. Decir que el todo es la suma de las partes es confundir la teneduría de libros con la filosofía; el total del contador con el todo de la creación. La verdad es problema de funciones y proporciones dentro de un conjunto de seres activos. La verdad lógica se resuelve en relaciones numéricas, en relaciones de extensión y cantidad; pero la verdad viva, la que salva, es asunto del modo de operar de la realidad y problema de orientación de un destino. Esto ya no es sólo problema racional y lógico: es problema de conocimiento de los seres y del propio ser y las relaciones de las partes entre sí y en su relación con el todo. *Coordinar* es hacer contribuir a un propósito a elementos y realidades disímiles, insumables, irreductibles, sin embargo, capaces de colaborar para un fin. Lo que cada todo parcial aumenta a la suma de las partes es la aparición de propiedades nuevas que los arreglos atinados provocan. Ejemplo: las propiedades del agua no están implícitas en sus componentes hidrógeno y oxígeno; son propiedades que exceden a las del oxígeno y el hidrógeno aislados. Hay combinaciones que resultan malogradas, otras quizás inferiores a sus componentes; pero en todo caso hay variación de calidad: siempre un todo orgánico es algo diferente de una suma.

UNIDAD Y VERDAD

La unidad es distinta de la verdad, aunque el problema de la unidad guarda estrecha relación con el problema de la verdad; pero la verdad supone diversas maneras de unificación.

Como resultado inicial podemos aceptar la tesis clásica que define la *verdad* como acuerdo de pensamiento y realidad, cosa y concepto, mundo y conciencia. La verdad como correspondencia rigurosa de idea y realidad es una consecuencia de la teoría de las ideas y enseguida del logicismo, el conceptualismo que acaba por desatenderse de las cosas y de la vida. La teoría platónica de las ideas no suponía identidad entre idea y cosa ni sólo postulaba ideas. Quería que la idea fuese un modelo al cual la realidad aspira sin alcanzarlo. En este sentido el platonismo es fecundo. Deja de serlo cuando se interpreta como Hegel: que el "ser es la idea"; *ser es, en todo caso, una coordinación de elementos que poseen concreción y propósito*, y la verdad es coordinación de lo diverso. Hace falta asimismo distinguir entre la verdad pasiva, que es la de la adecuación de cosa y pensamiento y la verdad activa, que supone un constante acierto en la combinación de lo vario.

El desarrollo escolástico, fundado en la teoría aristotélica de forma y materia, condujo a la definición: que la verdad es *adequatio rei et intellectus*. En realidad esta doctrina sólo puede aplicarse rigurosamente al conocimiento como idea. Sólo puede haber identidad entre mi idea del triángulo y la definición del triángulo; nunca hallaremos identidad entre la idea del triángulo y los triángulos que pueden manifestarse en la naturaleza. Desde que nos hallamos en el terreno de los hechos, las verdades abstractas, las verdades de razón se aplican a los hechos, pero sólo relativamente. Recuérdese a Poincaré y su insistencia sobre la imposible identificación de las ecuaciones matemáticas con los fenómenos que estudia la ciencia. En ellos siempre hay mucho que escapa a la matemática. Eso que escapa, la calidad, es lo que intentamos captar en la filosofía de la coordinación. En la doctrina de la correspondencia la *verdad* se define como acuerdo de realidad con idea. Pero queda fuera el capítulo de la interrelación, interacción de los hechos entre sí y de éstos con las ideas y las representaciones que ellos mismos engendran. Además, contra lo que supone el intelectualismo, entre los hechos hay acciones y reacciones que no dependen de

exigencias conceptuales (por ejemplo, cualquier fenómeno físico), al revés de los conceptos que sólo admiten relaciones lógicas. Aparecen así dos mundos diferenciados por las leyes de su existencia y desarrollo. El mundo conceptual se desenvuelve dialécticamente. El mundo de los hechos se desarrolla genéticamente (conforme la razón suficiente de Leibniz) o según la causalidad o la finalidad. Estos dos desarrollos han dado origen a las dos lógicas hasta hoy deslindadas: la deductiva y la inductiva. Y nosotros, en nuestra doctrina de la coordinación, buscamos las leyes de un tercer desarrollo, o sea, *el que combina los heterogéneos sin sumarlos o reducirlos a denominador común, sin simplificarlos en busca de unidades abstractas que no corresponden a lo que realmente existe o sucede*. Sin encerrarnos en la simple observación de lo que ocurre *de facto*, pretendemos nosotros consumir una síntesis de heterogéneos dentro de la cual hallen cabida la verdad dialéctica, la verdad experimental y un nuevo tipo de síntesis: el propio de la conciencia que pone en ejercicio la plenitud de sus facultades. Esta operación consciente, llámese *intuición* o como se quiera, sirve para que nos demos cuenta del movimiento creador que opera en cada punto del universo. Esta operación coordinadora obedece a lo que llamamos un *orden estético*. En él se integra la pluralidad a fin de que podamos pensarla sin falsificarla en abstracciones, sino tal cual es: diversa, activa y coordinada. No hay otra manera de entender la realidad. No es legítimo identificar idea con realidad. Las cosas no nos llegan a la conciencia del mismo modo que las ideas ni con parecida certeza. Las conocemos por experiencia, que se nos manifiesta como representación siempre variable por estar subordinada a los cambios de sensación y memoria, sin embargo, sujetas a leyes. Las leyes propias de las cosas, ya sean causales, ya estadísticas, no son necesarias como lo son las de los conceptos; lo que prueba que en el universo no hay necesidad sino divina y creadora espontaneidad, muy lejos de la verdad formal que acaba identificando el hecho con la abstracción, reemplazando realidad viva con el mundo inerte de los entes. Mírase entonces patente el error de explicar la realidad por caminos unilaterales, ya sea el del discurso, ya sea el de la sensación. Ni siquiera coinciden ambos entre sí, aparte de que no abarcan todo lo que llega a la conciencia. El todo complejo que es el hombre no encuentra su unidad ni por medio de la mente lógica y su principio de identidad ni por la vía de la sensación y su provisio-

nalidad. El hombre deriva unidad y certeza de su conciencia, que es la madre del conocer y también inserción de lo fijo de los principios, los *a priori*, en la corriente misteriosa del devenir.

Consecuencia de lo dicho hasta ahora y lo que vendrá después es que postulamos una filosofía sin entes, propiamente sin metafísica. No reconocemos encima ni abajo porque todo es divino en su origen y proporcionado, conforme a su situación, dentro de una existencia que abarca todos los lugares en la infinitud del tiempo. Filosofía de hechos pensados según la manera en que los hechos aparecen, se desarrollan y cumplen. Lograremos así una filosofía del vivir real y concreto, sin conceptualismos deformadores. Constantemente *filosofía* ha estado equivaliendo a destrucción y exclusión: se suprime al individuo para pensar en el universal; se maneja el concepto y se deja la realidad "entre paréntesis". Nuestra filosofía usa el universal para mejor determinar al individuo; lo aprovecha como instrumento estructural indispensable para plasmar como ser de existencia, pero en vez de darle la espalda a la realidad entra en ella confiada en que ha de hallarle significación y armonía.

La verdad es como el diamante: sus caras, dirigidas a planos distintos, recogen la claridad de todos los rumbos para lograr brillo y firmeza. Lo que sólo en un plano se desenvuelve es pobre y, por fortuna, falso.

La causa de la estrechez de ciertas filosofías contemporáneas procede de la limitación que impuso Descartes a la noción del *ser*. Aun desde el punto de vista de la visión, la conciencia es poliédrica. Postuló Descartes pensamiento y extensión y nada más, con lo que divorció la filosofía de la vida, que es lo mismo que divorciarla del ser. El poeta percibe la unidad de las cien facetas del diamante y lo infinito de los factores que en el universo concurren a la armonía. Y la armonía es la estructura del todo de la existencia. El filósofo poeta ordena la pluralidad sin menoscabo de sus partes, siguiéndolas en su funcionamiento significativo y creador. De allí que el verdadero poeta atine mejor que el filósofo idealista en la tarea de lograr una concepción coherente de la vida. Y sólo es filósofo en grande quien alcanza una visión universal de tipo poético cuya norma no es el discurso, sino el orden creador que se desenvuelve según las formas del ritmo, la melodía y la armonía.

EL PROCESO DE LA COORDINACIÓN

La doctrina de la coordinación encuentra sus orígenes más remotos en el hecho de que la conciencia en su despertar no atiende a una sola cosa, ni siquiera a varias cosas aisladas y particularizadas, sino a todas las cosas, sus relaciones, sus conexiones. El primer esfuerzo mental es el de comparación entre el yo que piensa y los objetos externos que son diferentes de él. La conciencia los reconoce como diferentes, pero nunca como ajenos a nuestro yo; la convicción de que podemos actuar sobre las cosas, aprovecharlas, dirigirnos a ellas o defendernos de ellas y eludirlas es tan elemental en el pensar como la visión misma y la representación que nos particulariza cada objeto. Todo conocimiento va acompañado de un significado atribuido al objeto, ya de afinidad, ya de repulsión y diferencia. El próximo salto del juicio es el que reconoce la interacción de las cosas entre sí, ya no con relación directa a nuestra persona. De esta suerte, en todo pensar, aparte del elemento del *cognoscere* primitivo (que viene de “agarrar”, “apoderarse de algo”), aparece también un sentido de posibilidad en cuanto al uso o la relación que podemos establecer con lo percibido. Aparece también la noción de las relaciones entre las cosas mismas. En cada caso pensamos siempre dentro de un sistema. Averiguar el engrane y el operar del sistema es tan necesario como deslindar sus elementos. Conocemos por síntesis antes que por análisis. La operación de la síntesis consiste en una coordinación, para tal o cual fin, de los datos captados por la conciencia. El análisis que descompone esos datos es fecundo cuando sirve para formular mejor la síntesis. Un pensamiento que se conforma con el análisis no es un pensamiento filosófico. La síntesis es la operación capital del filósofo. El desarrollo de la síntesis aprovecha los principios de la razón. El principio de identidad, trasunto de la permanencia de nuestro yo consciente, nos lleva a distinguir las cosas para referirlas enseguida al yo permanente que se supone idéntico a sí mismo. Pero como todo lo que existe cambia, incluso nuestra propia individualidad, la filosofía eleática no es otra cosa que un escape hacia la ficción de la identidad. Ya para conquistar certeza la identidad tiene que refugiarse en la simpleza del A es A y no B, principio que es válido sólo para las creaciones mentales que son las ideas, nunca para las cosas y los

seres que poseen existencia real. La identificación que postula la mente lógica no corresponde rigurosamente a la realidad porque no hay en la naturaleza dos seres, dos estructuras, dos organismos exactamente iguales. La identidad es una ficción necesaria al intelecto, contraria a la naturaleza y también al espíritu que por doquiera plasma según heterogeneidad. Y si no hay identidad rigurosa entre los objetos concretos, menos aún la hallamos en los sujetos del pensamiento. La identidad en cada sujeto sirve para sostenerlo en la afirmación de su unicidad, singularidad: soy yo diferente de todo lo demás de la existencia y no hay otro igual a mí exactamente, y no pueden consumarse en mí sino identidades de concepto. El único que soy es el testimonio de la infinita variedad de seres análogos, que ni quieren ni pueden resolverse en abstracciones como las esencias o los entes de los metafísicos. Fuera del conceptualismo, el principio de identidad tiene que transformarse en experiencia del yo frente al tú, del yo frente a la pluralidad.

SUMAR ES IDENTIFICAR, PERO NO ES UNIFICAR

El concepto define la cosa, le otorga figura asequible al espíritu, pero el mal está en que pronto se olvida el residuo de significado que no marca el concepto. Este mal de origen viene de la tendencia matemática de reducir las cosas a común denominador. Esta operación sirve para sumarlas; a la filosofía no le importan las sumas: quiere enterarse del mundo como es en su constitución íntima, sus leyes, su orden peculiar, su armonía y su afán que se expresa en odio y amor. Las sumas nos dan identidades que ya sólo interesan dentro de la cantidad. En su operación final de las ecuaciones, la matemática, según lo ha demostrado ampliamente Meyerson, no hace otra cosa que formular identidades. El tipo de unidad que la filosofía debe alcanzar es muy distinto y se parece, más que a la matemática, a las unidades de sentido que da el lenguaje; a las unidades como armonía que engendran los sonidos en la música y los colores en la luz.

Los conceptos se unifican por abstracción que elige ciertos caracteres para construir un género y elimina otros que a menudo son esenciales. Los individuos, los seres, se unifican por vía de relación congruente puesto que no es legítimo prescindir de uno solo de ellos.

Para el pensar estético, cada cosa y aun cada propiedad de las cosas ha de mantenerse individualizada y única. De otra manera el conjunto a que cada cosa pertenece no podrá funcionar según capacidades y jerarquías. Se trata de un funcionamiento que no es posible expresar con ecuaciones. Para la filosofía de la coordinación, la identidad de cada ser y cada cosa es única e indisoluble con respecto de todo lo que existe: igual a sí mismo, diferente cada uno de los demás. Se advierte enseguida la diferencia radical que separa este tipo de identidad: persona, una en lo vario, y la identidad abstracta que suprime lo vario y su derecho a persistir ante la conciencia. La abstracción iguala los unos que son por esencia inigualables. El principio de identidad afirma que A es igual a A . Esto es un postulado aplicable sólo a las abstracciones. En el mundo real cada A es A y no es idéntica a ninguna otra A , menos a una B cualquiera. Cada ser es único en su textura, en su función y en su destino. Y sin embargo, podemos pensar juntos, sin esfuerzo alguno, a todos los seres: los pensamos siguiendo con la imaginación el ejercicio regulado y ordenado de sus concreciones y sus interdependencias. El secreto de este pensar se manifiesta en la experiencia ordinaria y en la experiencia científica. Para organizar la experiencia hemos menester de las formas mentales, las categorías, pero como instrumentos de conformación y de medida. Se sale de la experiencia y se cae en el error conceptualista cuando convertimos formas, conceptos, categorías, en fetiches o ídolos del conocer; entes falsos, porque la creación consiste de una variedad de criaturas ligadas por sus actividades y sus propósitos. De esta suerte el principio de identidad caracteriza a la criatura, pero sólo la afinidad y la armonía nos permiten concebirlas a todas en la realidad de su vivir. Y en ella cada cosa es lo que es y no lo contrario. Al revés del que diga que todo es uno y lo mismo.

Tomemos un ejemplo: 2 más 2 igual a 4 ; esto es cierto sólo cuando sumamos los entes que son cada número. En el momento en que manejamos cosas la situación cambia radicalmente. Aparte de la identificación que supone el decir *dos manzanas* y *dos manzanas son cuatro manzanas*, sabemos que la chispa y la pólvora pueden sumarse diciendo que son dos cosas. Pero enseguida advertimos la futilidad de reducir chispa y pólvora al género *cosas*. Nos consta que el efecto de combinar chispa y pólvora es la explosión. Ni el proceso ni el resultado tienen que ver con la suma. Elementos heterogéneos, dispa-

res, al reunirse producen efectos inesperados que podrán ser objeto de medidas expresadas en fórmulas, pero que no deben su origen a la combinación formal, matemática, sino a las cualidades heterogéneas de la pólvora y la chispa, o del rojo con amarillo, que producen efecto agradable. Tampoco se puede sumar rojo con amarillo. Para expresar la liga abstracta y numérica de los dos heterogéneos *rojo* y *amarillo* decimos que son dos colores; pero el artista no se conforma con la obvia definición genérica; ya se sabe que son colores. Lo que le preocupa es la cualidad que hace fecunda la combinación de los colores. Reducir uno al otro, según procedimiento abstracto, es imposible sin prescindir de las cualidades de ambos; combinándolos de hecho se nos da la novedad de que engendran el anaranjado, etc. Exponer los colores, oponerlos para lograr efectos de armonía es la tarea propia del artista. Lejos de reducir un elemento a otro, el artista se apega a sus diferencias: el rojo ha de seguir rojo y el amarillo, amarillo. Pensamos así el mundo enriquecido de la realidad y dejamos a un lado el mundo empobrecedor de la abstracción.

FILOSOFÍA COMO SIMPLIFICACIÓN Y FILOSOFÍA COMO ARQUITECTURA

La filosofía comienza con un esfuerzo de reducción de la pluralidad a la unidad. Encontrar un elemento al cual pudiesen ser asimilados todos los cuerpos, todas las apariencias, fue la ambición de los primitivos filósofos. Tales creyó haber resuelto el problema cuando afirmó su tesis de los cuatro elementos constitutivos de la creación, que creyó poder reducir a uno solo afirmando "todo es tierra". Después de Tales, Anaxágoras modifica la solución cuando afirma que "todo es aire", y más tarde Heráclito asentaba "todo es fuego". Y si de los físicos pasamos a los eleatas veremos que la tendencia es la misma: encontrar una unidad a la cual pueda referirse todo lo existente, todo lo cambiante. Al advertir que los hechos cambian pero la idea subsiste surge el idealismo, que no es otra cosa que el mismo esfuerzo de reducir lo plural a lo uno; en este caso la idea representa un uno de apariencia inmutable. En este uno, la idea inmutable, se fundará todo el idealismo sin adver-

tir el mal de origen que consiste en reemplazar las cosas reales o seres vivos con un ente que no tiene otra virtud que su ficticia inmutabilidad. La idea del *triángulo* no cambia, pero un universo compuesto de triángulos abstractos, de ideas inmutables, es un universo falso que, sin embargo, es capaz de un desarrollo natural, desarrollo científico que es el de las conexiones lógicas entre los conceptos. A base de conceptos fijos y de relaciones lógicas se ha construido una filosofía ya milenaria, sumamente ingeniosa y que divierte a determinados espíritus teóricos, pero que no corresponde ni a la realidad del universo externo ni al misterio de la conciencia humana y sus destinos. El descubrimiento pitagórico del número como esencia de los seres y su consecuencia obligada de que las relaciones numéricas, la matemática, explicarían el proceso del mundo real, debe ser visto como otro ensayo fallido. Desde hace tiempo sostenemos que la fecundidad del descubrimiento pitagórico no está en el número que se desenvuelve según sumas y restas infecundas, en ecuaciones obvias, sino en haber hallado que todos los movimientos de la creación obedecen a un ritmo cuyas leyes no son matemáticas, aunque a veces sean susceptibles de determinación matemática. A través de la historia de la filosofía ha subsistido la división entre la realidad plural, por un lado, y por el otro unidades ficticias de tipo abstracto a partir de las cuales se hacen metafísicas según las leyes de la lógica o del cálculo matemático, pero inadaptables a la realidad del universo. Propiamente, ni siquiera nuestra conciencia puede ser subordinada a las leyes de la lógica o a las leyes del cálculo matemático. Y es porque en la creación se nos manifiestan series de procesos. Cada uno de estos procesos obedece a ley propia, y el afán de unificar en el sentido de reducir un proceso al otro, de identificar un elemento con otro elemento, ha sido siempre y seguirá siendo un afán bastardo. La filosofía no busca identificar lo heterogéneo; no es una aritmética que para sumar precisa reducir las cantidades a un común denominador. La filosofía es un ejercicio que comprende algo más que la cantidad. Sólo la cantidad es reductible a términos matemáticos y a términos lógicos, no así la calidad. Y tanto el mundo exterior como la conciencia del hombre están hechos con elementos y variantes de cualidad.

El error fundamental de los filósofos ha sido, en consecuencia, desentenderse de la calidad, que no se somete a sus esquemas, o reducir la calidad a cantidad para darnos sistemas de pensamiento en los que la rea-

lidad y la vida misma parecen sacrificadas, subordinadas a esquemas de cantidad y de lógica. De ahí la insuficiencia de la filosofía a través de su historia, porque la conciencia del hombre no se resignará nunca a prescindir de la cualidad. En la cualidad encontramos no sólo la esencia de cada existencia, sino la ley de su determinación y de su desarrollo. De aquí también la antítesis que ha perdurado entre el temperamento del filósofo, por regla general del teórico que se satisface con abstracciones, y el temperamento del artista que exige comprender sin destruir, comprender en su integridad un universo que posee más contenido que el que cabe dentro de los casilleros de los filósofos. Hay en la filosofía figuras excelsas, como la de Platón, que reconocía la necesidad de una filosofía de cualidades, una filosofía de concierto y no de exclusiones. Por desgracia, lo único que de su obra pudieron entender la mayor parte de sus continuadores fue la teoría de las ideas, teoría que en Platón no pasa de ser una hipótesis agradable, nunca una explicación de conjunto.

Pero hay además en la filosofía una figura poco recordada y que hoy se nos aparece como precursor y maestro de esta filosofía que llamamos *de la coordinación*. Se trata del único filósofo antiguo que se rehusó a explicar el mundo convirtiendo lo blanco en negro y viceversa, sino que procuró hallar el elemento superior, una ley o un orden dentro del cual se expliquen lo blanco y lo negro sin dejar de ser negro y blanco. En suma, abordó la pluralidad sin reducirla a falsas unidades, sino en su directo y vivo esplendor. No pretendió reducir el color al sonido ni lo humano a lo subhumano o lo divino, sino encontrar la conexión no sólo inteligible sino sensible y estética que otorga su sitio y aprovecha para las finalidades superiores de la existencia cada una de las criaturas del universo.

El antecesor a que nos referimos, antecesor de esta "filosofía de la coordinación", es nada menos que Empédocles.

Empédocles

El gran predecesor de los que hoy postulamos la filosofía como coordinación es Empédocles. Él habló, el primero, de que: es la combinación de los elementos el secreto del ser. Dijo también Empédocles: "No intentes reducir la calidad". Una filosofía de calidades es la nuestra, en oposición a las filosofías abstractas que, para generalizar, prescinden de las calidades y los caracteres que singularizan a los seres.

La matemática no discurre si previamente no reduce las cosas, los predicados, a un común denominador. Pero la filosofía, integración cabal en cantidad y calidad, personalidad y destino, tiene que concebir los seres en su integridad. Para ello se atiene a las relaciones de la armonía y la desarmonía. La filosofía quiere enterarse del mundo tal cual es en su integración cabal de estructura y sustancia, en su realidad de seres que poseen caracteres irreductibles a otros. No hay entre estos seres común denominador posible como no sea el de la existencia.

La idea de fijeza implícita en el uno abstracto sedujo a las mentes más preclaras, que imaginaron haber resuelto el jeroglífico filosófico sin advertir que al desarrollar ideas fijas (sólo ideas), al hacer platonismo incompleto condenaban a la filosofía al divorcio de realidad y concepto, vida y ficción.

Desde entonces la filosofía será juego de conceptos desligados de los seres; fantasmagoría de entes sin posesión del ser; pesadilla de estructuras que flotan en el vacío y son declaradas eternas, pero a cambio de quitarles lo que es esencial en el ser: la potencia que lo hace cambiante, progresivo, real, jocundo y fecundo. Frente a esta inexplicable falsificación, el artista se ha quedado perplejo y su obra ha sido tanto más fecunda cuanto más se ha apartado de una filosofía que como tal filosofía es falsa.

La verdad, entonces, es armonía de pensamiento y realidad. Tengo sobre la mesa dos peras y dos manzanas y pretendo informar de ello en lenguaje genérico: diré entonces que están allí cuatro objetos, cuatro frutas. En este momento dejo de ser filósofo si por *filosofía* se entiende sabiduría de conjuntos específicos, conocimiento de la multitud de las cosas conforme el orden que las hace existir. Al decir *cuatro cosas* confieso el fracaso de la razón, el fracaso de la abstracción. No quiero hablar de cuatro cosas; mi verdadero deseo es traducir al lenguaje la placentera realidad de las dos manzanas de tamaño desigual, de color peculiar; las dos peras de lustrosa corteza apetecible. Tantas preciosas particularidades que se contienen en cada cosa tengo que sacrificarlas para decir: "cuatro objetos". Si esto es hablar filosóficamente hay que renunciar a la filosofía, y sin embargo ésta ha sido la filosofía: un sistema de esquematizaciones, falsificaciones de la realidad. Sostengo que el modo de expresión del artista, que pinta las manzanas según el consejo de Empédocles ("sin sacrificar la cualidad"), reproduciendo en imágenes la calidad, es más filósofo que el del intelectualista que lo reduce

todo a entes y números. El lenguaje de imágenes se sobrepone, cuando interviene el artista, al lenguaje de las ideas abstractas, y con ello la expresión se perfecciona, se complementa. Afirmino que el filósofo ha de ser el intérprete de todas las expresiones: la conceptual, la pictórica, la musical, la expresión sentimental derivada de las conexiones de la cosa o el ser con nuestra vida. Para lograr esta suprema síntesis no basta la razón; hacen falta los aparatos varios de que dispone la conciencia para conocer, aparatos que quizá se reducen a las tres categorías: *a priori* mental racional; *a priori* ético constituido por juicios de valor; *a priori* estético, que responde a las formas estéticas específicas: ritmo, melodía y contrapunto. El contrapunto, ya lo hemos dicho, es el silogismo de la estética, pero no equivale al silogismo; no puede ser reducido a silogismos pues es como la realidad: armonización de lo diverso.

Para que tornen a colaborar filósofos y poetas es menester recordar que, en definitiva, la función del pensamiento es ordenar. Pero no sólo se ordena por géneros y especies (lo que da “un ordenamiento conceptual”). Se piensa ordenando conforme las afinidades y relaciones que las cosas mismas y los seres manifiestan según su constitución interna y sus relaciones recíprocas.

De donde resulta que esta filosofía estética que postulo, lejos de ser confusa, aclara la confusión. Expresa la cosa en sí, el elemento irreductible a razón. El irracional que otros filósofos dejan sumergido en tinieblas nosotros lo deslindamos según categorías específicas: las categorías de la estética. El orden de la belleza se construye en nuestro sistema según el ritmo, la melodía, la armonía y su finalidad. La finalidad se revela juzgando con la inteligencia y con la ética y la estética. Se alcanza así la finalidad absoluta que es Eros, divino amor que se organiza en formas de armonía dichosa y eterna.

FACTOR DE COORDINACIÓN

¿Cuál es el tipo de unidad que alcanza nuestra filosofía? Una unidad no matemática, una unidad compleja pero activa y organizada: la unidad que da a nuestro vivir la conciencia. La unidad que se encuentra en la acción en vez de la unidad de lo inerte.

Hay en la conciencia una raíz de orden sobrenatural. En ella lo natural es participación, no es origen. La conciencia es un compuesto trino y uno de pasado, presente y futuro: memoria, atención y previsión; al mismo tiempo quietud y movimiento; a un tiempo, noción de cambio y certidumbre de fijeza. Este contrasentido original es la causa de todas las perplejidades del pensamiento y todas ellas se aclaran según la coordinación, que nos permite concebir pasado, presente y futuro en simultaneidad de tiempo y unidad de conciencia. La vida es acción, pero en las tres etapas del verbo: pretérito, presente y futuro, un caso más de las determinaciones trinitarias que rigen a todo lo creado y que como todos los casos similares se explica por la simultaneidad de la visión eterna, simultaneidad que también se llama *armonía*. Trino es el primer sistema impar y conforme a él se construye todo lo que tiene existencia. Por eso la verdad, toda verdad, es trina y no una; por eso también la verdad es coordinación, no identificación ni abstracción.

Si reducimos la cambiante fantasmagoría de la conciencia a su elemento fijo haremos idealismo y llegaremos a la absurda conclusión hegeliana de que "el ser es la idea"; si nos quedamos con el cambio caeremos en el escepticismo de Heráclito, que declara imposible la verdad. Pero si hacemos filosofía de la coordinación, que respeta cada factor y le busca el proceso concurrente, advertiremos que el cambio tiene su estructura y su ley. Lo mismo en los cambios físicos que en el psicológico fluir de la existencia, los momentos del cambio canalizan según normas eternas, ya de razón o de experiencia moral o de belleza. El ser se manifiesta en la combinación, la armonización de elementos dispares. El ser se desenvuelve alternando irreductibles como el cambio y la fijeza, la idea y el movimiento, la imagen y su armonía. Las ideas mantienen entre sí la conexión que les da la lógica; las imágenes para hacer sentido deben acomodar el universo al orden de la conciencia. No se rigen las imágenes por las asociaciones mentales que imaginaba Hume, sino por imitación y paralelismo de la acción de los cuerpos que simbolizan: las imágenes que responden a los cuerpos físicos se gobiernan mejor por las leyes de la física que por la asociación de las imágenes en la memoria; la vida y sus estampas mentales obedecen en definitiva a las leyes de la biología, y así sucesivamente. El universo es un sistema de zonas diferentes que actúan una sobre otra y sin reducirse una a la otra. El conjunto actúa según armonía y

proporción orientadas a un fin. La realización del fin último requiere que cada quien ejercite su función propia cumpliendo así su destino. El cosmos no está presidido por el Uno abstracto de Parménides. Lo rige la persona Divina que en la plenitud de su existencia se nos revela según la Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo: el Creador, el Redentor y el Verbo perenne que es sostén de los mundos.²

EL RITMO TRINO, CONDICIÓN DEL SER

Partiendo de doctrinas como las del *quantum* de los físicos he pretendido generalizar afirmando que toda creación supone la intervención de cuerpos y elementos heterogéneos, impares, disímiles. El número y la proporción de los elementos que integran la luz no es homogéneo; es irregular, impar, como el puñado del sembrador o el "montón de monedas" que el pródigo regala sin contar.

De ello se deriva una tesis estética de la creación.

La antigua física del paralelismo y equivalencia de fuerza y materia en combinaciones sin fin, como origen de lo que existe, supone una calidad homogénea en la fuerza y la materia y se presta a desarrollos cartesianos de pura extensión. Hoy sabemos que ni la materia es homogénea ni lo es la fuerza. En la realidad no hay fuerza y materia como elementos homogéneos. Lo único que existe es una familia de seres hechos de átomos, células, organismos, conciencias. Desde su origen el átomo es una estructura (protones y electrones en acción recíproca, específica): cuerpo heterogéneo, como el nuestro, dentro del cual opera un principio de acción que llamamos *electricidad* o *magnetismo* y que es invisible, inasible

²Un gran refuerzo para mis propias reflexiones vine a encontrarlo en los últimos años en la filosofía norteamericana llamada del *personalismo*. Las conclusiones de esta escuela son de hecho las mismas que nosotros alcanzamos por caminos independientes. Tanto el personalismo como nuestra propia filosofía estética son doctrinas que toman en cuenta el desarrollo de las teorías científicas experimentales. Orientados por los pensadores científicos como Whitehead y los intérpretes de la física nueva (Eddington, Haldane, etc.), y tomando a Leibniz como punto de partida, los personalistas yanquis superan al determinismo positivista y alcanzan verdades que desembocan en la religión (así, por ejemplo, Edgard S. Brightman).

al sentido; sin embargo, indispensable para explicar el fenómeno. No existen, pues, cuerpos sólidos, ni espacios vacíos; todo pasa en el continuo espacio-tiempo que no pudo sospechar Kant. Desde el comienzo la existencia es el resultado de factores en perpetua interacción dispar. Lo abstracto y lo genérico carecen de existencia real, no obstante que para muchos son todavía una suerte de *idola menti* filosóficos. La filosofía constructiva se inicia con el átomo moderno, comparable a la mónada de Leibniz: estructura dotada de interna actividad de desarrollo, diferente del todo al átomo pasivo de Demócrito.

Y según lo tengo expuesto en mi *Lógica orgánica*, si de la física pasamos a la química nos encontramos con un sistema constructivo natural, perfectamente análogo a las combinaciones atómicas hechas de protón, electrón e ion. Los componentes de todas las sustancias son impares, heterogéneos, de otro modo no hay creación. Ejemplo: H_2O , (el agua), $NaCl$ (la sal), etc., etc. En H_2O_2 produce una suma: el peróxido, que es aumento de cantidad, no creación de un cuerpo nuevo.

En vez de la antigua *catálisis*, que era una palabra para designar un enigma, el químico de hoy estudia la acción de elementos eléctricos llamados *iones*, que son factor o resultado de la combinación pero que no aparecen si los elementos de la combinación dejan de ser impares y heterogéneos.

La físico-química nos dio hace tiempo el principio revolucionario que reforma la química de Lavoisier: la segunda ley de la termodinámica. Ella nos enseña que la energía ni es homogénea ni se conserva. La energía cambia de calidad por el fenómeno de la irreversibilidad y, por eso mismo también, en vez de conservarse idéntica se degrada al pasar de la actividad al reposo, del trabajo a la inercia. Los seres de la física entonces se nos presentan impares, heterogéneos en su desarrollo.

Un paso adelante y tenemos la operación de la célula viva. De ella están hechos todos los seres vivos. Ya desde nuestra *Metafísica* (publicada en 1929) señalamos el carácter singular de la célula viva y la contradicción que hace del determinismo materialista, puesto que lo viola al ejecutar actos finalistas. Recientemente Eugenio d'Ors, en su libro *El secreto de la filosofía*, señala el caso de la teoría de la evolución como uno en que ni Darwin (y podemos añadir: ni Spencer) se dieron cuenta de que minaban, echaban abajo el determinismo mecanicista en que tanto Darwin como Spencer siguieron creyendo pese a su evolucionismo.

Los evolucionistas Darwin, Goethe [dice Eugenio d'Ors], introdujeron en las ciencias naturales un estilo de música; en otros términos, un estilo de historia, y arrebataron la condición de estabilidad a nuestra visión del mundo atacando por su base la validez del principio de contradicción. ¿Cómo se pudo compaginar la evolución con el mecanismo, teóricamente dominante entonces, constituye una de esas anomalías en que vemos caer a veces el espíritu colectivo? Darwin no se dio cuenta de que rompía la rígida racionalidad en la explicación mecánica del Universo. Pero antes que él Leibniz sí comprendió que su racionalismo no encajaba en el dinamismo de su monadología; por eso descubrió el cálculo diferencial que hace que la distinción del número 2 y el número 3 sea presentada como una distinción entre el negro y el gris porque la base de tal concepción se halla en la continuidad. Tenemos en Leibniz todo un capítulo de saber emancipado de las leyes lógicas que gobiernan toda la ciencia.

Se nos muestra Eugenio d'Ors en esta obra suya, que es el mejor libro de filosofía publicado en España en más de un siglo, como un pensador atento a la experiencia, según tiene que hacerlo a la fecha quien no hace lo que Husserl: taparse los ojos para no mirar lo concreto, y los oídos para mantenerse sordo al rumor del cosmos que es canto de vida. Inevitable es que el que así comienza no encuentre después entre sus entes un sitio para el ser verdadero que es acción y pasión.

Desde que en el seno de lo biológico aparece el organismo, hallamos en éste la oposición creadora propia de ciertos heterogéneos. No es fecunda la acción del ser vivo sin el ritmo concurrente de la izquierda y la derecha. Sin el mecanismo heterogéneo pero concurrente del lado izquierdo y el lado derecho el hombre sería un robot. Sin la acción dispar de macho y hembra la cadena de la vida se rompería. En la vida opera el principio de la trinidad, igual que en la química. La condición de la heterogeneidad concurrente la encontramos en el universo desde la lucha y concierto del protón y el electrón en el átomo, y pasando por la célula viva, hasta la teología que enseña ser Dios Trino y Uno y no sólo uno o sólo tres. Y nos sorprende el hallazgo de que la Trinidad, que es misterio de la fe y contrasentido lógico, resulta necesaria para la lógica de la coordinación, que no maneja unidades de tipo matemático sino factores de calidad irreducible. En lo matemático se es uno o se es tres; pero el método de la coordinación nos enseña que el ser no existe ni en el uno ni en el tres sino

en la combinación de ambos, desde los hijos de la biología que proceden de la disparidad hembra y macho hasta la naturaleza divina. Toda realidad se nos revela entonces construida según factores heterogéneos que para existir han tenido que consumir combinaciones de carácter impar.

Y la última verdad, milagro de los milagros, es que, dado el orden genético y no dialéctico de toda existencia, Dios es la Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo, quedando resuelto así, de golpe, un problema que es insoluble para el racionalismo dialéctico. La razón racional no me permite concebir lo uno como trino y viceversa, pero la razón como coordinación encuentra obvio que toda unidad viva sea un resultado de la concurrencia de lo dispar según armonía que se va resolviendo en amor.

El ritmo impar domina el ser de un extremo a otro de la existencia.

La realidad es heterogénea y sólo vive, es decir, se manifiesta, mediante la acción combinada. Esta acción coloca nuestro pensamiento fuera del logos y en la zona propia de la armonía. El logos no sabe sino hacer silogismos, y el ser, en su intimidad, no es un silogismo ni obedece la ley del discurso. Sin discurrir, y por una capacidad interna tan válida como el silogismo, entendemos la acción conjunta de lo trino y de lo múltiple. Esta acción no se manifiesta en definiciones ni depende de principios generales, sino que es el resultado de todo ejercicio armónico de existencia. Todo lo que es real está constituido según operación heterogénea en que cada parte llena una función y contribuye a crear un todo específico (individualidad o personalidad), zona cerrada de acciones que en física llamamos *un cuerpo*, etc., que opera por armonía.

El hecho es que hay una disposición trinitaria que rige la existencia desde el átomo hasta el Creador, y así lo comprueba la teología moderna en el pensamiento de Ferdinand Pratt, S. J. (*La teología de San Pablo*). Citando a San Pablo en la *Epístola a los Corintios*, Pratt enseña:

“Hay diferencias de carismas, pero es el mismo espíritu; hay diferencias de ministerios, pero es el mismo Señor; hay diferencias de obraciones, pero es el mismo Dios quien obra todas las cosas en todos”.

A la hora de obrar opera según “la gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo”. (*Corintios*.)

No se trata [comenta Pratt] de una gradación ascendente ni de una esfera desigual en la que el Espíritu Santo sería inferior a las otras Divi-

nas Personas. Constantemente las Personas están yuxtapuestas por *coordinación* y otras en función de sus relaciones eternas o de las misiones que reciben unas de otras [...] Finalmente el concurso simultáneo de las tres Personas es expresado en función de sus relaciones personales en el seno de la vida divina.

Así explica la teología moderna (Pratt) el viejo misterio de lo tri-no y lo uno, que en términos matemáticos es un rompecabezas y en términos de vida un dispositivo natural generalizado que obedece a leyes de proporción, es decir, armonía.

Desde antiguo el hombre fue definido por la teología, y aun por la filosofía platónica, como un compuesto de cuerpo y alma ligados por una conciencia.

Es curioso observar que el panorama de la existencia se ensancha y se aclara cuando lo contemplamos mediante este método que podría llamarse *experiencialista*. Fundado en la experiencia más auténtica nos manifiesta una multiplicidad sometida a órdenes jerárquicos. Las gradaciones son de cualidad y no se derivan unas de otras. Dista mucho de estar probada la liga evolutiva aun en el orden puramente biológico; pero sí se distinguen dentro de la pluralidad zonas, familias y jerarquías que pueden ser simultáneas o pueden ser sucesivas. La medida de la calidad, o más bien dicho la estimativa, depende del poder de acción sobre el mayor número de los seres y las zonas de existencia; por eso podemos decir que el átomo, que domina menos conjuntos existenciales, está en lo bajo de la escala, y la Santísima Trinidad, que maneja el conjunto entero, en lo más alto.

Si bien todo ser en su origen nace de la combinación de heterogéneos, el propósito de todo ser es combinar estos heterogéneos para vencer la asimetría y alcanzar formas débiles o durables de simetría, con lo que se impone al fin la armonía.

El ser encarna siempre en una estructura energética.

Toda estructura energética es compuesta, es decir, heterogénea, y tiende por una parte a retornar a la homogeneidad y la dispersión (por la entropía); por otra parte, a mantenerse en el equilibrio irregular de lo vivo, es decir, en la armonía. Se alcanza ésta a través de una serie de posiciones de simetría que se va haciendo cada vez más estable, más conforme a la perfecta armonía que es la divinidad.

LA UNIDAD DE LOS HETEROGÉNEOS EN SANTO TOMÁS COINCIDE EN REALIDAD CON NUESTRA SOLUCIÓN

Central en nuestras reflexiones es el problema de la unidad de los heterogéneos, según manera de síntesis, que no elude el problema como hace el intelectualismo abstraccionista que se inspira en las matemáticas o en la lógica formal. Reducen estas disciplinas lo diferente a lo común eliminando lo diferente, es decir, consuman una prestidigitación. Lo que la conciencia pide es un tipo de relación o de correlación en el cual lo vario conserve su singularidad y, sin embargo, revele las conexiones y parentescos que lo ligan con sus coexistencias. La coexistencia es ya una base de relación, pero enseguida hay que desentrañar de ella sus consecuencias más significativas. Al revés del carácter obvio de las unificaciones de tipo abstracto, el problema de la unidad de lo vario o la síntesis de lo vario se desentraña en las relaciones de la cualidad. Vivimos rodeados de cualidades diversas que, sin embargo, la conciencia maneja con naturalidad y con sencillez, sin andarlas reduciendo unas a otras; al contrario, reconociendo en cada una su belleza o su fealdad, su atractivo o su repulsión según el caso. Todo mediante un sistema de relaciones que se parece más al que liga las partes con el todo que a los sistemas aritméticos del común denominador, que convierte las partes primero en homogéneas y luego las suma para darnos un todo falso, un todo descalificado, en vez del todo concreto y absoluto que nos ofrece la realidad.

Refiriéndose a este problema, el filósofo canadiense, el neotomista Charles de Koninck, se pregunta:

What is the sort of relatedness that exists between the different, the heterogeneous, besides the common bases of their existence? Where are we to look for the laws of this relatedness in experience or in concept: through observation or through reasoning?

What is the position of the human mind before known objects that can not properly be unified through identification; for instance red and black; in sum all qualities, all specific attribute?

Antes de intentar formular una respuesta recordemos que la teoría de Whitehead y de Cassirer sobre los universales concretos nos facilita en la actualidad el descubrimiento de sistemas de relaciones de carác-

ter nuevo en relación con el pensamiento clásico. El *universal concreto* es una ley de la naturaleza. ¿Cómo se ligán los universales concretos? ¿Puede unirlos la lógica? Lógicamente no es posible unirlos. El silogismo sirve para desintegrar lo vario hasta reducirlo a sus elementos más simples, pero no es capaz de integrar una sola realidad; no puede arquitecturar lo vario. Lo que unifica e integra lo vario es la ley de su acción que casi siempre coincide con la misma ley de su existir. Por eso sucede que la variedad solamente se integra en la existencia viva. Luego, *a posteriori*, lo vario se desintegra, se dispersa tan pronto como cesa el acto del crear según se nos revela en el conocer.

El conocimiento es un reconocimiento de la actividad fenomenal específica que en cada caso nos revela el Universo.

Por su parte, de Koninck, con fidelidad a su filosofía tomista, nos dice: "El problema de lo uno y lo múltiple se reduce generalmente *a la manera como las cosas en sí mismas son uno y vario*. Sin embargo, existe también el problema del uno y lo múltiple en relación con los medios cognoscitivos que usamos para alcanzar lo que conocemos". Este último problema (que llamaremos *noético* en oposición al natural) es ampliamente tratado por Santo Tomás con reflexiones que deriva de Platón y especialmente de los neoplatónicos. Su enseñanza al respecto es como sigue:

Para conocer cada objeto de un modo distinto habemos menester de un medio distinto de conocimiento. El concepto por el cual concebimos el objeto círculo es otro que aquel con el cual concebimos el triángulo. Es cierto que ambos objetos pueden ser conocidos simultáneamente por medio de algún concepto común, tal como el de *figura*, pero el género *figura* ya no representa a los dos, el triángulo y el círculo, de una manera distinta. Siempre que por medio de un concepto juzgamos muchos objetos inevitablemente los unificamos a expensas de la distinción. *En realidad el conocimiento distinto requiere de nosotros una multitud de medios cognoscitivos directamente proporcionados a la multitud de los objetos que conocemos*. Esta dispersión de nuestros medios de conocimiento se debe a la naturaleza de nuestra mente. Cualquier intelecto finito que conozca las cosas al modo nuestro requiere un conjunto de especies inteligibles; pero el número de especies y grados en que el intelecto se ve roto y disperso dentro de sí, dependerá del grado específico de su perfección. De suerte que si nuestra inteligencia fuese más perfecta, un solo con-

cepto, tal como el de *figura*, podría representar simultáneamente las diversas clases irreductibles de figuras con distinción más aguda que la que se alcanza por medio de conceptos separados usados en sucesión. La mente divina conoce todas las cosas por medio de la sola especie inteligente que es su esencia.³

¿Por qué entonces, decimos nosotros, en vez del término reductivo *esencia*, que sólo se alcanza eliminando caracteres, no usamos el término lógico, claro: *coordinación*?

Insiste Santo Tomás:

El concepto general por medio del cual conocemos objetos distintos de una manera confusa nada más se llama en la predicación un *universal* [*secundum predicationem*], en tanto que las especies inteligibles que representan distintos objetos de su íntima distinción son *universales de poder* [*universalis virtute*]. [Según de Koninck, este *universalis virtute* es afín del universal concreto de Cassirer.]

Pero nosotros decimos: esto ya no es un universal lógico ordinario, sino más bien un proceso que requiere el factor tiempo para integrarse. En el proceso, en todo proceso aparecen novedades que no sospecha el desarrollo simplemente dialéctico. En el tiempo de la acción natural y la acción espiritual propias de los fenómenos van apareciendo factores indispensables a la consumación de un hecho, una individuación dentro del devenir confuso del cosmos. Hay en cada fenómeno natural o psicológico un acto de coordinación inteligible o simplemente observable (que corresponde al suceso exterior), cuya actividad reconocemos ya sea por nuestros sentidos, ya por la razón, es decir, por alguna de las antenas de nuestro conocer. ¿No es esto mucho más que la *esencia indivisible* de Santo Tomás?

Por otra parte, se nos habla de diferentes modos de conocer adaptables a las distintas maneras del ser del objeto: ¿quién liga estos medios de conocer? Indudablemente que la facultad identificadora es doble: el universo se identifica (nosotros decimos: se coordina) en la conciencia divina; el hombre concibe esa unidad, esa coordinación,

³*Contra gentiles*, 11, c.c. 98-101.

de modo imperfecto porque su conciencia es imagen de Dios, pero no Dios mismo. Las ideas y los sucesos se ordenan, ya sea intelectualmente, ya sea empíricamente, por lo que llamamos hoy *leyes naturales*. Las diversas corrientes (la intelectual, la empírica, la sentimental) no se unifican, no se identifican: se coordinan en la conciencia que es un todo parcial hecho a imagen del Todo Absoluto que es Dios.

De Koninck intenta alcanzar la reducción a la unidad de los heterogéneos por medio del proceso, y se pregunta si no es mejor renunciar a la reducción y descansar “aceptando la esencial y radical distinción”.

Establecer entre las cosas una liga de tiempo según el motivo que mueve su proceso no las explica causalmente ni las hace inteligibles según géneros y especies; pero la liga dinámica implícita en el proceso sí es un comienzo de unificación. El movimiento unifica porque introduce el factor finalista, la tendencia a un objetivo. Todo proceso tiende a algo, se mueve hacia algo. De esta suerte la finalidad viene a dar cuenta de la diversidad poniéndola a colaborar, y al hacerlo coordina lo vario.

Señalar el proceso como medio para la reducción es un acierto; pero si ya contamos con ese acierto inicial, ¿por qué no seguir adelante, en vez de descansar? Los caracteres del proceso son capaces de dar, si no unidad identificada, sí unidad de sentido a la heterogeneidad, conservando a esta heterogeneidad su radical distinción. Esto es lo que hacemos al coordinar conocimientos irreductibles a unidades formales; y esto mismo hace la naturaleza en sus procesos: cuando combina los colores, cuando combina los sonidos, la naturaleza no procede al azar; obedece a leyes cuya investigación es precisamente misión de la ciencia, descubrir, y objeto de la filosofía, interpretar. Decimos que acierta de Koninck al señalar el proceso como medio de reducción de lo heterogéneo porque en el proceso hay movimiento, y precisamente la filosofía de la coordinación es una filosofía del movimiento. Además se trata no de un movimiento mecánico, sino de un movimiento que obedece a ritmos creadores. Movimiento impar, como hemos visto; movimiento que tiende a algo, o sea la producción de un fenómeno significativo: el color, la luz, el sonido, la melodía: actos de la mente que son reflejo de procesos especiales de la natura. Y de paso digamos que el conocimiento que nos dan los procesos fenomenales es un conocimiento racional conceptual, conocimiento coordinativo, porque según dice el propio de Koninck:

[...] lo que es relativamente irracional para nosotros puede resultar más racional en sí mismo, o sea la propia y formal distinción de las cosas que requieren para su formación experimental y para su construcción e inferencia, de conceptos nuevos y distintos para ser usados en sucesión ocurrida en el tiempo.

Las formas en desarrollo temporal son el objeto de la coordinación, pero no basta con el factor tiempo: hace falta además una intención creadora, un logro constructivo. Nada de esto es racional en el sentido silogístico o logístico clásico, pero no tiene nada de irracional en el sentido amplio del término, como no es irracional la obra del artista: es simplemente proporcionada, armónica o inarmónica, y nada más. Lo que indica que no basta el logos para explicar el movimiento y la vida. La conciencia dispone de otros elementos aparte del logos para entender, comprender la creación; tal por ejemplo la armonía. Ya Platón nos enseña las leyes de la armonía como indispensables para la construcción artística, y lo único que hay que recordar entonces es que nos hallamos enfrente de una naturaleza que no es lógica, sino armónica. Y así como al concepto corresponde el logos, a la naturaleza viva corresponde el órgano mental de la armonía. El gran unificador de logos y armonía es en nosotros la conciencia: una misma cuando discurre y cuando armoniza. Y dentro de la función coordinadora de la mente caben ambas categorías.

El lenguaje lógico ha contaminado la mística cuando ésta habla de identificación de la creatura con el Creador. Sabido es que esta tesis, aceptada radicalmente, conduce al panteísmo del Vedanta o de Spinoza. El verdadero místico sabe que se trata no de identidad, que no tendría sentido si pretendiese suprimir la creatura o, peor aún, suprimir a Dios. No es función de suma la que opera, sino precisamente de armonía entre la creatura y el Creador; una armonía que se vuelve jubilosa por intervención de otro factor del ser que es el amor. Vemos entonces al logos, armonía y amor en obra conjunta, afán coordinador para exaltar la creatura por ser partícipe del Creador, y al Creador ensanchado en su creatura como el artista en sus obras, sin supresión de uno solo de los milagros del ser.

Esta idea de la *identidad* proveniente de las matemáticas debe ser devuelta a las matemáticas para que no estorbe la comprensión de la

esencia de las cosas, esencia que radica en la irreductibilidad de cada una de las creaturas de Dios.

Y volvamos a decir con Santo Tomás: “El conocimiento distinto requiere de nosotros una multitud de medios cognoscitivos proporcionados a la multitud de los objetos que conocemos”. Estos medios cognoscitivos son la sensación, la idea, la imagen, el ritmo, la melodía, la armonía. ¿Qué da la unidad? El acto de conciencia, cada acto de conciencia. Y lo que hace la conciencia es coordinar, o sea —como hemos afirmado en la *Lógica orgánica*— pensar es coordinar los conjuntos afines de los objetos que conocemos.

REHUSAMOS LA ABSTRACCIÓN

No se llega al ser, ni siquiera a lo que llaman *quididad*, tampoco a su intimidad, mediante abstracciones que lo van desintegrando, dejándolo reducido en último término a esa nada que es *ser en cuanto tal*, de los metafísicos. Por necio tendríamos al que buscase la esencia de la rosa poniéndose a arrancarle los pétalos, luego los peciolos hasta quedarse con el tallo que ya es trozo de yerba. Igual juicio nos merecería el que cortase el tallo, para llevarlo al microscopio que sólo puede darle la imagen de células, tejidos, etc. Mientras no se recuerde que la palabra *esencia* tiene otro significado aparte del que le da el metafísico, y es el del sentido común, nada podrá ponerse en claro según el método eidético. *Esencia*, en efecto, quiere decir: conjunto de caracteres que singularizan o determinan un ser. La esencia hay que buscarla por síntesis.

La pregunta del filósofo debe ser como sigue: ¿cuál es el conjunto de notas que en su coordinación nos dan lo que es la rosa, el ser de la rosa? La respuesta entonces tiene que ser también compuesta: a la rosa, para serlo, le hacen falta las hojas y el tallo, el color y el aroma. Su esencia entonces sólo puede darla una síntesis, no un análisis. La síntesis determina cuáles son aquellos caracteres indispensables para que la rosa sea rosa; los rasgos que no se pueden eliminar no se deben eliminar. La abstracción, al contrario, desde que comienza reduce y altera, falsifica. Error viejo, error aristotélico es andar buscando lo

que hay de común entre dos objetos en vez de buscar lo que tienen de singular. *Esencia*, entendida como quiddidad, como singularidad viva, sólo puede dársenos en la síntesis de los elementos que le son inseparables.

Maritain, en su laborioso, esforzado y estéril ensayo sobre el ser (cuarta lección, cap. II), habla de que:

Un espíritu puro vería todas las cosas partiendo de adentro y partiendo del ser mismo hasta las últimas determinaciones de la singularidad; a un acto de visión angélica corresponde un conocimiento a la vez e indivisiblemente metafísico, matemático, físico, y que aun va hasta el equivalente intelectual de la percepción del sentido; todas esas cosas son en nosotros distintas porque somos una inteligencia que saca de las cosas materiales, por medio de los sentidos, los objetos que ha menester para saciar su sed. *Rehusar la abstracción es rehusar la condición humana.*

Recogemos esta última frase, tan significativa y sincera, y decimos: causa asombro pensar en el daño que ha hecho Aristóteles con su "pureza". Expresiones como *el ser mismo*, *el ser puro*, son el antecedente lógico de las teorías modernas sobre la nada, así como del escepticismo que apartó los espíritus del pensamiento escolástico en los siglos XVIII y XIX. En realidad no significan sino la ineptitud de la inteligencia frente al ser. Quiere reducirlo a sí y el ser se rehúsa porque no es sólo inteligencia, sino lo que produce y pone a funcionar la inteligencia. El ser sobre la inteligencia: ¿se encuentra esta postura en algún escolástico? Es posible que sí, porque fueron muy sagaces los escolásticos; pero el aristotelismo triunfó, y con él la exigencia de identificar el ser con la inteligencia.

Hoy sabemos, sentimos, comprendemos que el alma no puede, no debe ser mutilada para convertirla en pura inteligencia ni en inteligencia pura. El alma es conciencia, y la conciencia dispone de varios instrumentos de conocer. Ellos nos dan del ser no una imagen apagada, sino una noción de presencia con densidad. Presencia cercada de realidades múltiples que desarrollan procesos cambiantes. El alma participa de esos procesos, pero no se entrega a ellos porque tiene el suyo que realizar; y el suyo es fabricarse un ser incorruptible por encima de la corrupción misma y el cambio; de paso, salvarse de cambios que no son los de su destino. La salvación no se opera mediante

actos puros; no es conceptual. *Salvarse* es conquistar más concreción, más poder de coordinación de los heterogéneos que intervienen en la constitución de su ser. En otros términos, busca pasar, en la escala de las creaciones del Señor, de la condición del animal, cuyo destino se deja llevar de lo externo, a la del hombre, que fue creado para asimilar lo externo y hacerse su propio destino.

LA PERCEPCIÓN DEL SENTIDO

El equivalente intelectual de “la percepción del sentido”: esta frase maritainiana profunda nos reconcilia desde luego con su autor. Ese equivalente, ese supersentido o simplemente esa conciencia espiritual que es nuestra esencia nos permite adelantarnos, aunque hombres, a la condición del ser propio de los ángeles. La Iglesia en su léxico sagrado designa tal condición con el nombre de *cuerpo incorruptible* o *cuerpo glorioso*. La convicción de esta posibilidad, esta variante del Ser, viene de San Pablo y de la forma en que vio a Cristo, y ha estado haciendo falta en la filosofía desde hace muchísimo tiempo. En vez de todas esas trascendencias y visiones eidéticas que nada dicen al espíritu, San Pablo nos dio la experiencia de la cual se deduce, con sencillez sublime y fácil, que se puede pasar del ser corruptible del hombre actual a una naturaleza de esplendor que se hace incorruptible por el toque de la Gracia, por el sortilegio y el milagro de la salvación en Cristo y por Cristo.

En rigor, no hay otra posibilidad de metafísica. El hombre no puede, no debe ser como el ángel; no está designado a progresar hacia el ángel según podría suponerse bajo la influencia de una supuesta evolución que no rige en el espíritu. Pero el hombre posee, igual que el ángel, capacidad para pensar la realidad según el milagro que lo hizo salir de la nada, colocándose más allá de la abstracción en visión y revelación directas.

El mensaje cristiano padeció en claridad por el intento de expresarlo en las formas de la filosofía helénica. La doctrina del Evangelio resiste toda clase de pruebas, pero luce mejor en su propio lenguaje. La pretensión de explicar el milagro implícito en la fe, conforme al lenguaje y las aporías de la metafísica, ha sido frecuente motivo de confusión.

Las ventajas de una teología como la que está elaborando nuestra edad dependen de que nuestra ciencia nos permite pasar desde el engranaje de los *quanta* de la luz, el átomo y la célula, el organismo (seres todos configurados, singularizados), hasta el reino de los seres de espíritu, nuestra propia alma y las viejas jerarquías de los arcángeles y los ángeles y serafines, tronos y dominaciones. Y Dios mismo se nos presenta no en "acto puro" sino vivísimo y pleno en la Segunda Persona de la Trinidad, la manifestación que nos es adecuada: el Cristo Pantocrátor, dulce y todopoderoso Rey del Universo.

Según esta consideración moderna, el filósofo verdaderamente cristiano es San Agustín, que ahondó en problemas que ni siquiera Platón sospechara.

UNIDAD

La unidad de la filosofía es muy distinta de la unidad del matemático. El filósofo contempla la unidad en lo diverso y se rehúsa a reducir la variedad a las identidades obvias del matemático. Reconoce que esas identidades son el lenguaje de la ciencia, pero eso sólo quiere decir que la ciencia no es la filosofía. El filósofo busca unidades de acción más bien que identidades o sumas. El filósofo sabe que su pensar está ligado a su sistema nervioso; éste a su vez depende del estado general de su salud, su nutrición, su sueño y su vigilia. El pensamiento depende también de las circunstancias espirituales en que opera: época, sociedad, cultura, saber. De esta suerte el pensar se halla sumergido en una multitud de sistemas parciales, conjuntos específicos, que posee, cada uno, su ley interna. La filosofía, la sociología, la literatura: múltiples zonas del saber influyen en mi personal manera de actuar, pensar y sentir. Sería absurdo que yo pretendiese simplificar buscando reducirlo todo a una zona particular del saber. El uno como idea: faquir que retira la mirada del mundo para hipnotizarse contemplándose la punta de la nariz. A esto conduce la unidad sin variedad, la unidad abstracta, el acto puro de la mente. Al contrario, todo acto de conciencia tiene que ser completo como la variedad que capta. Para no traicionar esa variedad tiene que juzgarla como ella es, sujeto también de variedades en que cada una suele ser fundamento de otro desarrollo.

Cada una enriquece la existencia. Así, el color ha de darme la mayor multiplicidad posible de matices. En toda la escala de los seres debo reconocer lo que en ello es único y lo que esta unicidad significa en las relaciones del conjunto de los seres, desde el átomo hasta la persona divina, que tampoco es simple y no se expresa en actos puros. La unidad es constantemente sinónimo de *coherencia*. En Dios mismo las diversas naturalezas (Padre, Hijo y Espíritu Santo) tienen cada una su función, y la verdad consiste en descubrir esas funciones en Dios y en la creatura. También en las relaciones de ésta con su Creador. Relaciones que son de separación y de reunión, nunca de identidad porque la cualidad no se identifica con lo otro; el hacerlo sería suprimirla, y el más exaltado de los místicos resiste la identificación a lo panteísta según la imagen del agua que retorna al océano que es su origen. El panteísmo ejercita criterios como el de la suma que aumenta o reduce la cantidad; pero el ser es más que cantidad: es armonía de cualidades irreducibles unas a otras, tal como no es posible ni deseable hacer de la mano pie o del cerebro corazón. Cada parte tiene su tarea intransferible; de otra manera no tiene sentido el todo. Y Dios mismo, porque la ama, no va a negarle al alma el don que le otorgara al crearla: el don de la unicidad.

EL ALMA Y SU OPERAR

Creemos que el alma es una estructura avanzada, la más avanzada de las estructuras que conocemos. Son sus antecedentes el *quantum* de la luz, el átomo, la molécula, la célula viva. Brote final de la vida es el alma. En ella comienza otra etapa del ser. El alma es como el protozario del espíritu. Participa del dinamismo inferior sensible pero se asoma a un mundo confusamente percibido; más bien dicho, clara, lúcidamente percibido, sólo que imperfectamente. Hay en el alma una especie de retorno a la estructura atómica puramente dinámica: se parece al átomo en que no se secciona para reproducirse, no crece por salto genético. El alma se mantiene ligada con el mundo de abajo por la sensibilidad, y con el mundo de arriba por la intuición de lo invisible. Aparece el alma después del periodo turbio de la vida, como acción de factores invisibles. La vida se ve condenada a reproducirse porque

no halla en sí misma su razón. Viene después la etapa del ser como acción unificante. El alma es simple como el agregado atómico, a la vez compleja como el Universo. Así como el átomo por relación de fluido eléctrico se comunica con la totalidad del cosmos, el alma establece conexión imperfecta con los individuos que habitan los cielos. Los átomos se desenvuelven en ondas; las almas, sin confundirse unas en otras, se reconocen entre sí y sospechan la acción de los ángeles y las Potestades. El ser alma, variedad nueva del cosmos, o quizá variedad que comienza a escaparse del cosmos, no es razón ni sinrazón, no es sensación ni sentimiento: es unidad anímica, átomo del espíritu y persona sola en la vastedad de la existencia. La personalidad alma explora lo interior y penetra dentro de sí misma. Partiendo de abajo, es el alma la primera unidad cósmica que aspira a conocerse. Para ello pone en juego una variedad de dispositivos.

Uno de estos dispositivos es la razón. Ella nos relaciona en forma exterior, formal, con todo lo que no somos; nos sirve particularmente para deslindar las estructuras de lo físico. Cuenta además el alma con otro dispositivo que es la voluntad. Le sirve para desenvolverse entre las cosas, reaccionar frente a ellas y para consumir su propio acontecer. Y así como de la razón se deduce la ciencia que nos da cuenta de lo que es el mundo físico y su funcionamiento, en el aparato de la voluntad ejercita el alma un poder que actúa sobre las cosas y las lleva a concurrir en su destino. El conocer voluntarista no es de simple averiguación de cómo se comporta el fenómeno, sino que nos enseña a influir en lo que existe y a dejarnos influir por ello para aprovecharlo. De la experiencia de la voluntad nace, por ejemplo, la ética, o sea la ciencia de las cosas no tanto como son, sino como deben ser para nosotros a fin de que concurran a nuestro propósito. Las reglas de la ética no se nos dan, como las de la ciencia, en la observación empírica ni en la reflexión de principios abstractos: las derivamos de mandatos superiores que conducen a un fin de salvación. El mandato procede de los que se han adelantado, se han salvado, y en último término de Dios. La doctrina de Dios se llama la *Sabiduría* y se expresa en el Verbo. En la ciencia del destino que es la ética no valen cálculos ni observaciones repetidas (inducción de los empiristas), ni las consecuencias de postulados generalmente abstractos (ciencia racionalista de los aristotélicos). En la ética el punto de referencia es el destino logrado, el destino grande que se

convierte en norma que los demás deben imitar. Los profetas hebreos fueron los primeros grandes exploradores de las ciencias éticas, ciencias del destino humano. Su doctrina está a mil leguas, por ejemplo, del idealismo platónico. La absurda pretensión socrática de reducir Verdad, Belleza y Bien a unidad de concepto salta a la vista. El Bien ordena el destino; la Verdad unifica lo vario; la Belleza es disfrute de la existencia. Según esto, se acercaron mucho más a la noción del *Bien* Esquilo y Eurípides que Sócrates o Platón o el propio Aristóteles. Los trágicos griegos reflexionaron en el misterio de la conducta y su relación con el acontecer. Pero no tocó a Grecia ser la maestra de lo ético, sino a Judea. Y en parte también a los creadores de religión del Asia: Buda y Lao-tsé. Propiamente es en la religión donde la ética alcanza su razón de ser y su meta. La religión es la filosofía de la ética. Y si la teología puede ser racionalización de la fe, la ética deriva sus normas del tipo de fe que se acepte.

El esplendor de la acción que toma el cauce divino: eso es la belleza. Pero la belleza tiene sus propias leyes, independientes de las de la razón y de las de la ética. Las formas del goce estético (melodía, armonía y contrapunto) alcanzan su expresión máxima en la liturgia. Es ésta la forma en que los seres entran a participar de lo divino.

En resumen, el alma en su existir cabal opera según inteligencia, voluntad y belleza. El movimiento del alma en su liberación hacia lo absoluto no es un pensar (tarea de la primera etapa) ni un actuar bien (tarea de la segunda etapa), sino un gozar puro, como en el himno, como en el *Kyrie*, como en el *Sanctus*. Y la norma de este gozar no es juego de ideas platónicas; no es pensar ligado por el sorites aristotélico; es norma sin duda, pero como la del canto y la plegaria, como la de la música y el místico arrobó que penetra en lo Absoluto.

El alma es un ser. Esta palabra *ser*, sin embargo, palabra que fuera eje del pensamiento, ha perdido casi todo el contenido: primero la gastó la abstracción, enseguida la psicología positivista la colocó entre los elementos que no podía captar, y el ser llegó a identificarse con el vacío: tal fue el efecto del racionalismo.

Volvemos hoy a la noción del *ser* con el brío renovado que nos presta la experiencia científica y su práctica de manejar invisibles como los átomos, los neutrones, etc., que, sin embargo, son reales y se manifiestan por efectos perfectamente determinantes. Nos enseña la física moder-

na que en el Universo hay condensaciones de energía y dispersiones de energía. Las condensaciones se producen según modelos genéricos: ondas, átomos, células, con las cuales se construyen estructuras que organizan, mantienen y dan realidad de existencia a todos los seres. Un ser no se concibe sino ligado a una estructura, ya sea ondulatoria, ya atómica, ya celular; el alma es el ser que piensa todas las demás cosas y su propio existir. En el alma la existencia se integra; el alma es ya más que estructura y más que organismo. Su aparición *sui generis* no se explica por los antecedentes de la evolución material (Lecomte Du Noüy, etc.). A partir de ella y gracias a las actividades específicas del alma podemos darle algún sentido a la palabra *espíritu*. No hay espíritu en abstracto. Tan sólo la segunda persona de la Trinidad, el Espíritu Santo y las almas, los ángeles, los seres inmortales todos.

Para llegar al misterio de lo que contiene este ser alma hace falta, por lo mismo, agotar todo cuanto enseña la creación y volver enseguida al punto de origen de las reflexiones que nos sirvieron para explorar la creación. Y antes de poder aventurar una respuesta a la pregunta *¿qué es el alma?* precisa que examinemos cómo opera el alma en su acción frente a sí misma y frente a las cosas.

La inteligencia opera no sólo sobre objetos físicos: también piensa los objetos de su propia creación, las ideas o conceptos del idealismo. Tenemos, pues, que distinguir entre objeto (porción física de la materia aislada por el yo que observa las cosas): este objeto es el fenómeno de los empiristas y el fenómeno subjetivo *percipi* de los idealistas. Es éste el predicado indispensable de la oración, el polo de la dialéctica sujeto-objeto: los llamados *objetos mentales* del lógico.

Tanto en la hipótesis idealista como en la materialista el alma es el eje de una acción que no sólo contempla: también colabora en los cambios de la existencia. El alma es el yo que observa los procesos fenomenales y los padece, y a veces los produce. El alma, además, no sólo percibe el cambio: también se estaciona por breves instantes en su ser sin cambio. Sin tales pausas del ser en el puro existir no sería comprensible ni el mismo cambio. Y cuando además de constatar el cambio la conciencia toma la iniciativa para intuir esencias a la manera escolástica, como intelecto activo, el alma entonces es libre. Lo es también cuando se mueve a impulsos de la curiosidad que acumula las experiencias. Al consumir sus ensayos de acción, el alma busca

una norma. La simple razón ya no le basta: la naturaleza no responde a razones, y con frecuencia también el ser mismo, el ser del alma, no quiere discurrir; se halla perplejo y no se resuelve por motivos lógicos: ambiciona poder y disfrute. Se pregunta de dónde viene y a dónde va: inicia su conducta. Los filósofos se empeñan en someter esa conducta a estricta razón. Pensadores tan grandes como Kant llegan a postular una conducta que se iguale con la regularidad de las estrellas en el firmamento. Sin embargo, la conducta es más que un mecanismo: ni siquiera las estrellas obedecen a la mecánica únicamente. Ya hemos visto que hay en la ética mucho más que simple conducta razonada. En la ética, mejor que razonar es obedecer ejemplos altos, experiencia parecida a la nuestra en la que reconocemos mayor acierto y virtud excelsa, como la de los santos.

La unidad de los tres dispositivos de que dispone el alma (el intelectual, el ético y el estético) se consuma de hecho en cada percepción, puesto que actúa el alma entera y no disgregada; pero hay una suerte de intuición superior a la cual concurren en su plenitud razón, moral y belleza, y este modo de entender es el que los escolásticos llamaron *intuición angélica*, el modo de entender de una naturaleza superior a nosotros, sin embargo, análoga en esencia a nuestra propia constitución anímica. Algunos poetas, algunos grandes pensadores llegan por momentos al grado angélico de la existencia. De un solo golpe abarcan la individuación y sus relaciones dentro de la universalidad. El Dante, Platón, suelen darnos aquella impresión de pensamiento sublime, *pensamiento angélico* dirían los escolásticos, en el cual se logra la concurrencia acertada de razón, armonía y amor: logos, armonía y Eros.

En resumen, la voluntad no procede por ciencia, es decir, por razón; procede por sabiduría, o sea el conocimiento derivado de la experiencia de los mejores sujetos de la raza, los justos dedicados al ejercicio de la virtud. Constituyen ellos un modelo del cual se deriva una regla de acción; regla que puede crear derecho y que nunca es irracional porque la razón está siempre presente en el ejercicio del alma, pero regla que no por eso obedece al discurso ni se deriva de él; se deriva de una práctica inspirada en altos motivos de la voluntad; motivos de santidad en los casos más elevados, inspirados en móviles divinos.

En el sentido de desarrollar la sabiduría por encima de la ética racional los hebreos superaron a los griegos. No hicieron los hebreos

filosofía, pero crearon la ética como ley sobrehumana inspirada en la Sabiduría. Y llegaron a identificar la Sabiduría con el Verbo, o sea, la palabra misma de Dios en su relación con la criatura. Los Profetas definieron la sabiduría, en tanto que la moral griega se desviaba hacia la discusión analítica en las enseñanzas de Sócrates.

Por donde se mira que lo que separa *ética* de *ciencia* es que la primera discierne modos de espíritu, calidades que el ser busca para su configuración, es decir, para su perfeccionamiento. No hacen falta imperativos, sino amor de belleza espiritual. La ciencia en la mejor de sus interpretaciones, en la interpretación idealista, es la aplicación de la forma a la materia bruta, según lo realiza la matemática al reducir la física a un conjunto de ecuaciones y fórmulas. La ética, en cambio, se aplica a la calidad desde la cosa hasta el espíritu. Y por su parte la estética es la culminación de la ética, sólo que para alcanzar esta culminación cambia también de proceso y, en vez de la estimación utilitaria y lógica de la conducta, adopta el sistema rítmico del *a priori* estético para establecer sus tablas de jerarquía estética que son los moldes de Eros.

SUCESIÓN Y SIMULTANEIDAD

Ser eterno es estar encima del tiempo; se puede estar fuera del tiempo; lo que no existe no ocupa sitio en el tiempo, no puede ser medido; pero esto no es el ser. El ser no está hecho de tiempo: puede desentenderse del tiempo, es decir, del curso del acontecer. Ocurre esto cuando las criaturas llegan a plenitud y ya no necesitan variar para alcanzar la perfección de lo que son. El tiempo ligado al movimiento supone una potencia que todavía no alcanza el acto. El acto pleno (no decir jamás *acto puro*) ya no reclama perfección alguna; en consecuencia, para él se suprime el tiempo y también el movimiento. Por donde se ve que el tiempo es transcurso de acción, periodo de tarea, y tan luego como la tarea se consume el tiempo se borra, se extingue. Y habrá un momento en que la creación entera, lograda su plenitud, se quedará inmóvil en un reposo que es disfrute: el reposo del Creador. El tiempo es de esta suerte sucesión; pero el ser radica en la

simultaneidad. Somos a un tiempo con los otros seres y con Dios. La simultaneidad es imagen de lo eterno. Las cosas ya no van a objetivo alguno; sus metas están logradas y perviven en la perfección de sus caracteres, pero con la singularidad, unicidad, dentro de una multiplicidad organizada jerárquicamente. Multiplicidad ya no activa sino viva; no persigue metas, goza. El goce es permanencia en la dicha de una armonía de amor con Dios y su Universo.

En la simultaneidad se equilibran espacio y tiempo.

El movimiento en tanto que tránsito de un punto a otro es una síntesis mental, un proceso inextenso; el movimiento real es un progreso, una síntesis cualitativa, una organización gradual de nuestras sensaciones con unidad análoga a la de una frase melódica, pero que corresponde o simula o imagina un proceso equivalente en la realidad.

Ya lo dice la Sabiduría: nos hallamos ante Dios en un presente que abarca pasado y futuro, iguales todos a su vista: los que fueron, los que son y los que serán. La sucesión es propia del tiempo; el ser, por eterno, vive establecido en la simultaneidad: procurar verlo todo a un tiempo; más bien dicho, fuera de la sucesión de los tiempos. El ser habita en la simultaneidad. En lo eterno todo es simultáneo.

La eternidad abarca la sucesión y la simultaneidad, la melodía y la armonía.

En teología hay la etapa de la sucesión cuando van apareciendo en la historia los mensajes de los grandes creadores religiosos, los videntes y los profetas. La Encarnación es el drama en que todo el Universo se siente sacudido, desorientado. La Revelación final, que es la del amor, ocasiona apaciguamiento y palingenesia. Desde entonces la teología abre un capítulo nuevo. El capítulo de la armonía que es la vida conforme al Padre. Ella se expresa en el Sermón de la Montaña. La creación comienza como un grupo de melodías; luego dicta la ley del amor. En la armonía se suspende el hado, se pone un freno a los cambios y se goza en la creación con algo semejante al júbilo del sexto día del Creador: no el día del reposo, sino el día del disfrute; el disfrute en el amor. Cuando esto ocurre es porque los elementos contrarios del cosmos se han sometido a la armonía que deriva del Verbo en acción.

Sometido a la armonía, el tiempo se vuelve simultaneidad y se hace eterno. Lo sucesivo tiene medida; lo simultáneo la pierde. La eternidad

es simultaneidad que se prolonga sin término. La sucesión se dispersa si no hay un conjunto armónico dentro del cual adquiriera sentido. Lo mismo ocurre con nuestra vida como destino: sus actos sucesivos pierden sentido sin un plan que supere lo humano. El tiempo, como la reversibilidad en la física, sólo vale espiritualmente por el sentido, el significado de las medidas. La sola medida no le afecta porque el tiempo es calidad en proceso con irreversibilidad, con sentido de construcción y de salvación. Hay el tiempo de la flecha que pega en su blanco, completamente mensurable, y hay el tiempo que va del nacimiento a la muerte de un hombre: un destino que no es susceptible de medida pero está preñado de significaciones. En el tiempo del destino presente y pasado se conjugan, influyen y actúan sobre el futuro; el tiempo del calendario es sucesión de cantidades que se llaman *horas* y *días*.

CAPÍTULO 3

EL SER Y SUS VARIANTES

Todo ser posee una estructura y dentro de ella un impulso autónomo, un principio de acción organizadora. Esto ocurre desde el átomo hasta el alma. Una estructura avanzada es el cuerpo; su acto organizador, coordinador, es el alma. Algo como el alma mueve el átomo y las células vivas. Las formas son dispositivos del ser para operar. No es que la materia aspire a formas. Una energía interior ensaya configuraciones según su capacidad para la existencia; configuraciones limitadas como en el átomo, plenas como en el alma. Cuanto existe es concreción de energía; su índole depende de la estructura que ha podido forjar esa energía. Hay que suponer que alguien desde fuera dirige las combinaciones varias. Una misma energía da ser a las cosas y a las personas. En vez de la pareja *materia y forma* reconocemos elementos heterogéneos que se combinan con acierto y crean, o rechazan y dispersan. En Dios la coordinación de factores alcanza su plenitud. En la conciencia del hombre la unidad es siempre imperfecta y además fugitiva. Vivimos dispersos; ocasionalmente, en instantes de participación con lo divino, integramos nuestra personalidad, coordinamos sus componentes en armonía con las leyes y maneras del cosmos. Los elementos de estas coordinaciones son siempre cualitativos.

La existencia se manifiesta en esencias, pero éstas son inseparables de ella. De Dios conocemos la existencia, pero no su esencia que es inabarcable; así de nosotros mismos podemos afirmar nuestro existir; no podemos penetrar en nuestra esencia ni definirla de modo cabal. Dentro de la existencia caben muchas esencias, y las esencias pueden ser multiplicadas por el arbitrio divino que no fija límites al poder de su creación. El ser en acto es su esencia y además el resultado de su acción; la composición de los seres obedece a estructuras y fórmulas cuyo conocimiento nunca agotamos. Las esencias metafísicas pueden ser reducidas a familias y géneros, no así el infinito de las existencias. Sólo en Dios se identifica existencia y esencia.



Los géneros y los universales no tienen ser; para tenerlo les falta sustancia y no la tienen propia; la toman cuando se nutren de existencia; entretanto son formas análogas a los modos de la conciencia divina. No hay derecho de separarlos de la persona o del ser individual de cada cosa. De suerte que no hay entes: sólo existen cosas, variedades de energía estructurada, seres vivos biológicos y personas; luego, quizás, almas, ángeles; finalmente Dios.

El *ente* se ha definido como “la primera cosa inteligible y lo propio del entendimiento”; pero la conciencia moderna no se conforma con inteligir, extraer esencias; piensa con todas sus potencias aplicadas a objetos reales integrados según estructura y energía, forma y movimiento. El ente resulta entonces una concepción vacía limitada al solo intelecto; por lo mismo, incompleta. El ente es una pura convención de la inteligencia, creación de la sola razón; pero todo lo que realmente existe es creación de Dios, no de la razón; por lo mismo, posee calidad y contenido, más realidad que el ente.

Dios es calidad suprema que usa la cantidad, la acorta o la ensancha; en consecuencia, se halla fuera de lo que mide y se pesa. Dios no tiene extensión, no ocupa lugar; en consecuencia, cuando decimos de Él que es infinito, precisa aclarar que con esto no decimos que sea más grande que toda magnitud; quiere decir nada más que ninguna magnitud limita a Dios porque Él engendra y define todas las magnitudes.

Dios no está sujeto a las determinaciones de espacio y tiempo; por lo mismo, es ocioso discutir si ocupa lugar. Dios se halla por encima de todas las determinaciones. Su actividad es la de mantener la creación y enriquecerla por los siglos de los siglos, sin perjuicio de su poder y de hacer y deshacer mundos.

Todo cuanto existe es energía estructurada. El ente, por inerte y fijo, no alcanza la naturaleza del ser. La abstracción es operación de la mente, pero no tiene equivalente en la realidad, que siempre es viva y se manifiesta conforme a modelos de construcción (formas) que una y otra vez ensayan perpetuarse sin lograrlo; sin embargo, el proceso tiende hacia una meta que lo supera. Esta meta es la plenitud en que se realizan y encuentran sitio y función todos los seres dentro de la jerarquía cósmica.

El ser, porción de vida, es imprevisible en tanto que su acción no termina. Las proposiciones necesarias no poseen verdadera existencia; les falta concreción y sólo tienen sentido al operar en los individuos. Las formas todas que pertenecen al logos o a la armonía están, como el logos mismo, en la conciencia divina. De allí se difunden para configurar seres y para integrar pensamiento.

La sustancia de Descartes, lo que se concibe por sí y no necesita de nada para subsistir, es propiamente la nada, una nada conceptual, un vacío en la mente sin réplica ni eco en el mundo real.

Nos hallamos inmersos en el ser. La noción de *existencia* tiene peso y sustancia; esencia y existencia son uno (decía Aristóteles) en el Ser Absoluto. En nosotros se manifiesta la existencia por el pensar y por el sentir; poseemos también una esencia. Se desvanece ésta si en vez del pensar cabal propio de la conciencia sustituimos la parte al todo, la forma al contenido, al ponernos a pensar numéricamente, geoméricamente, lógicamente. El engaño matemático es así la causa de todas las dificultades de la ontología idealista.

Unificar la noción de *reposo* y *movimiento*, de *continuo* y *discontinuo* es todavía para la mente un problema insoluble. Una solución, acaso la mejor, es la de Bergson: lo continuo, lo quieto, depende de la noción de *espacio*; el movimiento es *duración*, es tiempo; en la diferencia de espacio y tiempo está el enigma, pero la física moderna, con Einstein, va más lejos y nos habla de la imposibilidad práctica de desunir espacio y tiempo. Espacio, tiempo, están unificados en la realidad, lo están en la

acción. Disociarlos es hacerlos inexplicables; quizás, decimos nosotros, porque el pensamiento para ser captado ha de tomarse en acto; deja de ser comprendido y unificado cuando lo analizamos y descomponemos en espacio separado de tiempo. El acto de pensar es pues, de por sí, unitario y unificador, pero sólo en el sentido de que combina heterogéneos.

EL SER COMO YO

Decir la *idea del ser* ya es incurrir en una reducción de sentido porque el *ser* es más que idea. La idea de ser va siempre acompañada de intuición, percepción de existencia. Primero es ser, existir; después pensar. Esto lo expresó con claridad San Agustín; lo deformó siglos más tarde Descartes al invertir: pienso, luego existo. Lo cierto es que porque existo no sólo pienso: también siento, quiero; por el fondo de toda experiencia hállese la indefinible, sustantiva, intraducible noción de que existo; ese mi existir intraducible en su totalidad es origen de todas las expresiones posibles, y para mí el ser, el punto de partida o de comparación mediante el cual imagino los otros seres, los constato. “Los supongo como una hipótesis por probar”, dicen algunos conceptualistas. No, hay algo más que una hipótesis: de la hipótesis dudo, la hipótesis debe ser verificada; el ser es mi suprema evidencia, el soy yo mismo de donde emana el principio de identidad y de donde enseguida habrán de derivarse todos los demás principios, todas las demás representaciones, ideas, imágenes. Centro propulsor a la vez que centro coordinador es el yo, cuya esencia es su potencia inmanifestada, latente, a la vez que expresada, vigente.

¿Se puede definir esta existencia? La definimos con propiedad siempre que no tengamos la pretensión de agotar su contenido, de encerrarlo en la definición.

Para explorarlo digamos en primer lugar que no aceptamos darle existencia ontológica. El existir nunca deja de ser concreto; no se concibe sino cuajado, plasmado en individuaciones ricas e inagotables en sus potencialidades. La existencia no es más que real. Lo ideal tiene existencia, pero sólo a medias, únicamente referida a un concreto, un individuo, un ser. No comprendo lo que quiere decir el tomismo al afirmar del ser: “aquello cuyo acto o perfección consiste en existir”.

No es posible concebir, menos aún definir, el puro existir, ni valdría nada un puro existir abstracto. Tal el caso de los entes, ficciones del intelecto que no expresan realidad ni tienen otro valor que el juego dialéctico que entre sí establezcan; juego que es nulo si no se refiere siquiera al pobre concreto de las matemáticas: el concreto de la cantidad.

Menos entendemos la expresión vacía que habla de *lo dado*; *dado* es todo. Lo que la filosofía hace es discriminarlo, ordenar lo dado. Lo dado, tal como suena, carece de sentido o es una superfluidad que no sólo no explica, ni siquiera plantea problema alguno: es una expresión obvia.

Los que identifican *existir* con *idea de existir* caen en las dificultades ociosas que en vano buscan en el ser como tal, caracteres como la diferencia específica y el género próximo. Es claro que no se presta el ser a esta suerte de ordenamientos. Del ser han nacido los géneros y las diferencias; por lo mismo, no cabe dentro de ellos y sus definiciones.

Se dice que más allá del ser nada es concebible. Y ello es obvio: concebir es captar, representar, imaginar, y no se capta ni se representa ni se imagina lo que es la fuente de captaciones, representaciones, imaginaciones: el ser trasciende el concepto y el concebir.

Existe la cosa, y aunque se ha pretendido definir el *ser de la cosa* como aquello que la caracteriza, individualiza, no es legítimo identificar las formas inferiores, escasas de íntima potencia, con las formas superiores en que el ser se realiza en plenitud. Ahora bien, para concebir esa plenitud no hay que proceder a la manera abstraccionista, postulando como ser puro aquello que tiene por sola función existir. Al contrario, lo que tuviera por una sola función existir sería el caso de la mayor pobreza del ser. Creo que podemos representar este caso con una idea. La idea no tiene otra función que existir en condición virtual hasta en tanto no es llamada a realizarse en una individuación, en una persona. Si del complejo aristotélico quitamos potencia para dejar sólo forma habremos reducido el caso, contemplado a sola media existencia: la existencia hueca de la forma. En cambio, a mayor potencia corresponde mayor posibilidad de realizarse en diversas formas. Y la potencia absoluta es aquella que se manifiesta en el infinito de la pluralidad. De suerte que Dios en vez de acto puro es acto de plenitud, realización máxima y, más aún, capacidad para borrar toda la operación de las formas de un solo soplo, para volver dentro de sí potencia pura, posibilidad reconcentrada, acto inmanente cargado de mundos. La antítesis del acto puro.

Parecería que de la pareja aristotélica *potencia* y *forma* hubiese correspondido al pensamiento moderno extraer de la potencia formas múltiples y variadas que no se habían revelado a la razón pura ni a la matemática; así, por ejemplo, las formas específicas de la calidad en todas sus manifestaciones: color, sonido, palpito vital, etcétera.

El ser se nos presenta entonces como sustancia pletórica de capacidades formales cuya aparición depende del giro que tome el desarrollo de la potencia encerrada en cada individuación. Y entre las individuaciones ninguna es simple. La divina mucho menos. La divina, la más compleja de todas, y la más sencilla, entre las que conocemos, la onda electromagnética primaria.

El *ser* es ante todo potencia muda, misteriosa, preñada de su propia potencialidad, espontaneidad, capacidad. La capacidad al infinito: voluntad inextinguible e infatigable. Su forma dependerá del ejercicio que haga de su poder según los caprichos de su fantasía creadora; ejercicio ya electromagnético, como en el átomo, ya espiritual como en la conciencia.

Y esto explica, por ejemplo, que un yo avanzado como la conciencia del hombre no puede definirse con la estabilidad, dado que la experiencia nos lo presenta siempre en movimiento. Y tampoco puede definirse por el devenir (el yo tiempo puro de Bergson es insuficiente) porque el yo real es a un tiempo quietud y movimiento, formas variables de potencias inexhaustas, centro al que acuden las impresiones del universo para transfigurarse en la inteligencia y el sentimiento. En la primera encuentran orden específico humano y en la segunda no valor, según dicen los abstraccionistas, sino humana orientación y sentido, significado. Y lo humano que así se realiza no encuentra otra explicación que su dependencia de un orden superior que forzosamente es divino. La necesidad del orden superior al nuestro, para explicar el nuestro, ha sido definida por un filósofo norteamericano contemporáneo, Charles Hartshorne, como sigue:

[...] nuestra doctrina no significa que el objeto del conocimiento sea una simple idea, así se tratase de una idea divina. Una *idea* es un significado. Y lo que es *significación* no encuentra en sí mismo su sentido. Lo *real* es lo que es dado a Dios, el contenido de su conciencia; pero lo que es dado no es un simple estado o adjetivo del divino sujeto o sustan-

cia, sino un mundo de individuos no sólo diversos, sino también separados de Dios. El ser de estos individuos es su presencia frente a Dios: su ser es su sentimiento de esta presencia ante Dios y esto es lo que les da ser, su propio ser y no sólo su autoconciencia, su ser individual. Asimismo, la presencia de los individuos ante Dios es en parte determinación de sí propio. Por lo que esta doctrina no tiene nada que ver con el solipsismo epistemológico, según el cual la experiencia directa no revela actividad individual, salvo la de aquel que hace la experiencia. Más bien la experiencia es social, plural y objetiva, y comprende lo dado de unos individuos a otros. No nos encontramos así, sino en forma limitada, en una posición egocéntrica. Toda experiencia participa en cierta medida de altruismo y coparticipación en la vida y actividad de los demás. El verdadero conocer es aquel que se encuentra capaz de participar con plenitud y claridad en el ser de todos los individuos que se le presenten, o sea con todo cuanto existe. Pues así como lo absolutamente desconocido es la nada, nuestro reconocimiento de *que hay más de lo que sabemos* equivale a reconocer que lo que sabemos lo sabemos de modo imperfecto, y al mismo tiempo el conocimiento perfecto define la realidad de su propio universo y de nuestro universo.

El ser consiste en saber y sentir que somos conocidos; pero el ser conocido no basta para constituir realidad. El disfrute de la amistad, la colaboración en la experiencia, el efecto que en nosotros produce la censura o la alabanza y la creencia de que seremos recordados después de la muerte: he allí algunas de las maneras en que nuestro sentido de que existimos rinde tributo a la convicción de que somos conocidos de otros.

Ahora bien, esto supone una explicación deísta de la realidad y sus ventajas son las siguientes: una definición positiva de la realidad en términos de algo conocido, a saber: los caracteres internos de lo conocido, en tanto que otras teorías implican que el universo depende de la mente humana. Además esta doctrina nos relaciona con la realidad mediante un tipo conocido de relación: el de mutua participación simpática. Las proposiciones: "nos sentimos parte de un todo inclusivo" o bien, "nos sentimos presentes a una ideal simpatía" difieren en esto: en que sabemos lo que son la simpatía y su ideal y la manera de relacionarnos con ellos, pero no sabemos lo que es un todo inclusivo si no fuese por la simpatía que lo constituye. El total de la realidad debe contener nuestros sentimientos. Y un todo que contiene los sentimientos de diversos sujetos en la experiencia directa es la fuente de todos los significados, los cuales significados sólo se nos revelan por ciertos fenómenos de simpatía.

Whitehead afirma: "La verdad no es otra cosa sino la manera como las naturalezas compuestas de las actualidades orgánicas del mundo obtienen adecuada representación en la naturaleza divina". Salvo que no suscribimos la creencia de que aun en Dios la objetivación tiene que ser abstracta. Parece enteramente innecesario suponer una intervención doble de parte de Dios, primero para determinar la realidad y enseguida para inmortalizar lo concreto como un pasado que en Él se objetiva idealmente. ¿Por qué no suponer, al contrario, que la auto-determinación de la cosa hecha por Dios ya supone los requisitos necesarios para que pueda alcanzar objetivación divina concreta, no sólo abstracta? Si el mismo Dios tiene que concebir lo concreto como abstracto, ¿en dónde está su superioridad? Si esto fuese así habría que convertir la verdad en una especie de mito o superdios que no encuentra razón ni explicación en el sistema. Por encima de una verdad de esta suerte está la omnisciencia divina.

Se ve por este esfuerzo de Hartshorne, incluso por la tesis en que Whitehead recae en lo abstracto, el tipo de esfuerzo que realiza el pensamiento contemporáneo, que no es otro que librarnos de la obsesión abstractizante para entender la realidad en su directo y despejado esplendor.

El vernos y el ser vistos de las criaturas, y sobre todo de Dios: he allí el complemento indispensable a la plenitud de cada conciencia. La simple autocontemplación del hegeliano encierra en sí misma la conciencia, la corta del resto del mundo; a la postre, la mata; de ahí derivará la nada del idealista, el existencialista, las filosofías ateas: por circunscritas.

EL SER EN SÍ

A menudo la conciencia se queda vacía como si de ella se ausentase el ser. El pensamiento no basta a llenarla. Las ideas, artísticas o filosóficas, religiosas, sirven para estimular nuestro poder de vida y creación. Pero a menudo la conciencia no responde al estímulo. Procuramos llenarla con imágenes, consumamos lecturas que nos resultan paja académica que no da nutrimento. Entonces el remedio es obrar, no pensar; cualquier acción útil, modesta o gloriosa, nos

devuelve el entusiasmo, nos restituye la fe. Conviene a veces dejar sola el alma. La soledad la reconforta. De pronto su manantial agotado borbota, fluye de nuevo, revive el ser. La soledad ha de ser cabal; ejercicios de nada, por contraste, nos devuelven el ser. El existir es como el arder, pero hay fuegos que arden sin consumirse, como la zarza de la Escritura. Las lenguas de fuego de Pentecostés iluminan y no queman, enderezan el ser y lo reviven. En sus reposos el alma toma impulso: su chispa inmortal clama plenitud y eternidad. Desde las etapas de abajo, para el ser es mejor arder que apagarse. El incendio es más fecundo que la congelación. Esta última es la muerte. La flama sagrada nunca se extingue. La nieve de los volcanes es imagen de la nada tonta, la nada sin contenido. El Empíreo es la imagen de la eternidad.

Todos hemos visto alguna vez, en el baño de mar, esos sujetos que prolongan su estancia en el agua; se están disfrutándola semisumergidos; se acarician los brazos, chapotean y vuelven a sumergirse; les gusta sentirse anegados. Algo de esto ocurre al alma en aguas de soledad: no busca resolver problemas ni disfruta recuerdo alguno, simplemente siente que es. El alma se palpa a sí misma, se mira sola y teme; el pasmo la invade, pero le nace el canto, un himno interior saluda la evidencia de su ser; no elige nada, disfruta el don de participar en el universal concierto. No es en él un espectador, sino parte activa que hace entrega a Dios de su albedrío. Con ello aplaca el natural desasosiego que causa sabernos parte del infinito Universo. La angustia cede y se establece la confianza. Con el ser se nos han dado poderes para cumplir la misión que nos está encomendada; el ser reconoce los seres; se sabe partícula en el Todo, pero tan viva y sensible que parece indispensable al Todo.

El ser en sí, como nómeno kantiano, no existe ni hace falta. Esto de consumir eliminaciones de supuestos accidentes hasta dejar sólo la esencia conduce a encontrarse con esencias que ya no son ni carne ni alma ni hueso ni fantasía. El ser puro es como el acto puro: un contrasentido. La mejor definición de Dios es la que Él mismo dio a Moisés: "Soy el que Soy". Esto no quiere decir: soy el ser en su pristinidad ni en su quiddidad; quiere decir: soy el ser en su plenitud única. Lo "único" aquí quiere decir: la potencialidad absoluta, no la despotentización; el máximo poderío en la coordinación de factores.

El ser en sí, "El que Soy" sagrado, define a Dios pero no lo agota. Dios es ser en sí y además muchas otras cosas: autor del Universo, su ley y su fin de amor. El ser en sí por sí solo, fuera de Dios, sería la nada.

La noción del *ser* es de orden experimental (no es idea); es aquello de que proceden todas las ideas; del ser; no es una visión: todas las visiones proceden del ser; no es el ser un rumor: todos los sonidos encuentran en el ser su patrón. La noción del *ser* no es negativa sino la más positiva que existe. El "Soy el que Soy" es la raíz del mundo. Cuando intentamos llegar a ella por el análisis, mediante eliminaciones y abstracciones, la raíz nos escapa. El ser es la síntesis de donde todo mana. Ideas, recuerdos, premoniciones, sentimientos, sensaciones: todo brota de la compleja singularidad del Ser Absoluto y de nuestra conciencia que es su imagen. Somos así un microcosmos, una abreviatura del Universo, pero de tipo unívoco extraño a lo genérico, hechos para comprender todos los géneros. La noción del *ser* posee densidad, es uno como peso que está en el vacío y no cae; sirve de sustento a la existencia misma. Vence la gravedad tal y como el espíritu trasciende al cuerpo. Más firme que el acero es el ser por inquebrantable; más pesado que la pesantez y más ligero que el ala. El ser es la realidad misma y el origen de una confianza en que se posa el Universo.

Cuando la muerte amenaza con la disrupción de todo lo que somos parece que el Universo va a derrumbarse junto con nosotros; sin embargo, el ser no se alarma; el derrumbe no le alcanza; su medida no es la del Universo visible. El ser, por invisible, emparenta con el espíritu. Su ley es la que han descubierto los videntes; su doctrina es la de la Revelación.

En todo caso el ser es cosa concreta, la más concreta de todas; no hay que confundirlo, por lo mismo, con las formaciones esquemáticas: ideas, entes, figuras. El ser es densidad. Su contenido simpatiza con todo lo que alienta en el Universo, pero no se dispersa en la pluralidad; obediente a un eje, un centro orientador y coordinador, vive en síntesis perenne. Se va por los espacios, pero regresa como el bumerán de los australianos.

Participamos del ser absoluto, por eso nos sentimos pequeños reyes del Universo. La existencia nos informa de nuestra fragilidad y entonces buscamos el centro del poderío: el Absoluto de donde procede la

partícula que somos. Hallar ese Absoluto en cualquiera de sus manifestaciones, engendra confianza y regocijo. Cuando perdemos su contacto, nuestro ser se disgrega como una pompa de jabón que ha reflejado el Universo pero no lo integra, no ha sido parte de la vida. El alma sobrevive si se inserta en los procesos del Universo y desempeña en ellos una función. Es tan limitada esa función comparada con la vastedad, la complejidad del Universo, que nuestro ser reflexiona y se alarma, se pasma y se inquieta y siente que le falta el sostén. Precisa entonces una nueva inyección de sustancia, una nueva generación; una vuelta a nacer: esto es la gracia de la fe. Nuestra fragilidad la convierte en firmeza y sentimos la promesa de vida eterna y la resurrección. Milagro fácil de creer si se advierte que del milagro pende la creación entera. Del "Soy el que Soy" procede enseguida el Universo. De suerte que *ser* en el sentido absoluto sólo lo posee Dios. El ser se da en muchos otros casos y condiciones siempre como de prestado y con límites; sólo en Dios el ser es lo mismo que lo Absoluto. "El que Soy": nada se compara a Mí; todo procede de Mí; todo lo demás es reflejo; "Soy el que Soy"; los demás participan en grados diversos de mi existir. En ese Absoluto se emergen las formas, las apetencias, los impulsos, las estructuras; todo nace de Él, pero no a borbotones como la lava del volcán, sino ordenado y arquitecturado según eones que desenvuelve el Verbo. "El Verbo es consustancial en Dios." Desde que Dios se pone a crear opera el Verbo; luego, como su obra le inspiraba amor, este amor pone en función la Tercera Persona: el Espíritu Santo que vivifica y consagra. El Verbo tuvo que encarnar a causa de que una parte del Universo se lanzó hacia su pérdida. El Verbo torna a orientarla, le devuelve el ser.

El ser en sí es el alma, y el alma es porción organizada de lo que es. Entendemos por lo que *es* la Persona Divina que se definió a sí misma como "El que Soy"; el alma es criatura, pero hecha a imagen y semejanza de su Creador; por lo mismo, en su constitución hay coherencia imitada de la coherencia divina. Todos los microcosmos en su índole especial son variedades del ser original; cada ser es una parte del todo de la creación, pero no como las partes de un todo abstracto que al sumarse dan un todo cuantitativo. Las partes de un ser no pueden sumarse porque son heterogéneas; en cambio, concurren con su peculiaridad para engendrar todos de cualidades nuevas. Las partes embonan, concurren y armonizan, se ligan por armonía, no por geometría, y así

engendran todos parciales que poseen vida. El Universo es de esta suerte acción y concierto. Las partes, por su armonía, consuman las finalidades del Universo, pero éste no abarca al Creador. El Creador, por el hecho de serlo, está fuera de su creación y quizás interviene permanentemente en ella para conservarle la animación, restablecerle la proporción y la armonía cada vez que es necesario. Por obra como de milagro perenne el Universo se sostiene. Su interior está minado por la entropía que tiende a deshacer, a nivelar, a destruir lo heterogéneo para regresar a la nada original; pero el espíritu restaura el *fiat* original y lo mantiene: el Espíritu Santo.

Lo esencial del alma es coordinar los elementos internos con los externos para afirmar dentro del Universo la presencia de un *quantum* autónomo de energía, un factor viviente, una unidad que opera dentro de lo físico, pero pertenece al espíritu.



El alma una se sirve de distintos instrumentos y aparatos de conocimiento, a saber: el sensitivo, el intelectual, el ético, el estético, que operan cada uno por medio de *a priori*s específicos según hemos insistido en diversas partes de nuestra obra.

EL SER EN LOS OTROS

Mucho depende de la primera impresión. El que supo de la caricia de una madre, los ojos adorantes de un padre, de la atención de algún pariente o amigo o persona caritativa guarda del otro una impresión de beatitud. El otro es nuestro vigilante y nuestro apoyo: está allí a nuestro alcance. Un gesto, un grito lo traerán anheloso al servicio de nuestra necesidad. Antes que el yo nuestro contemplamos, reconocemos, configuramos al otro: padre, hermano, prójimo. Nuestro ser se complementa en el otro, se aposenta en él y se confía. Sólo más tarde, mucho más tarde, nos damos cuenta de que el otro, por mucho que preste efectivo auxilio, consuelo y complacencia, bien visto se halla suspendido en el mismo vacío en que nos hallamos nosotros. Nos falta a los dos una base, un soporte, una tabla que nos sostenga y nos evite declinar hacia el abis-

mo. ¿Dónde apoyar la base, la tabla que pudiera librarme de caer, caer sin término? El rinconcito del mundo que es nuestro planeta nos brinda el triste apoyo de la gravedad; gracias a la gravitación no caemos a rodar por el espacio durante etapas y eones de desamparo. ¿En dónde está para el alma la gravitación, el equilibrio de una perennidad viva?

El otro es un cuerpo. De repente, en súbita reflexión involuntaria, descubrimos que el otro, aun el más excelso de los otros (una madre), es también un cuerpo. La cosa ésa fea, lamentable, que es un cuerpo. Cada una de sus líneas directivas responde a una secreción desagradable; en vano hincha los hombros porque no puede volar, y tanto le angustia su condición que nadie que no sea un inconsciente se desnuda a gusto delante de una multitud.

Hay que ver en su esplendor esos cuerpos: su instante de gloria es el del cielo; todo se afina, se hace elástico. Redondeces seductoras anuncian la hora de la germinación, la misma en cada animal. A propósito de esto se hacen literaturas. El paganismo se halla manchado por esta ebriedad que busca lo divino por el camino del Eros sexual. Ni Platón se libró de ella y todavía en el cristianismo aparecen recaídas: el novio y la novia, el desposorio celeste, ¿qué tiene que ver todo esto con Dios? Tenemos de común con los animales la generación que es evidencia de salud y causa de alegría que pertenece a la tierra. Se dirige a la tierra y tiende a prolongar el drama planteado desde el Paraíso: el alma avergonzada delante de Dios, el yerro de la multiplicación de lo imperfecto. Reproducir los personajes del drama no añade ni resta a su importancia. El cristiano lo sabe; el pagano apenas lo sospechó cuando por boca de Platón afirma: es mejor crear en lo invisible. Dios no necesita de pareja para crear. En esto se halla su superioridad: creó de la nada. Sólo en las mitologías retrasadas, aberrantes, se echa mano de la diosa para explicar después la creación en forma genésica; pero el amor mismo no es dual, es siempre trino: padre, madre, hijo. El simple apareamiento no satisface según lo comprueba la historia de las pasiones estériles (Tristán e Iseo, etc.). Y si bien el instinto superior no quiere el hijo, también es cierto que la única manera leal de evitar con decoro el pecado del hijo es huir del apareamiento adoptando el celibato.

El Dios cristiano a unos seres los hace con el golpe del *quantum* que engendra ondas y luz; otros los aparea a fin de crear cuerpos en que ha-

bitarán las almas; pero en el orden de las almas ya no hay reproducción. Cada una contempla al Creador que gratuitamente le dio el ser. ¡Sólo se queda, constantemente, el yo! El otro dispone apenas de tiempo para pensar en sí mismo. Es infinito el desamparo de quien se atiene al otro si el otro no es el mismo Dios.



El ser como yo es el único que sería natural que conociésemos. Cuando en él hurgo se me escapa y me deja como el loco que quisiera verse la espalda girando de prisa sobre sí mismo. Es inútil; nunca podré mirar mi ser, acaso porque estoy dentro de él. No lo tengo a la espalda sino en la dimensión inexplorada de la profundidad. Además, no es sustancia que se vea sino aquello con lo que veo. ¿Qué es mi ser? El pivote de la maquinaria, el piloto de las direcciones, lo que junta cuanto miro y cuanto palpo, lo que escucho y lo que pienso y lo que amo. Para representármelo acudo a la naturaleza de Dios según el misterio de la Trinidad. Dios es la unidad de la Trinidad. Mi ser, chispa suya, es la invisible unificadora potencia de todo lo que entra en su campo de operación. Se habla hoy del campo métrico en electricidad; el campo métrico de la mónada peculiar que es cada ser es el Universo. Pero la mención del Universo nos saca del ser como yo. Retornemos.

¿Qué hay en lo más hondo de mi mónada viva, activa? Nada si procedo por análisis, porque no soy ni sensación, ni color, ni sonido, ni vibración, ni pensamiento, ni sentimiento, sino todo junto; es decir, que a cada momento, y a semejanza del átomo que para subsistir necesita de la polaridad electrón-neutrón, mi conciencia, siempre invadida por las mil sollicitaciones del mundo eterno, para subsistir necesita coordinar después de clasificar sensaciones, ideas, imágenes. ¿Qué es la coordinación? Un acto irregular, periódico, a veces tenue, a veces fulgurante que se produce en mi conciencia y es ella misma: la coordinadora.

La conciencia, invisible factor de coordinación, no es un ente en el cuerpo tal como Dios no es el alma del Universo. El alma posee un destino aparte de ser conciencia. Y Dios es Creador de la creación, pero no está inmerso en ella, no depende de ella; podrá destruir su obra, quizá la destruya algunas veces conforme a los kalpas indostánicos o simplemente la deja perecer como en la entropía. Para el alma, sin embargo, Dios

tiene normas diferentes de las que rigen el Universo. Entre el alma y Dios hay el compromiso terrible del albedrío. Si me fuese dado optar, lo rehusaría. Se insertó en nuestra naturaleza la responsabilidad del albedrío, pero son tan crueles las consecuencias de su abuso que me siento necesitado de auxilio. Acudo a la misericordia divina, sin cuya Gracia esta pobre oruga que soy jamás se desenvolvería en crisálida.

El ser del yo es un abismo insondable. Extraemos de él algo nuevo cada vez que nos hundimos en su infinitud. Abismo de apetencias sin potencias, un sentido nos acerca a su realidad oscura: el tacto. El ser como yo es algo que se palpa por cinestesia. La sensibilidad interna es una tensión. También el electrón es una tensión susceptible de estallar cuando aparece una onda contraria a su polaridad. El ser como yo experimenta esta misma necesidad de eclosión, de manifestación, cuando se encuentra con otro ser como yo. El orden del ser así se divide en tres grandes ramas: el ser como yo en el mundo que me rodea; el ser como los otros; el ser como Dios.

EL SER DEL CUERPO

En su origen el cuerpo es un producto turbio. Nace del amor, se dice; en el mejor de los casos así es. Pero hay un límite muy tenue entre el amor y la sensibilidad. El amor contagiado de lujuria es entre todos el pecado más leve, pero sólo en apariencia. Míranlo con benevolencia los poetas y los artistas y Dante lo pone al principio de los círculos infernales donde la pena no llega a la infamia. El mismo Jesús en su trato de la Magdalena demuestra una lenidad que ha dado origen a toda una literatura artístico-erótica de valor dudoso, pero que predica en todo caso la elasticidad a que el asunto se presta. Hay en la relación sexual, no cabe duda, un misterio de trascendencia. El amor erótico nos inclina al principio a la abnegación, casi al heroísmo: nos saca de nuestro ensimismamiento, nos lleva a la falsa ilusión de que adoramos a "Dios en sus criaturas". A menudo, y aun en sus excesos, el amor resulta preferible a la sequedad del asceta, a la compostura del egoísta. Probablemente no hay en el ánimo poder de exaltación más fuerte, si no más alto, que el de la obsesión amorosa, ni placer más intenso del cuerpo. Sin embargo, el vino erótico esconde ponzo-

ña: la ponzoña de la descendencia. Si fuésemos ángeles ¡enhorabuena que nos multiplicáramos! Pero ¿qué objeto tiene propagar indefinidamente el dolor, el riesgo, el drama de nuestro propio existir? Si no fuese instrumento de la propagación el amor sería inocente; quizás también se volvería desabrido, apagado. Se juntan, pues, en el amor, igual que en el mito de la manzana y la serpiente, mal y bien, dulzura y hiel; la más preciosa fruta del Paraíso y la pérdida del Paraíso. Este doble misterio recorre milenariamente el corazón de la especie y lo llena de tristeza. ¿La aparición del vástago humano basta para hacer del amor el pecado y el misterio por excelencia? ¿Es tan mala, acaso, la vida? Supongamos que sea buena. ¿No os parece que ya ha dado frutos bastantes? Y si es mala, entonces nuestra responsabilidad es agobiante. Es éste uno de los enigmas propiamente insondables. El materialismo contemporáneo quiso negarlo, y los políticos del marxismo acabaron por reconocer que no es un acto inocente el amor sexual, como quien bebe un vaso de agua.

Todo esto nos lleva a pensar en el pecado esencial del erotismo: no lo es tanto emborracharse de ilusión o de lujuria, que ello se corrige con su propio despertar; lo más odioso del complejo erótico es la falsa medida de estimación que nos lleva a establecer entre nuestros semejantes. Desde que el hombre o la mujer penetran a la pubertad, enseguida ya no mirarán a las gentes sino desde unos anteojos de color y configuración equivocada, es decir, apreciarán al prójimo no desde el punto de vista de sus merecimientos, su bondad, su inteligencia, su valer, sino que de golpe y de modo inconsciente ante cada otro dirán: “guapo”, o bien, “feo”; es decir, útil para el sexo o inútil; todas las desconsideraciones vienen después. La básica inmoralidad y torpeza de este criterio salta a la vista; sin embargo, domina las costumbres, lo fomentamos todos de modo inconsciente y sólo se libran de él los elegidos que a tiempo lograron dominar la libido, aplastarla o hacerla a un lado. Hay en la experiencia un instante dichoso en que nos damos cuenta de que por su fin vamos a contemplar a la mujer como si no fuera instrumento de goce, como si fuera una hermana y a fin de juzgarla según sus méritos superiores. A este respecto el Buda dejó palabras definitivas: “si es joven, ámala como a tu hija; si es de tu edad, como a tu hermana; si es mayor, como a tu madre”. Despojadas de los anteojos freudianos las almas se miran, se fijan, se reconocen; casi siempre hallan más que razón para amarse. ¿Y

quién es el Apolo o la Cleopatra que a las primeras arrugas no quisiera desprenderse de la fama que le dio la libido a cambio de disfrutar la estimación de la buena conciencia, que es lo que entre hombres afirma la amistad? Las amistades entre mujeres son extremadamente raras, quizás porque tarda más la mujer en ponerse a despremiar las ventajas de la libido. Y lo que a los veinte, a los treinta años fue el tormento del enamorado, veinte o treinta años después hace reír de pensar que dio motivo a locuras un tipo de otro sexo. Se siente entonces gratitud por el tiempo que así nos libra de inquietudes que aparecen incomprensibles, ridículas. Y si alguien afirma que exageramos y se refugia en la tesis de la santidad del amor legitimado por el sacramento, diremos que eso es ya otra cosa: es una transacción con la vida; pero ¿quién puede negar a San Pablo cuando otorga sus preferencias a la abstención genésica porque es estéril para la carne, pero fecunda para el espíritu? ¿Y por qué la Iglesia reserva sus preferencias para el celibato?

Cuanto tiene vida encierra elementos de maldición. Las especies padecen la maldición de tener que vivir una de otras, devorándose sin cesar. Y el hombre lleva por dentro un Caín que cuesta trabajo aquietar. El que lo vence del todo es porque se halla en los umbrales de la santidad. Ésta consiste en vivir conforme al mandamiento primero: "Amar a Dios sobre todas las cosas". Pero de todos modos es evidente que percibimos, imaginamos, comprendemos el ser en los otros, aunque a veces nos falten palabras para explicar lo que reconocemos en nuestro prójimo. Unos a otros los seres se reconocen y se comprenden, se relacionan de mil maneras.

Es un error creer que una estrella ignora a otra estrella: las leyes de la atracción determinan la sensibilidad de las estrellas. De la misma manera, sólo que más cabal, es el conocimiento del alma con respecto a las otras almas: los medios de reconocimiento y de interdependencia se multiplican cuando se trata ya no de estrellas, sino de almas.

EL SER Y LA MULTIPLICIDAD

Piensen palabras, manejan conceptos sin relación con lo real, que es lo que existe, todos aquellos que especulando sobre el ser afirman (Garrigu-Lagrange citado por Maritain):

La multiplicidad no es más que una apariencia para los sentidos; para la inteligencia no podría existir, pues no se sabría concebir ninguna diversidad dentro del mismo ser. Esta diversidad no podría provenir sino del ser mismo y del no ser. Pero el ser es y no comparte nada de otro que no sea él mismo, porque lo que es otro que el ser es el no ser que se opone a él. Por otra parte, el no ser no puede traerlo del exterior una diferenciación porque el no ser es la nada. Se sigue que el ser permanece uno y que la multiplicidad es imposible para la inteligencia.

Todo esto es apartarse de la realidad, poner a un lado, como los fenomenólogos, la existencia misma para buscarle sentido lógico a simples frases. Porque *el ser es lo que es* no pasa de ser una frase que expresa al ser según el lenguaje gramatical y nada más. El ser equivale al *es*, pero ambos con riqueza de contenido inagotable que no puede ser reemplazado por las palabras *ser* y *es*. Manejar estas palabras sin atender a la enormidad de sus contenidos es partir de una falsificación de lo que es y del ser, y es natural que en su desarrollo la elucubración sobre estas palabras llegue al simplismo insignificativo del acto puro o a la franqueza de tener que declarar que el término de esta suerte de metafísica es la nada. Al contrario, la verdad no es simple. Constantemente, cuanto tiene existencia (y esto es una de las verdades capitales de nuestra filosofía de la coordinación) se nos presenta como vario y como uno, como múltiple, y sin embargo, ligado con un orden que si no es unitario, como el de las matemáticas, en cambio es proporcionado y coordinado según se manifiesta en la armonía. Para nuestro pensar, que se halla inserto en la etapa filosófica de la armonía, según hemos distinguido, el problema de la multiplicidad y la unidad no es sólo evidencia empírica: también es arreglo mental, necesidad de lo inteligible que no quiere caer en el ser puramente verbal y pleonástico que se menciona con las palabras *lo que es*. Lo que llamamos el *no ser* (afirma Platón en el *Sofista* y utiliza Maritain en su tercera lección sobre el ser) no es, me parece, contrario del ser, sino solamente una cosa que es otra (como cuando hablamos de una cosa que no es grande). La naturaleza de otro me parece se divide en mil partes, como la ciencia de donde procede la diversidad de lo que se llaman *las artes y las ciencias*. Pero los metafísicos se empeñan en olvidar las mil y más partes de la existencia: todas generosas y únicas, todas cualitativas; por lo mismo irreductibles a denominador común, y prefieren

pensar con fórmulas verbales de su propia creación convencional en vez de realidades existentes. En lugar del ser en sí mismo que se atribuye a Parménides, el pensador moderno encuentra el ser en cada una de las mil y más porciones del todo armonioso que es la existencia, y dentro del cual y sobre el cual opera un existente máximo a cuyo soplo surgieron los mundos y por cuyo soplo inverso podrían desaparecer. El ser es, de esta suerte, no acto puro sino la síntesis de todos los actos, el acto que imprime la coordinación a todo lo que existe y, por lo mismo cumple el requisito de ser quien es. Realiza el "Soy el que Soy", o sea el Creador de todo cuanto existe. Este mismo Creador Supremo dista mucho de la simplicidad del metafísico porque está hecho, según Él mismo enseña en la Revelación, de tres Personas distintas. En consecuencia, fuera de la fantasía estéril de los lógicos no existe en ninguna parte el ser como ente que es él mismo. Sólo en Dios se cumple la definición, pero a condición de que su redundancia no nos lleve a olvidar el realismo de las tres Personas de la Trinidad, Personas vivas y activas, que no el ilegítimo sustituir con el sucedáneo mental que es el ser que es puramente inteligible.

Por su parte, Maritain cree que salva el verbalismo de cierta metafísica afirmando que:

[...] el vulgo tiene la impresión de oír una insignificante trivialidad, una tautología, cuando escucha el enunciado del principio de identidad; en cambio, para el filósofo ésta es la ley fundamental de la misma realidad [...] Un proceso logístico que todo lo reduce a la pura identidad, borrando las diversidades y vanidades de ser, pero que capta el principio según su modo de realización analógica al mismo tiempo que ha captado el ser en cuanto ser, el ser según su puro tipo inteligible que admite diferencias de esencia totales y abismales.

Tal dice Maritain, y lo que pasa es que como buen católico, el pensador francés, aun sin saberlo, está más cerca de lo que supone de la metafísica del Evangelio, que es una metafísica individualizada y realista, personalista. El ser de Dios contiene, según la Revelación, la Trinidad de las Personas, lo que quiere decir que la metafísica del Evangelio está más cerca de Empédocles que de Parménides. Empédocles buscaba el ser en la combinación de los elementos, no en su simplificación. Por su parte, la filosofía cristiana no es idealista ni tampoco realista a

la manera aristotélica de las abstracciones y los entes. Son estos entes pura ficción puesto que no tienen otro sostén que el tautologismo que repite: el ser es el ser y cada ser es lo que es.

En cuanto a lo que dice Maritain sobre una visualización idéntica, ideativa, que podría sustituir a la abstracción, ella no conduciría, igual que la husserliana, sino a crear fantasmas mentales para sustituirlos a la realidad viva, la realidad segura del universo. Y pensando ya en teología católica, Maritain y todos los metafísicos de su escuela se ven obligados a concebir y a postular una inteligencia "pura" que en el más allá no reconocería sino esencias, entes y formas. Pero la doctrina del Evangelio no habla de esto en ninguna parte. Constantemente, en cambio, nos promete una vida espiritual mejorada pero análoga a la que conocemos. De esta suerte, el cielo al cual nos promete acceso no está habitado por esencias platónicas, sino por seres como los ángeles y los arcángeles, todo ello sin ontologías. La ontología puede ser, como la abstracción, un puente, un andamio que permite a la inteligencia aproximarse a la realidad mediante representaciones esquemáticas, abstractas; pero lo real (lo repite el Evangelio) es vida y es resurrección. Las formas todas son el instrumental del Creador dentro de las cuales toman cuerpo los seres de su creación. Las formas son quizás necesarias para el sostenimiento de lo creado, pero lo real es siempre concreto y vivo como un alma o como un ángel.

Al apuntar su metafísica idéntica no hace Maritain otra cosa que iniciar un idealismo radical como el hegeliano; supone que en el Cielo se percibe el juego de los entes, no el vivir dichoso de los seres. Al contrario, juzgamos que cada creación es individual; el ser no se propaga por géneros y especies: cada una de sus expresiones es unívoca.

EL MOVIMIENTO, EL SER Y LA ALEGRÍA

El ser jamás es estático. La suspensión del movimiento trae consigo la muerte. (Ha sido un error capital identificar el ser con lo permanente, lo estable.) El ser es todo cuanto es movimiento. El movimiento de la criatura material recorre un ciclo y con él termina. La diferencia de la criatura y el Creador radica en que éste es el origen de todos los

ciclos. Las criaturas de espíritu participan de la inmortalidad del Creador; en ellas el movimiento perdura, chisporrotea como fuego que arde sin consumirse y luz que no se apaga. Un surtidor perpetuo y pleno es el Creador, y la criatura inmaterial se baña en él con movimiento continuo que se alimenta por participación. La sustancia, el ser, es movimiento; porción de movimiento es la criatura; movimiento inexhaustible es el Creador. Por eso también, según lo vivió San Francisco, toda existencia, por serlo, es don milagroso que se resuelve en acto de alegría.

POTENCIALIDAD DEL SER

La luz natural es un velo que al deslumbrar oculta. El mediodía ciega la visión de las estrellas; nos compensa de esa ceguera ofreciéndonos el detalle de las cosas. En la noche profunda todo se vuelve abismo, pero dentro de él palpitan los seres. La luz de la conciencia no se apaga ni de noche ni de día; luego, no procede de la luz natural. Se apaga, sin embargo, en el sueño, pero no del todo porque a veces soñamos. En la muerte, al tercer día del sopor la conciencia quizás recobra, quizás adquiere el poder de emanciparse de los cambios de la naturaleza y del torpor de los sentidos en el sueño. Liberada también de la fuerza de gravedad, el alma se moverá a la velocidad de un pensamiento por todos los rumbos del cosmos, en un paraíso agrandado a la anchura de la totalidad de la creación, por dentro y por fuera, por el microcosmos y por el macrocosmos. Igualar la vida al pensamiento, la actividad de la voluntad hecha fantasía: esto es salvación. En ella el mundo cambia de apariencia con radical sentido como cambio que va de la sensibilidad de la ostra a la conciencia del hombre; las posibilidades del Creador son infinitas, igual que sus obras. Es mezquino dudar de la posibilidad de lo que concebimos. El concebir es la antesala del descubrir. El alma en los sueños vaga en libertad no sólo por el orbe físico: también por las más tiernas y luminosas experiencias del sentimiento: encuentro de los seres queridos que conocimos; hallazgo de otros que no llegamos a conocer en la tierra, pero nos despiertan súbita efusión de dicha. Como sueño dichoso sin despertar será la salvación a la vista del Padre Trino: la Santísima Trinidad. Esto es lo paradisiaco; imaginarlo, sospecharlo es propio del hombre, más

de acuerdo con su íntima naturaleza que todas las visiones cotidianas que nos ofrecen los sentidos ordinarios. Éstos están adecuados al mundo pequeño que ellos mismos conforman; pero el alma está hecha para la inmensidad, la infinita pluralidad y la eternidad de las jerarquías cuyas relaciones rige el amor.

PERCEPCIÓN DEL SER

Lo que percibimos en el fondo de nuestro ser es inefable, intraducible, sencillamente porque es la realidad misma, esencia común de todos los hombres, pero en cada uno distinta. Y porque ningún concepto define del todo esta realidad íntima, para manifestarle tenemos que recurrir a la metáfora, tal y como ocurre en presencia de lo Absoluto. Dentro de nuestra realidad íntima (contradicción que tanto alarma a los conceptualistas y no obstante el contrasentido aparente del sí y el no) advertimos estabilidad y fluir. Más aún, observamos una energía que parece escapar a la ley ordinaria de su conservación porque crece sin agotarse; crece con el uso, por lo que la hemos llamado *energía de incremento*. Es algo como la sustancia de los escolásticos, pero evitamos traducirle íntegramente a concepto porque eso sería como echarle a un vaso sin fondo. Procuramos expresar la sustancia mediante conceptos, pero respetándole su potencial inagotable. Metida la sustancia en el concepto como una luz en cristal precioso, todavía hay que buscarle sentido de acción y plástica que la exprese. Todo esto brota de la más humilde porción de ser. Y no es extraño que el conceptista, que de todo prescinde para quedarse con la forma (llámese ésta *abstracción* o llámese *esencia*), se sorprenda después de que sus ficciones no le devuelvan vida o se la devuelvan en forma de angustia. La angustia proveniente de encarcelar el ser en vasos y formas que lo aprisionan.

Al ser que se está haciendo y que cambia oponemos nosotros un ser que reposa y a la vez se distiende como resorte que vuelve a sí; como fuerza que constantemente irradia, pero reconoce un centro y un origen. Lo permanente del yo es ese centro; sus irradiaciones son mutables. Pero todo esto es simple imagen, puesto que ya hemos dicho que la energía de que está hecha el alma no tiene las mismas leyes que la energía de la física o de la biología: es energía de incremento.

Sin distinguir etapas en la naturaleza del ser no es posible entender las categorías de las sustancias que integra los seres ni su desarrollo, por tránsitos bruscos, a través de una sucesión de hipóstasis.

El ser es invisible en el comienzo de sus manifestaciones: la onda magnética, el átomo; se hace visible en la célula y el agregado de células que es el cuerpo, y torna a producirse en lo invisible: la conciencia, el alma, el ángel. Pero en esta última etapa es capaz de manifestaciones visibles ocasionales, según lo comprueban las visiones de los santos, los videntes que han visto y oído a los ángeles.

EL SER Y SUS CICLOS

Una ciencia nueva, de conclusiones muy interesantes, se ha estado desarrollando en Estados Unidos bajo la dirección de la Fundación para el Estudio de los Ciclos que encabeza el señor Edward R. Dewey y con quien colaboran representantes de las universidades de Mac Hill, Oxford, Yale, la Sociedad Zoológica de Londres, el Instituto Smithsoniano, etc. No sólo la historia de la vida obedece a ciclos, sino que se encuentra una huella de este proceso aun en las más primitivas formas de existencia, tal como la de las ondas magnéticas. El principio básico resulta de la comprobación de que todo desarrollo vuelve a su lugar de origen; "existo" es lo que implica la palabra *ciclo*, pero ella contiene además tres ideas accesorias: la primera es la repetición. Una especie cubre su ciclo y desaparece sin dejar sucesor; pero si queda semilla, mediante ella se inicia otro ciclo de desarrollo, y de esta manera indefinidamente. De suerte que el ciclo reproductivo posee una cualidad desconocida para el ciclo de una vida individual. En cada especie la vida individual es corta, pero lleva en sí la necesidad de la repetición. Esta ley no es tan fácil de aplicar a los ciclos de la civilización. Creen algunos que la acción y la reacción son iguales, lo mismo en la sociedad que en la física. Otros sostienen que cada ciclo es completo en sí mismo. Sin embargo, los ciclos de las civilizaciones no sólo se repiten sino que van y vienen con cierto grado de regularidad. Constituye esta regularidad un tercer elemento que viene a añadir la idea del *ritmo* a los comienzos y fines de la simple repetición. Es decir, que si hoy ocurre una explosión y ésta no se repite a los seis meses ni a los doce años no

existe ritmo en tal proceso. La cualidad rítmica aparece sólo cuando las explosiones ocurren a intervalos relativamente determinables. En los ciclos más altos aparece un cuarto elemento, o sea la periodicidad. Consiste ésta en una recurrencia regular según intervalos específicos y por lo mismo determinables. El día, con sus fases de luz y oscuridad, es de esta clase.

Todos los procesos de la creación parecen obedecer a ritmos y ciclos, pero deteniéndonos nada más en aquellos que tienen influencia sobre la vida tenemos que distinguir tres tipos de ciclos: primero, el de la temperatura (el clima); segundo, el campo electromagnético del sistema solar en general y de la Tierra en particular; tercero, la composición de la atmósfera con sus variaciones de ozono y otros aspectos. Se combinan entre sí las influencias de estos ciclos y de otros muchos que no están determinados. Los ciclos que corresponden a la temperatura han sido reconocidos desde la antigüedad. Existen cartas para determinar los años lluviosos, los años secos, etc., y también se han apuntado ideas sobre ciclos de producción, sobre ciclos en los negocios, etcétera.

Para el estudio de los ciclos se han imaginado tablas estadísticas formadas según el proceso matemático del análisis armónico, por ejemplo, el estudio de Beveridge sobre los precios del trigo en Europa desde el año de 1500 a 1869. Se han estudiado, asimismo, ciclos en los negocios y en la producción industrial, pero lo que más nos interesa son los ciclos psicológicos, los climatológicos, que tienen influencia sobre la psicología, así como los ciclos hereditarios, históricos, etcétera.

En materia de electricidad atmosférica se ha determinado el ciclo de 41 meses. Parece que corresponde a idéntico ciclo en los negocios. Determinados ciclos naturales observados en peces e insectos dependen no sólo del clima, sino de cambios en la intensidad solar que afecta la atmósfera de la Tierra y su clima. En la economía se señalan ciclos de nueve años según las altas y bajas de las operaciones de bolsa, de los valores en bienes raíces y de la producción en general.

Nada sabemos por ejemplo de otros tipos de ciclos, como el de la vida y desarrollo de los microbios y su extinción, lo cual podría dar explicaciones acerca de la aparición de las pestes, las epidemias. Estarían contrarrestados estos ciclos con la admisión de factores en la especie humana que alteran sus efectos: problema que está estudiado en el libro de Lecomte Du Noüy, *Human Destiny*. Entre los ciclos más sugestivos

figura el del ozono, cuya longitud es de nueve a dos tercios. El ciclo de ozono observado en París y en Londres parece ser el mismo de peces como el salmón, de animales como las orugas y el lince, y corresponde también a las enfermedades del corazón en Estados Unidos y en Canadá. La reducción del ozono parece coincidir con el aumento de la mortalidad en ciertos animales y con el incremento de las enfermedades del corazón, de donde se deduce que el ozono es un estimulante de la reproducción y de actividades intelectuales que en el hombre tienden a agotar a los que son débiles de corazón. La vida orgánica parece depender estrechamente de las variaciones del ozono. En Estados Unidos se ha observado una coincidencia entre el aumento de ozono y la asistencia a las bibliotecas. Se ha observado también que la inteligencia se aviva después de las tempestades que cargan de ozono el ambiente.

Lo que se puede concluir hasta la fecha es la estrecha relación que existe entre el ciclo del ozono y el ciclo animal.

Estudios interesantes del ruso Tchijewsky y del norteamericano Huntington parecen comprobar la relación que existe entre las actividades solares y los movimientos sociales, tales como huelgas, progromos, linchamientos, etc. Llega Tchijewsky a la conclusión siguiente: los paroxismos en la actualidad de las grandes masas humanas coinciden con la intensidad periódica de las manchas solares. El gran sociólogo ruso Sorokin ha formado cuadros de las guerras internacionales de agresión, desde Alejandro y César hasta Hitler, de los cuales Wheeler deduce una oscilación entre dos tipos psicológicos: el nacionalista y el individualista, observando al mismo tiempo que estos tipos corresponden con variaciones climatológicas del clima caliente al templado. La tendencia al tipo nacionalista prevalece en las regiones cálidas y el tipo individualista corresponde al frío. Pero es claro que en las conclusiones de Wheeler interviene el prejuicio de su nacionalismo, puesto que atribuye a los individuos de climas fríos virtudes de estudio y amor a la cultura, la democracia, etc., sin advertir que de lo que él llama "razas de clima cálido", es decir, del Mediterráneo, procede toda la cultura en sus orígenes.

Una influencia de estudio reciente es la de las perturbaciones eléctricas que se producen en la atmósfera por la intervención súbita de ondas electromagnéticas y de partículas eléctricas procedentes de erosiones solares. La influencia de estas perturbaciones sobre la psicología humana dista todavía de estar bien determinada.

Los ciclos históricos, en cambio, han sido ya mejor estudiados.

En comprobación de la influencia de las descargas eléctricas sobre la actividad de la mente se ha descubierto que el progreso activo de las poblaciones del Egipto antiguo y de la Grecia clásica coincide con determinadas condiciones climatológicas ocasionadas por variaciones en el movimiento de las masas aéreas del polo y los trópicos. Tanto Egipto como Grecia parecen haber disfrutado, en la época de su más alto desarrollo, de perturbaciones atmosféricas más frecuentes, con más descargas eléctricas que las del clima actual. En Estados Unidos se observa que los periodos tempestuosos provocados por el aire polar en la ciudad de Boston coinciden con un aumento estimulante de la circulación de los libros en las bibliotecas. Resulta, según los técnicos de esta nueva ciencia, que Atenas y El Cairo de la época clásica poseían un clima parecido, desde el punto de vista eléctrico, al de Boston. Según se sabe, Boston es la ciudad americana de más actividad mental. Se insiste en que los huracanes, las tempestades, tienen influencia marcada sobre las actividades de la *psiqué*. Estudiando la cuestión en Asia se observa que la mayor actividad de la raza japonesa coincide también con un aumento de las perturbaciones ciclónicas y eléctricas en aquella zona del mundo.

EL SER EN DIOS

“Silencio” han dicho todos los que obtuvieron algún atisbo del más allá. Silencio guardó el mismo Lázaro que estuvo de vuelta y no tuvo tiempo de ver o no halló palabras con qué expresar lo que vio. Sólo en el rostro le quedó el pasmo. “¡Santo! ¡Santo!”, repiten los testigos del Apocalipsis (visión de los siete ángeles, cuatro animales y doce apóstoles que con la creación entera mantienen acto de adoración). En alabanzas prorrumpe la creación tomando prestadas palabras al Verbo que las posee todas. Ante el Verbo se escucha, no se habla. Y toma una eternidad descifrar el Verbo. Abarcarlo sería como enterarse de la aventura de la creación. Por el Verbo hablan los moluscos y las madreporas, los astros y el cristal del mago. ¡Signos del Verbo son el alfabeto griego y la palabra sagrada de la India; el Om que se repite y el nombre

que no se pronuncia de los hebreos! Todo esto lo simplificó maravillosamente Jesús y lo puso al alcance de la inteligencia de un niño, a la vez que lo incrustaba en nuestros corazones cuando dijo: "¡Padre [...] que estás en los cielos!" De júbilo tembló el Universo. El poder no es la crueldad que manda; el poder es Gracia que perdona; el poderío infinito es amor que reconforta y se da a todos: Dios Padre. No hay más problemas, y si los hay no es posible ir más allá: no hace falta al niño otro don que el auxilio del Padre y el alma es el niño inmortal. ¡Inagotable es la alegría en el seno del Padre! El seno del Padre es la creación entera con sus mares y sus vientos, sus galaxias y sus meteoros; todo al alcance de la atención y en cierto modo domesticado, transfigurado en armonía con el alma. El alma que habita la eternidad. Un alma libre de angustia se aposenta allí donde nadie lleva la cuenta del tiempo. El ser de Dios Trino, como la ley de su creación, es: Padre Protector, Verbo Redentor, Espíritu Santo que transfigura y enciende de amor los seres.

La conciencia es la esencia de la personalidad. Su función es coordinar los distintos factores del conocimiento colocándolos en relación con nuestro ser. El ser se piensa y se juzga a sí mismo. La conciencia es el aparato coordinador del ser. No es simple, sino compuesta. El ente es simple; la conciencia es compuesta. Todo ser es compuesto: el mismo Dios lo es conforme al misterio de la Trinidad.

"Dios es silencio", dijo la vieja sabiduría hindú. Hoy sabemos que es un silencio preñado de rumores y melodías, el concierto de todos los sonidos que llegan a perfección en la conciencia divina. Dios es invisible porque su luz es tan viva que no la resiste el ojo de la criatura; hoy imaginamos esa invisibilidad por analogía con la luz blanca que es la matriz de todos los colores. Dios es tacto: el tacto supremo que sólo es capaz de concebir una naturaleza espiritual de tipo angélico que no choca con los objetos; sin embargo, los distingue todos por refinada sensibilidad. Dios es el goce supremo que podemos concebir a través del sentido del gusto, y al mismo tiempo el equilibrio placentero de los sabores que trascienden el sentido. Dios es aroma cuyo reflejo en el incienso y en la rosa nos construyen la riqueza y la armonía del olfato conforme al espíritu. Dios es armonía que resuelve en sí todas las direcciones de que dispone la rosa de los vientos de nuestro sentido de orientación.

SERES FUGACES Y SERES PERENNES

Las combinaciones de la heterogeneidad no siempre son permanentes. Particularmente en el orden del átomo, la molécula y la célula observamos que nada perdura. Esto hizo decir a un químico ilustre que todo se transforma. Hoy sabemos que la naturaleza, hecha de átomos y moléculas, es fugaz porque está sometida a la entropía, que es su manera de morir. En el orden de la vida la permanencia, o sea su reproducción, se halla condicionada a la muerte. Los organismos asexuados (lombrices, etc.), los anélidos del naturalista, se han mantenido iguales por miles de años y son prácticamente inmortales ya que sólo una fuerza exterior puede acabar con ellos destrozándolos. No se reproducen sexualmente; por eso también no mueren en sus individuos.

Al lado de estos seres permanentes y relativamente homogéneos (y que no cuentan con el instrumento de diferenciación y de novedad que es el sexo) se desarrolla toda la extensa gama de los seres perfectibles, en lo personal y también en lo colectivo, a través de la evolución biológica, sea cual fuere el ritmo que ésta adopte. En general, en la zona de la vida las especies tienen que ir muriendo en sus individualidades para producir generaciones nuevas. El sexo y la muerte resultan de esta manera dependientes entre sí.

En consecuencia, la acción de lo heterogéneo, mientras opera con los elementos de la vida, produce resultados efímeros igual que en las zonas moleculares y atómicas. Con excepción de las plantas y animales asexuados. Y es preciso recorrer toda la serie de los seres que proceden de la heterogeneidad según el sexo para encontrar a su término, otra vez, seres asexuados: almas y ángeles que son permanentes porque no se reproducen, no poseen el sexo.

Podemos entonces dividir el ser en dos tipos generales: el ser permanente (asexuado), que se nos revela en los anélidos y en las personas espirituales (almas, ángeles, etc.), y el ser fugaz que procede de la combinación sexual, heterogénica, y de los arreglos atómicos físicos.

El conflicto de lo homogéneo y lo heterogéneo en la forma de lo asexuado y el sexo conduce a situaciones contradictorias y trágicas. El cuerpo del hombre, hecho de heterogeneidades de tipo biológico, es fugaz, está condenado a la muerte; pero su alma, primera combinación

válida de las heterogeneidades espirituales pero asexuadas, combinación válida del presente, pasado y futuro, escapa por su naturaleza a lo transitorio y participa de las virtudes de la eternidad. Para subsistir en lo material hace falta de la simplicidad de la lombriz. La combinación heterogénea de lo espiritual más acertada resulta indestructible. Sólo Dios podría desunir, destruir un alma, un ángel, y aun así vemos que más bien prefiere condenar su obra que desbaratarla.

Debe concluirse asimismo que la reproducción, inocente en el animal que inconscientemente paga su tributo a la vida desapareciendo a su tiempo a favor de la prole, en el hombre se hace pecado; lo es por lo menos en el origen: el pecado original. Y es que el hombre estaba destinado a la inmortalidad y por el sexo se hizo perecedero, se vio condenado a padecer la muerte, de la cual sólo la obra de la redención puede salvarle.

Con gran acierto entonces, miles de años más tarde, el definidor de la Redención que es San Pablo nos dirá que es preferible el celibato. Verdad en la cual coinciden todos aquellos que han sentido con profundidad la inquietud de lo eterno y el desdén de las creaciones fugaces.

La permanencia en el ser se logra por medio de la simplicidad asexuada del anélido o mediante una combinación de elementos puros escapados a la entropía, elementos espirituales combinados con armonía para producir el alma o el ángel.

EL SER Y SUS CATEGORÍAS

Hay en el ser categorías:

1. Una estructura dentro de la cual opera un impulso, una energía animada de propósitos, tendiente a mantener una acción individualizada: el átomo.
2. Una célula orgánica que posee estructura y fuerza animadora que tiende a realizar propósitos, pero no dispersos, sino encaminados a la integración de un organismo.
3. Una conciencia hecha de diversas estructuras (mentales, emocionales, coordinativas o estéticas), es decir, encaminada de modo coherente a la integración de una persona.

4. La persona Divina que supone no el todo que suma las partes, según la noción panteísta, sino el principio que subsiste por sí mismo pero opera según elemento trino por el cual se comunica con todo lo creado, pero guardando su aislamiento y su poder, del cual dependen los demás seres.

De esto se deduce que la hipótesis de un ser universalísimo es innecesaria; no existe como no existen los entes. Los entes pueden ser pensados, pero no son realidad viva; el ser universalísimo y los entes no son otra cosa que el molde de que Dios dispone para sus creaciones; pero ese molde está en su mente; no sale de ella sino encarnado, concretizado en una creación particular.

CAPÍTULO 4

TABLAS DE LA EXISTENCIA

En la existencia todo está integrado, organizado, vivo. Para ordenar las existencias conforme al saber moderno tengo en preparación una tabla que, a semejanza de la tabla del ser de Porfirio que estudia la lógica clásica (con sus divisiones de corpóreo, incorpóreo, sustancia y accidente, etc.; tabla de formas, en realidad, pero sin sentido de lo concreto), nos dé una catalogación de las concreciones en que el ser se manifiesta siempre activo. Aparecerán en dicha tabla los seres más o menos en el orden siguiente:

1. Las 80 ondas electromagnéticas del espectro electromagnético, que constan de electrones.
2. Los colores del iris o espectro de la luz, que dependen de proporciones varias de la vibración de los átomos.
3. Los metales, agregados simples de átomos.
4. Cuerpos moleculares compuestos: agua, carbono, sales...
5. La familia de los hidrocarburos con síntomas, más avanzada que la molecular, mediante la acción de enzimas y proteínas.
6. Los genes y cromosomas que inician la vida propiamente tal.
7. Los virus y bacterias enemigos de la vida; seres predatorios que contrarían el esfuerzo ascendente del gene.

8. La cadena de los seres vivos: enzimas (que son, según Gray, las precursoras de la vida), los genes, las amibas, los protozoarios, ostras, moluscos, peces, reptiles y mamíferos.
9. El hombre con su larva de espíritu que es el alma.
10. Las almas, amibas del cielo, combatidas (igual que el gene por los virus) por los duendes y demonios que no pueden devorarla, pero pretenden torcer su destino.
11. Las potestades celestes según las jerarquías de San Dionisio Areopagita.
12. Dios.

En esta tabla se observa que lo más importante de la naturaleza es para nosotros invisible, a saber: los genes, las enzimas, las almas. Y no por cuestión de tamaño: el microcosmos revela bacterias que el ojo no percibe; pero hay elementos como los genes, los átomos, la conciencia, que funcionan sin ser vistos y se conocen por sus efectos. Frente al análisis se desvanecen pero son inferidos de manera necesaria. No sorprende entonces que el bisturí de Claudio Bernard no haya cortado jamás un alma; eso sólo prueba la torpeza de buscar las almas con los sentidos hechos para lo corpóreo. Existe, en cambio, en la ciencia místico-religiosa, el método adecuado de la experiencia que revela las almas como una necesidad de la mente y una realidad de la experiencia.

La existencia es siempre compuesta. Dios mismo es naturaleza trina. Pero así como la Trinidad es una en el poderío y en la persona, todo lo que existe al manifestarse opera también por combinaciones activas.

La existencia es actividad pluralizada con Dios como meta, centro y poderío de amor.

EXISTENCIAS. SUS JERARQUÍAS

Hay existencias (seres) y condiciones de existencia. Una amiba es un ser; un punto es una ficción de la mente que sirve, entre otras cosas, para entender la amiba como extensión. Por el número (otra ficción mental), reconozco a la amiba como unidad.

Un hombre es un ser, una existencia; la bondad es una manera del hombre; una condición operante que se da o no se da en un existir.

La amiba supera los elementos: número, punto; posee acción. El hombre posee facultad de realizar condiciones o estados: bien y mal, verdad, mentira, acción, pasión; pero lo que caracteriza su ser, lo que constituye su personalidad es el poder unitivo coordinativo de las distintas condiciones y estados por virtud de los cuales realiza acción, pasión, vida.

El poder unitivo de facultades encaminadas a un propósito se inicia en la amiba, pero sólo se consume en la conciencia humana. El hombre tiene miembros, tiene sentidos ligados en un cuerpo dotado de instrumentos de acción. Éstos concurren al sostenimiento de la vida vegetativa. Además el hombre posee una psiquis, un alma que se diferencia de todas las demás existencias porque se prolonga en pasado, presente y futuro; varía, pero volviendo siempre a una condición de identidad relativa consigo misma.

La serie de las existencias es siempre imprevisible, cambiante, viva, fecunda; la serie de las condiciones o instantes de la existencia se desarrolla dentro de un género formal, condicional, como las matemáticas.

LA JERARQUÍA ELECTROMAGNÉTICA

Según Ellsworth Huntington (*Mainsprings of Civilization*), la Tierra en su curso a través del espacio recibe energía en la forma de ondas de toda clase de longitudes; todas estas ondas tienen alguna relación con la vida. Las ondas electromagnéticas cubren una zona de por lo menos ochenta octavas. Una *octava* es el intervalo de una onda dada y otra diez veces mayor. Algunas ondas tienen longitud de cinco mil millas o más y caminan con velocidad de cinco ciclos por segundo. Estas ondas se usan en las líneas de alta tensión. Existen ondas de sólo un trillonésimo de milímetro y sirven para ionizar el aire de las grandes alturas en forma de que reflejen las ondas de radio y permitan la comunicación por radio. Existe ya el espectro electromagnético, análogo al de la luz (análogo a la escala del sonido). Se descompone en kilociclos, megaciclos y millones de ciclos por segundo. Una tabla atrevida nos da las siguientes formas dinámicas que en nuestra terminología denominamos *estructuras primarias*, a saber:

Primera tabla de cuerpos electromagnéticos

Onda larga de radio 5 octavas	30 kilociclos, 10 000 m de longitud por segundo
Ondas cortas 4 octavas	3 000 kilociclos 100 m de longitud
Ondas ultracortas	30 000 kilociclos 1 – 10 m de longitud
Microondas	Megaciclos – 30 000 kilociclos 1 – 10 m de longitud
Ondas infrarrojas 17 octavas	30 000 ciclos 0.01 m de longitud
Luz visible 1 octava	300 000 ciclos 0.001 m de longitud
Ultravioletas 6 octavas	3 000 000 ciclos 0.0001 m
Rayos X 12 octavas	300 000 000 ciclos 0.000 001 m

He aquí los cuerpos más simples del Universo, las estructuras primarias a cuya acción está, sin embargo, ligado todo lo que existe. (Recuérdese la nueva ciencia de los ciclos de Ellsworth Huntington.)

Todos estos cuerpos se descomponen, como por ejemplo la luz en el color, según ritmos fijos, sin caos ni confusión.

Cada una de las estructuras, así como todas las demás que mencionaremos enseguida, llegan a nuestra conciencia por medio de los siguientes instrumentos de conocimiento:

- Datos sensorios
- Juicio mental
- Datos derivados de instrumentos auxiliares como el telescopio, el microscopio, la fotografía.

En cada experiencia hay un conjunto de datos observables, sometidos a nuestra experiencia directa, y un conjunto de datos distantes o ignorados, inobservables, pero que influyen en el fenómeno y en

la representación que hacemos de él. Debe tenerse en cuenta, además, la relación de uso o aprovechamiento o indiferencia o daño que el fenómeno guarda con nosotros y, tercero, la relación de armonía que determina que el fenómeno nos sea indiferente o placentero o desagradable.

Lo que confirma un inicio de autonomía en cada una de las existencias que catalogamos es el hecho de la indeterminación de los procesos que cada una desarrolla, pues no hay nada inanimado en la creación.

Otra consideración es indispensable citar porque comprueba nuestra tesis de la irrealidad de lo abstracto: la conformación estructural de todo lo que es real, es decir, concreto, revela la necesidad de un contenido que opere dentro de la estructura. En la naturaleza la divisibilidad tiene su límite; ese límite es el fotón indivisible de los físicos. El punto matemático se puede seccionar indefinidamente; el punto inicial de la vida, el fotón, es indivisible. Sólo podemos explicar la naturaleza por fotones, dice Jeans, y en consecuencia no podemos obtener información exacta respecto a su constitución porque ciertos fotones se mueven violentamente y no podemos determinar su condición en el momento de la observación; otros se mueven con tal lentitud que cuando llegan al campo de nuestra observación ya no pueden darnos información exacta con relación al tiempo; esta irregularidad (heterogeneidad, diremos nosotros con referencia a nuestra tesis) hace que no pueda obtenerse una correspondencia de los movimientos indeterminados de los protones y los movimientos mecánicos del aparato de medición. El que mide obtiene constantes rítmicas (la constante de Planck), pero el movimiento de los fotones mismos queda indefinido. Lo que en la naturaleza aparece como determinismo no es otra cosa que el determinismo de nuestros modos de conocimiento; el carácter especial, lógico, de nuestro entendimiento matemático, diremos nosotros. "La descomposición del fenómeno físico en términos de espacio y tiempo es imposible." (Heinsenberg citado por Jeans en *The New Background of Science*.)

Son estructuras elementales todas las ondas de diversa longitud y de diversa calidad por sus efectos. Estructuras son las ondas, pero no todas son materia. Materia y radiación, dice Luis de Broglie (*La física*

nueva y los quantas), son realidades completamente independientes, pues la materia puede existir fuera de toda radiación y la radiación puede atravesar regiones de espacio enteramente vacías de materia; sin embargo, uno de los problemas esenciales de la física es estudiar las interacciones que se ejercen entre materia y radiación cuando ambas están en presencia (se ha logrado esto mediante la teoría de los electrones; véase la obra citada). Lo que a muchos nos importa es señalar el inicio del ser según se nos revela en estas estructuras que no son esencias, sino forma en cuyo seno se manifiesta la primera partícula del ser. No hay ser sin individualización.

EL ÁTOMO

El átomo ya no es, como en el tiempo de Lucrecio o de Leibniz, una hipótesis mental; tampoco es una esencia en el sentido de ente o ficción de la mente. El átomo es la primera estructura compuesta hecha de electrones (o electricidad positiva) y protones (electricidad negativa) en torno a un núcleo, según una especie de sistema solar minúsculo pero no del todo imaginario.

La física moderna postula como base de su experiencia la existencia del mundo exterior independientemente de nuestro conocimiento. Esta tesis es la misma del realismo psíquico, que es la base del sistema estructuralista orgánico y personalista que venimos desarrollando. Según pierde o añade electrones y protones, el átomo engendra cuerpos diversos; así, el átomo de hidrógeno es un núcleo protón con un electrón que gira alrededor; el átomo de helio tiene dos electrones externos y un núcleo de cuatro protones y dos electrones. Los átomos en general son grupos de protones o núcleos de átomos de hidrógeno y electrones.¹ Ya en nuestra *Lógica orgánica* señalamos el hecho que en forma eléctrica confronta Crowther cuando dice:

Al parecer las series 2, 8 o 18 electrones en sus órbitas externas son químicamente inertes, mientras que los átomos con un electrón externo, como el de sodio y el potasio, son químicamente muy activos.

¹S. C. Crowther, *Esquema del Universo*, Losada.

Los átomos con 7 electrones externos, como el cloro y el bromo, son también muy activos [recuérdese nuestra tesis sobre la presencia del elemento impar heterogéneo como condición de toda creación]. Lo que permite la anomalía de la composición y por ende su fecundidad es el electrón impar. Las moléculas, compuestos atómicos, son estructuras de formas definidas y diferentes; sus tiempos de vibración son también variables en forma y tamaño. Los colores dependen de la estructura molecular. Además, la riqueza de las variedades se produce sólo en una zona térmica de 0 a 100 grados de temperatura y 760 mm de presión. Las posibilidades de que las moléculas se mezclen se hallan al máximo en estas condiciones.

Carta periódica de los átomos

Agrupada según el número de valencias o electrones exteriores.

Sin entrar al detalle de la índole de los distintos elementos que resultan de la combinación de electrones con protones, recordamos que la carta periódica de los átomos tiene como punto de partida la tabla de Mendeléiev, mostrando sin embargo estructuras que en tiempo de Mendeléiev eran desconocidas. Se han hecho a la tabla de Mendeléiev notables cambios, especialmente los contenidos en la octava columna, o sea la de los compuestos electrónicos.

Se señala como importante para químicos y físicos modernos el número atómico. Considerando que el átomo consiste en un núcleo cargado positivamente con planetas, o sea partículas negativas de electricidad, resulta que el número atómico es el número positivo de unidades nucleares, el cual es igual al número de electrones negativos mantenidos en sus órbitas por el núcleo positivo. En resumen, el átomo de electricidad positiva es el protón. Cada protón forma una unidad en el peso atómico: se hallan todos en el núcleo. El exceso de protones sobre electrones negativos es el número atómico.

Los átomos radiactivos están comprendidos entre los números 88 y 92 de la carta. Explotan sin control emitiendo átomos de helio o partículas alfa a una velocidad de diez mil millas por segundo (electrones o partículas beta a una velocidad de ciento ochenta mil millas por segundo, y tres las vibraciones gama que tienen una frecuencia de millones de veces sobre la luz ordinaria).

ESTRUCTURAS SENSIBLES

Cada potencia se revela por medio de actos positivos.

Después de los seres electrónicos las estructuras se complican y aparecen energías más condensadas. El ritmo de acción es más lento pero más constante; nos da lo que llamamos *materia*. Las estructuras electromagnéticas son invisibles, se nos revelan por sus efectos y las identificamos por medio del cálculo matemático. La materia de sus estructuras elementales se nos manifiesta a la sensibilidad. El criterio para juzgar el compuesto atómico es el peso. Se adopta un patrón (por ejemplo, el hidrógeno) y a él se refieren todos los otros pesos. Se obtienen así los cuerpos de la familia de seres que constituyen la segunda tabla del ser (el ser concreto que se manifiesta conforme algún tipo de acción). La segunda tabla es más o menos como sigue:

Segunda tabla del ser: los cuerpos físicos simples. (Tabla de los metales de Mendeléiev.)

Entre todos estos elementos, el carbono se distingue porque da lugar a una serie más complicada de seres estructurales.

Digamos de paso que gradualmente la "cosa" de los antiguos requiere potencia y se hace acreedora al nombre de *ser*.

LA JERARQUÍA BIOLÓGICA

La aparición de la vida en el planeta enriquece el Universo con una nueva familia de seres, más importante desde luego que el grupo de los seres atómicos y que los seres moleculares. Aparecen estos seres (según Noüy) hace mil millones de años, cuando la Tierra comenzó a enfriarse. De acuerdo con Huntington y la ciencia de los ciclos, la aparición de la vida concuerda con cierto estado electromagnético de la Tierra que no es posible reproducir; por eso es que el laboratorio fracasa cuando ha querido producir artificialmente la célula viva (homúnculos, coloides, etc.). Según el mismo Noüy, es imposible explicar o dar cuenta, ya no digamos de la aparición de la vida, ni siquiera de las sustancias requeridas para estructurar la vida, a saber: moléculas de alta disimetría, asimetría (proteínas, etc.) La aparición de la vida vuelve a contradecir la ley general del Universo que es la entropía.

El Universo [en palabras de Noüy] tiende hacia el equilibrio en el cual todas las disimetrías que hoy existen se verían aplanadas; en el cual todo movimiento quedaría detenido y en el cual reinaría una oscuridad y un frío absolutos. Tal es el fin teórico del mundo. Pero el hombre es testigo de otro tipo de evolución: la de los seres vivos. La ley del azar, según el cálculo de posibilidades, no puede explicar la aparición súbita de estos seres cuyo desarrollo supone un aumento de las disimetrías tanto estructural como funcional.

Este movimiento inverso de la entropía lleva ya mil millones de años de operar; el término de este proceso es el hombre.

Un cuadro de la existencia que ha venido precediendo al hombre, o coincidiendo con él, es el siguiente:

- Proteínas, que son un compuesto de cuatro elementos simples: carbono, agua, hidrógeno y oxígeno.
- Algas y bacterias.

En las formas más elementales de la vida están los metazoos, los coelenteros y los gusanos anélidos asexuales, que por serlo no pueden evolucionar y han permanecido estacionados y prácticamente inmóviles.

Con el sexo (intervención de la combinación heterogénea) la evolución se inicia, pero con ella la muerte del individuo que permite ir mejorando la especie. Según *aumenta la heterogeneidad de las mezclas*, la evolución, es decir, el progreso, se acentúa.

LA HETEROGENEIDAD UNITARIA DE LA VIDA SEGÚN LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA

Teoría de los campos vivos autónomos

Anticiparon esta teoría Speeman y Gurvich, pero fue formulada independientemente y en forma más completa en Estados Unidos y Francia.

La versión americana se debe al doctor Gustaf Strömberg, astrónomo californiano de origen sueco, autor de *El alma del Universo* y de otro volumen titulado *Los investigadores*. Observa el doctor Strömberg

que cuando describimos la electricidad, la gravedad, la radiación, el movimiento, la materia muerta y la materia viva, nos referimos a estructuras espacio-temporales y mentales. Pero cuando nos referimos a un electrón como partícula, y no obstante que como tal pertenece al mundo material, ya desde que se habla de campos eléctricos, ondas de radio, ondas piloto, nos estamos refiriendo a un mundo inmaterial. Así, por ejemplo, podemos afirmar que partículas tales como los neutrones, los positrones, los electrones, los fotones, etc., contenidos dentro del átomo, alcanzan unidad por medio de una estructura de onda de carácter inmaterial; una estructura que contiene propiedades de espacio y de tiempo mediante las cuales de algún modo se organizan los átomos, las moléculas, los cristales y los cuerpos duros en general.

Hacemos notar la equivalencia de esta posición y la nuestra cuando afirmamos que la unidad de lo heterogéneo la da la conciencia en el acto del conocer, un acto cuya estructura es no dialéctica sino armónica, y resulta que este acto se produce como un eco natural del fenómeno externo traído a nuestra atención.

El doctor Strömberg postula campos eléctricos que sirven de guía y ondas directoras que explican las estructuras y los cambios dentro del mundo vivo. Los experimentos efectuados en la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale comprueban que una estructura electromagnética precede y enseguida corre pareja con la organización y el diseño de los seres vivos. El origen de este campo es desconocido, pero sabemos que domina las propiedades físicas y químicas del organismo. Sabemos también que las medidas de potencial no permiten predecir el crecimiento de dicha estructura.

De esta suerte lo energético precede a lo mecánico en el proceso de la vida, y es obvio que el organismo ya no puede ser considerado simplemente como el resultado de los caracteres de sus padres.

Estos campos electromagnéticos y sus estructuras, presentes en todas las manifestaciones de vida y crecimiento, son según Strömberg la manifestación física de los campos de vida autónomos. El carácter de estos campos es todavía desconocido, pero pertenece al mundo no físico que a través de las proyecciones electromagnéticas controlan fenómenos biológicos tales como la germinación, la embriología, el crecimiento. Los campos físicos electromagnéticos son especialmente poderosos alrededor de las semillas y los embriones.

La teoría del doctor Strömberg es que existen campos de organización de la vida que constituyen sistemas de ondas vivas, los cuales aparecen primero en el óvulo, pequeños como un punto absoluto; se desarrollan después y por último se desvanecen y mueren. Estos campos organizadores hacen sentir su impacto en la materia coloidal, en la cual producen por resonancia frecuencias espacio-temporales y moldes parecidos a ellos mismos y asociados a la acción de hormonas químicas que a su vez han absorbido, por medio del campo electromagnético, ciertas frecuencias típicas de los sistemas de ondas vivas. De suerte que en un organismo vivo encontramos, además de neutrones, electrones, etc., fuentes vivas inmatrimales, o sea, focos que al ser activados por las hormonas interfieren las ondas de la materia física y tienden a poner en resonancia dos sistemas de ondas. Hay en la teoría de Strömberg una jerarquía combinada entre los campos espaciales, que controlan el desarrollo y funcionamiento de las partes diferentes de cada organismo y la agregación de todos esos campos es a su vez controlada por una asociación general del campo de dicho organismo desde su comienzo.

Refiriéndose a los virus, el doctor Strömberg cree que son sustancias que acarrean genes, pero que no poseen un centro controlador superior. En el caso del mimetismo, por ejemplo, las mutaciones son saltos cuánticos que operan dentro del gene desde un nivel de energía a otro.

El doctor Strömberg postula que existe *un mundo distinto del espacio-tiempo*; que estos dos mundos no están completamente separados, sino que pueden verse unidos en un mundo de más alta dimensión; pero ambos mundos producen intersecciones en ciertos puntos, polos o focos alrededor de los cuales observamos sistemas de ondas de diversos tipos. Algunos de estos puntos de contacto son inmatrimales a la vez que punto de partida de sistemas de ondas de diferentes grados de complejidad. Algunos puntos de contacto se asocian con centros nerviosos de nuestro cerebro y son la raíz de nuestra conciencia y el origen de nuestro saber. Las estructuras de ondas de tipo coordinador hacen señales a los sistemas de ondas subordinadas, o sea espíritus genes asociados con diferentes órganos por medio de canales estructurales a lo largo de las fibras nerviosas. Y tal como lo sugirió a propósito del centro cerebral, puede existir algún otro campo vivo, distinto del fisiológico, que trabaja sobre los dominios mentales y corresponde a lo que normalmente llamamos *conciencia mental*.

El señor Raymond Ruyer, en su libro *Elementos de psicobiología*, desarrolla la tesis de los campos vivos en forma independiente. Después de analizar el contenido mecanista de la teoría de la Gestalt, el señor Ruyer demuestra que se confunde generalmente una equilibrada totalidad de fuerzas con un sistema organizado de fuerzas, o sea un dominio de acción unificada, o bien, una estructura autónoma que engendra actividad. De paso observa que la autonomía biológica se ordena tanto en el tiempo como en el espacio, lo que no ocurre con la Gestalt, que es solamente un todo equilibrado, pero no un ser.

Un pez adulto posee una forma hidrodinámica porque ha sido preparado para ello y no porque la corriente de agua lo haya modificado. Una bola de nieve moldeada por el viento no ha sido preparada, no es un ser, no es una verdadera forma con estructura potencial. La verdadera forma es temática y significativa, lo que nos recuerda la afirmación de Clive Bell en el sentido de que el arte crea formas significativas. La amiba misma, que no tiene sistema nervioso, actúa a veces como bestia de presa; la fisiología del sistema nervioso no es la clave de las relaciones entre el psiquismo y la vida. La estructura de la amiba es únicamente una manifestación incompleta en el espacio-tiempo; la verdadera amiba es una realidad transespacial.

La memoria orgánica toma posesión del óvulo fertilizado, pero no es propiedad inherente al óvulo espacial; la memoria orgánica es transespacial, y Ruyer concluye: “una especie de campo dirige la nueva estructura que engendra fenómenos: el óvulo, el embrión, etcétera”.

Al igual que todos los biólogos de esta nueva escuela antimecanista, Ruyer evita las palabras *vitalismo* y *entelequia*, no obstante que admite que Driesch está más cerca de la verdad que los partidarios de la biología materialista. Ruyer va más allá de Driesch y de Bergson y en dirección de lo que la escuela clásica de biología llama *metafísica*. Juzga por ejemplo que una especie es “más que una categoría de la mente humana; es una idea autónoma, una entidad distinta, muy inteligente, muy artista, un arquetipo”. También la especie es según la individualidad más potente, pero jerárquicamente inferior a la personalidad humana. La especie no tiene moralidad.

Una línea de individualidades, dice Ruyer, solamente puede ser referida a Dios. La jerarquía de las entidades organizadoras procede de un mundo transespacial y tienen su punto de partida, su verdadera causa, transracional pero no irracional, en Dios.

Este Dios de Strömberg sería el centro de comunicaciones y de entendimiento y armonía de todos los actos de la conciencia. Acto consciente es aquel que liga, conecta un orden de conocer, de descubrimiento, con el otro: lo racional a lo estético, etcétera.

Adviértase muy especialmente que tienen un carácter de inmaterialidad y de individualidad todos estos actos que unifican los distintos elementos del conocer.

INMUNIDAD

Las células y las actividades primitivas de los organismos son prácticamente idénticas a las que existen en nuestros días. Bashgor Dean ha estudiado la histología de los riñones en los peces del periodo *Silurian celacium* y es la misma de los riñones que poseen los celáqueos de nuestros mares. Los fósiles del periodo Cámbrico, descubiertos en las montañas Rocosas, difieren de los animales actuales, pero entran en el marco de los grupos conocidos y su misma organización no es diferente de la que muestran las especies modernas. Las células y las actividades de estos organismos son las mismas de nuestros días.

Según la biología contemporánea, la afirmación de Pasteur es todavía vigente: no hay pruebas de generación espontánea; nada nos permite postular formaciones independientes y sucesivas surgidas de la nada y que serían origen de series de organismos aparecidos en los periodos geológicos. Al contrario, la completa uniformidad en la constitución de animales y vegetales implica un origen común. Por mucho que retrocedamos no encontramos a la vida comenzando, sino continuando. Tenemos que advertir que la vida tuvo un comienzo, pero ese origen lo envuelve el misterio.

El hecho de que la paleontología sólo nos muestra unas cuantas formas transicionales, y todavía menos formas realmente primitivas, es también muy desconcertante. Conocemos un pequeño número de

los seres que han existido, pero no el origen de ningún grupo. Cada progreso de la investigación consiste en descubrir que cada uno de los grupos es más viejo de lo que se suponía, y cuando se manifiesta cada grupo en determinada época siempre se nos presenta representado por formas ya diversificadas y especializadas. Ignoramos totalmente cómo se produjo la primera diversificación.

De los mamíferos dice Noüy:

[...] representa una de las cumbres de la evolución y su diversificación ocurrió sólo recientemente, en la época terciaria, o sea hace veinte o treinta millones de años. El periodo Terciario es en realidad la era de los mamíferos y en esta época presenciamos la evolución de diferentes familias; pero todos los grupos fundamentales aparecen bruscamente al comienzo del periodo Eoceno. Lo que supone una larga evolución previa durante el periodo Secundario o antes. De ella apenas tenemos vestigios, pero aislados e insignificantes; sin embargo, la historia de los mamíferos del Terciario nos proporciona pruebas notables de la evolución. Ningún otro grupo nos las da iguales.

Y en resumen, la evolución sigue siendo un concepto impresionante, el único capaz de explicar racionalmente la naturaleza viva, y en general se nos impone como un hecho. Pero su mecanismo se nos escapa y su historia es sólo conocida en fragmentos que resultan insignificantes en relación con la realidad. Admirable es la obra de los Lamarck, Geoffroy, Saint-Hilaire, Lyell, Darwin, Wallace, Weissman, de Vries, Morgan, etc., pero tenemos que reconocernos modestos. Hasta ahora la naturaleza nos ha dado sólo una pequeña parte de sus secretos y aquellos que poseen la llave del enigma permanecen inaccesibles, quizás por mucho tiempo, quizás para siempre.

Las dificultades, en lugar de decrecer, han aumentado. El origen de la vida sigue siendo un misterio; los organismos inferiores no parecen evolucionar. Sólo los mamíferos, los recién venidos (pues ¿qué son veinte o treinta millones de años comparados con mil millones?), dan prueba de evolución. Se presentan abruptamente en el comienzo del periodo Eoceno. ¿Cómo se ligan con los reptiles y éstos con los peces y los invertebrados? No tenemos idea de ello.

Varios mecanismos han sido ensayados para explicar el proceso de la evolución; cada uno de ellos puede haber hecho su parte. Parece, sin embargo, que hasta ahora no se ha prestado la debida atención a un factor que puede ser de importancia, a saber: la inmunidad.

Es muy probable que sin la inmunidad todas las especies animales, y ciertamente la más evolucionada de todas, el hombre, desde hace mucho tiempo habría desaparecido de la superficie terrestre. Un ejemplo reciente es el de una colonia de delincuentes enviados al norte de Siberia para algún trabajo de explotación. Los hijos de esta colonia crecieron en un clima seco y frío, completamente aislado de la civilización y protegidos contra las enfermedades infecciosas. Cuando por alguna razón la colonia entera fue transportada hacia el sur, hasta una aldea próxima al ferrocarril, la mayor parte de los niños murieron como resultado de las infecciones que contrajeron inmediatamente.

La más necesaria forma de adaptación, concluye Lecomte Du Noüy, es la adaptación a las infecciones microbianas. La teoría de la adaptación toma en cuenta factores externos: la temperatura, la luz, el alimento, etc. La adaptación química es poco advertida. Aunque su mecanismo es todavía misterioso, sabemos a ciencia cierta, según las investigaciones de Landsteiner, Avery, Heidelberger, Goebel, etc., que la inmunidad es un fenómeno de naturaleza esencialmente química, pero no entendemos el hecho de que la inyección de cualquier tipo de proteína (tóxica, no tóxica) dentro de dos semanas inicia la fabricación en el organismo de un compuesto químico llamado *anticuerpo*, que trae la propiedad de neutralizar la acción del primero o antígeno.

No importa qué sustancia antigénica es la que se inyecte (albúmina de huevo, aceite de castor o proteínas combinadas con azúcares, sodio, etc.) que eliminan la memoria hereditaria: el organismo opondrá una molécula específica incapaz de reaccionar a cualquier otro antígeno. El anticuerpo y el antígeno se adaptan uno a otro como la llave a la cerradura.

Esta manifestación del fenómeno defensivo en escala molecular se expresa en escala individual por la facultad de adaptación, que ha de haber desempeñado parte importante en el desarrollo y selección de las especies.

Opera probablemente la ley que Le Chatelier ha llamado *ley de moderación* y que tiende a restablecer el equilibrio molecular de los fluidos de nuestro organismo.

Analiza enseguida Lecomte el principio de indeterminación de Heisenberg. Según este principio, nunca poseemos más de la mitad de la información necesaria para predecir la futura acción de un elec-

trón en una órbita atómica. La mitad de los símbolos representa cantidades conocidas y la otra mitad cantidades desconocidas. Esto no se debe a nuestros métodos de medida ni a nuestros sentidos; se trata de una limitación básica que depende de la interacción de la observación y el fenómeno. El choque del fotón, que es un quantum de luz, y electrón, el fotón, al tocar el electrón, altera su velocidad y su posición. El fotón, que es actuado por el electrón, procede a impresionar la retina; ya no da una indicación precisa de la velocidad y el lugar del electrón. En resumen, la precisión con la cual podemos fijar la posición de una partícula aumenta en detrimento de la precisión con la cual podemos estimar su velocidad. Si conocemos uno de los factores con certeza y precisión, el otro nos permanece desconocido.

Todas estas experiencias de Heisenberg destruyen el concepto rígido del *determinismo*. Sólo podemos aplicar el determinismo a lo pasado, porque un suceso cualesquiera introduce algo nuevo en el mundo que no estaba contenido enteramente en el pasado.

El finalismo no debemos considerarlo como posición inversa del determinismo. En el determinismo cada suceso es consecuencia de una serie anterior. Esto no quiere decir que el finalismo suponga que cada suceso está determinado por hechos que todavía no se verifiquen. Por definición el finalismo supone la existencia de una finalidad, una meta por alcanzar. El finalismo es una hipótesis coordinativa como la evolución o como el espacio curvo y limitado de ésta.

El finalismo se ilustra con el papel del obrero en la construcción de las pirámides o de los marinos que descubrieron el Nuevo Mundo: tenía una vaga conciencia de su meta.

El finalismo admite la existencia de un fin desconocido que ha estado tratando de realizarse desde el comienzo del mundo.

Se trata de una fuerza directriz que en vez de actuar sobre los hombres de una era ha actuado y continuará actuando sobre los seres humanos quizás por otro millón de años.

En resumen, en el presente estado de la ciencia la hipótesis del finalismo no es más absurda que cualquiera otra y tiene la ventaja, sobre el determinismo, de que descansa sobre los mismos procesos que son la base de las leyes estadísticas. El cálculo de probabilidades la puede explicar. La noción de la *entropía* no es contradictoria porque si bien ignora

un fin, en cambio impone una evolución. El plan general escapa a nuestra inteligencia, pero no podemos negarlo, como no puede negar el ciego el color. Quizá la finalidad ha sido producir el pensamiento abstracto; quizá la finalidad es el advenimiento del hombre moralmente superior.

Ya Whitehead explicaba que hay pruebas evidentes de que ciertas operaciones de ciertos cuerpos animales dependen de la previsión de un fin y el empeño de lograrlo. Es inútil ignorar esta prueba porque otras operaciones se hayan explicado en términos físico-químicos. Muchos hombres de ciencia han ideado experimentos para probar que las operaciones animales no persiguen ningún fin. "Los hombres de ciencia, animados del propósito de probar que no tienen propósito, constituyen un interesante tema de estudio."

La ciencia humana está constituida por una serie de estructuras ligadas por la lógica. Estas estructuras se expresan con números y relaciones nacidas de nuestra conciencia, pero nuestros estados de conciencia nos suministran datos cualitativos que la ciencia ignora. *Todo lo que es cualitativo puede ser transmitido a nuestro cerebro de dos maneras: por un número o por una impresión.* Una puesta de sol vista por una exposición fotoeléctrica queda expresada por un número en el disco y por una impresión de belleza que es tan real como el número que la ha medido, aunque, no podamos expresarla científicamente. *La esencia de nuestra vida intelectual y sentimental escapa al simbolismo cuantitativo que hemos creado.* Y todos los esfuerzos que se hagan para ligar las manifestaciones vitales a las complejidades estructurales y funcionales de los organismos vivos han fracasado. Y así tenía que ser, puesto que en el estado actual de nuestra ciencia las dos zonas están separadas. Se admite generalmente que la complejidad de la conducta de un ser vivo depende de la complejidad del sistema nervioso. Esta observación condujo a la teoría del comportamiento. Sin embargo, la relación entre la conducta y el sistema nervioso no ha sido claramente establecida. La abeja, la hormiga, la araña, poseen instintos complicadísimos con un sistema nervioso relativamente simple.

En suma, no hemos logrado hasta ahora tampoco pasar del reino de lo anorgánico al mundo organizado, o sea la vida, ni de la vida al pensamiento.

La diosa de la razón está en quiebra; la religión del positivismo se ha hundido y se ha tenido que recaer en filosofías pasadas de moda: el espiritualismo dialéctico de Hegel que simplemente reemplaza la palabra *materialista* con la palabra *espiritualista*. El trabajo de demarcación lo hicieron hace muchos años los apóstoles del anarquismo. Con un poco de barniz ha surgido la más absurda doctrina que haya producido la mente humana: un reto a la inteligencia y a la ciencia: el materialismo dialéctico de los soviets. No olvidemos que periódicos técnicos de Rusia han publicado artículos titulados: "La dialéctica de la máquina interna de combustión", "La dialéctica de las máquinas sincrónicas", "La dialéctica de las aleaciones del acero" y "La pureza de la teoría quirúrgica marxista en el ministro".

BIOELECTRODINÁMICA

Campos vivos

En estrecha analogía con la teoría de los campos vivos, el ingeniero español Manuel Polo Encinas (*Bioelectrodinámica*) advierte que la "ionización a la que da lugar la absorción de energía radiante por la sustancia organizada prepara a ésta para las reacciones electroquímicas, incrementando los campos energéticos y la actividad fisiológica". También que: "La naturaleza de los fenómenos que autorrigen el fisiologismo es análoga a la de las radiaciones que de la misma manera estimulan la actividad vital". Según el mismo Polo Encinas, el experimento del profesor Cazzamalli de Roma comprueba en forma cualitativa la existencia de energía radiante en el cerebro humano, y enseguida nos da una descripción de la célula viva:

El núcleo de la célula es una síntesis de elementos todavía no conocidos del todo, pero se señalan centriolos, vacuolas, cuerpos metaplásicos y otros corpusculares, y muy particularmente los cromosomas. El cromosoma es la unidad biológica portadora de la especificidad. El cromosoma es un cristal o sólido aperiódico cuya formación se ha efectuado por agregados moleculares, o sea genes, cada uno de los cuales tiene cierta particularidad. Los genes no son equivalentes entre sí, como sucede con los cristales periódicos que crecen en las tres dimensiones de manera repetida y monótona.

Koltzof define la estructura biológica del cromosoma como una disposición cilíndrica integrada por filamentos acromáticos en espiral, entre los que se encuentran puntos cromáticos orientados en planos transversales y relleno todo de una sustancia llamada *cromoplasma*. Y comenta Polo Encinas:

El carácter de individualidad del cromosoma en la reproducción nos hace ver la especificidad, más que en los genes o partículas considerados aisladamente, en la disposición o estructura del edificio conjunto, y se advierte que siendo el número de genes muy elevado (30 000 para la mosca *Drosophila*, por ejemplo), las combinaciones o formas de agrupación dan un número astronómico, con lo que se obtendrá una variedad infinita de seres, aun sujeta la agrupación en algún caso a particulares características de especie y familia.

El mecanismo de la mitosis. La reproducción por mitosis, o cariocinética, tiene un carácter general, esto es, se observa tanto en los vegetales como en los animales, seres cuya morfología y fisiología son tan diferentes. Muchos biólogos la consideran como la sola forma de reproducción, admitiendo que la mitosis o forma directa no es más que un caso particular. La disposición estructural de los elementos celulares durante el proceso de reproducción por mitosis han sido seguidos con interés por los investigadores, sin que aún hoy puedan explicarse a qué obedece esa forma particular tan metódica que sigue la célula en las diferentes fases de su multiplicación. Es éste otro problema que espera solución.

La que tiene más partidarios es la electropolar. Los ásters serían centros polares con determinada carga eléctrica, cuyo campo daría lugar a los husos o imágenes radiales que advertimos en el proceso. Su semejanza con el campo magnético de un imán parece perfecta y el problema no presenta objeción cuando se trata de dos ásters simplemente, a los cuales se atribuirían cargas contrarias. Se observa, sin embargo, que si los ásters se multiplican (tres o más) se mantiene esa misma interrelación o recíproca atracción a juzgar por el aspecto ligado que presentan, formando un huso entre cada dos, lo cual no encuentra explicación en el campo puramente magneto-eléctrico, pues si los ásters son todos del mismo signo habría repulsión con la formación de imágenes divergentes, y si hay varios de un signo y varios de otro tendríamos entre cada dos del mismo signo el mismo efecto repulsivo, lo que no corresponde a la estructura observada.

Creemos que el problema puede encontrar tal vez su solución en la consideración de la estabilidad de las moléculas orgánicas hecha extensible al conjunto viviente. La estabilidad es la base de la organización biológica, manifiesta en el estado de resonancia de las moléculas de proteínas, producto básico de la materia organizada. Ahora bien, esta estabilidad hemos de entenderla en un sentido físico-químico general, esto es, de equilibrio máximo eléctrico, mecánico y químico, que nos;olo existirá no sólo en la agrupación molecular, sino que se extenderá a los edificios estructurales como son las micelas, mitocondrias, gránulos, fibras o centralizaciones mayores, de la misma manera que lo advertimos en el conjunto total del ser viviente.

En la mitosis (telofase, por ejemplo) encontramos la masa cromática, constituida de proteínas, formando los centros o ásters sobre los que parecen apoyarse las estructuras moleculares fibriales, o espirema, constituyendo un sistema en equilibrio mecánico cuyas ligaduras responden a un estado resonante. La estructura tiene su origen en la nucleína, esto es, en el compuesto más estable de la célula, que después de haber alcanzado su equilibrio máximo en el espacio nuclear parece tratar de ampliar su función a todo el espacio protoplásmico con vistas a nuevas organizaciones que permiten mejorar y renovar el tejido o conjunto celular, contribuyendo así al equilibrio total del individuo.

Juzgando las leyes que rigen la mutación, Polo Encinas dice:

Las leyes físicas conocidas, sometidas al segundo principio de la termodinámica, la entropía, suponen en la materia una degradación energética. El ser viviente, sin embargo, parece se resiste a este principio fatal, pues a través de procesos de síntesis produce formas constructivas con organización superior [...] El desorden aumenta la entropía. Ahora bien, la materia viviente, que es capaz de crear una organización, debe producir una entropía negativa, o sintropía, contra la entropía. Podemos así decir que el organismo compensa, con su metabolismo, la entropía positiva que lo lleva a una denigración o estado de quietud y permanencia. Cuando esta compensación no se puede hacer posible, vendrá el desequilibrio que lo conduce a la inmovilidad, a la muerte.

El orden es desde luego un privilegio de la materia viviente, orden que según Schrödinger no puede tener origen en el desorden sino en otro orden respondiendo a una ley física y estadística.

Y concluye Polo Encinas: "La actividad vital exige un continuo desequilibrio de potenciales, con manifestación periódica alternada, forma eléctrica que atestiguan los ensayos experimentales".

Las citas que acabamos de hacer tienen por objeto demostrar que por todos los caminos descubrimos que el orden de la existencia obedece a transformaciones energéticas que son la condición de la aparición de los seres, desde sus formas elementales hasta las formas superiores. Lo que ahora ocurre es que la teoría contemporánea de la electricidad hace más viable la tesis de las revulsiones de la energía que apunté por 1924.

En la teoría de la evolución, como se sabe, ha sido siempre un problema determinar cómo se producen las mutaciones. Los especialistas de la electricidad nos dicen hoy que quizás las mutaciones obedecen a un proceso electromagnético:

Un conjunto de elementos químicos [nos dice Polo Encinas] de los que se compone la materia organizada, dotado de las mismas características físicas: electricidad, permeabilidad magnética y temperatura, pueden ser activados por medio de una radiación adecuada, produciendo cambios en sus isoméricos o mutaciones hacia formas moleculares más y más complejas, análogas a las que por síntesis biológica se manifiestan en el conjunto de materia organizada de las mismas características físicas. Una vez activado por la radiación, ¿podría este conjunto por sí solo seguir produciendo mutaciones con tendencia constructiva siempre que las condiciones ecológicas fueran favorables? El problema no lo advertimos ilusorio, sino de resultado seguro y satisfactorio. Por síntesis se obtienen ya proteínas y vitaminas, aunque sin tendencia autoconstructiva.

Y más adelante expresa Polo Encinas:

La ley del orden que rige a la síntesis biológica no es más que la ley de las *enzimas*, la cual, como queda dicho, consideramos electrodinámica y, como tal, definida por las ecuaciones del campo electrodinámico del medio en que se forman. Las particulares características físicas que se exigen al medio para que se formen las vitaminas y las enzimas serán determinadas por una disposición ordenada de sus elementos o partículas. Es el orden que Schrödinger juzga necesario para que tenga lugar una forma ordenada de materia organizada.

Particulares condiciones de un medio pueden producir agrupaciones moleculares características de las vitaminas y las enzimas bajo la acción electrodinámica de un campo, las cuales vienen a ser como el germen o motivo de agrupaciones más complejas, como son los genes y el cromosoma, unidad biológica esta última con todas las características de especificidad y base de las individualidades organizadas, más o menos perfectas, que constituyen las escalas animal y vegetal. Sin embargo, hemos de considerar que si bien podemos sorprender la constitución de formas rudimentarias, como son los virus, nunca podremos seguir el proceso de constitución de formas con organización superior para las que advertimos un tránsito con duración de miles de años. El orden primitivo que rige la ley estadística se da sin duda con muy poca frecuencia, y las formas y estructuras encuentran más facilidad transmitiéndose por herencia donde las condiciones y medio son enteramente propicios. De todas maneras, ese orden primitivo debe haber tenido lugar tantas veces como especies hay y ha habido en el universo. El campo electrodinámico de activación de las estructuras primitivas debe encontrarse fundamentalmente acondicionado por la radiación solar y los rayos cósmicos.

O sea, deducimos nosotros interpretando todas estas novedades científicas, que el Dios Creador no echó mano del barro primitivo para construir los seres, porque ni el barro es primitivo, sino una forma entorpecida de lo concreto, ni tenía por qué hacerlo puesto que contaba con un material superior que es la luz del Génesis. Esa luz, conocida hoy como *electricidad* o como *polos de ondas de distinto género*, es la arcilla del Escultor Divino, el material primario de que está hecho el Universo.

Cada una de las ondas, cada uno de los átomos, cada una de las células en que se descompone la vida contiene dentro de sí un germen de desarrollo, una semilla. En la creación superior que es el hombre, ese germen, esa semilla es el alma. Oportunamente la semilla sigue adelante cuando tiene que desembarazarse del cuerpo.

Con el italiano Fantappie (*La teoría unitaria del Universo*), Polo Encinas sostiene que todo el ser está regido por leyes electrodinámicas. Las estructuras dependen de los niveles energéticos característicos de la destitución y construcción de formas estructurales en el Universo. Siguen, pues, leyes electrodinámicas. El equilibrio o armonía del con-

junto, así como la energía total, se mantienen, aunque puede ser variada la forma de armonización general... Sólo lo que tiene manifestación dinámica tiene existencia... Esta afirmación de un ingeniero electrodinámico moderno confirma lo que sospechó Leibniz en su teoría de las mónadas activas y Mayne de Birán con su teoría del sentimiento del esfuerzo, nociones recogidas por el personalismo contemporáneo... En lugar del antiguo éter vacío, los físicos de hoy conciben un "campo magnético intergaláxico", lo que resulta mucho más fácil de ser concebido y explicado que la concepción del antiguo vacío infinito.

JERARQUÍA CELESTE

La mente tiene categorías. Recordemos las diez de Aristóteles: espacio, tiempo, lugar, acción, pasión, relación, sustancia, etc. Todas estas categorías se actualizan con el ser; no tienen existencia fuera de algún ser concreto quien las pone en actividad; son pues subsistentes virtuales, desprovistas de todo carácter entitativo. En resumen, son maneras y condiciones del operar del ser.

El ser tiene jerarquías. Todo cuanto existe mantiene relaciones con el resto del existir; estas relaciones, en cuanto a su forma, se reducen a las categorías antes apuntadas, pero en la realidad todo opera como una familia, una sociedad de existencias que se interaccionan vitalmente, positivamente, aparte de las relaciones formales que entre ellas crea el intelecto. Las existencias, manifestaciones diversas del ser, se ordenan conforme a jerarquías que, según distingue la experiencia científica, están constituidas como sigue: creaciones o existencias de tipo estructural: el átomo compuesto de electrones, protones, y los compuestos atómicos de las distintas formas de la radiación electrónica: la luz, la radiactividad, la electricidad. Pues el átomo no opera solo, sino combinado en las distintas dimensiones de las ondas conocidas; en otro tipo de sus combinaciones el átomo engendra lo inorgánico: cuerpos simples, metales y sus derivados. Desde que se pasa de lo inorgánico a lo orgánico aparecen los elementos de que se compone la vida: carbono, grasas, enzimas, proteínas, en general los elementos que concurren a formar la célula. Representan estos elementos una etapa intermedia, que es la que estudia la química orgánica.

Al aparecer, por un salto casi milagroso del proceso existencial, la célula, entramos a la segunda jerarquía cósmica, la de la vida. Con ella se salta asimismo de la estructura al organismo. La segunda rama de los seres la abarcamos entonces, según su forma, con el nombre de *orgánico*; después de lo estructural, lo orgánico.

El tercer salto es otro milagro que aparece en el cuerpo humano, organismo el más avanzado de todos y que engendra una tercera jerarquía de lo que llamamos *lo anímico*. Se puede designar también con un nombre que ha puesto en circulación la escuela filosófica de Bowne, Brightman y Hartshorne: el *personalismo*. Así como lo estructural se caracteriza por una interacción activa que engendra cambios fenomenales con sentido de desarrollo y con equivalencia dinámica, así como lo celular se distingue por un desarrollo que obedece a un plan tendiente a la preservación, la reproducción de cada organismo celular, de igual manera, pero en escala superior, en lo anímico encontramos el elemento genérico de carácter suprasensual, supernatural o por lo menos característico, que consiste en la capacidad para cambiar en un solo momento de conciencia y de acción: lo pasado (memoria), lo presente (atención) y lo futuro (previsión). Estos caracteres ligados constituyen la esencia de la personalidad, la conciencia humana. Pero al lado de la sensibilidad del cuerpo la persona se introduce en la jerarquía de lo orgánico, y por medio del intelecto y la experiencia físico-matemática penetra (nuestra conciencia) en la jerarquía de lo estructural. Por medio de su capacidad del futuro y poniendo en obra facultades como la imaginación, la fe, el sentimiento estético, la persona humana que nosotros llamamos *alma* se adelanta al ciclo, a la jerarquía de lo corpóreo y lo orgánico para adivinar, sospechar, imaginar los demás seres de carácter anímico que participan de la existencia y nos son invisibles. Modelo de esta jerarquía, que corresponde al cuadro de la sustancia anímica, lo hallamos por ejemplo en visiones místicas como la que inspiró el libro *Jerarquía celeste* del Areopagita, que es una especie de geografía, etnografía de lo invisible y celeste. La existencia se nos reparte de esta manera en tres órdenes comunes, pero diferentes en cuanto a su íntimo proceso. El orden estructural es cambiante, sin fin propio, y más bien como un provisional estado de la sustancia; provisional si hemos de creer en la entropía que la reconduce a la homogeneidad estéril o sujeta a una serie de reimpulsiones (kalpas) de renovada creación ener-

gética apta para servir de sostén a las jerarquías orgánicas. Resultando al mismo tiempo lo orgánico, y acaso con más razón que lo físico, un orden más limitado en extensión aunque más complejo y más efímero que el orden energético: el orden de la vida encerrado en organismos. El orden vital se caracteriza, sin embargo, y en esto supera al físico, en que posee una dirección, un equilibrio, un *elán*, un vago propósito: realizar las potencialidades de su índole como la semilla que se desenvuelve en planta, flor y fruto. Viene luego lo anímico, que aspira a crearse un asiento perdurable a diferencia de las cambiantes jerarquías estructurales físicas, y menos fugaz que la vida (el orden de lo orgánico cuyo ciclo es nacimiento, vida y muerte). La jerarquía del alma está lanzada desde hace tiempo a la aventura de superar esa tercera etapa de lo orgánico, en apariencia fatal, o sea la muerte.

Tiene nuestra filosofía afinidades con lo que hoy se llama el *personalismo*, pero si reconocemos con Brightman que el Universo es una sociedad de personas o yos que abarca lo subpersonal (animales), lo humano y los seres sobrehumanos con Dios como máximo del existir, no vemos razón para confundir lo personal con lo simplemente orgánico, menos aún con lo estructural. Creemos que la delimitación de las jerarquías nos da una visión más clara, y por otra parte esta visión coincide con los resultados de la experiencia científica y, más allá de ella, con la experiencia anímica en la psicología y con la experiencia superpsicológica que es la experiencia religiosa de la mística. Los teóricos del personalismo parten de un estado directo de la conciencia humana (en Berkeley, según Brightman). Yo llegué a conclusiones parecidas a partir del atomismo físico moderno, la química, el *elán* vital bergsoniano y la vieja mística católica.

LA FILOSOFÍA DEL EVANGELIO

La doctrina de que no existen universales ni existe metafísica, ni principios noéticos ni categorías absolutas ni logos formal independiente del ser me la dio de pronto, como un atisbo que ha tardado varios años en hacerse patente, la consideración de que el Evangelio encierra una cosmovisión perfecta. A menudo se ha preguntado el filósofo: ¿Por

qué la revelación, que es la más alta sabiduría, no nos da una metafísica, no expresa categóricamente ninguna filosofía? ¿Estuvo Cristo Nuestro Señor fuera de la filosofía, de la metafísica, o hay en el Evangelio, aparte de una moral y de la revelación de lo trascendente, también una filosofía?

Investigando el problema reflexioné en el estilo literario del Evangelio. No lo hay más expresivo y claro; sin embargo, no es un estilo lógico: no hacen falta razonamientos complicados ni sorites para entender sus verdades, ni se recurre nunca al método aristotélico de describir; no se habla tampoco de la lógica empírica, de experiencias repetidas que autorizan a enunciar una ley. Lejos de esto, el Evangelio convence mediante una presentación de casos concretos humanos o naturales. Un conjunto ordenado y natural de analogías poéticas enseña la unidad de la creación y su propósito concorde, como cuando se compara el lirio de los campos con la pompa del ornato humano; como cuando se define a Dios simplemente como un Padre Celeste, una Persona (en cierto modo como las almas, como los hombres, aunque, es claro, en infinita potencia).

Está más de acuerdo el Evangelio con el concepto que hoy nos dan del mundo las ciencias experimentales que con cualquiera de las metafísicas abstractas noéticas, divisionistas del ser en lo objetivo, como idea, y la cosa como sustancia, concreto ininteligible a lo kantiano.

Hará falta una nueva *Suma*, un nuevo compilador a lo Santo Tomás, para poner de acuerdo a la ciencia experimental con la filosofía estética, espiritual, sobrenatural del Evangelio; pero el esfuerzo es posible, además es necesario. Y de ese esfuerzo somos iniciadores filósofos empiristas, místicos, como el que esto escribe, y personalidades como Brightman, matemáticos y lógicos como Whitehead. Nuestro camino, como el de la escolástica, conduce al Evangelio, pero por el carro de la coherencia de los heterogéneos, ya no por el desarrollo del intelecto abstracto según el tomismo. Más me atrevo a decir, a saber: que al término de nuestro viaje nos hallamos con naturalidad dentro del ambiente mental de la Revelación y no tenemos que hacernos la pregunta que cualquier aristotélico, cualquier idealista se formula y se calla: ¿Dónde está la metafísica del Evangelio? ¿No era Jesús filósofo? Nosotros, desde antes de llegar, sabemos que si por *filósofo* se entiende uno que racionalizando quiera abarcar cielo y tierra no obstante que ambos se escapan de sus moldes entitativos abstractos, entonces seguramente Nuestro Señor no era un filósofo. Pero si de lo que se

trata es de asomarse siquiera al orden que rige la conciencia, entonces la experiencia científica del mundo sensible nos conducirá fatalmente a una coordinada comprensión y coherencia de lo sensible de abajo con la realidad concreta también y más viva: la experiencia del alma. ¡La experiencia del conocimiento concebido como un pensamiento paradisiaco: relación viva e iluminada de persona a persona y de cosa y persona con la Persona Divina, misteriosa y trina, como eje de todo el inmenso concierto de la totalidad de la existencia!

SOBRE LOS ÁNGELES

No hay razón para suponer que el hombre es el término de una creación tan vasta y fecunda como la que nos rodea. Si en el orden inferior, el de las bacterias y de los moluscos, las formas de la vida alcanzan proliferación ilimitada, ¿por qué había de ser pobre el orden superior de la existencia? ¡Pobre resultaría si el hombre, aun suponiéndole inmortal, fuese el término de la escala! Más allá del hombre deben existir naturalezas espirituales dotadas de un tipo de organización superior a la del hombre. No es difícil imaginarnos dichos seres. Bastaría con eliminar algunas de las flaquezas inseparables del género humano para prefigurar o concebir individualidades mucho más bien dotadas que los más altos ejemplares de nuestra especie. La convicción de esta posibilidad explica que en todas las mitologías aparezca la creencia en seres del aire o del fuego que ejercitan facultades que a nosotros nos son negadas: vivir en la llama, volar, o penetrar los sólidos. Esto último, que parece absurdo, lo hace la onda magnética. ¿Por qué no ha de lograrlo un alma que es más avanzada en la escala del ser? Según el testimonio de videntes y profetas de la tradición hebreocristiana, la presencia y actuación de los ángeles es caso corriente para el espíritu. El texto de la Escritura menciona a menudo estas presencias, y hay un libro que puede ser considerado como una sociología de las personas sobrenaturales. Este libro es *Jerarquía celeste y los nombres divinos* de San Dionisio Areopagita. Las fuentes principales sobre el conocimiento angélico son propiamente la Bibliá y el Apocalipsis, con los libros apócrifos, *El Zohar*, y particularmente el libro de Dionisio, ya citado. A todo esto se añaden experiencias de místicos y santos de más reciente fecha.

Define San Dionisio que los ángeles son "incorruptibles porque están hechos de sustancia intelectual que existe pura de toda corrupción, muerte y degeneración".

Si, como hoy nos parece, un ser es algo que alienta dentro de una estructura, no hace falta suponer que los ángeles estén hechos de puro pensamiento o pensamiento puro. La incorruptibilidad se aplica a lo concreto y vivo y no a lo abstracto, que ya la tiene. Sin purezas, que son resabio del método abstraccionista, podemos concebir seres incorruptibles que no por serlo estén hechos de sólo pensamiento: la belleza es incorruptible y no depende del pensar abstracto; la bondad vive de sí en el reino de la caridad, que es también incorruptible. Como personas de oración y de apariencia espléndida se nos aparecen los ángeles en las visiones de San Juan.

En la biología, según Noüy, asistimos al salto en que se pasa del animal al hombre, y el alma de éste aparece desde luego como naturaleza incorruptible. El salto lo da el alma, no precisamente el pensamiento. Ni en esta vida ni en la otra el alma coincide con el ente. La existencia encarna siempre; no existe lo que no está animado. El alma es por naturaleza algo más que aparato de hacer silogismos; el alma es unidad que piensa y siente y mantiene cohesión por el tiempo que dure su existencia. Motivos hay para suponer además que un alma salvada, colocada en la inmortalidad, disfrutará de una coherencia más vigorosa, capaz de mayor número de relaciones con la totalidad. De igual suerte en el ángel suponemos una naturaleza más completa que la del hombre. Resulta pues absurdo afirmar que el ángel es sustancia "intelectual" únicamente. Aparte de ello, no existe en el Universo nada que corresponda a las palabras *sustancia intelectual*. Cuanto existe es un compuesto de heterogéneos que hacen unidad mediante un acto de vida. En los animales este acto de vida es temporal; en el hombre su virtud se interrumpe en el sueño, en la fatiga, en la enfermedad y finalmente en la muerte. Las interrupciones de su conciencia devuelven al hombre a la vida vegetativa, o sea la naturaleza animal. Salvar el acto vivo consciente de sus interrupciones naturales es el propósito de la resurrección, que es por esencia sobrenatural. Se le escapa la vida al hombre porque los heterogéneos que la componen son corruptibles, es decir, están hechos de sustancia material que resiente el efecto de la entropía de acuerdo con la segunda ley de la termodinámica. En el hombre, y

no obstante su posición avanzada en la jerarquía de la existencia, el acto consciente que integra su personalidad no ha podido asirse a elementos incorruptibles, pero su anhelo supera su capacidad y lo prepara para lo inmortal. La naturaleza angélica es conciencia análoga a la del hombre que ha podido integrarse en elementos incorruptibles, es decir, ajenos a la entropía; eso es en resumen una naturaleza espiritual. Aunque no existe una categoría o sustancia de tipo genérico llamada *espíritu*, existen familias de seres capaces de inmortalidad porque sus componentes disfrutan de incorruptibilidad, escapan a la entropía; por ejemplo, la figura hermosa, el sentimiento noble, la inteligencia, la voluntad.

También sería absurdo sostener que los ángeles sean pura forma. Junto con la forma, igual que nosotros, poseen una conciencia que es combinación viva de factores espirituales, a saber: pensamiento, sentimiento, gusto, belleza, amor. Un ser de pura forma, ¿cómo podría amar al Creador y alabarle? Ni son ideas los ángeles ni pura inteligencia, sino seres de cuerpo análogo al humano, sólo que libertado de las exigencias de la fisiología, elevado a etapa superior de la existencia. La etapa en que la entropía ha sido totalmente vencida.

El ángel, por definición, es naturaleza que por no estar hecha de elementos corruptibles escapa a las leyes de la materia, como la gravedad, y se libera de las categorías de espacio-tiempo. El ángel está fuera del tiempo, porque los elementos que lo integran no dependen del acontecer; el ángel está fuera del espacio porque lo habita pero no lo ocupa; no desaloja energía, la penetra; no se deja llevar de la dinámica eléctrica o magnética a que están sujetos los cuerpos sensibles. Más allá de la estructura atómica y aun del pensamiento humano, la naturaleza del ángel, ajena a la entropía, se traslada en el espacio sin que le estorben los cuerpos que ocupan el espacio. Además abarca las distancias sin recorrerlas, tal como el pensamiento va de la Tierra a la Luna en un instante, sin detenerse en los trayectos intermedios; lo que no puede hacer ningún móvil de naturaleza físico-mecánica. La acción es condición de toda existencia. La acción se encuentra limitada en todas las criaturas; pero se da en el ángel una capacidad de acción más perfecta que la del hombre. Pero no se puede decir que el ángel es acción ni tampoco inteligencia porque es persona, un miembro de la familia del espíritu; no está hecho de forma y materia sino de un conjunto específico de heterogéneos.

LA ÍNDOLE ANGÉLICA

El principio aristotélico que reduce todo ente a materia y forma, acto y potencia, no se aplica al ser vivo, a ningún ser activo. Hoy sabemos que propiamente la materia no existe. La sustancia de que están hechas las cosas y los seres es una energía que se manifiesta en forma dispar y siempre dentro de una estructura característica. Pero no hay materia en general ni fuerza genérica difusa; hay energía como átomo, hecha de electrones, protones, etc., y hay energía como ángel, dotada de personalidad inteligente y sensible. A eso llamamos *naturaleza de espíritu*. Sería entonces absurdo que la "suprema criatura" del Universo fuese *totalmente intelectual* como sostiene Santo Tomás. No se crece prescindiendo de facultades; abstraer es reducir. Se crece integrando, consumando la síntesis de facultades que aseguran mejor categoría existencial. El ángel es persona de espíritu, con los atributos superiores de la persona humana y algunos otros más. De otra manera no sería "suprema criatura" como dice Santo Tomás.² Pese a su intelectualismo, Santo Tomás admite que los ángeles poseen memoria y voluntad, y además (afirmación importantísima) que los ángeles "piensan sin discurrir".

A propósito del intrincado problema del conocimiento de lo diverso, problema que nosotros estudiamos bajo el título de *unidad de los heterogéneos o síntesis de lo diverso*, Santo Tomás, en su cuestión LVIII, sostiene lo que sigue:

La unidad de operación exige unidad de conjunto. Hay cosas que se pueden considerar como muchas o como una sola, como las partes de un todo continuo; porque consideradas cada una por sí son muchas, y por consiguiente no son percibidas por los sentidos y el entendimiento, ni a la vez ni en un solo acto; más si se las considera según que son una sola en el todo, *de esta manera son conocidas simultáneamente y en un solo acto* tanto por los sentidos como por el entendimiento al considerar el todo continuo. Así, aún nuestro entendimiento entiende a la vez el sujeto y el predicado como partes de una misma proposición y las dos cosas comparadas en cuanto concuerdan en una sola comparación. De donde resultó que no se pueden entender muchas cosas a la vez según que son distintas, *pero sí en cuanto se unifican en un todo* inteligible.

² *Suma...*, t. I, art. V, p. 449 (trad. Aparicio).

Sólo habría que corregir que la combinación de los heterogéneos no puede ocurrir en un todo inteligible, el cual es difícil de concebir a causa del principio de contradicción. En cambio, la unificación se opera inmediata en un *todo operante*, en el cual cada parte desempeña una función específica que no tiene por qué ser reducida a sumas y restas para lograr falsas unidades de acto. No porque su "semejanza esté en el entendimiento", sino porque en el acto se revela la tarea que incumbe a cada una de las partes del todo. Entiendo la respiración simultáneamente con la circulación de la sangre y con mi pensamiento que las contempla. En cierto sentido *todo conocimiento supone la simultaneidad como matriz de la sucesión misma: el todo en que las cosas ocurren*.

Concluye Santo Tomás esta disertación afirmando que los ángeles conocen con una sola especie inteligible, que es la esencia divina. Dejando a un lado las especies, lo que nos interesa es la afirmación:

Las conocen por el Verbo y por tanto de esta manera las conocen simultáneamente, así como también en el Cielo nuestros pensamientos no serán volubles, yendo y viniendo de unas cosas a otras, sino que veremos a la vez con una sola mirada todos nuestros conocimientos.

Tanto es así decimos nosotros, que en el Cielo pensaremos según lo que hemos llamado *entendimiento paradisiaco*, que sin necesidad de universales y de especies reconocerá lo singular en toda su individualidad y riqueza, sin perjuicio de advertir las relaciones de los singulares entre sí con el Creador, directamente, sin especies, como quien identifica cada persona y a cada ser por su nombre y no por su definición, pues es risible que ante Pedro o Juan, mis conocidos, yo diga: "Animal racional" o use cualquier otro universal.

LA VISIÓN PARADISIACA

Los que ahora vivimos, los que han vivido y los que serán, nos hallamos todos en la presencia del Señor que distingue a cada uno como criaturas tuyas que somos. He aquí un ejemplo evidente de un pensar sin universales. En nuestro estado actual el esfuerzo de pensar así es prácticamente imposible, pero puesto que podemos formular el problema quiere decir que somos capaces de un anticipo, un destello de la realidad contemplada directamente. Lo que no es imposible de

modo absoluto, puesto que al fin y al cabo estamos hechos a imagen y semejanza de Dios.

Los ángeles, acepta Santo Tomás,

[...] aprenden cuanto conocen sin discurrir de lo conocido a lo desconocido. Las almas humanas, que no llegan al conocimiento de la verdad sino discursivamente, se dicen *racionales*, y esto proviene de la debilidad de la luz intelectual en ellas, porque si tuvieran la plenitud de esta luz intelectual, como los ángeles, comprenderían desde luego a la primera intuición de los principios todo el alcance de ellos, abarcando de una mirada cuanto de ellos puede deducirse por el raciocinio.

Comentamos nosotros: ¡vaya con la dialéctica inútil! No se trata de ver principios, como en la clase de lógica; eso es escolástica. Más allá de toda escolástica, una inteligencia superior, como la del ángel, o digamos mejor, una conciencia superior, se dirige a lo singular, lo reconoce, lo entiende, lo siente; quizás lo ama como producto de Dios, hecho conforme a determinados principios y esencias, eso es obvio; pero lo que en cada caso importa es el ejemplar logrado, el triunfo de la existencia que cada fenómeno y cada persona representan. Ciertamente que la creación utiliza formas, patrones, modelos manejados conforme a principios lógicos, pero todo esto es el instrumental de la creación y lo que importa es el resultado obtenido con esos medios: el mundo de lo individual vivo.

Santo Tomás ha dicho que los ángeles tienen voluntad. ¿Dónde la tienen si previamente los ha dejado convertidos en sustancia puramente intelectual? Se ve desde luego que es más propio considerar al ángel como una persona espiritual que tiene sensibilidad a su manera superior, es decir, con ojos de naturaleza incorruptible y, por lo tanto, más capaces de visión acertada que los nuestros; en general, dotados de poderes y atributos análogos a los del hombre, sólo que elevados a perfección sublime.

CAPÍTULO 5

REFLEXIONES METAFÍSICAS

UNIDAD COMO ACCIÓN

Cuando Santo Tomás en la *Suma* (art. III: Dios es Uno) dice:

La unidad como principio del número no se aplica a Dios sino solamente a los objetos materiales. Porque la unidad así entendida pertenece al género de las cosas matemáticas que tienen su existencia en la materia, aunque existen separadas de ésta según la razón; pero la unidad trascendental es una cantidad metafísica cuya existencia es independiente de la materia [...] en este sentido Dios es Uno.

Dios es uno en el sentido que define la Trinidad. Uno porque las tres Personas actúan como uno; también la vida es una aunque concurran a producirla muchos elementos diversos. La unidad de lo diverso no se explica postulando una entidad metafísica: el uno. Esto sería una unidad lógica que habría que reducir a la extensión, y la extensión es cantidad y la cantidad es materia, y hoy casi no podemos concebir la materia: sabemos que no existe. La unidad que no es principio del número sólo puede definirse entonces como un *acto coordinante de heterogéneos*; un arreglo activo de lo diverso que desaparece cuando cesa la acción coordinativa de la conciencia. No es pues un ente, sino la misión fundamental de la persona. El acto unificador es por supuesto indiviso.



El nombre “El que Es” es nombre más propio de Dios: un acto perenne.

Dice Santo Tomás: “La ciencia de Dios no es en manera alguna discursiva, sino que conoce perfectamente y simultáneamente todas las cosas. Las conoce en acto”.



San Dionisio, en los *Nombres divinos*, dice: “Dios no conoce las cosas según la idea” (esto confirma mi tesis del conocer paradisiaco).

Dice Santo Tomás:¹ “Nuestro entendimiento no se conoce a sí mismo por su esencia sino por su acto, en cuya virtud abstrae de las cosas sensibles las especies inteligibles, como ente que es sólo en potencia bajo el aspecto de objeto del conocimiento”.

Tratemos de poner en lenguaje de la ciencia moderna la parte de verdad que contiene esta afirmación. Lo que nos parece verdad es que nuestro entendimiento, nuestro pensamiento se conoce a sí mismo mediante su acto; pero se trata de un acto relacional; distinción de los elementos del juicio y las relaciones de los sujetos obtenidos no por abstracción, sino por experiencia de sus propiedades: tal la operación del conocer. En cambio, todo eso de las especies inteligibles me parece completamente inadecuado a nuestro conocimiento contemporáneo de la realidad. Lo que hoy captamos no es esencias; captamos de golpe el grupo de cualidades que constituyen un objeto. Una piedra es para nuestra mente algo que tiene figura, peso, densidad, brillo, o bien, opacidad; en suma, un conjunto de propiedades unificado por una configuración que más que idea es una imagen. La abstracción no aparece o sólo aparece si deliberadamente nos ponemos a especular en escolástica. Hoy vamos directamente al objeto y lo distinguimos no por sus esencias, sino por cualidades tipo, como el calor, el color, el peso, cualidades perfectamente identificables y mensurables por la experiencia diaria, confirmadas por las observaciones del laboratorio. Todo este saber se organiza, no se suma; se construye mediante un

¹ *Suma...*, t. I, cuestión LXXXVII.

acto de síntesis que después la experiencia confirmará en detalle o rectificará. En todas estas operaciones, ¿qué papel representan el ente o la esencia? El de una antigualla y un estorbo. En lo que estamos de acuerdo es en que la unidad la da un acto, el acto que establece la coherencia de los componentes de una situación psicológica; un acto de vida y no el hallazgo de una hipotética esencia o de un número. De suerte que el conocimiento *es un acto configurativo del objeto acompañado de una expresión relacional que liga el objeto con otros objetos del conocer*. Esta operación es la que hemos definido como *pensar es coordinar conjuntos*. Por lo demás, la psicología tomista es bien pobre.

En cierto modo el problema se reduce a elegir entre dos maneras de conocimiento: quiero representarme a un ángel o al mismo Dios; acudo para ello a pensar en un ente angélico del cual se han extraído todas las propiedades para pensar en el ángel como tal: la esencia del ángel, según Husserl, da "lo angelical". O de una vez, como buen poeta, imagino el ángel como un cuerpo de esplendor.

¿O bien, en el caso de Dios, pienso en el acto puro (vacío de todo lo que no es existir *per se*) o concibo al Padre en la plenitud de su gloria cósmica rodeado de Cristo y el Espíritu más sus ángeles y dominaciones?

Creo que filósofo cabal es el que coincide con el poeta y procura recrearse en la contemplación del ángel como cuerpo glorioso; de Dios como Trinidad de poderío infinito y de caridad inagotable.

Por lo mismo, el alma separada del cuerpo no es el aparato de hacer abstracciones que supone Santo Tomás, sino una conciencia más bien dotada que la humana que mira y siente y por eso piensa. Una persona superior y no un agente que sólo mira los inteligibles. Ni valdría la pena ser inmortal para eso. Nada de entendimiento puro: conciencia compleja como la existencia y que se relaciona con el mundo por instinto de armonía después de haber superado el simplismo abstraccionista.



"Las creaturas son conservadas por Dios en el ser que ni por un solo momento podría subsistir sin su divina operación conservadora."²

² Santo Tomás, *Suma...*, t. I, cuestión CIV.



Contra lo que afirma Santo Tomás, me parece que es lógico suponer que Dios condena a la nada con su simple enojo a las cosas y las creaturas. A la materia en verdad, y según la entropía, la está dejando que se desintegre; en cuanto al hombre, es más piadoso retirarle el don de la vida que condenarlo a penas eternas. Quizás el fuego eterno aniquila, consume a la creatura. Después de todo no es muy grave el no existir, el dejar de existir (hay cierta reparación y consuelo en el aniquilamiento y la nada). En cambio, lo que es terrible es la desesperación de perdurar en el mal. Por *nada* entendemos, es claro, la desintegración de lo organizado y viviente.

Nos enseña Bergson también que el asociacionismo de los empiristas ingleses, a semejanza en esto, decimos nosotros, de las formas ideales de los racionalistas, reduce el yo a “un agregado de hechos de conciencia, sensaciones, sentimiento e ideas [...] bajo un aspecto impersonal, sin lograr otra cosa que un fantasma, la sombra del yo proyectada en el espacio”.³

La traducción ilegítima de lo inextenso en lo extenso de la calidad en cantidad es lo que combate Bergson en *Los datos inmediatos de la conciencia* (Prólogo), y llama Bergson *duración* a la calidad, lo cual parece incompleto porque calidad es duración y es valor, es esencia y tesoro, unicidad y categoría.

Descubre Bergson en *Los datos inmediatos de la conciencia*, el sofisma de la escuela de Elea, sofisma del idealismo que ha viciado toda la especulación sobre la esencia al introducir el espacio en nuestro concepto de *duración*. Digamos nosotros que todo idealismo nos da idea, nos da forma, nos da extensión cartesiana y sólo eso. En cuanto a la naturaleza de la esencia, la naturaleza del ser, es vano buscarla en universales de inteligencia o de amor. El ser objetivo hegeliano, como la esencia de lo verde de los husserlianos, es prestidigitación burda de la realidad en la cual se reemplaza duración con extensión, calidad con cantidad.

³*Los datos inmediatos de la conciencia*, p. 126.

EL ARGUMENTO ESTÉTICO

Dos elementos precisa distinguir en el movimiento: el espacio recorrido y el acto que lo recorre. El primero es cantidad homogénea; el segundo no tiene realidad sino en nuestra conciencia. El acto es indivisible; el espacio recorrido puede ser dividido.

La conciencia liga el pasado con el presente y el futuro: esto es duración y calidad. En la pura extensión no hay sino puntos sucesivos, uno al lado del otro al infinito, iguales todos y separados. Desde que se les liga en un acto de pensamiento entra en función el espíritu y establece la duración, o sea la calidad.

El tiempo homogéneo que usa el matemático es una cuarta dimensión, una asimilación del tiempo al espacio para hacerlo mensurable, pero no es la duración real, no es el tiempo psicológico. La conciencia crea la multiplicidad cualitativa. De estos análisis de Bergson hemos pasado nosotros a distinguir la relación de la parte con el todo en un todo orgánico en que hay interdependencia entre el todo y las partes. Del proceso lógico que procediendo de menor a mayor por cantidad nos da la verdad obvia de la abstracción: un árbol es una planta; todas las plantas viven; luego, el árbol vive, el argumento estético dirá: un árbol es una parte del paisaje que puede estar en él o desaparecer de él; pero el significado, el valor del paisaje cambiará según que esté o no esté presente el árbol; el árbol influye en la composición del paisaje como la parte en el todo.

Distingue Bergson los hechos psicológicos, internos y vivos, de su imagen primero proyectada, enseguida solidificada en el espacio homogéneo. Sensaciones, emociones e ideas se presentan bajo un doble aspecto: uno preciso pero impersonal; el otro confuso, infinitamente móvil e inexpresable porque el lenguaje, al nombrarlo, fija su movilidad. El sentimiento está en perpetuo devenir; la palabra que lo expresa es fija. El lenguaje nos engaña al hacernos creer en la invariabilidad de nuestras sensaciones: en el alma humana no hay cosas fijas, estáticas, sino progreso continuo. El sujeto es un ser que vive, se desarrolla, cambia sin cesar, pero sus momentos se penetran formando un todo. "La inteligencia tiene sus instintos" [...] "cada opinión vive a la manera de una célula en un organismo."

GENERALIZACIÓN

Existe entre análisis y síntesis un procedimiento auxiliar que es la generalización. La generalización es una imitación incompleta, cuando no una falsificación de la síntesis. Es un primer paso hacia la síntesis, pero un paso que desvía su sentido.

La generalización maneja conceptos según la abstracción de los lógicos; la síntesis busca la reorganización de la vida, la operación activa de los seres y las relaciones que median entre ellos, dirigidas a un objetivo común, a un propósito que los supera y los mantiene vivos; vivos y diversos. No tiene sentido entonces reducir unos a otros los elementos ni los seres. No tiene objeto la identificación cuando lo que se busca es la proliferación que ensancha el contenido de la existencia.

LO QUE PUDO SER

Lo que pudo haber sido es una fantasía que a menudo supera a lo que fue; lo que debió haber sido es mandato de la conciencia recta que juzga y condena lo que fue. De suerte que lo que es válido sólo porque fue, porque sucedió, resulta indiferente o condenable para el juicio del hombre de bien; juicio que tiene el derecho de condenar al acontecer que no pudo corregir y decirle: "Lamento que te hayas ido por allí, pero no te acompaño porque yo soy mi propio acontecer". Así, a menudo decimos: "Lo que sucedió es inferior a lo que debió ser". Y esto no por la ficción kantiana del deber ser, sino porque nos sentimos con capacidad para engendrar un acontecer superior al que ha ocurrido.

No podemos cambiar el pasado, pero podemos aniquilarlo con el olvido; condenarlo con nuestro desprecio y echarlo al no ser de lo que está fuera de nuestra conciencia. No puedo destruir o corregir lo sucedido, pero moralmente nada me obliga a acatarlo porque tan sólo ha sucedido.

EL TIEMPO SEGÚN ELLIOT

Un instante de tiempo en el tiempo. Un momento que no se halla fuera del tiempo, sino en el tiempo que llamamos *histórico*, seccionan-

do, dividiendo el mundo del tiempo; un momento en el tiempo, pero no uno de los momentos del tiempo. Un momento del tiempo, pero un tiempo nacido de aquel momento: pues sin un significado no existe el tiempo, y aquel momento del tiempo dio el sentido, el significado. "Así es [dice Helen Gardner comentando a Elliot] como éste celebra la unión del tiempo y la eternidad."

¿CANTIDAD INTENSIVA?

Hay, dice Maritain, una multitud trascendental que difiere en lo absoluto del número cuantitativo, puesto que no se funda en cierto accidente (la cantidad) añadido al ser y que, al contrario, no añade nada ese accidente a las cosas de las cuales se predica, sino la indivisión respecto de cada una de ellas, en forma tal que estas cosas no podrían ser adicionadas. Y hay también una cantidad intensiva (*quantitas virtutis*) que difiere en lo absoluto de la cantidad dimensiva (*quantitas molis*) porque pertenece también al orden trascendental y se refiere al ser mismo de las cosas respecto de las cuales es predicado, sin añadirles ningún accidente (tal como la cantidad), de suerte que esta cantidad intensiva no podría ser matemáticamente medida, por lo menos en sí misma. Y es así como la caridad, más o menos profundamente enraizada en un alma, o la mayor o menor belleza de una obra de arte no tiene nada que ver con el espacio. Pero ¿qué es la intensidad sino aumento de grado y por lo mismo medida? No, lo que hace falta es distinguir la cualidad de la cantidad. Esta distinción se halla en el hecho de que la cantidad, la medida y el grado son criterios de homogeneidad; la cualidad se caracteriza por la heterogeneidad que engendra resultado.

Los trascendentalismos metafísicos no hacen sino complicar los problemas con la adición de falsos postulados: el postulado ontológico.

OBJECIONES MARITAIN

Dice Maritain: "En cuanto a que el concepto inmoviliza lo real y que para conocer hace falta entregarse al fluir de las cosas, no es necé-

sario seguir a Bergson y podemos aceptar con los escolásticos que el alma conoce lo real según el modo del sujeto cognoscente", o sea que el concepto, precisamente porque fija e inmoviliza lo real, nos da un medio de identificarlo. Sin embargo, gracias a Bergson podemos hoy prevenirnos contra el riesgo de confundir el signo de precisión que aspira ser el concepto del hecho en sí, ya no nóumeno, sino fórmula química o *quantum* físico; hecho que se nos manifiesta de diversas maneras: en la forma conceptual, derivada de la sensación, y por ejemplo en la fórmula físico-química derivada de la experimentación analítica; aparte de esto, las formas en que cada hecho influye sobre la voluntad y el sentido estético.

La escolástica, adaptada al realismo aristotélico, se libra de muchos errores del idealismo insistiendo en lo que hay de permanente a través del cambio; incluso el hecho de que sin la permanencia no podríamos darnos cuenta del cambio. Sobre lo que hay en el fondo de esta permanencia, el empirismo moderno nos ha dado luces que no sospechó la escolástica, tanto por lo que hace a la constitución íntima de lo concreto como por lo que hace al movimiento de lo concreto, que no es discursivo sino contingente y apegado a leyes que no contradicen la razón, pero que son ajenas a la necesidad lógica. Para el aristotélico y el tomista las formas no constituyen un mundo aparte, un reino de la objetividad, inútil creación de sombras, sino que en lo real se manifiestan. No hacer del ser un concepto. Al mismo tiempo, al pretender que la esencia del ser se obtiene por abstracción otorga a las abstracciones, y en general a los universales, una validez que se parece mucho a la de las esencias de los idealistas. La verdad es que un hecho cualquiera contiene mucho más de lo que capta un simple concepto.

CRISTO Y LA CREACIÓN

Se discute en la *Suma* si Cristo tuvo ciencia infusa por la que conoce las cosas en su propia naturaleza por medio de especies inteligibles. Creemos que Cristo (filósofo más cabal que todos los filósofos) no tuvo por eso mismo necesidad de especies inteligibles. Cristo no conoció por abstracción: conoció por intuición directa de

lo singular conforme a lo que hemos llamado *conocimiento paradisiaco*, conocimiento como el del ángel que es reconocimiento directo de cada una de las criaturas del Señor. Por lo mismo salen sobrando, a esta altura del conocer, las especies y los universales. Justamente por eso Cristo no hizo filosofía, porque su teología traía implícita la verdadera filosofía.

MODOS DE CONOCER

Maritain reconoce que poseemos infinidad de conocimientos que no hemos adquirido por medio del silogismo. La experiencia sensible, fuente de la ciencia natural, y la experiencia mística, origen de la religión, confirman esta verdad. Los conceptualistas, los intelectualistas constantemente la olvidan. Tengámosla en cuenta para juzgar el mundo físico y el mundo trascendente; por los extremos las dos experiencias se juntan.



El conocimiento por analogía es el conocimiento propio de la estética; en él hay comparación y exclusión o semejanza, nunca identidad. El juicio discursivo va siempre hasta la identidad, y de esta suerte simplifica pero no explica. La semejanza enseña más que la identidad.

A Dios no podemos conocerlo con métodos de identidad, que son los del silogismo y su término medio; lo conocemos por las semejanzas de su naturaleza con su creación: esto es analogía.



Inteligencia intuitiva, como la de los ángeles, define Maritain, es: al percibir la esencia ver inmediatamente todos sus atributos, todas sus cualidades; también, añadimos nosotros, sus relaciones, sus virtualidades.



Los modernos no concebimos el ser como entidad abstracta; no podemos hacerlo porque conocemos la naturaleza, y en ella y en nuestro interior hallamos que el ser es una potencia estructurada, expresa o latente. La intuición de los primeros principios deriva de una disecación *a posteriori* de la experiencia.

Los principios ordenan las experiencias y les dan claridad; pero no son ellos en realidad primarios: lo es la experiencia como sensación dinámica inferior o como realidad absoluta. Un niño, sin discernir, admira y mira el Sol, y un santo, sin silogismos, se comunica con Dios, dejándose llevar de modos musicales no intelectivos.

Sostiene Maritain que la inteligencia no es un útil fabricado por la evolución, sino que la inteligencia está hecha para ser determinada por el ser y está hecha para la verdad. Pero la verdad física, la ley de la caída de los cuerpos, no la descubrió la inteligencia: la descubrió la observación experimental, y así con tantas otras variedades de la verdad.

La percepción íntima del ser es, según Maritain, el objeto propio de la inteligencia. Maritain niega al bergsonismo la intuición intelectual de los primeros principios de la razón y lo acusa de confundir el pensamiento con la expresión material del pensamiento, o sea el lenguaje. ¿Y qué otra expresión tiene el pensamiento discursivo si no es el lenguaje?

Se conciliaría el bergsonismo con el tomismo, dice Maritain, con sólo que su intuición se confundiese con la sola y verdadera y legítima intuición filosófica: la "percepción intelectual" aristotélica.

Su afán de verdad y de absoluto, pese a sus errores, hacen de Bergson, según Maritain, caso único e importante entre sus contemporáneos positivistas, materialistas, evolucionistas, etcétera.

Pero lo que llama Maritain *intuición intelectual* es lo que opera por medio de la abstracción y los universales, el razonamiento y el discurso; la intuición bergsoniana, en cambio, es un acto de afinidad con lo real, más amplio y más profundo que la "intuición intelectual". Se trata de una intuición de género estético.

La intuición estética comprende los modos del conocimiento abstracto y añade la riqueza del conocimiento moral, artístico, voluntario, intencional y gozoso.

IMAGEN E IDEA

La idea, dice Maritain,⁴ por lo mismo que es abstracta, es decir, desprendida de toda nota individuante, por lo mismo que es universal, es decir, aplicable tal cual sin ningún retoque o modificación a una multitud infinita de individuos y, en fin, que ella afecta la razón de ser del objeto, es necesariamente de una naturaleza y de otro orden que la imagen; la idea es espiritual en tanto que la imagen está impregnada de materialidad.

Es necesario refutar la suposición de que la idea, porción del mecanismo lógico discursivo, sea cosa por esencia espiritual en tanto que no lo es la imagen. La imagen también es una trascendentalización de la materia y su hipóstasis de modo más directo e individualmente más exacto que la idea, sin el procedimiento falsificador de la idea.

LAS POSICIONES POSIBLES

Tres posiciones únicas son posibles en metafísica y en teodicea, dice Garrigou-Lagrange en *Le sens comun, la philosophie de l'être et les formules dogmatiques*:

1. Admitir el primado del ser sobre el devenir y negar la potencia: entonces, quiérase o no, hay que regresar a Parménides, absorber el mundo en Dios y negar el mundo al negar toda multiplicidad y todo devenir.
2. Admitir el primado del ser y admitir también la potencia: entonces precisa afirmar con Aristóteles la trascendencia divina implícita en el concepto de *acto puro*.
3. Negar el primado del ser; afirmar el del devenir con Heráclito: esto es negar el valor objetivo del principio de identidad y poner el absurdo en el seno mismo de lo real, absorber a Dios en el mundo y concluir por negarlo.

Por su parte la Iglesia católica, según el Concilio Vaticano, cree y confiesa:

⁴ *La philosophie bergsonniene*, p. 214.

[...] que hay un solo Dios vivo y verdadero, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, todopoderoso y eterno, inmenso, incomprensible, infinito en inteligencia, en voluntad y en toda perfección; que siendo una sustancia espiritual única por naturaleza, absolutamente simple e inmutable, debe ser declarada distinta del mundo en realidad y por su esencia, bienaventurado en sí mismo y por sí mismo y elevado indeciblemente por encima de todo lo que es y puede ser concebido fuera de Él.

Anatema a quien dijese que las cosas finitas, ya sean corporales o espirituales, o que siquiera las espirituales, han emanado de la sustancia divina, o que la esencia divina por manifestación o evolución de sí misma se convierte o deviene en todas las cosas.

Resulta pues un creacionismo que corresponde al sentido común y también al estado actual de las ciencias físico-biológicas. Esta coincidencia es sorprendente en grado sublime.

LO CONCRETO

Para nosotros lo concreto es la realidad; lo abstracto, su esquema. El ser es por lo mismo concreto; la idea y el *eidos* son ficciones. Ficción útil la primera, con largo historial filosófico; ficción inútil el *eidos*, con historia breve pero infecunda, una etapa final y decadente del idealismo.



Concluye Bergson que “la actividad del yo no puede ser comparada a ninguna otra fuerza”.



Distingue Bergson la energía que se somete a la hipótesis de la conservación de la energía y la energía fisiológica que ya no se presta al cálculo. En la energía psíquica además sería imposible consumir la reversibilidad que se observa en la energía puramente mecánica.



En el libre arbitrio, dice Bergson, es necesario buscar la libertad en cierto matiz o calidad de la acción misma y no en una relación del acto con lo que no es o lo que habría podido ser. Toda la oscuridad procede de que nos representamos como oscilación en el espacio (entre motivos o cosas), cuando se trata de un progreso dinámico en que el yo y sus motivos están en un continuo devenir, como verdaderos seres vivos.



“La fuerza se nos presenta con una libre espontaneidad” (Bergson). Ligarla con el determinismo necesario que procede de las matemáticas es confundir la duración, el yo vivo, con las formas especiales que representan su desarrollo. La relación de causalidad interna es puramente dinámica y no tiene ninguna analogía con la relación de los fenómenos exteriores condicionados. Éstos, al producirse en un espacio homogéneo, entrarán en la composición de una ley, en tanto que los hechos psíquicos profundos se presentan a la conciencia una vez y no reaparecen jamás iguales.



Se puede representar con el espacio el tiempo transcurrido, no el tiempo por transcurrir. La multitud cualitativa no se parece al número; es un desarrollo orgánico y, sin embargo, no es una cantidad en crecimiento; es una heterogeneidad pura en cuyo seno existen cualidades distintas.

La duración fuera de nosotros no es sino presente y ese presente está hecho de simultaneidades. *Filosofar* debe ser concebir en simultaneidad.

El error viene de Kant, que consideró el tiempo como un medio homogéneo; pero no significa lo mismo en el mundo exterior que en el interior. En el interior no hay propiamente causa porque todo está en cambio y nada se repite idénticamente.



LA VISIÓN DE DIOS

Pareciera que se demostraría por completo en el sentido sobrenatural cuando se dice, como lo hace Santo Tomás (cuestión CLXXV de la *Suma*): “Vio San Pablo en su rapto la esencia divina [...] y por eso se dice más convenientemente que vio a Dios por esencia”. En Dios no hay esencia de un lado y presencia por otro; si Dios es persona, entonces es absurdo que una persona muestre su esencia; las personas no tienen singularidad: tienen, en una palabra, personalidad; pero todo ese lenguaje escolástico aplicado a la persona divina suena convencional, trivial, inadecuado. San Pablo vio a Cristo como sujeto de esplendor, gloria y potencia, como Rey de la Creación, como Pantocrátor. ¿Qué hace en todo esto la palabrería de las esencias? ¿Cuando Cristo Nuestro Señor habló del Padre, ¿se le ocurre a alguien, que no sea un doctor escolástico, pensar en alguna esencia? Se piensa en la superpersona con el máximo de atributos que puedan concebirse en una persona. Va más allá Santo Tomás: interpreta el “vi a Dios cara a cara” de Jacob como la visión de la esencia divina. ¿Qué derecho tiene el filósofo de identificar *cara* con *esencia*? Más adelante (cuestión CLXXV) dice que San Benito veía un globo de fuego en una torre y los ángeles que volvían al cielo, y de allí deduce luego que la contemplación de la vida presente puede extenderse a ver la esencia de Dios. La deducción no puede ser más arbitraria. Cita a San Gregorio que habla de *luz circunscrita*. Ésta es luz, no es esencia.

La última perfección del entendimiento humano, dice Santo Tomás, es la verdad divina; pero la verdad divina no es un ente ni una abstracción: es una presencia. Al hablar Santo Tomás de las seis especies de contemplación:

1. Percepción de las cosas inmóviles.
2. Progreso de las sensibles a las inteligibles.
3. Discernimiento de las cosas sensibles por las inteligibles.
4. La absoluta consideración de las inteligibles a las que se llega por las sensibles.
5. Contemplación de las inteligibles que no pueden descubrirse por las sensibles, pero que suelen comprenderse por la razón.

6. La consideración de las inteligibles que la razón no puede describir ni entender, es decir, las que pertenecen a la contemplación de la verdad divina en la que finalmente se perfecciona la contemplación.

Todo este escolasticismo, complicado y absurdo puesto que habla de “inteligibles que la razón no puede descubrir ni entender”, se viene abajo afortunadamente ante la visión de un místico verdadero que, como Moisés, vio la zarza ardiente y escuchó la voz que dictaba los Mandamientos sin necesidad de ningún ente ni esencia; o de un San Francisco a quien se aparece Jesucristo y lo marca con los estigmas. No aparecen éstos en quien anda buscando esencias. Lo que explica toda visión de lo invisible, aplicado a las personas espirituales (ya que Dios mismo es inabordable) es la doctrina de los cuerpos gloriosos. En vez de esencias el vidente descubre cuerpos como de ángeles, cuerpos inmateriales que se hacen visibles al santo, al profeta, y le hablan; pero el lenguaje de las esencias propio de la metafísica es ajeno a la visión de lo sobrenatural. Nadie siente amor por una esencia. Lo que se ama es la persona de Cristo a través de la cual se imagina al Padre. Cuando la Virgen se aparece a los inocentes su visión les causa dicha sin par. ¿Qué tienen que ver en esto las esencias? Ni es el Cielo un juego platónico de triángulos y esferas inmutables, sino el vivo concierto de personas que actúan, viven la vida eterna, y ésta no es entitativa: la vida eterna es cabal.

En la teoría de Santo Tomás sobre la finalidad de todos los actos humanos, el obrar para algún fin es propio y exclusivo de la naturaleza racional. Está ya expresada la tesis de la intencionalidad que sin citar a Santo Tomás utilizan Husserl y Brentano, los fenomenologistas modernos.

Insiste Santo Tomás en que el último fin del hombre no es ni el poder ni la riqueza ni el deleite, sino algo extrínseco al alma y, en definitiva, es Dios; pero hay que decir que fuera de toda metafísica de esencias y formas “la última y perfecta beatitud” no es la visión de la divina *esencia*, sino de la Persona Divina hasta donde podemos conocerla a través de todos nuestros medios de conocimiento: la sensibilidad, la inteligencia, la voluntad, el sentido estético. Se requiere además la santidad y lo que se mira es lo que describen San Juan o San Pablo: personas en vida gloriosa.

PASIONES

Las pasiones no son buenas o malas según que las rija la razón o no; en esto se equivoca Santo Tomás. Las pasiones nobles obedecen a exceso de amor; las pasiones malas son las que llevan al odio. En esto la razón ocupa posición secundaria.

CIENCIA PRIMERA

Opina Aristóteles “que hay una sustancia inmóvil, anterior a las demás, y la ciencia primera es la filosofía”. Con más acierto puede afirmarse que es la física la ciencia primera porque en el orden de la creación de la existencia primero se hizo la luz (según el Génesis), y esto es asunto de la física, de suerte que el panorama científico de nuestra época se acerca más a la Revelación que el aristotélico. Por lo demás, todo eso de que no hay ciencia de lo accidental seguramente no lo suscribiría Aristóteles hoy. Si este gran ingenio resucitase, se dedicaría (como Whitehead) a demostrar las implicaciones metafísicas de la física del movimiento.

ACTO PURO

El acto puro lo define Maritain: “inmovilidad de la actividad pura y suprema que no tiene nada que adquirir y que no puede tampoco devenir porque posee de por sí todo lo que se puede poseer y es por sí mismo todo lo que se puede ser; es esto lo que llamamos *Dios*”.

Sí, pero tiene que estar sosteniendo su creación porque la ama y se goza en ella. Por esto está siempre en acto, pero no puro sino total.

UNIVERSAL

Para nosotros el universal es una forma operante del espíritu. En el espíritu hay instrumentos con que juzgamos cuanto es motivo de nuestra *cogitatio*; el universal es uno de esos instrumentos. A fin de

poder pensar, a fin de alejar de nuestra mente la imagen de una multitud de árboles creamos el símbolo *árbol* por cuestión de comodidad mental y seguimos adelante, dejando a los árboles de la creación fuera de nuestra atención y reemplazándolos con el signo *árbol*, igual que el calculista escribe $a + b$: cantidades determinadas que el álgebra convierte en símbolos de cálculo. Por más que le he buscado, no hallo en el universal la razón de ser del objeto de que hablan los escolásticos. Los objetos reales son porciones de la creación y derivan de los siete días del Génesis, no de ningún universal. Lo que llama Aristóteles *la memoria intelectual* no sería para los modernos otra cosa que el conjunto de aparatos y *a priori* de que dispone nuestra mente; las famosas especies inteligibles son una ficción que nos permite simplificar el desarrollo plural de los seres. En lugar de ellas hablamos hoy de formas específicas de nuestro conocer: las categorías, los valores éticos, las leyes de la naturaleza y las leyes de la estética, etcétera.

LOS ENTES

¿Qué papel desempeñan los entes? ¿Hace falta concebir una doble creación fantasmal, ideal, frente a la creación real, viva y concreta? ¿Un ente para la oruga, otro para almas? ¿Por qué no directamente oruga y alma? Sólo porque nos falta a nosotros capacidad para pensar, para concebir, para imaginar el caso singular que es cada criatura, pero esto no ocurre al Padre del Universo. Los entes en consecuencia son auxiliares de nuestra incapacidad, nuestra cortedad de representación. El artista prescinde de ella y concibe mejor la creación; el filósofo ha pretendido construir una creación ficcional, fantasmal, al lado de la verdadera; su castigo es la nada a que le conduce el idealismo. Las ideas son auxiliares de la representación y no un mundo conceptual aparte. Puede haber ideas, y de hecho las hay sin necesidad de acudir a la hipótesis de los entes; las ideas son las formas genéricas según las cuales Dios construye los seres: armazones arquitecturales que no siempre corresponden del todo al ser que representan. Reconocemos que la verdad es coordinación de elementos dispares y que toda existencia, para tener realidad, para ascender a la categoría del ser, ha menester de una posesión de elementos dispares coordinados en un acto de creación o de vida.

EL NIRVANA

Una de las más peligrosas tentaciones del espíritu es la idea del *nirvana*. Nos asalta con frecuencia; delante de cada dificultad nos parece la mejor solución. El convencimiento íntimo de que esto de la vida en el mundo anda mal no sólo en el hombre, también en las especies inferiores condenadas a vivir devorándose unas a otras, nos conduce al deseo de que cese de girar la rueda de las encarnaciones y los destinos según quería el Buda. Hay un hondo atractivo en el símbolo, sagrado casi, del Buda Maitreya, que en nombre de la piedad anhela que todo revierta a la nada de que procede. Son conmovedores esos ojos cerrados, la postura sedente, las piernas semiabiertas y en las manos el loto del eterno olvido. Nada de lo presente y olvido de lo pasado para mejor matar desde su raíz el acontecer. Reposo profundo, confianza de inmóvil, pasiva eternidad sin dolor ni placer; deshecho el engaño; desagarrado el velo de la ilusión, el maya de los sucesos. Esta posición acepta la muerte como eterno sueño sin despertar que nos libra de la terrible cósmica equivocación. Parecía de esta suerte que el problema de la existencia estaba resuelto para siempre y con acierto.

Parecía todo tan fácil... Pero sucede que la vida es algo temible: no la aniquila sino el que la crea; no podemos suprimirla nosotros. El suicidio quizá es un imposible: se mata el cuerpo, que es de por sí perecedero; el suicida no hace sino anticipar unos cuantos años la obra de la fisiología, pero no aquieta su alma. Lo trágico es que no podemos quitarnos la vida porque no nos la dimos. El suicida se engaña a sí mismo: cree descargar su carga, quiere deshacerse de ella y sólo el que nos puso encima la carga puede quitárnosla de encima. El sueño no es solución ni lo es el reposo. El profeta escucha voces que despiertan la conciencia. "Adoraréis al Creador" comanda Moisés, y luego da forma a sus diez Mandamientos. Desde entonces se sabe que estamos cogidos en un pacto irrecusable. No somos libres: la vieja ley sigue vigente y la nueva ley manda también: manda amar, que es lo contrario de negar y desesperar. Desde las lejanías del nirvana la conciencia despierta y tiembla al escuchar la voz que dice: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Es menester ejercitar la buena voluntad. La vida no es abstracción, no es contemplación: es actividad orientada. Somos libres para pecar, pero el pecado es cosa pequeña y ruin; para el

bien no somos libres; no hay otro camino que el que conduce el bien ni otro albedrío que el que nos sujeta a desear el bien y, en nuestra medida, conservar el bien. Si esto hacemos, ocurre entonces algo que no sospechó jamás el budismo; sucede que las palabras de Isaías se hacen verdad: "El ojo no ha visto, la oreja no ha escuchado, el corazón del hombre no ha concebido jamás lo que Dios ha reservado para los que ama".

Nótese que Isaías habla del *corazón del hombre*, no de la pobre inteligencia del hombre. La filosofía con su logos no es el camino último; la ruta final es la del amor. Pero las rutas intermedias son de lágrimas y de sangre. Hoy sabemos que ni las piedras tienen nirvana. Las piedras mismas han de consumirse de nuevo en el fuego transformador.

LA RELIGIÓN Y LO ÉTICO

Entre lo religioso y lo ético hay una profunda diferencia. En nuestro sistema asignamos categoría secundaria a lo ético. Dado que la salvación se debe fundamentalmente a la Gracia, resulta poco esencial lo normativo.

Ni se puede aceptar, como los neokantianos, la eternidad de la norma en una época en que hemos visto lo transitorio de todo instrumento, de todo medio adecuado a fines. La norma es de salvación o es de belleza o es de simple tranquilidad social; pero lejos de ser única, fija, eterna, es múltiple y se subordina a los fines más altos. ¿Salvarse por la Gracia o salvarse por la justicia? ¿Dónde queda la norma cuando en la salvación opera el favor divino? "Yo como pecador debería perecer": esto dice la moral puritana y también la letra del fariseo; pero sucede que Cristo perdona. Saber perdonar es la esencia de la religión. La ética fundada en la justicia es cosa de balanzas que Shakespeare encarna en Shylock, es decir, fariseísmo kantiano.

PERSONALISMO Y METAFÍSICA

Para el personalismo no hay metafísica. Ésta se le convierte en antefísica: el periodo en que es menester concebir la realidad con el auxilio de las formas, géneros y especies, antes de reconocer directamente la rea-

lidad. La mente divina puede concebir la realidad directamente sin el recurso intermedio de los géneros y las especies.

Lo noético desaparece en el personalismo, que es también un realismo científico. No hay ser sino en lo concreto; en consecuencia, el ser en sí, el ente, el *ontos*, se reducen a ficciones mentales útiles para el pensamiento que no ha penetrado la región paradisiaca de la mente donde se aprehenden los seres directamente por intuición integral.



Mucho más eficaz que el acto puro es la visión de Moisés y la definición que Dios le da de sí mismo: "Soy el que Soy". Más tarde San Juan, en su carta a las iglesias de Asia, dirá: "vengo de parte del que es, fue y vendrá".

EL PROBLEMA DEL MAL

Mientras más se le piensa menos se le entiende. Algo en nuestra naturaleza se subleva al considerar que todo esto que somos parece destinado a sufrir y, sin embargo, anhela perdurar. ¿Qué malsano capricho nos lleva a ello? ¿Sería tan fácil y tan bello extinguirse nada más, junto con los que amamos o solos, sin mañana, sin despertar? Lo que aterroriza es que esto pueda seguir más allá de la muerte. Lo que subleva es pensar que todo lo que somos en lo personal, todo lo que es el niño, el hombre, la mujer, el ser amado, puede verse en un momento deshecho, destrozado por una bomba de guerra o convertido en masa sanguinolenta por un choque de automóvil. Todas las justificaciones de la existencia del mal que se han intentado en la filosofía suenan a hueco. El más poderoso argumento del nihilismo es la existencia triunfante del mal. Frente a esta situación yo digo: "Son impenetrables, Señor, tus designios; pero nos diste un mandato y un consuelo al decir: 'Hágase tu voluntad en el Cielo y en la Tierra', refiriéndote al Creador.

MECÁNICA Y PENSAMIENTO

Impacienta la explicación del funcionamiento de una máquina lo mismo que aburre el desarrollo de las ecuaciones matemáticas.

Nunca nos interesa el engranaje de un reloj; lo que pedimos es que dé bien el tiempo; el porqué se equivoca y se adelanta o se atrasa es problema del relojero que se supone que sabe su oficio; a los demás no interesa su técnica. En este particular me siento ajeno a la sensibilidad de esta era contemporánea que se preocupa por cómo camina la máquina a veces más que por el objetivo a que sirve la máquina. Queremos el servicio, y bien hecho, sin necesidad de que se nos entere de cómo se logra cumplir el servicio. La técnica, cosa de manos, ha subido de categoría porque está hoy aliada a la matemática; pero la propia matemática no es otra cosa que el complejo de lo obvio, perfectamente ajeno a lo que es valioso en el ser, o sea su calidad. La física matemática puede quizás calcular los engranes todos del cosmos, pero lo medido contiene más, encierra más, vale más que las medidas.

LA NADA

El sentimiento de la nada, el supuesto terror del no ser en realidad no es terrorífico, sino cómodo. Un dormir sin despertar sería una solución indolora, tranquila. Lo que motiva el terror de la muerte no es el no ser, sino la posibilidad de empeorar de condición. Sin más allá no hay tragedia en la muerte ni sentido de responsabilidad en la vida. "Es como la muerte de un perro", se dice del incrédulo sincero que no padece porque no espera; que no sufre remordimiento porque no reconoce norma obligatoria por encima del cotidiano interés. El terror de la muerte es complejo; la muerte es un trance fisiológico desagradable, más aún, repugnante. Este asco, más bien que preocupación de ser o no ser; tener que seguir siendo en el asco y dentro del asco; pasar por la prueba de los gusanos o por la prueba de la dispersión en el fuego; ser en la inmundicia a pesar de la náusea física o moral: eso es tormento; no ser no es tormento. Nuestra desaparición supone un vago elemento de dicha, como de cosa que alcanza a su término.

Nunca he comprendido el alcance de la frase socrática "el demonio interior". Algo he visto por dentro y he podido advertir presencias como de demonios que nos inducen al error y al mal. Pero un demonio mío particular a lo socrático me resultaría tan extraño que desecho la hipótesis de su existencia.

Sé un poco de las luchas con varios demonios o con todos los demonios, pero no identifico algún visitante especial, demonio familiar. Padezco, en cambio, los terribles enemigos de la conciencia: la soberbia, la lascivia. Una y otra vez nos conducen al pecado y su desastre, y una y otra vez reaparecen seductores, renovados y engañosos. Para ahuyentar tales demonios no basta con la simple señal de la Cruz que aleja fácilmente a los diablos menores: endriagos y duendes cuya fealdad los hace repelentes. Peligrosos son los que se presentan de tal modo amables que no nos acordamos de protegernos de ellos con el signo de la Cruz: nos entregamos a su influjo, sintiéndonos dichosos, hasta que una mordida como de serpiente nos revela su naturaleza dañina. Un alacrán pica y a veces mata, pero es repugnante, no engaña; nos suele dar oportunidad de librarnos de él. Un demonio como el de la carne, como el de la ambición, nos ciega primero, nos da el veneno a sorbos y muerde después.

ANÁLISIS Y SÍNTESIS

La conciencia humana frente al mundo exterior ejecuta dos operaciones fundamentales: la comparación que separa y distingue un elemento de otro (lo negro de lo blanco), y otra operación inversa que después de separar busca la manera de reunir, de integrar lo que el juicio ha deshecho. La primera operación es fácil; la compartimos con los animales que ya distinguen ciertos colores; sin embargo, el hombre la lleva a desarrollo máximo en las operaciones del análisis que constituyen instrumento importante del conocimiento. La segunda operación es mucho más difícil: reintegrar los elementos es mucho más difícil que disgregarlos. Es más fácil desarmar un reloj que echarlo a andar de nuevo. Cuando se opera con formas vivas la reintegración es imposible, ya que podemos destruir la vida pero no reconstruirla. Sin embargo, constantemente consumamos integraciones de los elementos: puramente cuantitativos en la suma, y de los simplemente ideales en la abstracción. La síntesis va todavía más allá que la abstracción. La síntesis que en química nos permite fabricar ciertos cuerpos con elementos disímiles. Lo que no puede hacer la lógica si no es con términos homogéneos. La dificultad de la filosofía comienza, en efecto, cuando los elementos de una proyectada síntesis no son homogéneos, sino heterogéneos. La filosofía,

para poder seguir adelante, inventó la síntesis que resulta de reducir lo vario a una unidad común, o sea la abstracción. Pero hoy sabemos que la abstracción nos da una síntesis falsa, puramente conceptual. En nuestros tiempos la filosofía vuelve a meditar el problema y hace de él una cuestión fundamental: ¿cuál es el secreto de la reunión, la unificación, la reintegración de lo heterogéneo a sus modos activos, vivientes?

Inconforme con el simplismo de las sumas, la filosofía contemporánea adopta el método de la coordinación. Esencialmente, *coordinar* es hacer concurrir elementos heterogéneos para la realización de un acto o un pensamiento. Construir con lo heterogéneo y darle sentido: eso es pensar. La naturaleza usa lo heterogéneo para construir los seres. En la naturaleza y en la mente el método de la construcción es coordinativo. Separación y reunión resultan así dos operaciones complementarias de la mente. El método de la separación es el análisis; el método de la reunión es la síntesis, pero la síntesis ha de ser viva y real, como la que nos da la poesía, como la que resulta de la Revelación.

MONISMO

En rigor, mi monismo nunca ha sido otra cosa que una tesis que consume la unificación de lo múltiple mediante la intuición estética. El proceso de esta Unificación nos lo da el ritmo: es éste la forma estructural del Universo y de la vida. Mundo musicado en vez de mundo pensado según dialéctica: tal ha sido en lo fundamental el punto de vista que he pretendido desarrollar en oposición del monismo de Parménides y Pitágoras que halla la unidad en la identificación del matemático y enseguida se entrega al desarrollo de la pluralidad según las leyes del número que no corresponden a las leyes del movimiento de las cosas. Logra el monismo pitagórico unificaciones de cantidad y espacio en la geometría y traspone por analogía esos resultados al pensamiento abstracto, que en la lógica está subordinado al mayor y menor de las premisas y la conclusión. Al revés, el monismo estético nos da unidades orgánicas de pensamiento aplicables a conjuntos en función de vida en vez de cuadros y tablas ideales. Intuición total del mundo en su viva y coherente realidad en lugar de la visión esquemática que conduce a la entelequia aristotélica del acto puro.

IMAGEN E IDEA

La idea es el elemento del discurso y ente abstracto que simplifica la realidad.

La imagen copia por entero la realidad en diversos aspectos; no descompone, sino que engendra todos unitarios que tienden a mejorar. Desempeña así dos funciones importantes: critica el contenido del objeto y lo trasciende; traduce al espíritu la realidad en su unicidad, pero no se limita a copiar, sino que transforma el suceso y lo incorpora al mundo indestructible de lo imaginado, lo pensado, y este mundo es anticipación de la realidad final, la hipóstasis eterna. Por la imaginación concebimos el futuro. A la vez, por la imaginación la mente toma en sí el mundo, lo posee, lo conoce y lo maneja; también lo inspira.

En la poesía hay un doble milagro: la representación imaginativa mejorada del objeto y el ritmo transformado; pues lo que se piensa como imagen, sin desligarse de las relaciones físicas con el resto de las cosas y de su propia estructura, adopta el ritmo del espíritu. Esto lo hace inconscientemente el poeta cuando habla de la noche y las estrellas, pero impone a las dos realidades un equilibrio, una música que no es la propia de los objetos, sino la de la conciencia en su concepción de lo divino. Así dice el Dante en el "Paraíso": "Como en los claros de luna serenos, Diana ríe entre sus ninfas eternas, cuyo retozo florece los campos nocturnos".

El anhelo de transformar al mundo en una realidad eterna y gozosa late en toda poesía verdadera, y este afán encaja en la naturaleza de las cosas cuando aceptamos que la realidad misma está hecha de un proceso en etapa de regulada ascensión por hipóstasis: trasmutación, transformaciones trascendentes que van de lo atómico a lo anímico; de allí, a lo divino. El arte sirve para avanzar por este camino.

La concepción de un *a priori* elástico es quizá la única manera de conciliar el viejo conflicto de extensión geométrica cartesiana que procede de la inteligencia abstracta y la matemática del movimiento según el cálculo integral de Leibniz.



La matemática de la cualidad opera por combinaciones quizá siempre impares. A diferencia de la matemática de la cantidad, que consume restas y sumas de elementos homogéneos, la matemática de la cualidad maneja heterogéneos: no puede sumarlos y los combina o coordina, tal como por ejemplo el rojo y el amarillo o el do con el fa. Ambas matemáticas (la de la cantidad y la de la cualidad) manejan números que son porciones o arreglos de energía, pero los arreglos de la cantidad son regulados conforme a la ley del número según su desarrollo natural en la suma. Los arreglos de la cualidad ya no encuentran su determinación en las secuencias naturales del número (sumas y restas), sino en combinaciones que racionalmente consideradas parecen arbitrarias, sin duda porque dependen de la imaginación que dispone elementos para lograr ciertos fines creadores.

CAPÍTULO 6

ETAPA DE LA ARMONÍA

Del estudio de las formas del conocer como acción (ritmo, melodía y armonía) se deduce un nuevo tipo de verdad: una verdad más acorde con lo real concreto y que al mismo tiempo nos obliga a buscar un criterio que ya no es del logos, la razón, sino el que sirve para dar unidad a la cualidad, sentido y objeto a lo heterogéneo. Ese criterio es el de la *armonía*. Una filosofía más allá del logos y que responda al acontecer natural. La razón ilumina y ordena las ideas; la armonía coordina las cosas y los seres reales. Eros nos permite gozar de la final plenitud de la existencia en Dios.

La experiencia científica nos revela un mundo construido según cualidad y armonía.

En la experiencia se manifiesta la cualidad que singulariza al fenómeno y luego lo relaciona según coordinación que obedece a proporciones, es decir, según armonía.

Por el conocimiento sensible organizado sabemos hoy que el mundo que nos rodea es una jerarquía de seres ordenados según sus cualidades más bien que por su cantidad. La cualidad se integra conforme a relaciones de simultaneidad. Las determinaciones cualitativas difieren considerablemente, a tal punto que a veces no tienen entre sí otro factor en común que el de la existencia, existencia que en último término se apo-

ya en Dios. Las existencias se relacionan entre sí por lazo de origen en el común Creador. Lecomte Du Noüy, que tanto defiende la evolución en principio, insiste constantemente en que no se conocen los eslabones de la cadena evolutiva, es decir, niega ésta de hecho. Entre una especie y otra hay siempre un salto brusco que atribuye Lecomte a intervenciones extrañas al proceso evolutivo, intervenciones que no tiene inconveniente de atribuir a Dios mismo. De esta suerte, con evolución o sin ella, el hecho es que el panorama de la existencia se nos presenta repartido en realidades concretas: seres activos como los físico-químicos, seres vivos como los de la biología, y seres espirituales en el hombre y más allá del hombre. La multitud de las individualidades se ordena según sus propiedades específicas, es decir, cualitativamente. Géneros y especies no son sino esquema de las formas típicas cualitativas. Ordenada según las determinaciones propias de cada familia de individuos (familia atómica, celular, consciente, espiritual), toda la existencia tiende hacia un centro de equilibrio y de poderío. De ello se deduce una concepción naturalista extraña a los procesos dialécticos y de carácter genético. El todo es entonces una creación pluralista que empieza en el átomo y halla su remate obligado precisamente en la Revelación según San Pablo y San Juan.

Punto especial de la Revelación cristiana es la posibilidad (cuyo ejemplo nos da la Resurrección del Señor) de pasar del cuerpo humano corruptible al cuerpo de luz incorruptible, que es el de los elegidos. Es éste un hecho de experiencia cuyos procesos misteriosos no son más insondables que el misterio del salto que va de la naturaleza atómica a la naturaleza celular o al hombre.

La intervención extraña (que según Noüy hace falta para explicar tal evolución) en el seno de la resurrección es la Gracia en el sentido paulista, o sea, una intervención de tipo anímico que actúa sobre la parte espiritual de la naturaleza humana y opera su salvación. Consiste ésta, fundamentalmente, en transformar, transfigurar, la naturaleza corpórea en naturaleza incorruptible; por lo tanto, eterna. Hay en esto un prodigio de más alcance que cuando se pasa de lo celular a lo orgánico, pero no de diferente índole. El cambio de la amiba a la conciencia humana y de ésta al cuerpo de esplendor que vio San Pablo es obra de una misma Providencia.

Pero desde luego interesa reflexionar en que, conforme a este criterio de cualidad, alcanzamos experimental y naturalísticamente, por

razón y por imaginación, una evidencia de lo real, evidencia cualitativa que para nada necesita del discurso ni de la matemática (cosas de cantidad y extensión). Una filosofía sin entes y sin universales, es decir, bastante ajena al logos y que sin embargo obedece a un cierto tipo de equilibrio; una manera de unidad que ya no es lógica ni matemática porque es francamente rítmica y armónica. Esto es lo que nos hace decir que es ya tiempo de que la filosofía pase del logos a la armonía a fin de establecerse por fin en el Eros, entendido, por supuesto, a lo cristiano: amor del Padre por sus criaturas y viceversa.

Inmediatamente se advierte que nos hallamos dentro de un sistema rigurosamente científico, rigurosamente experimental y gloriosamente revelado, y que puede prescindir por entero de la filosofía, de toda la filosofía si por *filosofía* entendemos el platonismo de las ideas y también, forzoso es declararlo, de todo ontologismo que postule entes abstractos. Pues si bien todo lo que existe aparece configurado, la naturaleza de estas configuraciones no es ni entitativa ni dialéctica sino cualitativa, es decir, que se agrega o integra o se disgrega según leyes de cualidad: H_2O hacen agua si se juntan; retornan a ser hidrógeno y oxígeno si se separan; pero la reunión acertada engendra cualidades nuevas: las cualidades del agua son más ricas y diferentes de las del hidrógeno o el oxígeno. Y en este caso resulta ocioso hablar del género *agua* y los subgéneros de *mar*, de *río*, etcétera.

El mundo según la cualidad: ¿cuál es su ley unitiva agregatoria? El logos, de ninguna manera. La armonía sí porque las partes o seres que constituyen el mundo real vivo y palpable se relacionan y se integran conforme proporción y armonía. Se necesita la proporción 3 y 1 para hacer cloruro de sodio; se necesita la diferencia izquierda y derecha para que un organismo funcione. Éste es asunto de ritmo y de armonía, no de razón. Luego, es evidente que la realidad existente opera según concierto y desconcierto, coherencia y anarquía, es decir, conforme a las leyes de la proporción y la función que pertenecen no al logos, sino a la armonía en el sentido en que la definió Platón exactamente.

La filosofía tiene que ingresar a la etapa de la armonía después de su excursión de dos mil años por los reinos del logos. Y así como el logos opuso tantos obstáculos a la integración de sus verdades con las verdades de la Revelación, ahora, según los criterios de la armonía y

la verdad como coordinación, el tránsito de la filosofía a la Revelación resulta obligado y facilísimo, inevitable. Y la filosofía de la Revelación no es otra cosa que el desenvolvimiento y desarrollo del Eros que sospechó Platón, pero que sólo el Evangelio manifiesta al descubierto. Su definición quedó a cargo de San Pablo y de San Juan.

Error comprensible en los padres de la Iglesia griega fue el afán de buscarle a la Revelación apoyo en la filosofía griega. No le era necesario ese apoyo. Además nunca embonaron con justeza filosofía y Revelación porque toda la filosofía clásica está ordenada bajo el signo exclusivo del logos. Ha sido necesario que el saber científico desarrolle su método propio, según lo ha hecho en la era moderna, para que pudiésemos alcanzar la verdad de que la verdad real es cosa de la armonía más bien que del logos, cuya índole se limita al concepto, en tanto que *armonía* abarca el ser en su actividad y nos da filosofía de vida, no de abstracciones.

La unificación por la armonía opera en la creación viva, a diferencia de la abstracción que es estática y se descompone en entes. No es ella, sin embargo, la manera definitiva de la unión. Si lo fuese la verdad se confundiría con la música. En este error caía el Sócrates platónico cuando antes de morir se lamentaba de no haberse dedicado a la música. De este pasaje de su obra se deduce que Platón sospechó la filosofía como armonía: la verdad cualitativa, a diferencia de la verdad homogénea de las ideas. El mismo Platón, lejos de detenerse en este instante de intuición genial, va más allá y da el paso final hacia la verdad absoluta cuando postula al Eros como el verdadero término del anhelo y sostén de los seres. La música no es superior al concepto, porque éste no es únicamente elemento lógico. El concepto no es sólo relación, no es sólo elemento del juicio, sino mucho más puesto que contiene en sí la palabra, o sea el significado definido del Verbo. Y en el Verbo se unen ritmo e idea, música y Revelación. Lo que los platónicos, a fuer de paganos, no llegaron a ver claro es que una música, una armonía, sólo es legítima, sólo es fecunda cuando prepara seres y cosas para la convivencia conforme al Eros. Aquí es donde atina otra vez San Pablo como intérprete máximo de la Revelación y nos dice, según lógica de amor: "El Dios Creador, ofendido por el pecado de su criatura predilecta que es el hombre, inicia los caminos del perdón; dejaos reconciliar con Dios". Tal es el mensaje de los Apóstoles (Pratt

F.): se comienza con un cambio de actitud de Dios para con el hombre que debe completarse con un cambio de actitud del hombre para con Dios. En la *Epístola de los Efesios*, San Pablo expresa:

La reconciliación mística de los judíos y los gentiles entre sí y su común reconciliación con Dios, sin que se pueda decir con certidumbre si estas dos reconciliaciones son simultáneas o si la una es presentada como antecedente lógico de la otra. La doble reconciliación se realiza siempre por la Cruz de Cristo y por la unión en su cuerpo místico.

Es más notable todavía el pasaje de la *Epístola de los Colosenses*: en ella se trata de una doble reconciliación que abraza a la vez la conversión de los hombres y el acercamiento mutuo de las criaturas hasta entonces en guerra. Se ensancha el horizonte de la reconciliación y vemos que todas las cosas recobran la concordia y la armonía en Cristo, el pacificador universal.

Concordia y armonía que son la condición no sólo de la belleza: también de la moral, pues ésta consiste de amor recíproco. ¡A diferencia de todas esas ficciones del deber y el deber ser de los kantianos, que no son otra cosa que la intelectualización de lo ético y, en consecuencia, su estratificación! En otros términos, un retorno debido de la conducta, que es vida, hacia el logos, en vez de llevar la conducta a su tránsito inmediato que es la armonía. La armonía en lo ético quiere decir concordia y amor originados por Eros y no por logos.

De suerte que por todos los caminos el término final de la especulación filosófica lo hallamos en el Eros del Evangelio, cuyos antecedentes obligados son el logos y la armonía. Sin embargo, para llegar a la plenitud del Eros es preciso alcanzar la redención, que consiste en transformar la persona humana actual en el cuerpo glorioso semejante al que poseen los ángeles. En esta renovada naturaleza ya no se discurre: se disfruta de relaciones con todo el Universo, como en el amor. Se descubren parentescos con cuanto existe, y todo directamente porque se participa de la comprensión fácil y dichosa del Creador.

Según San Pablo, la ley antigua (por ella debe entenderse toda ética pagana; incluso el deber ser kantiano es otra forma del fariseísmo) es derogada, es superada por el mandamiento de amor que formuló Cristo.

En esta derogación queda incluida la estrechez de la letra y la presunción de las axiologías idealistas. La conducta se rige por armonía y belleza, pero subordinadas al amor que las lleva a participar en un Universo de dicha, como el que se descubre en el "Paraíso" del Dante. San Pablo se anticipa a esto cuando habla de "morir para la ley a fin de resucitar en lo eterno"; morir también, y cuanto más pronto mejor, para el deber ser y el derecho, y revivir para la libertad, la espontaneidad y la dicha.

ABSTRACCIÓN Y ARMONÍA

Correspondientes al doble ejercicio de separación y reunión hay en el pensamiento dos tendencias fundamentales:

1. La tendencia a la simplificación que elimina notas en busca de identidades obvias.
2. La tendencia a la comprensión que recoge todos los términos de lo vario. El instrumento de la primera es el análisis. El método de la segunda es la coordinación.

El proceso de la simplificación ha prevalecido en la filosofía y en la ciencia abstracta. La ciencia experimental contemporánea ha ido imponiendo los métodos de la síntesis, cuyo sistema interno es la coordinación.

La abstracción es el instrumento útil para la simplificación: reducir lo vario a unidades de tipo común; el común denominador necesario para las sumas ha sido la norma fija del filósofo idealista.

Coordinar, en cambio, es concertar para la acción grupos de elementos impares, sin embargo afines. Coordinar es aprovechar la riqueza de lo vario para crear conjuntos cada vez más significantes y amplios.

La abstracción nos da filosofías estáticas, que han querido compensar su infecundidad titulándose *eternas* cuando no son más que esquemáticas, es decir, ideales, o sea conceptuales.

La coordinación es el sistema que nos permite introducir orden y sentido en el movimiento.

El discurso es en cierto modo un caso de movimiento, pero dado que maneja conceptos, es decir, elementos fijos inertes, no pasa de ser

el proceso de lo conceptual. Su disciplina es dialéctica, es decir, falsamente simplificadora.

El movimiento organizado utiliza elementos concretos que adoptan arreglos dinámicos, ya en lo atómico, ya en lo orgánico y biológico. Más tarde en el espíritu.

En las construcciones espirituales subsiste la necesidad de concertar lo heterogéneo para alcanzar realidades vivas.

Así como el discurso es la ley de la acción conceptual, la coordinación es la ley del movimiento concreto en todas sus etapas, desde la energía atómica hasta el alma.

Toda coordinación supone un arreglo de partes dentro de un conjunto. El éxito de esos arreglos y proporciones se traduce en armonía. No es ésta la meta final, pero sí la condición para llegar a ella. En todos los casos la armonía precede al Eros.

Toda coordinación armónica produce resultado favorable al desarrollo y mantenimiento de los seres vivos o simplemente activos.

El pensamiento es una parte de la acción. La acción en general es la ley del ser que abarca cuanto realmente existe. Frente a lo que existe como actividad y vida no hay sino los entes, las ideas, que son dispositivos de la vida para ordenar la extensión y sus cantidades.

Para penetrar a la acción y el movimiento, la ficción de los entes estorba y hace falta una ciencia de la armonía. En esta ciencia de la armonía, el número es lenguaje y símbolo, pero no razón ni secreto del ser. Desde que lo inerte se pone en movimiento hace falta, aun en matemáticas, el cálculo integral que expresa sus curvas, pero allí es donde la matemática puede seguir a la realidad que siempre es vida.

Más allá, sólo el sistema de la armonía nos permite seguir los desarrollos de lo real, los ejercicios del ser.

Por eso decimos que la filosofía tiene dos etapas: la del logos, la razón que maneja conceptos, y la disciplina de las proporciones, las funciones que Platón llamó *armonía*, y que nos sirve para coordinar los seres considerados como las partes de conjuntos vivos pero parciales, así como las relaciones de éstos con el Absoluto de donde todo procede.

Más bien que temas a discusión, estas proposiciones son evidencias que conviene meditar. De ellas se derivan verdades fecundas, completamente nuevas en el campo de la filosofía.

LA VERDAD COMO ARMONÍA

La unidad, según la armonía, se descompone en dos maneras: la sucesión, que corresponde a la melodía en el arte, y la simultaneidad, que corresponde a la existencia según el espíritu. Para la mente humana el conocimiento por sucesión resulta fácil de comprender y de seguir (no quiere esto decir que sea fácil crear una melodía o un grupo de fenómenos; eso es otro asunto y se refiere al problema de la creación). Pero una vez creado un sistema es fácil darse cuenta de él si es sucesivo o empleamos la sucesión para estudiarlo. En cambio, concebir la variedad en su simultaneidad, por encima del tiempo y la medida, en contrapunto de coexistencia, es posible por entero únicamente a la mente divina. En párrafos anteriores vimos que simultaneidad y eternidad coinciden. En cambio, el tiempo es concierto de sucesiones.

En el conocimiento, la sucesión es inferior siempre a la simultaneidad. En la conciencia de Dios no hay sucesión, sólo simultaneidad jerarquizada en lo eterno.

Entre los distintos instrumentos del conocer unos son estáticos, nos revelan la realidad en equilibrios quizás perdurables. Ejemplos: las ideas y el número. Los instrumentos del conocer que se refieren al conocimiento activo son ritmo, melodía y armonía, de índole inestable porque nos manifiestan la realidad en movimiento. Nos sirven para ordenar el acontecer.

En discurso reciente expresé:

En el Universo, cuanto existe es singular y anhela persistir según su índole propia; al mismo tiempo busca con instinto de música la función que le corresponde en el más vasto conjunto. Halla oportunidad de ejercitarse en el logos; pero es el logos una de las mansiones del Señor, no la única. La idea es uno de los recursos de la conciencia, pero no toda la conciencia. Opera ésta con el logos y con la armonía sin quedarse en ninguno, porque la misma armonía sólo es válida si nos acerca al Eros. Y Eros es legítimo cuando nos lleva a consumir la existencia como caridad. Las etapas que van del logos a la armonía y Eros son no sólo sucesivas sino progresivas.

Los factores operantes de esta síntesis cabal no son nuevos. Más allá del logos racionante, la sabiduría de los hebreos, adelantándose al

platonismo auténtico, habló del Verbo que es acción: logos creador, la razón y sus objetivos; el instrumento y el uso a que está destinado. San Juan, en su Evangelio, atina cuando parte del Verbo en que está implícito el logos lógico, pero a fin de llegar al Dios Trino.

Algunos, desviando la ruta, se quedan postrados ante este dios kantiano que es el principio de identidad, ídolo mudo, rey de lo obvio, máscara de Perogrullo. El Eros evangélico, libre de la obsesión de la pareja reproductora, conduce, al contrario, a la revelación del Padre Creador concebido como omnipotente. Concepción que nos da, junto con la descripción del Universo, el desarrollo de sus jerarquías y el cuadro de la totalidad.

El problema del filósofo entonces consiste en coordinar las distintas esferas del conocimiento en una significación que las englobe y las organice según jerarquías de finalidad orientada hacia lo Absoluto. Es claro que la ciencia de principios, que ha quedado definida en la lógica deductiva aristotélica, mantiene su validez para los objetivos a que se aplica, así como las leyes de la naturaleza rigen según las probabilidades estadísticas de que hablan los sabios contemporáneos y del mismo modo que es válida la experiencia que se refiere a las actividades del espíritu. La verdad se manifiesta, en consecuencia, *como función y correlato de actividades que coexisten y a veces concurren y a menudo discrepan*. El factor del equilibrio y la jerarquía lo da la *psiqué*, es decir, la conciencia humana entendida como instrumento del Creador, cuya conciencia es el orden esencial de la pluralidad.

Una concepción de esta índole nos conduce a un tipo estético de filosofía. Y nos da por resultado una síntesis que vuelve a conectar al conocimiento racional con la teología. Sólo que la unidad que hoy buscamos ya no es la del matemático, que tiene que reducir sus elementos al común denominador que permite sumarlos pero los priva de la cualidad, que es condición de su existir autónomo. Tampoco se parece a la unidad que se deriva del logos dialéctico: series de ecuaciones extrañas al Verbo. Y no se empeña en dialécticas porque ya descubrió la armonía de las contradicciones. La unidad del filósofo esteta es como el hombre: compuesto de tejidos, vasos, linfas, nervios, emociones, ideas e imágenes; sin embargo, persona sola y única dentro del vasto Universo. Unidad en la función y la existencia; unidad final en el amor, que no sacrifica una sola de las cualidades del existir porque conoce el

secreto que liga a cada una de ellas con el conjunto. Y en el conjunto halla de nuevo la revelación de lo Absoluto.

CIENCIAS SEGÚN LA CUALIDAD

Hasta hoy la matemática ha dominado a la ciencia. Esto es cierto principalmente en lo que se refiere a las ciencias físico-químicas. De suerte que se puede decir que poseemos una ciencia de cantidades. Eso mismo basta para indicar lo pobre que tiene que ser el significado de dicha ciencia ante los problemas del espíritu. Afortunadamente, sin embargo, en los últimos tiempos la situación ha cambiado. Bien visto, la revolución se ha operado dentro de la misma física. Porque la teoría del *quantum*, que hoy sirve para explicar la creación de la luz, la electricidad, las ondas magnéticas, es decir, los elementos de todo lo que es material y corpóreo, no es una teoría de cantidades. Es más bien una teoría de arreglos proporcionales. Las cifras del *quantum* no obedecen a las leyes propias del número: cada *quantum* es agregado arbitrario desde el punto de vista de lo numérico. La ley de estas agregaciones se esclarecerá el día en que se penetre más en las leyes de la cualidad. Ya hemos visto también cómo la disparidad propia del *quantum* se acentúa cuando penetramos al mundo de las creaciones de la química. El ritmo impar es en ellas la ley propia de todo lo que posee actividad y persigue fines de creación de seres: los distintos cuerpos, etc. Actualmente, un biólogo tan notable como Jacob von Uexkull nos habla en su libro *Ideas para una concepción biológica del mundo* de la necesidad de constituir una nueva biología, que titula *biología subjetiva*. Lo que bajo este nombre comprende no es otra cosa que la teoría de la formación de los cuerpos según los percibe nuestra conciencia. Pero muy influido por el kantismo, Uexkull se inclina a suponer que nuestros sentidos son el instrumento de la creación de lo que nos aparece como cuerpos u objetos y que en la realidad, es decir, en el mundo externo, no hay otra cosa que masas eléctricas informes. Esta última suposición es arbitraria. Resulta más de acuerdo con el criterio de la armonía imaginar que los cuerpos que nos dan los sentidos tienen una existencia como la que les suponemos, advirtiendo además que unos sentidos como los nuestros lo ven mejor que unos sentidos como los de la

ostra o la mariposa. Lo cual nos permite suponer al mismo tiempo que los sentidos del ángel tendrán una visión mucho más completa y más exacta de lo que son en el universo los seres todos. Los seres espirituales, que para nosotros son invisibles (las almas), probablemente para el ángel ya son inteligibles y diáfanas, visibles en todo el esplendor de sus configuraciones únicas: así como un diamante no existe para la ostra más que como obstáculo y es para nosotros gema. A Uexkull le estorba su preocupación idealista.

Un objeto, dice Uexkull

[...] es una unidad compuesta de diversas cualidades, por eso jamas puede ser reducida a una fórmula matemática.

Una estructura es una unidad que tiende a un fin.

Son los sentidos los que por selección y elección entre los elementos forman el conjunto de cualidades, pero es la mente la que conforma el esquema según el cual se distribuyen de acuerdo con el fin las diversas cualidades.

Las unidades que llamamos *cuerpo* u *objeto* están formadas de nuestras sensaciones subjetivas.

El hombre y la naturaleza que le rodea forman juntos *armoniosa unidad según plan en el que todas sus partes realizan un cambio de efectos conforme a plan* [...] La naturaleza consiste de objetos y cada objeto tanto es un producto de nuestra vida anímica como también la causa de esa producción. El sujeto ignora los indiferentes grupos de estímulos del gigantesco universo y sólo entresaca puramente aquellos grupos que son importantes para su vida. Pero estos grupos no sólo se diferencian unos de otros cuantitativamente, sino que también son transformados en unidades cualitativamente diferentes que ahora pueblan el mundo sólo para el sujeto de que se trate. El estudio de los diferentes sujetos y sus relaciones con el sujeto es el primer fundamento de un verdadero conocimiento de la naturaleza. Ésta es una nueva ciencia en la cual nunca se ha puesto la mano de una manera sostenida. Queremos llamarla *biología subjetiva*.

La biología subjetiva es la doctrina de las sensaciones, dice Uexkull, pero nosotros adelantamos: ¿por qué no decir mejor *filosofía de la cualidad*?

Del punto de vista que venimos desarrollando se deduce la existencia según la cualidad dentro del mundo de la cantidad. La cualidad es la condición de la estructura. No podemos concebir ésta si antes no hemos

separado de lo externo los elementos de cualidad que construyen las diversas arquitecturas del mundo: por ejemplo, el paisaje y más en detalle, los distintos objetos. Depende todo esto de una selección verificada por los sentidos, selección que produce hechos en cuyo interior se puede descubrir un esquema; pero este esquema ya no es el hecho, ya no es la vida. Ésta se nos revela como seres de existencia organizados cualitativamente para la realización de finalidades. El esquema es el andamio de la arquitectura, es decir, cosa inerte, figuración ideal del fenómeno; lejos de toda idea de esencia, se trata de un producto.

Uexkull nunca podrá justificar sino por su obsesión kantista la pretensión de ligar su doctrina con lo que Kant llamó *esquema empírico del objeto*. La naturaleza no obedece a esquemas de la mente sino a sus propios desarrollos creadores, y el esquema es apenas uno de los modos de la mente que corresponde al proceso de la realidad de los cuerpos. Lo que hay que reconocer es una correspondencia, quizás preestablecida, entre las formas del objeto, tanto cualitativas como cuantitativas, y la estructura interior de nuestra conciencia. Pero el objeto no es obra nuestra, como no lo es nuestra propia conciencia. Nuestra conciencia posee el poder de captar las formas y nada más. Un poder que se manifiesta como expresiones que tampoco son obra nuestra, sino consecuencia del intercambio y armonía de los seres todos de la creación. Nada tiene que ver en esto el idealista. Todo se explica mejor por el principio de la armonía que nosotros pretendemos hacer extensivo a toda la filosofía. El mismo Uexkull, cuando se aparta de su kantismo y discurre como biólogo, ofrece fundamento a nuestra tesis cuando habla de *la melodía del movimiento como característica intrínseca de cada objeto*. Su distinción obedece a un sentido de formas, nos dice. La melodía del movimiento equivale, según Uexkull, a lo que Kant llamó *esquema impuro del objeto*. Lo que hace el kantismo frente a esta melodía no es sino tomar el rábano por las hojas. El esquema no es la esencia del ser; no lo es tampoco la estructura, sino su calidad, y ésta resulta de la combinación de elementos que operan dentro de la estructura. El mismo Uexkull nos da la razón cuando dice:

Si una determinada serie de sensaciones de movimiento se repite frecuentemente, queda asida a la memoria a la manera de una melodía que vuelve sobre sí misma en lugar de ejecutar los movimientos; con

el mismo grupo de signos locales pronto aprendemos a hacer resonar unos tras otros, en una serie correspondiente al movimiento, los diversos grupos de signos locales que son tocados al mismo tiempo por el bosquejo del objeto, lo que da la melodía del movimiento.

Perfectamente, pero hay que cuidarse de tomar el bosquejo y dejarlo sin contenido. Constantemente el idealismo cae en este error. Si en lugar de manejar bosquejos y esquemas nos apegamos a la realidad como es, sin desintegraciones, advertiremos que sus movimientos, sus finalidades, no se desenvuelven conforme a la ley discursiva, sino de acuerdo con las leyes de la armonía. Inevitablemente la melodía busca armonía en la cual resolverse; no se desarrolla dialécticamente, sino que se aparta del logos para penetrar en el ritmo de la armonía. Sin que Uexkull se dé cuenta de ello, sus melodías corpóreas se resuelven en leyes de armonía tan diferentes del idealismo como lo prueba el mismo célebre sabio cuando concluye:

Estamos constituidos de tal modo que somos capaces de percibir con la razón determinadas conformidades a fin de vislumbrar, por el contrario, otras con nuestro sentimiento de la belleza y gozar de ellas. Un plan común enlaza en la unidad todas las fuerzas de nuestro espíritu y ánimo. El conocimiento de este fin es lo único que es capaz de dar al hombre confianza para la vida y seguridad más allá de ella. Pues la muerte, en este plan, está también contenida como factor necesario.

De acuerdo, pero recordando siempre que en la existencia los planes que obedecen a un fin operan constantemente según leyes de armonía. Y lo importante no es el plan, sino el resultado que con él se busca, o lo que es lo mismo: es menester pasar de logos a la armonía y de ésta al Eros, que tiene como fin lo Absoluto.

LA PSICOCIRUGÍA

Actualmente el portugués Egas Moniz, así como su continuador en los Estados Unidos, Walter Freeman, se ocupan de constituir una rama nueva de la psicología cerebral como consecuencia de sus tra-

bajos quirúrgicos. Bajo el nombre de *leucotomía* clasifican la operación de separar los glóbulos frontales. Y después de confirmar muchas de las calificaciones antiguas y determinación de los centros (como el del lenguaje, el de la visión, el del silogismo), han logrado aislar y describir las operaciones de ciertos glóbulos que corresponden, por ejemplo, a nociones como la del *ritmo*, la *melodía* y la *armonía*. Todo el aparato musical de la conciencia ocupa sitio inconfundible en el cerebro y separado del aparato razonador. Lo que nos está demostrando, con argumentos de la fisiología, la tesis de que nuestra concepción del mundo no es puramente racional ni puramente sensitiva, sino que está hecha de una especie de operaciones específicas: la razón, la sensibilidad y el aparato de la armonía, que es el operar coordinado de ritmo, melodía y armonía. La conciencia utiliza todos estos aparatos para sus exploraciones particulares y tiene la misión propia de darles unidad. Esta potencia unificadora probablemente ya no tiene instrumento ni reflejo específico en el sistema nervioso, sino que está fuera de él pero gobernándolo, aunque invisible, tal y como en el orden de abajo el espacio, en el sentido de campo vivo autónomo, es un invisible que a todos los cuerpos sirve de continente, de raíz y de sostén.

Los factores esenciales del ser: la sustancia, el espacio, el tiempo, la energía, la *psiqué* son todos invisibles sin duda porque los ojos están hechos por el cuerpo y para las cosas en el sentido de que sólo podrán descubrirlo los ojos del alma cuando se despojen de los velos de la humana representación.

LA ARMONÍA TIENE SU ÓRGANO PROPIO

Contra la vieja tendencia de reducir todos los fenómenos de conciencia a las operaciones del entendimiento abstracto, o sea el logos, militan hoy los conocimientos científicos en materia de psicología. En el importante trabajo publicado por el diplomático y médico venezolano Manuel A. Pulido Méndez en el año de 1950, en esta ciudad, se revelan datos del mayor interés al respecto. Hablando del ritmo, dice el doctor Pulido Méndez, citando al médico alemán Billoth, y después por su cuenta:

Los movimientos rítmicos son una propiedad esencial de nuestro cuerpo. Los movimientos de la respiración, del corazón, son ritmados; nosotros podemos ritmar, igualmente, los movimientos de nuestra musculatura. Resulta verídico que todos los movimientos musculares, tanto voluntarios como involuntarios, provienen de la coordinación de ritmos numerosos extremadamente cortos y no perceptibles. Tales ideas abren camino de los ritmos vitales que se exhiben en todo reino animal y no sólo en el hombre; hasta el punto de que ciertas aves utilizan gamas cromáticas, comprobándose que su melodía descendente se verifica en intervalos idénticos a los que engendran melodía ascensional. El descubrimiento de Kleinemberg de las células neuromusculares de las hidras de agua dulce nos ofrece la aparición de un aparato rítmico, locomotor, en el propio origen del sistema nervioso, con la remota diferenciación de funciones del protoplasma que nos induce a considerar la música como madre de la biogénesis primigenia conforme a los fenómenos vitales como el instinto, la acción, la iniciativa, a través de esquemas corpóreos sujetos a su impulso central. Podría pensarse [dice elocuentemente el pensador venezolano], en un tiempo del ser, uno e idéntico consigo mismo, que a la manera de una nota fundamental tuviese armónicos o resonancias en todos los demás tiempos de su historia biológica. El fenómeno físico armónico se manifiesta como fundamento de la música y encamina a su apreciación más cercana, pues según Leibniz ésta es un ejercicio inconsciente de cálculo.

En lo que atañe a los cimientos físicos de la música, sigue diciendo Pulido Méndez:

Conviene recordar que se denomina *fenómeno armónico* al hecho de que cada sonido vaya acompañado de un cortejo de armónicos, que corresponden a la división del total cuerpo sonoro en diversos fragmentos vibrantes; estos sonidos se llaman también *armónicos*, *complementos alícuotas*, *concomitantes*, *hipertónicos*, y resulta claro, a partir de tal realidad, que los sonidos que vienen a constituir la materia musical surjan como partes alícuotas los unos de los otros y en particular de la atónica. Cuando los griegos hablan de una sabiduría total, sin duda se referían a esa íntima e intrínseca proporcionalidad constitutiva, núcleo fecundo del pensamiento de Platón. Las cinco leyes en que se funda la tonalidad según la distribución de Muzzucato, tanto como los modos mayor y menor y el proceso maravilloso de la armonía, el contrapunto y fuga, bro-

tan con fluidez admirablemente vital del seno inagotable de la vibración, que en último se confunde con la fuente divina del universo. Los sonidos moviéndose en intervalos musicales nos presentan una modalidad de la conciencia intervalar que Luis Lavelle ha desenvuelto en forma metafísica y con un campo de belleza que es timbre preclaro del pensamiento francés. Según su propio decir, las diferencias no son como se cree: el escándalo de espíritu, sino medio por el cual él se realiza poniendo en obra su fecundidad sin medida. El progreso de la participación se cumple entonces por la construcción incesante de nuevas formas.

Enseguida el doctor Pulido cita a Earl Listowel, para quien la experiencia estética está caracterizada ante todo por un equilibrio o balance de fuerzas psicológicas, por un estado de armonía mental. Un poco más adelante en su ensayo, el doctor Pulido se desvía bajo la influencia, perniciosa en este caso, de Maritain, que por su escolasticismo no puede pensar sino dentro del logos cuando dice, tratando de la obra de Arthur Lourié: "Una música ontológica que quiere decir que saca su sustancia del Eros inmanente del ser, de la pesadez interna del deseo y del dolor que gime en toda cosa creada, y por eso es naturalmente religiosa y sólo se despierta bajo el toque del amor a Dios". Son estas palabras profundas, pero no tienen ninguna relación con la ontología de tipo abstraccionista. El ritmo musical crea sus propias formas y obedece a leyes propias y es claro que procede del Eros pero no se expresa en el logos. Más bien, como lo apunta Pulido, el de acción nos hace pisar un dinamismo primario que se difunde en canto, en música, en universo y seres, ya que el Universo no se realiza y transforma sino en una dinámica abierta a lo Absoluto.

Estamos, en consecuencia, a mil leguas de toda ontología que supone primero esencias en la mente divina y enseguida la realización de estas esencias en el mundo de lo concreto. Lejos de todo platonismo, el pensador moderno, iluminado por la ciencia positiva, descubre el dinamismo primario completamente libre por medio del cual Dios crea y mantiene el Universo. Libre, claro, para Dios, y de ninguna manera para la infeliz criatura que ensaya sus musiquitas con Mozart y Beethoven, o balbucea sus sonos en Esquilo o en la poesía dantesca, o vislumbra el misterio del universo y la filosofía. Pero hay algo más importante en los trabajos de los psicólogos modernos, y es el aislamiento que han ido logrando de un órgano consciente dedicado en forma particular a los procesos de la dinámica viva, la música y la poesía.

La herencia musical está formada, nos dice Pulido, por dos grupos de fenómenos: los que atañen a la herencia sensorial y los que demarcan la herencia motora. En la primera se explica el oído musical y en la segunda cuanto concierne a las aptitudes de la virtuosidad. Aquí tocamos el problema de los genes y de los biocatalizadores, sustancias que portan una estructura que se adelanta, como el instinto, al fin. ¿Cómo actúa la entelequia en la naturaleza? Sirviéndose de biocatalizadores que, como las hormonas, inductoras de la forma, organizadoras, ausinas, blastomas, vienen a dar realidad a su esfuerzo rector. El instinto aparece como un intermediario psicológico entre el dinamismo de la entelequia y la situación concreta en que se desenvuelve. Se aprecia el ímpetu de la mente por asir en la raíz de los hechos un primario fervor armonioso. También Hans Driesch ha sentido que el organismo es una melodía que la naturaleza nos permite ver con sólo reemplazar los sonidos por células y los ritmos por diferenciaciones y engarces tisulares de las mismas. Nuestra alma quedaría inserta en esta realidad melódica en cuyo trasfondo se vislumbra ya, merced a los descubrimientos que permite el microscopio electrónico, una estructura cristaloides y vibrante.

En resumen, hallamos en todo lo anterior una confirmación cabal de nuestra posición filosófica en el sentido de que el pensamiento del filósofo contemporáneo tiene que ensayarse en el descubrimiento de las verdades que rigen la armonías, es decir, la proporción y la coordinación de los elementos del cosmos sin reducirlos unos a otros a la manera antigua de filosofar, sino conservando sus cualidades, como quería Empédocles, y observando sus relaciones según lo hace la ciencia desde Galileo.

El doctor Pulido nos recuerda una observación genial de Maritain: ¿Dónde encontrar mejor que en la creación musical la imagen de la creación de un mundo? Pero no sabemos si al formular esta gran verdad Maritain se da cuenta de que su pensamiento ya no opera dentro del logos, sino que ha saltado al campo de la armonía.

Insistiendo en la delimitación del órgano específico de la música, el doctor Pulido nos recuerda a Curtius cuando dice: "Refractado en lo social el espíritu aparece como intelecto, pero en sus adentros es pneuma". En el estudio anatómico-clínico se observa gran número de casos en los cuales no se encuentra la unidad entre la función musical y la función verbal, pues se tenía el hecho cierto de hombres destacados

por su gran poder verbal que carecían conjuntamente de la función musical. Una cosa es leer música, comprender su vocabulario y sus signos, y otra vivir estéticamente la impresión musical inmediata. Ante tal disyuntiva, Henschen pudo pensar que la expresión musical propiamente dicha se acercaba al fenómeno de *expresia* [*sic*]. Miremos a este respecto que tres palabras desempeñaron un rol magnífico en Grecia, y una de ellas deriva la palabra que surge con luz augural en el curso dramático del entendimiento de la música: *praxis* o acción, *noesis* o contemplación, *poiesis* o creación. Ellas han acunado en sus brazos inefables el sueño más bello del intelectualismo helénico.

Existen diversas formas de apraxia: la motriz, la idea o motora, resultado del trastorno intrapsíquico de las representaciones. Bergson, en su *Materia y memoria*, resalta la idea del cerebro como función de la vida, y Marcos Victoria subraya que ciertas formas de la conciencia son como los tonos de los acordes que acompañan alguna melodía, la melodía del hacer, la melodía quinética. De esta noción de la melodía quinética nace la distinción fundamental entre lo simultáneo y lo sucesivo que nos ayudará a comprender mejor la filosofía de la corteza cerebral. No encuentro mucha relación entre la tesis que se está exponiendo y la cita que hace el doctor Pulido de un trozo de Santo Tomás; pero como hoy es moda hallarlo todo en el pensamiento del gran sintetizador del siglo XIII, copiaremos también con Pulido:

Así como de las palabras exteriores, proferidas según la melodía y la proporción que convienen, resulta el canto sensible, de las palabras interiores de la inteligencia y también de los afectos dirigidos a Dios, según la proporción y el orden debidos, resulta cierta melodía espiritual y el canto inteligible.

Mucho más importante que esta literatura es saber, con la fisiología moderna, que lo que caracteriza el lenguaje es el gesto proporcional, el mentar, y lo que da un sello especial a la música es la presencia, el revelar, la ontofanía. En la fuente u origen del lenguaje encontramos, de otra parte, un núcleo íntimo de los dos fenómenos en lo que se ha llamado *matrices del ritmo*, ligadas a los núcleos de la base cerebral. Por lo que hace a este rol del cerebro, podemos recordar que a los lóbulos

frontal y occipital se les atribuye la dirección de los actos, siendo enfocada la región prefrontal en relación con la integridad activa. Aporte extraordinario constituye la leucotomía de Egas Monis en el esclarecimiento del rol del encéfalo y particularmente de los lóbulos frontales. Se ha establecido la influencia del cerebro derecho en lo que concierne al reconocimiento de sí mismo, y de la capa óptica y el núcleo caudado en lo pertinente al sentimiento vital y la afirmación motriz. Todo esto iba cambiando la polarización de la atención científica y estética, demostrando cómo la afasia sensorial se distingue de la función musical, y además cómo el cerebro, en su síntesis más acabada, abre rutas hacia un mundo más complejo. Las lesiones frontales, se ha determinado, ocasionan déficit de los ritmos numéricos y musicales junto con una reducción del simbolismo, cual si se tratase de una función combinatoria, fijándose así más y más el papel de esta área cerebral.

Por último dice Pulido:

Sin desconocer la unidad del funcionamiento cerebral, hay que aceptar regiones a cuya actividad competen actividades particulares. Los metódicos y penetrantes estudios llevados a cabo por el doctor Didenos han puesto de manifiesto que más allá de lo gnóstico simbólico queda el orbe fundamental que ha llamado con justeza *de la calipraxia*. Allí la hondura prima sobre la objetividad; sería el orden de lo luminoso. Tenemos por consiguiente, de una parte, el mundo eidético de las representaciones, símbolos y números y, del otro, cuanto envuelve la combinatoria pura, lo creativo, el arte musical en profundo intercambio con nuestro sentimiento vital, con la conciencia de sí mismo que pone en marcha la euritmia de nuestras actividades. Es éste el momento de apreciar la magia de la emoción, forma tan cercana de las ideas formadoras del mundo, lo metapráxico, la unión del alma y del espíritu, que es la experiencia más íntima y al propio tiempo más objetiva que podamos lograr sin llegar enteramente en esta tierra a poseer su diáfano arcano. Vivir la trascendencia en la inmanencia es esclarecer algo que ha sido captado por la psicopatología de los sentimientos e impulsos, ya que “la tristeza se alimenta a sí misma y la alegría se auto-devora”, en frase de Domich.

En otras palabras, todo el estudio acabado de citar confirma las tesis esenciales de la filosofía que venimos sosteniendo desde hace tan-

to tiempo, a saber: que el conocimiento por emoción descubre, con exclusividad, aspectos esenciales y específicos del ser; que el fenómeno estético obedece a formas propias: ritmo, melodía y armonía, y a leyes que se derivan de la combinación de estas formas y que, en consecuencia, el logos no basta para explicar toda esta inmensa zona del conocimiento que es lo estético, o sea lo más inmediato al orden de la existencia sobrenatural. Esto mismo me ha llevado a sostener, como lo hago en este libro, que el idealismo se gastó con Husserl y llegó a la nada con Heidegger, y ahora se abre una nueva etapa para la filosofía: la etapa de la armonía.

Por su parte, los fisiólogos nos señalan como fundamento de este nuevo modo de pensar la existencia del órgano especial de la armonía en el cerebro: la apraxia del fisiólogo contemporáneo.

Consecuencia de este nuevo punto de vista se observa en las palabras finales del ensayo de Pulido, señalando a Cristo, con Monseñor Bertaud, como la verdadera armonía (*Christus Musicus*); de acuerdo también con el dicho del señor Gay: "La Trinidad es el concierto absoluto, la armonía infinita, la música esencial". Muy bien hasta cierto punto, porque, como ya se expresa en esta obra, la filosofía estética no se detiene en un mundo de músicos, sino que va más allá de la música cuando acaba de recorrer el camino que ya insinuó Platón: el camino jerárquico que va del logos a la armonía y de ésta al Eros. Y en forma curiosa se confirma así la vieja verdad que asigna al amor, es decir, a Eros, la suprema categoría. Y tornamos otra vez, pasando por el *Christus Musicus*, al Pantocrátor de los bizantinos, que es el Cristo total y todopoderoso y consustancial con la Trinidad.

CAPÍTULO 7

MATEMÁTICA Y ARMONÍA

El problema de las relaciones de la matemática con la música es uno de los más inexplorados. Se reconoce generalmente la afinidad íntima de ambas disciplinas, pero no es fácil explicarla. A menudo me ha parecido que la matemática no es sino el esquema de medidas en que el sonido se reparte: primero para formar las unidades convencionales que llamamos *notas*, enseguida para relacionarlas y distribuir las según las exigencias de la composición musical. Sin embargo, los motivos, las determinaciones de las notas y sus arreglos no tienen nada que ver con el orden matemático, que siempre es una secuencia de carácter fijo, es decir, una relación que obedece a las leyes de la suma y de la resta, leyes de cantidad, en tanto que las combinaciones del músico hacen a un lado el orden numérico para darnos secuencias y combinaciones que obedecen a la espontaneidad de la creación, al sentimiento y al gusto. Hay aquí una posición evidente y quizás irreconciliable.

Si no es que ella depende de una manera especial de considerar el fenómeno matemático. Si la matemática es nada más la ciencia del número y sus combinaciones obligadas, fatales y obvias y, por último, la disciplina de la identidad en las ecuaciones, entonces es indiscutible que la matemática camina por rumbos completamente diversos de los

rumbos del músico. Sin embargo, las operaciones del músico creador nos revelan constantemente la subordinación en que se encuentra con respecto a la matemática, ya no para hallar el rumbo, pero sí para encontrar los elementos de la composición que parece que se le dan hechos de una manera obligada. Cada sonido va acompañado de sus armónicos; cada conjunto de notas ocupa un tiempo determinado; toda sucesión obedece a ritmos que es necesario medir. Constantemente, y ya sea de modo consciente o subconsciente, el compositor tiene que recordar la intuición de Leibniz, que vio en la música un modelo del cálculo; y el cálculo, entendido según Leibniz, es integración más bien que análisis; es una manera universal de síntesis. Podrá el músico y aun deberá no dejarse llevar de las determinaciones obligadas de la síntesis matemática, la síntesis del cálculo; pero al mismo tiempo tendrá que reconocerlas y respetarlas dentro de su esfera propia. ¿Cuál es esa esfera y en qué se distingue de la esfera de la sensibilidad estética?

En otras palabras: ¿hasta qué punto coinciden y en qué disienten música y matemática?

El problema se apareció a los pitagóricos, pero no lo resolvieron; se dejaron llevar de las determinaciones del número en su forma analítica y cayeron en el vacío. La matemática moderna, que dista ya tanto de la sola aritmética, nos está acercando a soluciones que ensanchan y enriquecen la original intuición del pitagórico en lo que se refiere al parentesco del ritmo y el número, la matemática y la armonía.

En realidad, la relación de música y matemática viene a ser un capítulo de la doctrina que pretende llevar la filosofía toda a la esfera y el criterio de la armonía. Un capítulo y una de las confirmaciones más sólidas de la necesidad que experimenta la mente contemporánea de abandonar el logos para instalar el pensamiento filosófico en la etapa de la armonía.

Un corto vistazo sobre el desarrollo de la matemática, que en gran proporción ha sido paralelo del desarrollo de la filosofía, nos demostrará que también el pensamiento matemático, y no sólo la especulación filosófica, irrumpe a la fecha en busca de horizontes más amplios que el logos aristotélico y de acuerdo con una realidad mucho menos estrecha que la teoría kantiana de las formas inmutables.

ANÁLISIS MATEMÁTICO

En el desarrollo analítico, la matemática (llamada por sus cultivadores *la reina de las ciencias*) creyó haber alcanzado el límite del conocimiento posible cuando llevó la división de la línea al punto y éste lo seccionó al infinito gracias a la hipótesis de un continuo homogéneo. Pero la experiencia científica en su propio desarrollo llegó con Planck a la conclusión de que el espacio de los físicos es granular, es decir, que no es continuo; más aun, cuantificable. De suerte que el continuo homogéneo no existe; la extensión real, el espacio concreto, está hecho de una sustancia atómica granular, lo que hace que el espacio sea discreto; su seccionamiento tiene un término y dista mucho de ser infinito. De suerte que el análisis de la matemática nos lleva a una ficción que no corresponde a la realidad del ser.

SÍNTESIS MATEMÁTICA

Si enseguida examinamos el poder de la “reina de las ciencias” en lo que se refiere a la síntesis, nos hallaremos con fallas parecidas, inevitables en la especulación matemática; nos convenceremos definitivamente de la inferioridad de la matemática en relación con la filosofía, y particularmente con relación a la imaginación y su instrumento, que es la armonía.

La matemática integra por sumas; no conoce otro sistema de síntesis, y la suma nos da una síntesis abstracta ajena a lo real. Lo real es siempre heterogéneo; en consecuencia, no puede manejarlo la matemática. Así por ejemplo, el ritmo está hecho de combinaciones de uno-dos, o de uno-tres, etc.; pero el uno y el dos, lo mismo que el uno y el tres del ritmo, no son susceptibles de sumas y restas porque *uno* en la marcha quiere decir “izquierdo”, y *dos* “derecho”; el uno y el tres, en el compás de la música o en la combinación molecular, no pueden ser reducidos unos a otros; cada cifra conserva su función específica. La integración vital, por lo mismo, no alcanza a la matemática, a no ser que los traslademos a las leyes de proporción que rigen la armonía. La integración armónica es una síntesis constructiva, a diferencia de la falsa integración abstracta del matemático.

El instrumento mental que opera la síntesis armoniosa, la síntesis de la proporción y la armonía, es la imaginación. No es ésta una facultad arbitraria. Su disciplina no es el logos, desde luego, pero la imaginación tiene en la armonía una norma libre como ella, pero no caprichosa. Todas las ciencias tendrán que ir abriendo capítulos nuevos en busca de su incorporación a la armonía. Y se verá entonces que las matemáticas son en este sentido la ciencia retrasada; a menos de que se juzgue esencial en la matemática el intento de *relacionar* los objetos por encima de la operación de medirlos: la relación más allá del número, como en la matemática pura, pero sin olvidar el defecto capital de todo abstraccionismo, que es la tendencia a desligarse de lo concreto. En todo caso, la matemática anda ya buscando la manera de crear unidades conforme a la armonía. Sus recursos para tal propósito son limitados. Prueba de ello nos lo da el problema de las clases aplicado al número. La matemática moderna habla de dos clases primarias: la de los números pares y los números impares. Esta división la descubre por primera vez Filolao, que deriva de ella la antítesis cosmológica de lo limitado (el par) y lo ilimitado (lo impar). Propiamente lo par equivale a lo homogéneo, lo impar a lo heterogéneo, pero la tendencia de la matemática moderna es de desvanecer, suprimir las distancias cualitativas para quedarse en pensamiento puro. Así es como vemos a Eric Temple Bell, en el capítulo "Contando lo infinito" de su obra *La reina de las ciencias*, maravillarse de la posibilidad de combinar las clases par e impar por medio de relaciones simples y abstractas, como cuando expresa, siguiendo a B. Russell: la clase de todos los números naturales (uno, dos, tres, cuatro) es coordinable con una parte de sí mismo, precisamente con los números pares: dos, cuatro, seis, ocho. Hay, pues, exactamente tantos números pares como enteros. Esto nos muestra una diferencia fundamental entre las clases finitas y las infinitas. Una clase infinita es coordinable a una parte de sí misma; una clase finita no es coordinable a una parte de sí misma. Investigando enseguida la naturaleza del número cardinal, presenta la definición de Russell: "el número de una clase es la clase de todas las clases que le son coordinables" como una joya del pensamiento abstracto, "al lado de la cual las visiones de los místicos parecen materiales y groseras". Por supuesto, y exceptuando lo de groseras, desde luego es evidente que las visiones

de los místicos son una experiencia que parte de un fondo de realidad y llega a la más alta de todas las realidades. El pensamiento místico no es abstracto ni fantasmal ni depende de una convención como la convención matemática. El pensamiento matemático es tan pobre que no puede captar ni siquiera el espacio granular de la hipótesis de los físicos. Y por lo que hace a capacidad de relación y de poder de unificación de lo vario, cualquier ley de la sociología, ya no digo de la filosofía, revela un poder más asombroso que el perogrullismo matemático. El poder de la inteligencia se manifiesta en la percepción de la cualidad y su coordinación. Suprimir la heterogeneidad por reducciones convencionales, estilo aritmético, es tan sencillo y obvio como estéril para el espíritu. En tanto que la intuición, que liga de algún modo la heterogénea pluralidad, es pensamiento digno de dioses.

La matemática ya no es concebida como un *a priori*, un absoluto abstracto, un aspecto de la lógica formal que impone sus reglas a una naturaleza pasiva. Todo lo contrario, y según enseña Brunshvicg:

Las formas de la ciencia y su constitución revelan un dinamismo original cuyo impulso se prolonga mediante la generación sintética de nociones cada vez más complicadas [...] En definitiva, a los ojos del geómetra moderno el espacio no hace sino afirmar la posibilidad de aplicar, sobre una multitud de elementos cualesquiera, relaciones cuyo tipo la inteligencia no trata de determinar de antemano, sino que por el contrario comprueba, y cuyo desarrollo ilimitado suscita.

O sea, agreguemos confiados, el *a priori*, las formas de nuestra constitución mental tienen que adoptar posiciones, hacerse elásticas a fin de coordinar la fuente de la experiencia externa con la capacidad mental de descubrir y ordenar dicha experiencia.

NÚMEROS ORDINALES

La matemática de los ordinales (primero, segundo y tercero) ya no se refiere a cantidad sino a jerarquía. Con la aparición de este tipo de número se opera el tránsito de la matemática lógica a la matemática que tiene por criterio la armonía. En donde hay concreción

aparece la cualidad y no puede haber sumas. *Uno, dos, tres*, pueden ser tomados indigentemente y reducidos a combinaciones de suma y resta. *Primero, segundo y tercero* son expresión de un orden basado en consideraciones de calidad y de subordinación. Cuando decimos *el primero y el segundo* en cualquier rama de la actividad, establecemos una primacía, una relación independiente de la cantidad. Cuando usamos los números ordinales para objetos de un mundo común establecemos entre ellos relaciones cualitativas. En el uso más alto que se puede dar a los ordinales *primero, segundo y tercero*, o sea cuando los referimos a las tres Personas Divinas, nos encontramos con el absoluto de cualidad que ya no reconoce gradaciones de superioridad. Las tres Personas son idénticas en poder y excelencia, sin embargo, no se suman. El hecho de que cada una desempeñe función diferente crea distinción pero no modifica la categoría. De suerte que ni siquiera en la más alta aplicación de los ordinales es posible hacer con ellos operaciones aritméticas. De todas maneras, el concepto de la *Trinidad* prueba que hay maneras de unidad diferentes de la unidad de la aritmética. La unidad en la acción, en el existir repartido en tareas, es ya un concepto ajeno a la matemática y propio de la estética. De la matemática participa la realidad existente puesto que se puede concebir desde el punto de vista del número; pero en la realidad el número no es determinación en el sentido de que la aritmética indique el proceso del desarrollo existencial. Al contrario, este desarrollo con su carácter heterogéneo engloba a la matemática como uno de sus factores.

CÁLCULO

Brunschvicg enseña: el cálculo matemático nace de lo concreto y sólo después se hace abstracto. Los salvajes calculan por imaginación combinando datos concretos. Los pitagóricos mismos se representaron un número como una cosa, un punto o una suma de puntos. Los puntos cuadrados y triangulares correspondían de verdad a figuras de esa forma. Los números, nos dice Brunschvicg, los recibimos de la naturaleza y así los recibieron los pitagóricos y no por medios logísticos.

ARMONÍA Y CUALIDAD

La armonía es en cierto modo una matemática, puesto que es ciencia de la proporción. La diferencia que hay entre medida y proporción es la misma que separa la matemática de la armonía. Postulamos la armonía en sentido genérico que abarca el ritmo y la melodía, así como la proporción y la simetría, etc. La proporción difiere profundamente de la simple medida; la proporción es constructiva, heterogénea, insumable. La proporción equivale a heterogéneos de cantidad. La medida es noción abstracta que se aplica por igual a homogéneos y heterogéneos. La proporción la regula la imaginación. La medida iguala y ofrece esencias ficticias; la proporción, al combinar heterogéneos (dos, tres, o tres, cuatro), engendra la calidad si se trata de valores concretos como en la química. Resulta entonces que la matemática interviene en la armonía tan sólo como medida de la operación inicial que escoge y determina los elementos de la combinación. Enseguida el proceso de la combinación se desarrolla conforme a las armonías que se llaman en química *afinidades*. Consisten éstas en separación y proporción, en simetría y cristalización, obtenidas ya no matemáticamente sino cualitativamente por coordinación de los elementos heterogéneos.

La armonía es el método unitivo propio de la cualidad. La cualidad es independiente de la cantidad, así como la matemática es independiente de la física, por lo que siempre nos hemos opuesto a la pretensión idealista de hacer de la física física matemática y nada más, como si los resultados de la física no fuesen el descubrimiento metódico de la propiedad de los cuerpos: propiedades de pesantez, color, densidad, etcétera.

Según la cualidad, la verdad es coherencia; según la cantidad, la verdad es relación abstracta de cantidades cuyas fórmulas pueden ser reducidas a la dialéctica. La cualidad se disuelve cuando le aplicamos la matemática o la dialéctica; en cambio, brilla y se aclara si la juzgamos según proporción y armonía. En el método de la armonía se conceptúa el concepto de *relación* sobre el de *clasificación*. En esto se diferencian también la armonía y el logicismo aristotélico, y también del platonismo de las ideas. El concepto de *armonía* que Platón desarrolla cabalmente parece no hallar sitio en la especulación aristotélica; por eso consigue más el aristotelismo en la ciencia como clasificación, que en la ciencia como operación y cualidad.

Para adoptar la medida de la armonía la matemática tiene que volver hoy a sus orígenes pitagóricos, que según Brunschvicg hacen del número una figura de lo concreto. La geometría parte del punto y cada número era una entidad irreductible (el dos, la tríada, el cuadrado, etc.), o lo que es lo mismo: la matemática tiene que ligarse primero a lo concreto si ha de ayudarnos en la investigación de la verdad como cualidad. Periodo abstracto de la matemática corresponde al idealismo; pero ya Leibniz ve la necesidad de abandonar el conceptualismo para consumir el cálculo integral, para hacer síntesis del movimiento. Y los biólogos modernos están empeñados en lograr fórmulas matemáticas capaces de expresar síntesis vivas. Brunschvicg señala el momento en que Euclides se acerca a las necesidades de la ciencia moderna al formular las relaciones entre dos dimensiones que definen las proporciones. Esta relación de las dimensiones señala el objeto de la matemática como ciencia de lo armónico, o sea la matemática convertida a la armonía.

ANÁLISIS DE LO HETEROGÉNEO (LEIBNIZ)

El cálculo infinitesimal, o de las diferencias y de las sumas, lleva su demostración consigo; no reclama principio que le sea especial y que esté destinado a justificar su legitimidad, puesto que lo que supone es precisamente que la inteligencia sea concebida, desde el comienzo, como capaz de una extensión ilimitada que no se le oponga excepción, de tal modo que el caso especial de la cosa que se desvanece esté contenido en la regla general.

El cálculo diferencial es calificado por Leibniz como un dinamismo intelectual que produce series numéricas decrecientes al infinito; así por ejemplo:

$$\frac{1}{2} \times \frac{1}{4} \times \frac{1}{8} \times \frac{1}{6}, \text{ etcétera.}$$

Esto da un principio de orden general: ordenando los datos también está ordenando las cosas buscadas y de él depende el principio de continuidad. "Cuando la diferencia de los casos puede ser disminuida por debajo de toda magnitud dada *in datis* o en lo que se ha planteado,

es necesario que pueda encontrarse tan disminuida por debajo de toda magnitud dada *en quæsitis* o en todo lo que de ella resulta." El oficio de las fórmulas es registrar, a título de ley del pensamiento, la expansión espontánea cuya manifestación es el análisis infínitimal. El principio de continuidad tiene su origen en el infinito. La razón es el progreso ilimitado de su desenvolvimiento ordenado.

El análisis, llevado de esta suerte al infinito, agota las posibilidades de la mente pero sólo en lo que hace a la categoría de *cantidad*. Hay, sin embargo, un análisis más hondo y más fértil, y es el análisis que desintegra los heterogéneos de sus integraciones aparentemente homogéneas. Este análisis comprende a los seres todos que no son simples a fin de desentrañar los elementos que los constituyen y la manera como se han constituido. Así por ejemplo, el análisis químico, o bien, el análisis de nuestra propia conciencia en la psicología o en los ejercicios del examen de conciencia que preceden a la confesión, etc., etc. Este tipo de análisis es el más importante para el filósofo.

"Hay siempre una perfecta ecuación entre la causa plena y el efecto íntegro", afirmó Leibniz; la ley del equilibrio de las causas y los efectos es absoluta. Brunschvicg observa que la matemática leibniziana penetra mejor en el movimiento de los cuerpos. La noción leibniziana de fuerza no entra en la mecánica desde fuera, por una intuición inmediata o por analogía con el movimiento interior; nace sobre el terreno de la ciencia como un requisito de las experiencias de Galileo sobre la caída de los cuerpos.

Finalmente expresa Leibniz "una noción sumamente significativa": "Lo que permite conciliar en las almas la unidad y la multiplicidad no es la relación geométrica de cantidad, sino la fuerza primitiva de obrar o ley de la sucesión de los cambios, tal como naturaleza de los seres en los números".

Muy bien, pero esto ya es más que los números y más que la matemática: es el pensamiento-acción que nosotros postulamos... Y este dinamismo ya no pertenece al logos: pertenece a la armonía.

La sustancia concebida por Leibniz a la manera de un conjunto de infinitamente pequeños según tres categorías: mónada materia, mónada vida y mónada espíritu, no es la realidad pero se parece a ella más que el espacio cartesiano. El alma no sólo conserva, como el átomo, su dirección, sino también la ley de los cambios de dirección de las curvaturas. Cada alma representa el Universo íntegro y es una suma donde entra la

totalidad de los elementos universales, y sin embargo esta suma es una parte, *pari totalis*.

Entre sí las mónadas guardan relación constante y regulada. En el orden de la metafísica, igual que en el orden de la geometría, por correspondencia de término a término será la fuente de la armonía. El alma debe expresar lo que pasa y también lo que pasará en su cuerpo y, en cierto modo, en todos los otros, por la conexión o correspondencia de todas las partes del mundo.

La concepción matemática de Leibniz no es geométrica como la de Descartes: es armónica. Sus coordenadas son curvilíneas a diferencia de las coordenadas rectangulares de Descartes. Leibniz habla de *convergencia* y *desintegración*. La convergencia es una manera de unificación semejante a la unificación por la finalidad, el propósito del movimiento, y esto ya no es matemática, sino que es vida y armonía.

Insiste Leibniz, según Brunschvicg:

Para ampliar la pluralidad de las sustancias y de la mónada, Leibniz tomó de sus investigaciones sobre las series infinitas la idea de *correspondencia* o de *experiencia*. La armonía establecida por el Creador entre las diversas criaturas es del mismo orden que la armonía establecida entre las diferentes curvas gracias a la conexión de sus determinaciones analíticas.

Las mónadas son las fulguraciones de Dios que se corresponden necesariamente entre sí porque representan una misma realidad.

En resumen, el concepto de Leibniz es de un mundo constituido por sustancias o mónadas entre las cuales hay perfecta conformidad. Hoy precisa advertir que esta conformidad no es como la del número, sino más bien como la relación de los heterogéneos dentro del todo que los integra. Y finalmente la verdad suprema no la da el análisis, sino la síntesis. En la matemática de Leibniz hallamos en la realidad una matemática de relaciones, y desde este punto de vista supera a la matemática de Descartes, que se basa en la extensión, y a todas las matemáticas cuantitativas. Al mismo tiempo, la relación entre las series no es sólo de orden matemático, sino de orden estético. Pero interesa el esfuerzo de Leibniz, esfuerzo de hallar por medio del número la doctrina de las relaciones según armonía. La matemática de Leibniz es una matemática sometida a la armonía y ya no a la lógica y la dialéctica.

La teoría de Leibniz es realista cuando dice que la división de la matemática no llega nunca a partículas infinitamente pequeñas. Con esto en realidad renuncia a la matemática puesto que la desidealiza. No hay nunca en la naturaleza nada que tenga partes perfectamente uniformes, pese a que lo real se presta a ser manejado por lo ideal y lo abstracto, pero sólo como ficción provisional. El error del cartesianismo fue tomar lo que es una simple convención matemática por la realidad, que dista mucho de ser extensión. La abstracción es un método de trabajo, pero no es siquiera una idea platónica.

Desde que la matemática atiende al problema de las relaciones de los objetos entre sí con preferencia sobre los arreglos de la cantidad y sus combinaciones, la matemática penetra al dominio de las leyes de la armonía.

LA MATEMÁTICA Y EL A PRIORI KANTIANO

En su excelente estudio sobre la filosofía de la matemática, León Brunschvicg enseña que ya para la época de Kant la física matemática se había desarrollado en dos formas diferentes que habían puesto frente a frente, primero, la escuela francesa de Descartes y la italiana de Galileo y Torricelli, luego a los adeptos de Leibniz y a los de Newton: unos, geómetras puros que procedían por deducción *a priori*; otros, ante todo observadores que pretendían inspirarse sólo en la experiencia. Desde luego puede afirmarse que no serían los geómetras del *a priori* quienes llevarían la matemática a la armonía. El error kantiano consiste en encerrarse dentro de un *a priori* concebido como estructura de formas rígidas. Para entender el mundo, al contrario, es menester adoptar concepciones estructurales y apriorísticas que superen la rigidez de la geometría euclidiana y se acerquen a la flexibilidad y libertad de la armonía.

Kant no era quien podría ayudar en esta empresa.

Sin embargo, Kant en 1756 trata de resolver la oposición de las dos escuelas matemáticas de su tiempo y, según nos dice Brunschvicg, pretende conciliarlas trasponiendo las concepciones newtonianas en el lenguaje leibniziano, dotando a las mónadas de una fuerza atractiva

que se agrega a la impenetrabilidad de la extensión cartesiana, es decir, esbozando, tres años antes que Boscovich, el plan de una atomística dinámica. Kant se da cuenta de que se trata de dos tipos de verdad: el tipo de verdad matemática y el tipo de verdad física.

PROPORCIÓN EN EL MOVIMIENTO

Descubrió Pitágoras que las relaciones de los números que se manifiestan en los acordes musicales son las mismas que están inscritas en las figuras de la geometría: los pitagóricos intentan identificar la armonía con el número, pero no distinguen entre la armonía fija que da el número (armonía homogénea) de la armonía verdadera que es la proporción en el movimiento y la heterogeneidad; la proporción como integración de imágenes que se combinan y unifican según la cualidad.

ETAPAS DE LA CIENCIA

La ciencia tiene tres periodos: el de la clasificación a base de propiedades comunes, en el cual rige la lógica aristotélica de la identidad y la diferencia; pero los lógicos mantienen la pretensión de extender su disciplina a todo el saber. La segunda etapa es la de la experiencia, por la cual fue menester adoptar la lógica de la inducción, cuyo método conduce al descubrimiento de la cualidad registrada por la observación y la experiencia.

La tercera etapa de la ciencia es la de la armonía y se está constituyendo en la actualidad. Según ella, la verdad es concebida como coordinación de conjuntos heterogéneos.

La finalidad última es construir un sistema orgánico dentro del cual todas las ciencias hallen jerarquía y unidad. El tipo de unidad que se deriva de la concepción de un todo coherente. Las relaciones de las partes dentro de este todo han de ser no sólo inteligibles; también correspondientes como en el acorde y la sinfonía.

MEDIDA COMO FINALIDAD

En lo político Platón distingue dos ciencias de la medida: una constituida por los procedimientos puramente mecánicos que provienen de la técnica propia de las matemáticas, y la otra orientada hacia un ideal de finalidad.

Esta segunda medida es la que en armonía se llama *proporción*, pues ésta busca lograr estructuraciones, creaciones arquitectónicas y no sumas y restas de elementos.

En el conglomerado psíquico, entre números que Platón supone que operan por progresión geométrica, en realidad sucede que se conducen según las combinaciones del átomo con la molécula, combinaciones que, como hemos visto, son siempre impares, heterogéneas y equivalentes entre sí según la proporción en que se mezclan para alcanzar su objetivo, que es construir cuerpos, así por ejemplo, el H_2O del agua. Se trata, por lo mismo, ya no de un mundo dialéctico sino de naturalezas construidas según proporción y armonía.

KANT Y LOS NÚMEROS

Con Kant, dice Brunschvicg, la aritmética no es más la ciencia de los números en tanto que objetos ideales; es la ciencia de las cosas numeradas, y es la naturaleza de las relaciones entre las cosas mismas la que decide en las relaciones de los números. Esta atención a las relaciones conduce a la justa posición de aritmética y geometría para lograr una matemática de la cualidad sensible. Esto, que es colocarse en el centro del problema de la aplicación de lo abstracto a lo concreto, de lo ideal a la experiencia, sin embargo no conduce a una matemática universal. Solamente las nociones de *materia* y de *movimiento*, dice Brunschvicg, pueden recibir la determinación matemática. Pero, ¿en qué sentido?, preguntamos nosotros. ¿En el que hace de la matemática una lógica?, ¿o en el sentido de la matemática como ciencia de relaciones entre las cosas, o sea una matemática del equilibrio y la armonía de esas relaciones?

Persiguiendo este mismo problema, Brunschvicg opina que el heredero de Kant en ese sentido fue Augusto Comte más bien que Fichte o Hegel, y al efecto explica:

La crítica de la razón procura estar establecida sobre dos postulados. Por una parte la ciencia es la posición de una certidumbre interna capaz de distinguir entre los enunciados verdaderos y los enunciados falsos. Por otra parte la ciencia está en posición de una constitución definitiva, es decir, que el sistema de los principios está establecido *ne variatur*; el progreso de la técnica tendrá por efecto aumentar el número de las consecuencias, pero no cambiará la naturaleza de las proposiciones iniciales. El papel específico de la crítica es buscar las condiciones de existencia que están implícitas en el desarrollo orgánico de la ciencia, y vinculando estas condiciones de existencia a las formas y las categorías que expongan la estructura mental del hombre agregar al dato de hecho una especie de legitimación jurídica. Estos mismos postulados son [afirma Brunschvicg] los de Comte. Pero Comte da más importancia al factor empírico.

Según éste, y como consideración final, Brunschvicg expresa:

[...] la metafísica, según Comte, no tiene ningún alcance para el establecimiento de la ciencia. El empirismo toma ventaja, pero sin que por esto la ciencia sea puramente empírica. Los hechos generales proporcionan la observación inmediata y son de tal simplicidad que se traducen en relaciones matemáticas y permiten la constitución de una disciplina abstracta que tiene todos los caracteres de una lógica.

¿Por qué no ir más allá, preguntamos nosotros, y reconocer que las leyes de la armonía resuelven de modo natural postulados y situaciones que escapan a la matemática y a la lógica? ¿Por qué no reconocer que el universo no es lógico ni matemático sino armónico, y por lo mismo obedece en último término a una supermatemática que se nos da en las leyes de la armonía? Así por ejemplo, las categorías de *cantidad* y de *movimiento* se nos darían en el principio de las velocidades virtuales de Lagrange que sirvieron de base a Comte para sus elucubraciones, y que dice: "Se debe entender por *velocidad virtual* aquella que un cuerpo en equilibrio está dispuesto a tomar en caso de que se

rompa el equilibrio". Es decir, la velocidad que adquiriría realmente el cuerpo en el primer instante de su movimiento, y el principio de que se trata consiste en establecer que las potencias están en equilibrio cuando están en razón inversa de sus velocidades virtuales estimadas según la dirección de esas potencias.

De suerte que los resultados mecánicos, a diferencia de los resultados abstractos, sean o no obra de dialéctica interna o *a priori* kantiano, dependen de la recíproca acción de las fuerzas que determinan un conjunto de cosas. La matemática podría seguir esta determinación y darle sus fórmulas, pero no es origen de los movimientos; ellos dependen del contenido dinámico y, podría decirse también, del contenido vital de cada una de las cosas que constituyen ese conjunto. Esto ya es materia de la armonía y no de la dialéctica, y por eso mismo forma parte de una matemática de la armonía.

En *Las etapas de la filosofía matemática*, Brunschvicg nos sigue suministrando pruebas que pueden ser referidas a nuestra propia tesis de la tendencia de la matemática a la armonía al igual que el resto de las disciplinas científicas, entendida la *armonía* como el principio del equilibrio en las relaciones de las cosas. La introducción a la física de las normas de la energética, observa Brunschvicg, ha operado un cambio en la antigua física matemática. La ciencia moderna abandona como un falso ideal la tentativa de reducir a figuras y movimiento todas las propiedades de los cuerpos. Con ello no renuncia a la constitución de una física matemática, pues si se priva de las facilidades ofrecidas por la representación geométrica es para extender, hasta donde las imágenes espaciarias no podrían hacerlo, el papel de los símbolos algebraicos. Según tal concepción, es claro, la mecánica deja de ser una introducción necesaria al conocimiento del universo, introducción fundada en las formas *a priori* del espíritu, o bien, ligadas a los hechos generales de la naturaleza para ser sólo un caso abstracto y particular de una física analítica que debe ser considerada en su conjunto para tener todo su valor de ciencia. El problema que plantea la oposición de la mecánica energética y el mecanismo geométrico no ha sido aún resuelto. Y Brunschvicg concluye:

Ha existido una etapa de la filosofía matemática en la cual las consideraciones de estática y de la dinámica utilizadas desde la época de

Arquímedes y Galileo como auxiliares, como motores para el descubrimiento, se han introducido en la interpretación de la ciencia constituida. Esta etapa parece actualmente definitivamente salvada gracias a la intervención de la experiencia, cuya importancia primordial no había escapado por cierto ni a Kant ni a Comte, pero cuya complejidad creciente, con el progreso de los instrumentos técnicos, y cuya radical plasticidad no habían ellos, al parecer, previsto suficientemente.

La fisonomía de la geometría, dice Brunschvicg, ha cambiado radicalmente en el curso del siglo XIX por la multiplicidad de los métodos geométricos, por la constitución de las geometrías no euclidianas y por la concepción de la geometría general. En resumen, afirma Brunschvicg:

[...] lo que la geometría no euclidiana ha demolido es la asimilación que subsiste en Kant entre las formas de la intuición y las formas lógicas. El juego de la imaginación constructiva, cuyo mecanismo había revelado la teoría del esquematismo, recobra una libertad, una plasticidad que Kant estaba muy lejos de sospechar.

Precisamente es esta plasticidad lo que a menudo hemos reclamado a favor del *a priori* cuando hablamos, desde la *Lógica orgánica*, de la necesidad de concebir el *a priori* como una estructura anímica dotada de plasticidad que le permite adaptarse a las constantes de movimiento que nos revela la experiencia; tan regulares, a menudo, que han dado origen a la teoría de los universales concretos. Esta misma plasticidad, aplicada al problema de las relaciones, nos aparta aún más del discurso y nos conduce a la armonía como instrumento eficaz de unidad y de verdad.

Por su parte, Brunschvicg insiste en el capítulo sobre la evolución del aritmetismo:

Ahora bien, los progresos de la ciencia positiva han derribado lo que constituía una de las bases de la filosofía crítica del positivismo: la geometría no es la ciencia de un espacio único que sería necesariamente el receptáculo de los fenómenos; el análisis matemático tiene un objeto que no se subordina a las leyes de la representación espacial; el matemático no se confunde más con el geómetra; la lógica del espacio no basta para sostener el peso de la ciencia. Por eso hemos visto surgir [añade

Brunschvicg] el neopitagorismo o neoaristotelismo de Renau Vier, de Frege y B. Rose.

Renau Vier y su teoría de la composición, sin embargo, no sospecha las nuevas relaciones entre el todo y las partes que resultan de una concepción armónica de la unidad. Siguiendo la vieja tradición, Renau Vier afirma:

[...] la composición y la relación son dos propiedades que se acompañan. Se dice que hay composición cuando la representación de una cosa entraña la de ciertas otras que se ofrecen como sus partes, sus miembros, sus elementos, o recíprocamente, cuando no se comprende una cosa sino mediante la concepción de un todo donde ella entra; y se dice de una cosa que es *relativa* cuando se la comprende como compuesta o como componente con respecto de cierta otra cosa. Tomada de esta manera en su acepción más amplia la idea de *composición*, establece una relación, define una relación y así define una cosa con ayuda de la composición, por la cual se liga a otras.

Pero otra vez, para Renau Vier el número es la suma de unidades distintas; no es, observa Brunschvicg, el producto de una elaboración técnica; no es la primera articulación de un sistema de relaciones que estaría llamado a devenir más y más complejo. No es el concepto del *todo* según lo hemos formulado de acuerdo con la filosofía de la coordinación, conjunto que no es la suma de las partes sino la integración de sus diversos elementos en una finalidad que los supera, y aun en casos tan sencillos como la mezcla proporcionada de hidrógeno y oxígeno que produce el agua. La teoría de conjuntos creadores integrados que se valen de las partes para lograr concreciones más amplias y eficaces ha escapado del todo a estos matemáticos, por matemáticos.

No creemos necesario ocuparnos de la lógica simbólica, que es el otro extremo de lo que nosotros buscamos, o sea la reducción del pensamiento a símbolos algebraicos que no pueden reproducirlo en su integridad. La matemática logística, si bien reduce el concepto a símbolos y éstos a la mecánica radioeléctrica, en cambio, y por eso mismo, deja de representar la realidad y resulta estéril en el fondo y en la expresión completamente obvios.



En resumen, vemos que la matemática es un sistema de relaciones de los cuerpos considerados dentro de la categoría de la cantidad homogénea y conforme a las divisiones y reglas del número, con el objeto de alcanzar medidas a partir de la identidad de las ecuaciones. En esta primera etapa de la matemática sus procedimientos coinciden con la razón, el logos, tal y como ocurre en la aritmética de lo homogéneo y en la geometría euclidiana. Cuando la matemática se aplica a la investigación de las relaciones de los heterogéneos que nos da la experiencia, surgen sistemas que escapan al logos y concuerdan mejor con las leyes de proporción y de función que son propias de la armonía. Así ocurre cuando la matemática se aplica a los problemas de la cualidad. Busca entonces ya no sólo medida, sino principalmente proporción y función como en la música o en la teoría del color. La norma de las matemáticas es desde ese momento armónica y ya no lógica. En la música ha de buscarse entonces el modelo de una matemática armónica. A diferencia de la suma, que es la operación básica de una matemática lógica, la operación típica de una matemática armónica nos la da el acorde musical que representa un todo que no es la suma de las partes, sino la integración de las partes en una unidad superior.

FILOSOFÍA DE LA MATEMÁTICA

Observa Brunschvicg:

[...] la forma de simultaneidad es una condición de la representación que se me impone y a la cual obedezco construyendo el espacio, como la forma de la sucesión es una segunda a la cual obedeceré construyendo el tiempo; puesto que expresan una necesidad interna, puesto que sobrepasan los datos de la conciencia individual revisten una apariencia absoluta. El espacio es científicamente absoluto, metafísicamente relativo.

En la simultaneidad vemos el proceso propio, o más bien dicho, la condición propia de los seres fuera del tiempo, en una eternidad

inagotablemente activa. La sucesión, en cambio, parece inseparable del tiempo y es, por lo mismo, relativa.

Condenando la metafísica logística, Brunschvicg dice:

La idea de una deducción progresiva capaz de conferirse a sí misma un valor absoluto es la razón profunda de las contradicciones que el realismo ha introducido en la filosofía matemática. Y si las contradicciones han podido ser resueltas, lejos de ser ello una victoria para la metafísica logística ha consagrado su ruina definitiva, puesto que ha consistido expresamente en subordinar el orden de la deducción progresiva al orden de la deducción regresiva.

A propósito de la noción moderna de *intuición*, Brunschvicg dice:

De hecho el apriorismo aritmético de un Helmholtz, el apriorismo lógico de un Russell se acompaña de profesiones de fe empiristas. ¿Será capaz el empirismo de recoger la herencia que deja vacante el desfallecimiento del racionalismo, considerado por lo menos bajo el aspecto formalista del aritmetismo? [...] el hecho de que la aritmética o la geometría se constituyen sobre el terreno de la experiencia nos parece una evidencia fuera de discusión; pero de eso no se deduce que deriven de la experiencia ni que se puede determinar a qué condiciones debería satisfacer una experiencia para que el inmenso desarrollo de los razonamientos matemáticos fuese considerado como una simple reproducción de fenómenos presentados en forma inmediata por la observación de la naturaleza [...] Es indudable que el espíritu complementa los datos inmediatos de la experiencia. Se puede sobrepasar el hecho bruto, tal como se manifiesta a los sentidos, y que sin embargo no entra en los marcos *a priori* del razonamiento puramente lógico: ésa será la zona de la intuición. En rigor, en cada etapa decisiva del pensamiento matemático encontramos esta noción de la *intuición* [...] Puede ser que, nacida fuera del terreno matemático, la idea moderna de la *intuición* no se haya adaptado perfectamente, al primer intento, a los caracteres propios de la matemática; a despecho de los servicios que ha prestado, quizás haya oscurecido la significación de algunas cuestiones trasponiéndolas a un lenguaje que no es el de la matemática. Por consiguiente, después de haber liberado la filosofía matemática contemporánea de los marcos *a priori* que no se avienen ya a la constitución de la ciencia actual, tendremos que hacer un nuevo esfuerzo para desprenderla de preocupaciones que son extrañas a la propia disciplina de las matemáticas

para lograr plantear el problema propio de la filosofía matemática en los términos adecuados al carácter específico de la ciencia.

El todo [dice Brunschvicg refiriéndose al todo sociológico] es una cosa completamente distinta de las partes. La intuición física, al provocar el descubrimiento del principio de Carnot, ha transformado la fisonomía de la ciencia moderna. Pero sobre las leyes de conservación, que se traducen en ecuaciones rigurosas y que han podido, en su forma general, ser enunciadas *a priori*, la intuición física descubriría una función que bajo su apariencia matemática esconde una realidad puramente cualitativa que expresa la marcha profunda de las cosas, la variación continua y quizás aun el destino final del Universo.

No precisa Brunschvicg, pero sí sugiere, que el problema fundamental se aclara con la distinción de cantidad y cualidad. Una es la verdad de la matemática (verdad de medida, verdad de adecuación de cosa e idea, verdad a la antigua) y otra cosa es la verdad conforme a la cualidad; verdad ya no de identidades sino de coordinaciones; verdad que ya no es estática sino dinámica; verdad de acción, verdad de vida. Verdad que conserva la ordenación matemática simplemente como un sustrato que sirve de apoyo remoto a la visión de la verdad superior, ya no analítica sino supremamente sintética: la verdad según la armonía y el Eros que impone su orden definitivo a la creación.

Por su parte, Brunschvicg insiste:

A la reacción contra la ciencia, que era la forma exterior de la doctrina, se sustituye la oposición entre dos interpretaciones de la ciencia misma: una, prisionera de la generalidad lógica y del principio mecanicista; la otra, atenta a la especificidad del objeto que trata cada disciplina y preocupada por adaptar los procedimientos de investigación a los caracteres propios del objeto. El método intuitivo ha hecho pasar a través de las diferentes ciencias un soplo de liberación y de fecundidad.

En la matemática también la intuición reaparece con el sentido preciso que le dan los filósofos modernos, designando un método apropiado a la especificidad del objeto, aportando con él la prueba de su exactitud aun cuando sea irreductible a las formas de la deducción propiamente lógica.

Las especulaciones filosóficas que se refieren al espacio de los geometras sin otra especificación, aunque por otra parte hagan de él una realidad o una idea pura o una forma de intuición, han perdido el contacto con la ciencia actual. El espacio métrico euclídeo, no sólo porque es euclídeo, sino también porque es métrico, no es más que un tipo particular al lado de otros tipos; se ha convertido en un punto de vista sobre el espacio. Hemos hecho ya alusión a la multiplicidad de los puntos de vista que se han revelado sucesivamente desde la geometría de situación, que no considera más que el orden de las posiciones mutuas, hasta cada una de las geometrías imaginarias que pueden ser establecidas sobre la hipotética eliminación de uno de los postulados explícitos o implícitos del sistema euclidiano, aunque fuese el axioma llamado *de continuidad* [...] Desde Descartes hasta Augusto Comte el filósofo podía contar con la matemática, es decir, con una ciencia cuyo objeto y cuyo método definía en general y cuyas diferentes partes enumeraba *a priori*. Hoy, al contrario, parece que existen primero las matemáticas, es decir, una serie de disciplinas fundadas sobre nociones particulares, delimitadas con precisión y encadenadas con rigor. Después, entre esos dominios bien determinados aparecen mil caminos de comunicación y de ramificación que mostrarán la coordinación a los métodos y extenderán el horizonte de su aplicación, suscitando nuevas soluciones o nuevos problemas. Si se dejan a un lado las tentativas de realizar un algoritmo universal, que han permanecido en la superficie exterior de la ciencia, son los dos pasos sucesivos citados los que dominan, tal como lo ha mostrado Félix Klein en el desarrollo de la matemática moderna.

El movimiento, cuya fuente hemos encontrado en la religión y en la metafísica, cuyas huellas hemos seguido a través de la serie descendiente de las ciencias, ha conquistado las matemáticas, o si se prefiere, les ha hecho tomar conciencia de su naturaleza efectiva. Con respecto a la deducción lógica que va de lo general a lo particular, la orientación de las matemáticas modernas corresponde a una inversión de sentido. La matemática se ha distinguido radicalmente de la lógica formal porque la lógica formal es incapaz de llegar a la formación de una verdad categórica. La lógica formal es una abstracción de conocimientos exactos y positivos; permanece por debajo del umbral del saber científico, por lo que no podría servir de modelo a las matemáticas ni proporcionarles un tipo de referencia.

Conviene recordar que la intuición, según la entiende Brunshvicg, es la visión sintética que pone simultáneamente presentes ante el es-

píritu los movimientos distintos de un razonamiento y que le permite también actuar en él simultáneamente y engendrar todas las consecuencias. La intuición es la inteligencia misma. Según el mismo Brunschvicg, "Platón hizo de la idea una función dinámica de coordinación". Esta última interpretación platónica muestra hasta qué punto se halla la ciencia moderna distante del intelectualismo idealista.

Sobre la relación de la lógica matemática y la experiencia afirma Brunschvicg: "Separada de la lógica abstracta, la matemática retorna a las ciencias de lo concreto. La nueva orientación empuja la filosofía matemática hacia la consideración de la verdad matemática, basada, lo mismo que la verdad física, sobre el descubrimiento y la posesión de hechos objetivos". Que el acuerdo entre la teoría matemática y la realidad concreta nunca es completo ya lo hizo advertir Poincaré, y Brunschvicg afirma:

No se conoce teoría alguna de la que se pueda decir que es absolutamente verdadera; por su naturaleza las concepciones generales y fundamentales de la ciencia escapan a toda tentativa de verificación. La misma existencia de los objetos materiales no es, según Poincaré, sino una hipótesis cómoda, y Poincaré, en las *Hipótesis fundamentales de la geometría*, vuelve a observar que no se trata de hechos experimentales: "sin embargo es la observación de ciertos fenómenos físicos la que les ha hecho ser elegidas entre todas las hipótesis posibles". Por otra parte, el grupo elegido es solamente más cómodo que los otros, y ya no se puede decir que la geometría euclidiana es verdadera y la geometría de Lobatschewsky es falsa. Del mismo modo que no podría decirse que las coordenadas cartesianas son verdaderas y las coordenadas polares falsas.

El papel de la filosofía matemática no es de ninguna manera, según pensamos, prolongar la forma deductiva del razonamiento más allá de los límites en que se detiene la ciencia positiva, como si se debiera encerrar la verdad en el marco de un artificio lógico. En lugar de desprender así la ciencia de toda conexión con la realidad, es necesario, por el contrario, alcanzar la fuente en donde se pondría de manifiesto el contacto original de la inteligencia con las cosas, y para esto es necesario remontar el curso de la historia hasta el punto en que podrán ser puestas al desnudo las raíces de la verdad aritmética o geométrica. El filósofo no tiene que inventar una solución del problema de la verdad; tiene sólo que descubrir cómo, en los hechos, la humanidad lo ha re-

suelto. Desde ese punto de vista no hay mejor instrumento de trabajo que una formación, tan completa como sea posible, sobre el pasado de la ciencia, que supla por la observación etnográfica las lagunas de la tradición escrita y que se esfuerce por seguir la filiación de las ideas a través de la influencia recíproca de las investigaciones técnicas y de los puntos de vista filosóficos. Las teorías de los sabios sobre los principios de la ciencia volverán a hallarse naturalmente como elementos esenciales de esta información; esas teorías esclarecen los pasos fundamentales del espíritu que correrían el riesgo de permanecer ocultos en la inconsciencia de la producción espontánea; pero, gracias al análisis de las funciones psicosociológicas de las que la matemática ha surgido, podremos restituirles su ubicación, sin la cual no serían todavía sino especulaciones en el vacío o al menos en lo abstracto.

En breves palabras, la originalidad de la nueva etapa cuyos caracteres tratamos de determinar consiste en que la filosofía matemática no tendría más por objeto agregar un sistema a los sistemas que han tomado ya un lugar en la historia; ella vuelve hacia la historia misma, investiga la convergencia y la coordinación de los resultados que han sido obtenidos en los diferentes periodos y los registra como las señales positivas de la objetividad.

Contra el concepto cuantitativo de la *unidad*, que tanto hemos combatido nosotros en el desarrollo de nuestra teoría sobre la unidad de los heterogéneos, apunta Brunshvicg sucesivas observaciones muy importantes. Así, por ejemplo:

La antigüedad griega en general mantenía la unidad como un carácter cualitativo, y aun bajo la pluma de Buffon, en 1740, se encuentra la afirmación de que la unidad no es un número.

Investigando en la noción de unidad, Brunshvicg concluye:

Que la operación del espíritu consiste en establecer equivalencias, o más exactamente, en hacer equivalente la igualdad en la acción o en la fuerza de su sentido original: la ecuación. La igualdad, como lo ha hecho ver claramente la doctrina de los conjuntos, no resulta una comparación entre términos que serían medidos cada uno aparte y cuyos valores intrínsecos se compararían después; la igualdad puede establecerse antes de la numeración, puesto que basta aplicar a dos pluralidades de objetos,

cuyo valor numérico ignoramos, el procedimiento de correspondencia unívoca y recíproca que es independiente del concepto de *medida*.

En otros términos, deduciríamos nosotros que ya el concepto de *armonía* está aquí en funciones, aparte del concepto de medida. Relaciones de medidas es ya armonía y, en resumen, el resultado de la verdad no nos da igualdades sino armonía; no identidad sino coordinación. En su párrafo 290, Brunshvicg nos da una doctrina de la verdad que permite establecer relaciones entre lo teórico y lo práctico. La matemática no es nada más un equivalente de la lógica formal, o sea un mundo de conceptos que se ligan entre sí por las reglas de la deducción, sino más bien, dice: “algo que surge de la acción específicamente humana que se ejerce sobre las cosas, acción cuyas condiciones más simples nos han dado ocasión de reconocer la práctica leal y equitativa del intercambio”.

“La teoría del concepto [añade Brunshvicg] se ha perdido en la alternativa insoluble de la comprensión y de la extensión; la doctrina del número debía chocar con la dualidad irreductible de lo ordinal y lo cardinal.” ¿Lo cardinal corresponde a la comprensión que abarca diferentes clases, es heterogéneo? En tanto que los ordinales, ¿corresponden a la extensión? En el ordinal hay idea de *simultaneidad*; en el cardinal de *sucesión*. *Simultaneidad* es símbolo de eternidad; *sucesión* es figura del tiempo relativo.

Examinando las raíces de la verdad geométrica, Brunshvicg llega a una conclusión que presta y pone fundamento a los juicios esenciales de nuestra filosofía estética. Dice, por ejemplo:

La matemática pura, en el sentido riguroso de la palabra, sería una promoción de la lógica formal; se limitaría a tratar un encadenamiento de las proposiciones sin considerar su verdad o aun su significación intrínseca. Su característica sería, según la expresión de B. Russell, “que no se sabe ni de qué se habla en ella, ni si aquello que se dice es cierto”. Una tal disciplina podrá sin duda ser abstraída por abstracción de la matemática positiva, y no sabría sustituirse a ella sin que la ciencia degenerase en una formulación simbólica completamente verbal [...] Desechamos los ídolos de la evidencia lógica y de la evidencia sensible a fin de fundamentar la realidad del saber sobre una adaptación recíproca de la experiencia y de la razón que hace de la experiencia una inteligencia en acto, que asegura a la razón la posesión de las cosas.

Investigando el carácter de la idea de *espacio* Brunschvicg afirma que:

[...] no hay percepción efectiva del espacio que la de los cuerpos que lo llenan, y la percepción de los cuerpos tiene por contenido sensaciones; en particular, sensaciones visuales y táctiles [...] Estas sensaciones no traen consigo yuxtaposición ni conexión y sólo se vinculan entre sí por asociaciones entre imágenes que desfilan en ese torbellino interno que se llama el *continuo psicológico*. La acción de un ser inteligente se desenvuelve en una serie de momentos subordinados unos a otros: armarse para la caza, correr en el campo, etc. Las nociones de conexión lógica de orden irreversible están pues implicadas en la noción de la acción. Es nuestra acción la que subtiende a los estados de conciencia una red de objetividad: el dato visual constituye el objeto; está acompañado por el dato táctil cuando al término del movimiento para apoderarse del objeto los músculos de los ojos conducen la convergencia y el acomodamiento de los rayos visuales y nos proporcionan así imágenes en correlación con las imágenes táctiles.

Reflexionando en estas ideas de la matemática moderna y sus consecuencias para la teoría del *a priori* se piensa en que ya no es posible aceptar las teorías kantianas, y menos aún las del idealismo contemporáneo. Y se comprende que lo que hace falta a los kantianos y fenomenólogos a lo Husserl es un curso elemental de psicología moderna.

Brunschvicg, que es matemático y además sabe psicología, dice lo siguiente:

Por nuestra parte, fundamentando toda síntesis geométrica sobre la dualidad del acto imagen, y fundamentando el número entero sobre una relación de correspondencia, creemos haber descubierto, en el mismo germen de la ciencia, la complejidad necesaria para explicar su fecundidad.

Y más adelante:

Cuando se pregunta cuántas dimensiones tiene el espacio se plantea un problema que no podría ser resuelto por la razón librada solamente a los recursos de la dialéctica *a priori*. Intervendrá la experiencia y falta decir en qué forma. La experiencia otorga a los objetos que están en el

espacio una apariencia de individualidad y de independencia. Al mismo tiempo, la coincidencia entre la síntesis interna del espíritu y la representación externa nos ha proporcionado los primeros tipos de verificación científica. Pero cuando se pasa del contenido al continente, cuando uno se eleva por una abstracción necesaria de las representaciones extensas a la concepción del espacio tomado en su conjunto ya no ocurre lo mismo. Lo que vemos está en el espacio, pero no vemos el espacio. El lugar de toda intuición no es objeto de intuición. El espacio tiene su raíz en la experiencia y su coronamiento en la razón. La inteligencia se mueve en el mundo y, sin embargo, le corresponde darse un mundo. Descartando la ficción de la creación *ex nihilo*, a la cual es imposible hacer corresponder una imagen concreta o una idea distinta, la constitución intelectual del espacio señala el grado más elevado de la potencia creadora que el hombre sea capaz de concebir y de ejercer.

Claro que nuestra propia conclusión es la de que el *a priori* racional kantiano ha sido desbordado, y es insuficiente para contener el mundo, que, en cambio, se encuentra a sus anchas dentro de un *a priori* concebido según las normas libres y creadoras, normas dinámicas en crecimiento de la armonía.

Surge aquí una oposición ya apuntada desde el comienzo de nuestras especulaciones metafísicas y apoyada en su primer capítulo por la segunda ley de la termodinámica, o sea: en tanto que el mundo de la materia se desintegra para volver a la homogeneidad, el mundo del espíritu crece constantemente hasta alcanzar conciencia de una creación, quizá infinita, pero seguramente eterna, es decir, sostenida por el milagro perenne de la voluntad divina, que lejos de fatigarse, crece con su operar.

CAPÍTULO 8

FILOSOFÍA DEL MITO

Platón utiliza el mito (Or [sic] en *Las leyes*) para ilustrar ciertas ideas, pero el filósofo del mito es Esquilo. Su doctrina todavía no se hace independiente de la mitología de un modo completo, aunque por su precisión va superando el mito. Quizás hay que restaurar el mito como capítulo de toda filosofía. El mito supone un ordenamiento alegórico de la realidad muy cercano de las armonías profundas de lo que existe. Nos da el mito una versión estética de las cosas, es decir, las coordina para darles un sentido. Es el mito la primera actividad de la mente y quizás también la postrera. El conjunto del acontecer toma en el mito la significación de su destino. En cierta etapa de la reflexión la filosofía se olvida de los problemas del destino, se hace rigorismo lógico, pero es porque la religión, superando a la filosofía, se ha hecho cargo de los problemas del destino. Al intelectualizarse, la filosofía se hace impotente para formular juicios sobre el acontecer, lo mismo en la naturaleza que en el hombre. El mito es obra de la imaginación y sólo con la imaginación podemos seguir las aventuras de la existencia: la finalidad del cosmos, la suerte de un alma. Los trágicos griegos fueron los primeros en formular una filosofía imaginativa apegada a las vicisitudes de la existencia.

Lo que hoy llamaríamos, con harta impropiedad, la *ideología* de los poetas trágicos de la Grecia clásica, tiene sus antecedentes

en el orfismo. Entre los dioses, según Orfeo, es el tiempo el primero de todos. Cronos, el tiempo, “engendra el éter y su torbellino inmensamente grande, ilimitado hacia abajo y hacia arriba, sin sostén alguno”. Después el gran Cronos engendra en el éter divino un huevo brillante, como de plata (un modo poético de expresar la condensación de la nebulosa de los astrónomos modernos). Enseguida Cronos produjo por propia generación el fuego, el aire y el agua. Parece ocioso señalar las coincidencias esenciales del proceso órfico, las teorías físicas modernas y el Génesis bíblico. La tradición órfica está repartida en distintos autores antiguos. Su tesis sobre el origen del mundo guarda mucha semejanza también con el mito indostánico de las sombras originales que se parten y engendran la luz, como un “niño de oro” que sale de un huevo en medio del caos y da comienzo a las generaciones. De suerte que una misma noción, bajo la vestidura apenas cambiante de la alegoría, se encuentra en la base de la intuición de Oriente y de Occidente. Del seno de esta concepción mítica del universo los trágicos desentrañan el origen y el fin de la criatura.

La tragedia griega comenzó en los cantos que acompañaban al sacrificio ritual frente a los altares de los dioses. La víctima era un macho cabrío que después era repartido para alimento de los circunstantes. Según las palabras de Aristóteles, la tragedia se inicia “con pequeños mitos y un lenguaje ridículo”. Fue Esquilo quien le dio majestad, el primero que logró construir “aquellas torres de palabras majestuosas” de que habla Aristófanes en *Las ranas*. Y Gilbert Murray dice: “Esquilo construyó torres de palabras majestuosas y creó un cosmos, un mundo ordenado con la farsa, o sea las ilusiones de la escena trágica”.

El mismo Esquilo, según la interpretación de Aristófanes, explica:

“Desde el principio del mundo, todos los poetas que han sido supremos en su arte buscaron utilidad práctica”.

“¿En qué terreno especial debe provocar la admiración un poeta?” —pregunta Esquilo a Eurípides, y éste responde:

“Su arte ha de ser verdadero y su consejo prudente, a fin de ayudar a su país mejorando a los hombres en algún sentido.”

Esquilo es un poeta varonil y patriota que recoge la tradición de Homero, pero depurada por él en esta forma:

En su gran espíritu [el de Homero] mis obras tomaron aliento con
sus héroes numerosos y bravos,
Los Teuceros y Patroclos, corazones de león
que hicieron
anhelar a mis conciudadanos
lanzarse como ellos sobre el enemigo y saltar
al reclamo de un clarín.
¡Pero no os he dado ninguna Esteneboya, no, ni Fedra
Ninguna heroína ramera!
Que sean encarnecidas mis enseñanzas si alguna vez he puesto a una
mujer enamorada en un solo acto de mis obras.

Y Eurípides le responde:

“No, tú no tenías precisamente el estilo necesario para atraer a
Afrodita.”

—Esquilo: “Estoy mejor sin él”.

Lo que autoriza a Murray para afirmar que las características de
Esquilo son dignidad de carácter, majestad del lenguaje y de indumen-
to escénico.

Esquilo ha sido considerado como el poeta de las ideas, pero habrá
que aclarar que no es un ideólogo; seguramente Esquilo no habría
tolerado a Hegel: sus iguales hay que buscarlos entre los profetas del
Antiguo Testamento.

Esquilo no inventa el argumento: lo toma de la mitología y de
la historia igual que los profetas lo toman de la Escritura. Los mitos
son su materia prima, interpretados con sentido religioso y eterno. La
tragedia se ocupa de *res sacra*, como los actos sacramentales de España.
Sus pensamientos acerca del hombre y del mundo están dominados
por la preocupación de lo eterno.

Tanto Esquilo como Eurípides son maestros y pensadores, pero en-
carnan doctrinas distintas: Esquilo representa la época que construyó
la grandeza de Atenas y creó la tragedia; Eurípides pertenece a la gene-
ración que no pudo resistir las influencias disolventes del movimiento
sofista y la desilusión de la guerra del Peloponeso. Circunstancias que
según Aristófanes eran preludio de la caída de Atenas y la desintegración
de la tragedia.

La diferencia que hay entre Esquilo y Eurípides, según el huma-
nista Wilamowitz citado por Murray, es el abismo que media entre

el nacimiento y la muerte del movimiento sofístico, ese gran impulso del pensamiento que emancipó a Atenas de la cárcel de los convencionalismos y tradiciones primitivos y que luego, según Platón, la dejó momentáneamente sin convicciones, dioses, ni fe. Con todo, pronta a construir, como lo comprobó la historia, las sublimes e imperecederas filosofías del siglo iv. Eurípides encarna más bien el pensamiento de los sofistas, que depende de la actitud general que se tome frente al mundo y no de principios o convicciones absolutas.

En la edición castellana de las tragedias de Esquilo, traducidas por don Fernando Segundo Brieva Salvatierra, este distinguido humanista nos da la siguiente opinión sobre la tragedia tomada de Ateneo, que a su vez se funda en unos versos de Tímocles:

Según el sentido etimológico de la palabra, *tragedia* vale tanto como *consensus in affectibus, conmisericordia*. Aquí estaba la moralidad de la tragedia clásica: en desahogar el ánimo de dolores propios con la contemplación de los ajenos. Oigamos, si no, unos versos de Tímocles conservados por Ateneo, donde hablando de la utilidad de la tragedia, a vuelta de cierto tono burlón, confirma lo que dejamos sentado: “Escucha, oh amigo, lo que voy a decir. El hombre, por ley de naturaleza, es un animal desdichado a quien la vida trae muchos dolores. Para divertir sus cuidados encontró este recurso de la tragedia. Porque el ánimo, volviéndose a los males ajenos, olvídase de los propios y a la vez logra enseñanza y contentamiento. Considera pues, si te place, cómo los poetas trágicos son útiles a todos. ¿Es uno pobre? Pues viendo a Telefo, que es más pobre aún, llevará mejor su pobreza. ¿Se está maniático? Mírese en Alcmeón. ¿Se es ciego? Para él están los hijos de Fineo que ciegos eran. ¿Perdió a su hijo? Niobe lo consuela. ¿Por ventura es cojo? Viendo está a Filoctetes. ¿Es un anciano infeliz? Presente tiene a Oineo. En resolución, que cada cual piensa que las desventuras que padecieron los otros fueron mayores que las suyas, y así sufre con menos pesar lo que le aviene”.¹

La tragedia es la más feliz de las obras poéticas. Antes de que se comience a hablar ya saben los espectadores lo que dice el argumento. ¡Como que el poeta no tiene más que recordarlo! Por ejemplo, con sólo nombrar a Edipo lo demás ya se sabe: que su padre fue Layo y su madre Yocasta; quiénes sus hijos, quiénes sus hijas; qué hizo y qué le pasó. Pues si cualquiera nombra a Alcmeón, luego al punto

¹Athen. *Deipn.*, libro VI, 2.

lo ha dicho todo: que furioso mató a su madre, e *incontinenti* vendrá Adrasto todo airado y luego se volverá. Y finalmente, cuando ya nada pueden decir y se ven muy embarazados con su drama, acuden a la *machina*, que les viene como anillo al dedo, y quedan satisfechos los espectadores.²

El mismo Brieva Salvatierra, intentando un paralelo entre la tragedia de Esquilo y el teatro de Calderón, nos dice:

De la misma manera que en el teatro calderoniano, cumbre de la dramática española y de la moderna, se ofrecen por arte maravilloso lo divino y lo humano, cuantas ideas y creencias formaban la vida moral y social de nuestro pueblo: la fe católica con sus misterios inefables; el culto del honor; el homenaje respetuoso, jamás servil, a la monarquía, y el amor a aquellas castizas libertades patrias de nuestras antiguas tradiciones nacidas; en tal punto que en tan gallardas y hermosas ficciones los españoles se reconocían, contemplaban y celebraban; así también cuanto en lo religioso, en lo social y en lo político constituía la vida ateniense. Todo ello era cantado y enaltecido por Esquilo, que es el poeta ateniense por excelencia.

Tal alteza de pensamiento en que vive siempre el padre de la tragedia griega hace que sus personajes tomen proporciones desmesuradas y casi colosales.

En la tragedia *Los persas*, Esquilo plantea por primera vez en la historia el conflicto de la democracia y la tiranía, entre la opresión y el honor. Antes del conflicto, Jerjes le pregunta al espartano exiliado Demarato:

¿Cómo podrían resistir los espartanos a sus fuerzas tan superiores, si además no tienen un amo que a la manera nuestra les obligue por temor a él a tornarse más valientes de lo que su naturaleza les permite? Impulsados por el látigo podrían enfrentarse a contingentes superiores; pero estando sin presión alguna y en libertad no pueden evidentemente hacer ni una cosa ni la otra.

²Athen. *Deipn.*, libro VI, 1.

Demarato contesta:

Libres no lo son en todas las cosas. Hay por sobre ellos un dueño, que se llama la *ley*, que temen más de lo que tu pueblo te teme a ti. Hacen todo lo que la ley les ordena, y hay una cosa en que ella siempre insiste, y es en que no deben huir ante ninguna multitud en la batalla, sino permanecer en su puesto y obtener la victoria o morir. Es decir, antes que la vida misma, su dignidad.

La auténtica religión griega, enseña Murray, se basaba en fenómenos como las estaciones y el suministro de víveres. Especialmente en lo que se refiere a Dionisos, cuyos sufrimientos y experiencias narraba. Esto conduce a los escritores del siglo v a observar la vida como un cuadro trágico, conforme al cual la vida lleva a la muerte, el orgullo a la caída y el pecado a la retribución. Subsiste cierta impresión de que el hombre afortunado provoca el celo de los dioses. Cada quien es sujeto de un destino (*moira*); tratamos de eludirlo pero acaba por dominarnos. Otros hombres invaden nuestra *moira* y tratan de arrebatarlos cosas. Todo esto ocurre en el tiempo; cuando el tiempo madura trae la justicia. El tiempo vindica la *moira*.

Existe ya en Esquilo la idea del *salvador*. El proceso se desarrolla como sigue: en primer lugar está la vida del mundo floreciendo; luego viene el enemigo representado por el frío y la sequía: queda un mundo muerto y una humanidad sin esperanzas. Luego en la primavera aparece el tercero de la serie: la nueva vida de las manadas y los campos, el salvador que rescata al mundo de la muerte.

Este concepto del *salvador* se desarrolla posteriormente en el pensamiento helénico con mayor precisión. Sin un salvador el gobierno del mundo parecía malo y la suerte de la humanidad intolerable.

En el *Prometeo*, Esquilo acusa al mundo y a su injusto gobernante. Esquilo quisiera que los caminos de la fortuna estuviesen de acuerdo con la ética; que en la vida real nunca se llegase a ver al justo desamparado y a su prole mendigando por los caminos.

La marcha normal del mundo es amoral, indiferente a la justicia.

La rebelión de ciertas religiones contra el gobernante del mundo es una rebelión del sentido moral. La protesta, la pasión de los rebeldes, o sea la piedad, ha dado lugar, dice Murray, a muchas bellas obras de imaginación.

Ahora bien, la filosofía ha estado padeciendo de un divorcio de la imaginación. Se hace necesario estimular al filósofo para que ponga en actividad su imaginación. Todo sistema cabal es obra de imaginación. Y la imaginación trabaja según armonía. Así procede también el mito. ¿Cuál es la hora en que el filósofo ha de echar mano del mito? Así que la razón ya no puede avanzar; así que calla el logos, la armonía nos ofrece soluciones que se fundan en el orden natural de las cosas, no en un orden formal. Y al mismo tiempo, dentro de nuestra conciencia, el problema de la armonía lo desentraña la imaginación.

La palabra final de la filosofía estética, filosofía según armonía, la hallamos en la Revelación.

Una misma es la realidad que busca expresión por medio de la inteligencia y por medio de la imaginación; por eso el mito es una de las versiones de la realidad, versión de síntesis activa, manera de entender y de explorar lo que ocurre dentro del acontecer, extrayendo de él tesoros que de otra manera quedarían totalmente escondidos.

Los autores modernos, principalmente los de la escuela antropológica (Frazer, Spencer, Bauer), se han preocupado mucho por averiguar los orígenes del mito. ¿Cómo aparece? ¿Qué representa para el salvaje? El filósofo que no es ni quiere ser *filósofo* a lo Max Müller, menos aún desenterrador de creencias, a lo arqueólogo, tampoco intérprete de tan poca imaginación como Frazer, pretende averiguar lo que hay de profundo y eternamente verdadero en el mito. En el mito hallamos un aspecto de la verdad que no depende ni de la filosofía ni de la costumbre. *Mito* es la imaginación aplicada al misterio del ser y de las cosas en sus enlaces profundos. La imaginación engendra la fábula, y ya se sabe que ésta suele acertar más de lo que comúnmente se cree cuando se aplica el problema de explicar lo que no puede comprender la razón. El arte de la fábula nos conduce a las altas construcciones de la mitología. Estas construcciones son simbolismo y analogía de lo que realmente ocurre en la realidad. El fruto de la mitología en la ampliación del conocimiento, es evidente.

CAPÍTULO 9

TEOLOGÍA DE SAN PABLO

San Pablo es el primer filósofo cristiano. Un filósofo que no necesita para nada de la filosofía. Se limita a tomar los hechos de la Revelación para organizarlos conforme a la tríada: creación, caída, redención. Todo en torno de una realidad central: la persona de Cristo. De esta manera, una persona y no una tesis encarna la realidad por excelencia, la verdad misma. Se coloca de esta suerte el teólogo a gran distancia de la filosofía propiamente tal, que ha seguido el método opuesto: elegir un hecho (los físicos) o una idea (los eleatas) para luego tratar de referirlo todo a una unidad ficticia (los últimos), a un elemento solo (los primeros). En cambio, partir de una persona (la más alta de la existencia) para derivar de ella cuanto existe tenía que dar por resultado un sistema que más bien que filosofía es teología o todología.

El gran comentador de San Pablo que es F. Pratt, S. J., nos dice en su *Teología de San Pablo*:

En las obras del espíritu hay siempre, como en las creaciones del arte y en los espectáculos de la naturaleza, un punto fuera del cual se deforman las proporciones y se presentan mal las perspectivas. Este punto central, que irradia en todas direcciones, que imprime al conjunto unidad, cohesión y armonía, y que no puede ser movido sin trastornar toda la economía de la obra, es lo que se llama *idea central* [yo diría *hecho*

central], puesto que se está refiriendo Pratt a Cristo, como el eje de la doctrina paulista y su cosmovisión. Refiriéndose al mismo San Pablo, añade Pratt:

Pensador de primer orden, dialéctico formidable, espíritu *filosófico capaz de coordinar hechos dispares* y de señalar relaciones ocultas de las cosas, de darles unidad por medio de una vigorosa síntesis, Pablo debió poner en sus escritos un reducido número de ideas centrales, quizás una sola, y está fuera de duda que esta idea ha de ser, una vez conocida, el hilo conductor de la doctrina paulista.

Pratt nos dice con tales palabras lo que siempre debió ser un filósofo, no un analizador, sino un constructor de arquitecturas reales. La construcción de San Pablo está hecha con los materiales de la existencia misma. La creación del mundo, su desviación y caída de toda la obra magnífica por causa del hombre; luego la redención por Cristo. La redención corrige los efectos de la caída, y el mundo y el hombre vuelven a lo que siempre debieron ser: un reino celeste. De esta suerte, San Pablo liquida la filosofía tal como la entendieron los paganos y como la hemos entendido la mayor parte de los modernos. En San Pablo el pensamiento abarca la totalidad que los filósofos han perseguido en vano. La realidad última y primera, los hechos todos de la existencia son contemplados en panorama de espíritu. Cosas y casos, los seres todos alcanzan coherencia: no por intelecciones que crean mundos ficticios de esencias y entes, sino porque materia y espíritu, unificados dentro de un plan trascendente, adoptan significados nuevos y tienden hacia propósitos comunes. Propósitos de redención, si se admite que *redención* es un retorno a la Gracia, es decir, la transfiguración de la existencia toda y su inserción en lo incorruptible y eterno.

Resulta entonces que el pensamiento pagano más sublime, que es el platonismo, se ha hecho simplemente historia porque la verdad está toda en la teología cristiana, de la cual Pablo es el exponente más acabado y profundo. Sigue a Pablo el primer filósofo cristiano propiamente tal: San Agustín, cuya lucha consiste en expresar el mensaje cristiano en términos asequibles a la filosofía pagana pero sin subordinarse a ella. Y todo lo que es filosofía, de Escoto Erígena en el siglo ix a Whitehead en el xx, no es otra cosa que un esfuerzo, malogrado con Hegel, atinado en muchos grandes pensadores como Santo Tomás o

San Buenaventura, pero que sólo sirve para afirmarnos en la posición de nuestros días. Es ésta una síntesis que organiza la naturaleza según la filosofía de la experiencia y enseguida se aclara y complementa en el paulismo cristiano. Filosofía y escatología derivan entonces en verdad del Evangelio. Pensamos hoy como San Pablo y no como Aristóteles o Santo Tomás, menos aún como Platón. Nuestra filosofía se ocupa de “coordinar hechos dispares, señalar relaciones ocultas y buscar unidad por medio de una vigorosa síntesis”, tal como enseña Pratt. Y al leer sus conclusiones y seguir su método he pensado que, contra lo que se ha dicho, sí es filosofía mi sistema, puesto que trata no de reducir la realidad a conceptos y entes, sino de coordinar los hechos conforme a una jerarquía que va del átomo a la célula y de ésta a la conciencia del hombre, que es persona y se dirige a la Persona máxima que es Dios. El ejercicio filosófico se reduce enseguida al descubrimiento de las relaciones y los deberes que corresponden a cada parte dentro de un todo que no es concepto abstracto, sino el hombre de la pluralidad en su categoría celeste. El todo de la existencia redimida.

LA TRANSFIGURACIÓN

El hecho capital del proceso del existir es el tránsito del animal que es todavía el hombre a la naturaleza transfigurada que postula San Pablo, con apego estricto a la doctrina de Jesús. El ser transfigurado lo concebimos a semejanza del Cristo resucitado; no se ha hecho Cristo una idea, no es tampoco un principio ni una fuerza: es una persona excelsa: su cuerpo es de esplendor y se sienta a la diestra del Padre. Así lo enseñan los teólogos San Pablo y San Juan. Conciben ambos la persona del hombre-Dios como instrumento de salvación, y ésta consiste en cambiar lo corruptible en incorruptible, lo mortal en lo inmortal. Tal el milagro, que no tiene nada de extraño si se reflexiona en el desarrollo de las especies. Ya ocurra éste por evolución o sin ella, débese siempre a saltos inexplicables, puramente gratuitos, es decir, ocurridos con intervención externa. (Recuérdese a Lecomte Du Noüy.) Por medio de estos saltos, los seres, desde la amiba hasta el hombre, consuman una serie de milagros bióticos no menos sorprendentes e inexplicables que la tríada: creación, pecado, redención. Lo que hace falta nada más

es insertar el proceso de la aparición natural de los seres dentro del plan más vasto, el plan paulista: creación, caída, redención. Eso mismo postula San Juan: en el principio el Verbo, la Encarnación, la Resurrección y el Apocalipsis con sus visiones de la existencia celestial.

San Juan y San Pablo tienen sobre los otros fundadores del cristianismo la ventaja de insistir más que en el Dios hombre del tránsito terrestre en el Cristo Rey, Cristo Dios, todopoderoso ante el Padre, el Cristo resucitado que es el centro de la creación, a diferencia de los más grandes moralistas y fundadores de religión que nunca sobrepasaron la medida humana ni podrían hacerlo.

REVELACIÓN

La experiencia natural contempla su yo en el mundo con auxilio de todos los medios ordinarios de conocer: los sentidos, el instinto (primera organización de lo individual); luego la inteligencia, con sus reducciones a unidades abstractas, puede desviarnos hacia entes y formas que, según dijo alguien, “no son, pero valen”. La inteligencia llega a sentir que su curiosidad fue inútil porque investiga y sólo encuentra su igual, su copia o su reflejo, en cuanto la rodea. Pero la inteligencia procede del ser; la inteligencia lo mide, pero la medida no explica las intenciones del existir.

Ligada con la inteligencia se ensaya la imaginación. Investiga y se identifica con el ser; a veces yerra y se alía con sus propias sombras. La imaginación colabora con la razón y se adelanta a ella. Se mantiene apegada a lo que es y descubre la maravilla de la naturaleza, el misterio de lo invisible contemplado con humildad, en dulce entrega de confianza y de amor. Otras veces la imaginación crece según se adapta a diversas zonas del ser, las recorre, las descubre y las organiza según melodía y simpatía; las organiza en amor: así pensó Jesús. La ciencia cristiana es en primer lugar orden estético y conduce al amor. El amor es, entre todos los sentimientos del alma, el que más se parece a la eternidad, el que más nos acerca a ella. No a la eternidad vacía del maestro Eckart. Eternidad plena es saberse partícula de un mundo que es cántico de gloria. Se pasa de lo temporal a lo eterno, no por operación metafísica que desdeña la *individualidad* única y busca esencias, sino por el simple cambio que expresa el Evangelio cuando habla de *naturalezas incorrup-*

tibles en oposición a lo corruptible, que es esclavo de la muerte. Trascendencia, pero no por desintegración de caracteres, sino por síntesis que elimina lo accesorio e imperfecto, lo corruptible, para alcanzar lo perdurable y vivir como seres de espíritu.

SOBRE EL CUERPO GLORIOSO

Señala Pratt¹ con mucho acierto que la antítesis materia y espíritu no es bíblica. El dualismo griego fue siempre antipático al monoteísmo hebreo. El ideal cristiano no es tampoco el ascetismo hindú que consiste en aniquilar la carne. Los que pensamos involuntariamente en “platonismo” tenemos la tendencia a imaginar un alma libertada de la carne: luego no hallamos cómo concebir la vestidura de esta alma. Ello depende de que el abstraccionismo platónico y neoplatónico es contrario a la realidad. La realidad es que no hay almas sueltas que anden por allí, hechas de espíritu puro o de gaseosidad a lo espiritista; es el ser humano todo entero el que nace y vive en la Tierra; luego resucita como cuerpo espiritual, con cuerpo de esplendor como el de Cristo, es decir, sobre la materia y sus funciones vegetativas conquista la incorruptibilidad. Y de las formas corpóreas sólo queda la belleza, sin las operaciones biológicas que todo lo entristecen y afean. Algo como estatuas que andan serán los cuerpos gloriosos, pero animadas de vida como la de los ángeles, seres en quienes el conflicto de carne y espíritu se ha resuelto a favor del espíritu, pero la carne se ha transfigurado prescindiendo de lo perecedero. Así lo vemos en el Cristo resucitado: presencia de misterio cuya naturaleza en vano pretendemos tocar: *nolli me tangere*. En ella se manifiesta un resultado análogo al proceso natural que va de la bestia al hombre. La salvación consume el tránsito del compuesto humano terrestre a la persona salva, resucitada y adaptada a la inmortalidad, gracias a que el cuerpo se ha hecho incorruptible y glorioso por química de espíritu, que es más vigorosa y pura que la ordinaria.

Esta liberación, no del alma sino de la persona humana, tiene su eco en la naturaleza entera que ansía “verse liberada de la esclavitud

¹ *Op. cit.*, t. I, p. 264.

de la corrupción para participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque nosotros sabemos que hasta ahora la creación entera gime y sufre los dolores del alumbramiento" (Pratt).

En mi época de neoplatonista había concebido al hombre como un intermediario entre la naturaleza y el cielo, cuya función era preparar la naturaleza para la eternidad mediante el recurso de transformarla en imagen que queda asociada a la tarea espiritual del hombre. El mundo, de esta suerte, será mañana una cosa recordada por el hombre y por el ángel aun después de su retorno a la homogeneidad de la entropía.

En lo del cuerpo glorioso surge desde luego una objeción. Se pudo consumir en Cristo porque su cuerpo escapó a la sepultura. Pero el hombre, cuyo cuerpo se desintegra o se corrompe aquí abajo, ¿cómo podría hacerse glorioso? ¿Cómo andan las almas en el empíreo, por lo menos en el plazo que va de la muerte terrestre individual a la resurrección de la carne el Día del Juicio? Entretanto, ¿cómo están los santos en el Paraíso? Es indudable que la resurrección de la carne introduce dificultades *insurmontables* en la cuestión.

LOS DÍAS DE LA CREACIÓN

Parecen ingenuas las especulaciones clásicas sobre el proceso de la creación, pero tiene que preocupar hondamente al teólogo moderno el paralelismo evidente que existe entre las teorías científicas contemporáneas, según las presentan, por ejemplo, el biólogo Lecomte du Noüy y el relato del Génesis. Las conclusiones de la geología, la paleontología y la biología según las etapas de la evolución, o sin evolución, presentan coincidencias fundamentales con el texto de la Escritura. De suerte que nos encontramos hoy a gran distancia de la ciencia del siglo XIX que hallaba irreconciliables el Génesis y la teoría científica de la nebulosa primitiva. La teoría científica materialista ha quedado desplazada, pero la Revelación vuelve a ocupar la atención culta. Las coincidencias profundas que hoy se descubren entre las dos fuentes de conocimiento que se supusieron antitéticas nos demuestran que la verdad esencial nunca ha sido totalmente ajena a la penetración del espíritu humano ilustrado por la Revelación. Lo

que nos estimula a juzgar acertadas nuestras especulaciones sobre las verdades últimas, aunque el detalle de sus operaciones se nos escape o sus interpretaciones varíen.

CREACIÓN Y ONTOLOGÍA

En el proceso de la creación según la doctrina de la Trinidad cristiana no aparece la necesidad ontológica; no hay en ella por lo demás ningún género de necesidad. La creación se produce por amor como atributo de libertad del Creador, que no se ve constreñido a crear sino que lo hace con efusión pero con libertad. El Padre crea por efusión, es decir, por irradiación de su amor, y el modelo perfecto, resumen de todas sus complacencias, es el Logos (el Verbo), que es el Hijo por excelencia, Aquel en quien se contiene la sabiduría; el Hijo que llegará a servir de Redentor de una creación desviada por el libre albedrío. No fuimos dignos del libre albedrío; acaso no lo somos jamás: pesa demasiado; una reflexión honda imagina y quizás ambiciona la posibilidad de renunciarlo. No queremos ser como Dios, y si hubo Lucifer en el Cielo y soberbios en este mundo, por ejemplo Nietzsche, es porque al no hallar al Creador la criatura se vuelve sobre sí, se fascina de lo que somos, reflejo del Creador. Por un instante se siente poderosa "como un Dios" y al instante siguiente cae en la caricatura. Caricatura es el *Ecce Hommo* de Nietzsche. Tan sólo el Hijo, diremos el Hijo legítimo que es Jesucristo, puede recrearse en sí mismo porque es idéntico al Padre. Sólo Él puede hacerlo y esto lo expresa el dogma de la igualdad de las tres Divinas Personas. El Espíritu Santo es el poder que consuma los mandatos del querer paterno, que sostiene los mundos. Dentro de esta realidad sublime, ¿qué papel desempeñan los entes? ¿Hace falta concebir una doble creación fantasmal ideal al lado de la creación real viva y concreta? ¿Un ente para la oruga, otro para las almas? ¿Por qué no directamente oruga y alma? Sólo porque nos falta a nosotros capacidad de concebir la pluralidad de los singulares que pueblan la creación, pero esto no ocurre al Creador del Universo. Los entes, en consecuencia, son artificios que auxilian nuestra incapacidad, nuestra cortedad de representación. El artista prescinde de ellos y concibe mejor la creación; el filósofo ha pretendido construir

una creación ficcional, fantasmal, al lado de la verdadera; su castigo es la nada a que se ve conducido. Las ideas son auxiliares de la representación y no un mundo conceptual aparte. Puede haber ideas y de hecho las hay sin necesidad de acudir a la hipótesis de los entes. Las ideas son las formas genéricas, los moldes según los cuales Dios construye los seres; pero en el taller divino no hacen falta los moldes. Para crear le basta con la palabra: el Verbo que engendra.

REDENCIÓN DE LO NATURAL

El plan redentor, según San Pablo, otorga a Cristo la primacía en todas las cosas: "Porque le plugo a Dios hacer habitar en Él toda plenitud y reconciliar por Él todas las cosas dirigiéndolas hacia Él; pacificando, por la sangre de su Cruz, por Él quiero decir, ya lo que está sobre la tierra, ya lo que está en los cielos".

En la tesis que formulo en mi *Metafísica*, según la cual la naturaleza misma se salva a través de la conciencia del hombre, cuando al hacerse imagen en nuestra representación penetra en el reino de lo incorruptible (las imágenes), resulta, sin haberlo yo sospechado al pensarlo, una tesis que se puede derivar de San Pablo cuando dice: Y reconcilió por Él todas las cosas; las cosas se reconcilian en Cristo en cuanto es Él el Dios Hombre y, por lo mismo, en cierto sentido intermediario entre lo creado y el Creador. Las cosas también son redimidas y poca reflexión hace falta para comprender que lo necesitan. No pesa sobre ellas ninguna falta original, no tienen responsabilidad, pero es evidente que les falta el significado celeste, el propósito espiritual que sólo el Espíritu Santo puede imprimirles; pero no antes de que el hombre, y por encima del hombre el Dios Hombre, las convierta en las formas de la existencia del espíritu, las haga imágenes eternas.

Mi propia idea sobre la espontánea alegría de la materia y, por ende, su salvación, no la derivé de la epístola de San Pablo, que conozco superficialmente, sino de hechos que nos hace patentes la ciencia experimental contemporánea, lo que da a todo este género de pensamiento gran validez, puesto que procediendo de caminos diversos nuestra inteligencia alcanza coincidencias sumamente notables.

Decía que la naturaleza también necesita de redención. Esto es evidente si se considera la ley de su mantenimiento. Según ella, los seres viven unos de otros, devorándose fatal y recíprocamente. Esto es malo; el principio esencial de los seres vivos hace necesaria esta maldad. Si somos máquinas que para persistir han de nutrirse, de ello resulta fatalmente que hemos de echar mano de otros seres para nuestro sostenimiento. Hay en esto una intrínseca falla que echa por tierra las nociones de la moral. Hombres hambrientos que no tienen qué comer acaban por devorarse entre sí; este canibalismo es normal en las especies animales, pero es monstruoso: quiere decir que la vida sólo es legítima cuando consume su trasunto a lo incorruptible. Antes de esa transfiguración la vida es necesariamente perversa e innoble. En consecuencia, la redención es un suceso que afecta no sólo al hombre, también al universo entero. Ni el mundo material escapa a su necesidad puesto que corre a desintegrarse, a seguir la entropía, y sólo el esfuerzo de lo biológico, y después el esfuerzo mayor del espíritu, salva a la naturaleza atómica de una dispersión que equivale para ella a lo que es la muerte para los seres vivos.

De suerte que es justificado afirmar que en Cristo se consume la reunión, y así resulta el principio de la unión universal y palingenesia de cuanto existe.

RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Sobre el dogma de la resurrección de la carne, me decía: ¿A qué tanto afanar, incluso por los caminos más ásperos de la santidad, si el fin mejor que se puede tener a la vista, la promesa máxima es resucitar con este mismo cuerpo del que aun aquí mismo quisiéramos prescindir? Por un lado se presenta la carne como enemiga, y con razón; pero en el otro extremo la fe nos ofrece eternidad para esta misma carne desdeñada.

Desde el principio la vida comienza mal: se nos aparece como un camino desviado, una salida en falso de los procesos naturales. ¡Es tan bien logrado lo mineral: limpio, reluciente, firme con firmeza de siglos y armónico según las reglas de la cristalización! En cambio, la vida se inicia como algo viscoso, a menudo maloliente, repugnante. En

vez de la fijeza augusta del sólido, en lugar de la huyente y grácil belleza del líquido: la pegajosidad del humor. En su forma más tolerable, en el coloide, el ser es inestable, sospechoso. Puede pasar si se queda en la planta; desde que salta a lo animal, la viscosidad se hace densa, turbia, equivale a lo sucio. No se puede tocar un suero sin sentir náuseas. Nuestro primer reflejo ante la vida es de asco. ¡Hubiera sido tan fácil saltar del diamante o de la esmeralda al alma, sin pasar por la desviación de la carne! Los instintos, las necesidades de la nutrición nos obligan a tolerar lo que necesitamos para la manutención; el hábito nos lleva a encontrar gusto en la necesidad. Pero la retracción que se opera en la célula frente a lo que no puede asimilar, en la conciencia se vuelve náusea. La repulsa se acentúa ante el objeto que puede servir de alimento.

Todo lo que fermenta o se pudre nos repele. Sin embargo, vivimos de la descomposición y excretamos inmundicia. Hoy conocemos, conoce la fisiología el funcionamiento de las glándulas endocrinas. Cada glándula produce una secreción particular, cada una repugnante y casi todas tóxicas, es decir, destinadas a dañar a quien las engendra: un exceso de bilis enferma y mata; todo exceso de secreción se vuelve ponzoñosa y, sin embargo, vivir es estar fabricando venenos. Venenos que no son limpios, como es limpio el arsénico, venenos que causan la muerte pero primero asquean el alma.

El asco que defiende al organismo evitándole acercarse a los productos de la descomposición, en el orden del espíritu es una coraza contra la vulgaridad, la fealdad, el deshonor. El asco moral nos aleja de lo que es innoble, mezquino, desleal en la conducta. Todavía no se ha hecho un elogio suficiente del asco. Ojalá no caiga esta tarea en un fenomenólogo que se dedique a describirlo. Lo que hace falta es profundizar en la función purificadora del asco en la conciencia.

El cuerpo humano es modelo supremo de la belleza según todos los que son artistas. Si contemplamos esta belleza haciendo a un lado las incitaciones eróticas, ¿qué queda de ella sino algunos radiantes mensajes que proceden de la mirada; algunos anhelos profundos que nos parece que se esconden en el timbre de la voz? Destellos y rumores del alma y su angustia de prisionera que asoma por las pupilas y late bajo los tímpanos; sentires limitados que pugnan por abrirse paso a través de una masa de fibras, tejidos, humores y todo lo demás que produce repulsas.

La *Venus de Milo*, al centro del salón de cortinas rojas que la protegen en el museo del Louvre, no provoca alegría sino depresión y tristeza. Mirémosla sin referencia al deleite carnal, con mirada de eunuco que es la del alma: descubro un rostro lindo rostro sereno, en que la frente y los ojos sugieren al ángel; pero llego a la boca: por la boca se habla, pero también se come. Del comer hemos hecho símbolos fraternos, pero aquel que nos mira comer tiene mucho que perdonarnos: el gesto bestial y la manducación suscitan el asco; el asco nos evita describir fenomenológicamente el desarrollo natural de la operación: hacer "bolos alimenticios", tragarlos; la atrocidad de la digestión; luego el aparato intestinal, que desde fuera se disimula con aquella curva tentadora que va de la cintura al coxis y que, sin embargo, sirve para excretar lo que nadie se atreve a llamar por su nombre. Si por el lado del frente veo los senos de la *Venus* prescindiendo de toda influencia erótica, recuerdo que aquellas suaves medias naranjas están hechas para que el niño o el borracho las llenen de babas. La leche que Homero intentó deificar en la Vía Láctea tiene que fermentarse para alimentar, es decir, tiene que llegar al hedor. Más abajo, el pubis hecho para la generación y las caderas que lo sostienen recuerdan que por allí se asientan las bestezuelas humanas que somos nosotros, venidas a penar y a ensuciarse de vida como la nuestra. Hace falta un poco de amor para comer con nuestros semejantes; mucho amor para no asquearse de la relación de los sexos; pero tarde o temprano llega el asco. Todas las loas al naturalismo se vuelven náusea cuando advertimos que cada una de las bellas líneas del cuerpo responde a sendas operaciones aspirantes, expelentes, que no podemos contemplar sin repugnancia. No hubiésemos logrado tranquilidad de conciencia si no se hubiese inventado el vestido; con él disimulamos lo que somos: conciencia humillada dentro de un cuerpo que suda y secreta lo que ni la propia nariz tolera. Tanta es la necesidad del baño que éste se ha hecho símbolo de toda clase de purificaciones y bendiciones. La vida hiede lo mismo en el chivo que en el hombre. Y si hay animales que, como el caballo, nos parecen tan bellos, es porque sus secreciones difieren de las nuestras: no nos mueven al asco. La espuma de los belfos del potro, el sudor de las ancas, no nos hacen saltar de horror como las excrecencias de hombres y animales domésticos. Perros y gatos y ratas: nuestros compañeros en el oprobio. No nos gusta verlos; buscamos parentescos mas

altos: ángel o querubín, acaso arcángel. ¿Qué valen todos los progresos desde el hombre de las cavernas al de nuestros días? ¿Qué valen palacios y sedas y candiles si todavía somos una especie como las otras que cada veinticuatro horas ha menester del retrete?

Humanidad, pobre humanidad: sal de ti misma, date prisa; inicia tu suicidio liquidando el humanismo; nada de lo que es propiamente humano merece perduración. Sin lo sobrehumano, sin lo sobrenatural, el vivir de la conciencia sería un tormento diabólico.

EL CIELO EMPÍREO

Uno de los problemas teológicos que más necesidad tienen de replanteamiento es el del sitio en que moran las almas redimidas, los ángeles, los seres de elección que no caben dentro de las limitaciones de la naturaleza que conocemos. Antiguamente bastaba a Santo Tomás, por ejemplo, con decir: "Ha sido conveniente que en el principio del mundo fuese creado un cuerpo totalmente luminoso donde comenzase la gloria corporal de los bienaventurados y al que se da el nombre de *Cielo empíreo*". Se funda Santo Tomás en Estrabón, que a su vez afirma: "En el principio Dios creó el Cielo y la Tierra; por *Cielo* se entiende no el firmamento sino el empíreo, esto es, el ígneo". Hoy sabemos que todo el Universo es un compuesto energético de la índole de la onda electromagnética, de la índole físico-química, y que lo biológico sólo se da dentro de ciertos límites de temperatura y de equilibrio eléctrico. Fuera de estos límites no es sostenible la vida. Y más o menos tenemos explorado el Universo por la espectroscopia y sabemos que su composición es homogénea: no hay en él sitio para un Cielo empíreo que, si es ígneo, acabaría con la vida. Puede decirse que conocemos todas las regiones del mundo y no hay en ellas sitios para el Cielo empíreo ni para el infierno y la tiniebla, ya que la luz en principio puede penetrar por todas partes. En vano pues buscamos en el Universo físico la comprobación de las verdades asentadas por la Revelación, una y otra vez, cuando habla de Cielo y de infierno. Sin embargo, hoy sabemos un poco más que los antiguos en lo que se refiere a las calidades del ser. El ser como cuerpo físico químico-eléctrico es corruptible; pero el ser como persona es tan diferente como lo son la ostra y el alma de un poeta. Y cada ser lleva consigo una

suerte de caparazón que llamamos *su ambiente*. El ambiente de la ostra, hecho de sus reflejos sensorios, es infinitamente reducido si lo comparamos con el ambiente del hombre poeta que se relaciona con todos los aspectos del mundo y todavía sospecha más allá del mundo visible la existencia de lo invisible. Sabemos también que así como a lo corpóreo corresponde un ambiente electromagnético, físico-biológico, a lo invisible de la conciencia debe corresponder un mundo hecho de elementos y realidades también invisibles para el ojo de la carne: esto es lo que llamamos *mundo del espíritu*. ¿Dónde se halla éste? Se halla incrustado dentro del mundo visible, en una suerte de supersensibilidad, superexistencialidad que ya no depende de los factores corpóreos terrestres. Podemos así concebir que un alma puede estar presente y vivir en una atmósfera como la de la Tierra, y también en una atmósfera de tensiones eléctricas ultracálidas como la del Sol, ya que las condiciones físicas ordinarias sólo afectan al cuerpo, no al ser de espíritu que es el alma. Podemos entonces imaginar que, después de la muerte, el alma que se ha salvado puede atravesar el espacio y vivir en el fuego lo mismo que en el hielo sideral; puede trasladarse a su antojo por el Universo puesto que no hay nada que la ligue a la atracción que es propia sólo de los cuerpos. Seres flotantes son las almas que se pasean a su guisa en cualquier lugar del cosmos pero tienen su morada propia en el "Cielo empíreo" que puede, ése sí, hallarse en cualesquiera de las galaxias que componen el sistema estelar. Pero es lo propio del ser avanzado que es el alma el no estar sujeto a las circunstancias de una sola existencia, sino al contrario, disfrutar la capacidad de adaptarse a todos los ambientes como espíritu que atraviesa el fuego sin quemarse.

No quiero con esto decir que los problemas del Cielo y la tierra y el más allá se hayan vuelto problemas subjetivos; en el último término, problemas de psicología según apunta Dostoievski. Esto equivaldría a negar los problemas del más allá incorporándolos a la zona de las ilusiones y las alucinaciones de la conciencia. Todo lo contrario, la realidad y la salud del alma consisten en su capacidad de resistir los cambios externos porque ha conquistado una estructura, una índole de carácter incorruptible. Y así como para lo corruptible existe el mundo que domina la entropía, algo que se deshace sin tregua, para lo incorruptible hay un mundo, un ambiente en sí cambiante, pero habitado por el alma que se ha hecho indiferente a los cambios. Si volvemos a nuestra com-

paración inicial, la ostra y el alma de un poeta, es evidente la diferencia del mundo que rodea a ambos. Pero esa diferencia radica en último término en la persona, ostra o alma humana; en derredor y en realidad el mundo es el mismo, pero el alma lo aprovecha mejor que la ostra, lo usa en el límite de su poder y su grandeza. Cuando el alma vive constituida ya, reintegrada a lo invisible, su mundo se engancha por todas las regiones que sospecharan los videntes y los profetas que nos hablan desde las páginas de la Revelación según se dan en la Escritura. Para imaginar todo esto es preciso pensar en poeta, es decir, usar el don sagrado de la imaginación y prescindir un poco de las fórmulas insuficientes de la filosofía: la terminología anticuada de la potencia y la forma, el ente y las esencias. Nada de mundo de esencias: mundo de seres, primero activos como la molécula, después vivos como los animales; más tarde perennes y capaces de habitar el todo, como las almas. Una de las ventajas de una cosmovisión moderna, según lo acabado de apuntar, es que ella nos libra de caer en afirmaciones hoy completamente inaceptables, como cuando dice Santo Tomás: "No es posible que la luz sea un cuerpo", etc. La división misma de cuerpo y espíritu se halla superada. Hoy sabemos que la luz es una de las arquitecturas positivas de la acción universal; pero no es lo mismo la luz percibida por la ostra, que sólo le responde con reflejos nutritivos, que la luz percibida por una conciencia humana que posee la facultad de transmutar la luz física en luz de espíritu que es eterna.

EL PLEROMA

En vez de Dios como el acto puro de Aristóteles, la Revelación en San Pablo y en San Juan nos presenta a Dios como el pleroma del cual fluyen todas las gracias, o sea una plenitud activa que se desborda y alienta en su propia creación.



En la teoría cristiana del pleroma la Iglesia es el complemento de Cristo: Él es la cabeza y la Iglesia el cuerpo. Esta alegoría de tipo existencial, de tipo orgánico, es muy superior a la imagen de tipo bíblico

que compara a Cristo con el esposo, a la Iglesia con la esposa. Hoy nos parece que esposo y esposa, por mucho que se compenetren, son dos individuos, dos almas que sólo en Cristo pueden hallar su verdadera unión, igual que todas las almas.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Ejemplos de unidad de lo heterogéneo hemos venido dando, como el del hombre a quien da unidad no una idea sino su conciencia activa que unifica cada movimiento del vivir mediante un acto de conciencia que, en resumen, no hace otra cosa que coordinar los varios elementos y factores que son indispensables para mantener y acrecentar el movimiento organizado consciente que llamamos *vida*. Otro ejemplo tomamos de Pratt:²

La unidad de la Iglesia no es la suma de los creyentes aislados ni el conjunto de las cristiandades nacionales, sino el Cuerpo Místico de Cristo, animado por un mismo espíritu, participando de una misma vida, aspirando al mismo fin bajo la dependencia del mismo jefe. Tal es la verdad que será puesta de relieve en la Epístola de la Cautividad.

Es decir, una unidad como la del cuerpo, no unidad como la del matemático, estilo denominador común; unidad no abstracta sino viva como la de la conciencia cuando piensa y pone en obra a un tiempo inteligencia y voluntad.

Añade Pratt citando a San Pablo:

El cuerpo no es un solo miembro sino muchos. Diversidad de órganos, identidad de vida: tal es la fórmula del cuerpo humano y tal es también la fórmula del Cuerpo Místico. Todo cuerpo necesita un alma y una cabeza; el alma del Cuerpo Místico es el Espíritu Santo, la cabeza es la persona de Jesucristo.

²*Teología de San Pablo*, t. I, p. 306.

LA INCORRUPTIBILIDAD DEL CUERPO RESUCITADO

El germen está dotado de una vida latente que no se manifiesta sino mediante la muerte y la corrupción: se transfigura pereciendo, pues se transforma su vida en una vida más noble, conforme a una ley de proporción establecida por Dios. Así es la resurrección de los muertos.³

No se trata de un cambio sustancial que nos transformaría en otro individuo distinto. Una fuerza transfiguraré y transformará nuestro cuerpo hasta hacerlo conforme al cuerpo de Jesucristo. Esta fuerza es la misma no obstante la diversidad de sus efectos y de sus manifestaciones; ella es el *pneuma* Divino. Del primer Adán tenemos esa virtud de la generación natural, su cuerpo terreno. Del segundo Adán recibimos por virtud de la descendencia sobrenatural un cuerpo celeste parecido al suyo. Las propiedades del cuerpo de Jesucristo (impasibilidad, claridad, entera libertad de acción y de movimiento) serán también las nuestras. Esto es lo que la Revelación nos enseña (Pratt).

“El cuerpo es sembrado en la corrupción y resucita en la incorrupción. Es sembrado en la ignominia y resucita en la gloria. Es sembrado en la debilidad y resucita en la fuerza. Es sembrado cuerpo psíquico y resucita cuerpo espiritual.”⁴ El cuerpo divino se hace superior a los elementos vencedores del tiempo y señor del espacio: de carnal y terreno se hace “espiritual”, no aéreo ni etéreo, según el significado etimológico de *espíritu*, ni tampoco semejante a los espíritus celestiales en la manera de ser y obrar de ellos, sino enseñoreado por el espíritu de Dios que informa al cuerpo en su vida espiritual, así como el alma lo positiva y lo informa en su vida sensible, todo a semejanza del cuerpo glorificado de Jesús.

No hay en esta doctrina ninguna filosofía; ella no se deriva de ningún principio. Ni la potencia y el acto ni el acto puro tienen nada que ver en esta suprema revelación que más bien nos recuerda los procesos de la biología, es decir, la manera como Dios crea a los seres naturales sólo por su arbitrio, sin lógica deductiva, sin universales ni operaciones abstractivas.

³F. Pratt, *op. cit.*, t. I, p. 158.

⁴Epístola de San Pablo a los Corintios.

SAN AGUSTÍN: TRATADO DE LA TRINIDAD

Verbo es conocimiento con amor.



El Espíritu Santo es la persona divina que procede por modo del amor. (Sto. Tomás, *Summa*.)



No hay por qué hablar de igualdad de las personas divinas puesto que cada una tiene función distinta: el Padre, Poder; el Hijo, Sabiduría; el Espíritu Santo, Amor. La igualdad que entre ellas existe puede ser de categoría, nunca de cantidad, porque la cantidad es cosa de extensión y de materia y las Personas Divinas son incorpóreas.

LA FELICIDAD EN DIOS

La felicidad no es cosa de la inteligencia ni se manifiesta en el periodo en que los seres y cosas de la creación entran a la etapa de la armonía. La felicidad es asunto de amor y éste se disfruta cuando las condiciones de relación que median entre los seres y el Creador son condiciones armónicas. Ella se logra cuando la ley se ha cumplido y la misericordia ha operado; la ley es casi un mecanismo cuyo cumplimiento no produce felicidad, pero sí comodidad. Una vez alcanzada esta comodidad, la dicha puede aparecer si el arreglo de la creación se modifica en el sentido de la armonía, o sea el acuerdo en la voluntad divina. Participar del éxtasis en que el uno se adhiere a la voluntad divina: eso es la felicidad; pero no hay que hablar de identificación, que es operación intelecta, operación dialéctica. El alma no podría identificarse con Dios; eso es casi blasfemia. El alma, en el último grado de la mística, entrega su albedrío a lo divino para seguirlo y al hacerlo domina la creación al lado del Creador, a la diestra del Padre, en el si-

tio de los elegidos, no porque allí se vean esencias sino porque al lado del Creador se participa en la operación del manejo de los mundos. El conocimiento de las leyes es una primera etapa, pero el goce se halla en ponerlas en ejercicio mediante voluntad que ya no busca fines porque todos los puede realizar; no busca sino que ha encontrado una relación de amor ilimitado que abarca todos los instantes de la acción y los hace placenteros.

“Se apropia el Poder al Padre, la Sabiduría al Hijo y la Bondad al Espíritu Santo” (Santo Tomás). También se ha dicho que el Padre es el Poder, Jesucristo el Verbo y el Espíritu Santo el Amor; en consecuencia, la felicidad estaría en el Espíritu Santo que es Amor.

LA CONDENACIÓN

Según la teología de San Pablo, también la de San Juan, “el pecado es la muerte, la gratificación de Dios es la vida eterna”.⁵ Entendemos por la *muerte* la cesación de la vida, y en realidad los hijos de Adán, los paganos y los fariseos, han vivido a medias, oscurecidas sus vidas por el pecado; nosotros, herederos del pecado, vivimos en corrupción no obstante que conocemos la luz del Evangelio.

Para nosotros la salvación consiste en libertarnos del pecado mediante la fe en Cristo y mediante las buenas obras; pero aquel que muere en pecado, ¿es legítimo suponer que para siempre padecerá la pena del infierno? ¿No es más lógico creer que, puesto que no usa de la fe para renacer y de la piedad para justificarse, se quedará en las sombras de la muerte, es decir, perecerá? De esta suerte hay en la especie humana una selección para la ley que a muchos deja sin luz, que por lo mismo hace perecer a muchos, tal como ocurre en las especies animales, en las que tantos óvulos se quedan sin germinar. ¿Por qué además de padecer el pecado en la Tierra habremos de continuar su vergüenza en la eternidad? En el mismo corazón del hombre, reflejo pálido de la misericordia divina, hay la inclinación a perdonar, pero cuando no es posible el perdón por la contumacia del criminal lo que deseamos es exterminarlo, hacerlo desaparecer, no someterlo a tor-

⁵F. Pratt, *op. cit.*, t. II, p. 250.

turas eternas; con retirarlo de nuestra presencia basta, y cuando Dios retira de su presencia un alma es lo mismo que dejarla perecer. Dios no mata; simplemente deja perecer al irredento. En el orden humano, lo que nosotros hacemos o quisiéramos hacer con el que nos ofende, con el que nos molesta o nos hiere, es simplemente apartarlo de nuestra zona de actividad, alejarlo de nuestra vida, no volver a recordarlo; por lo que se ve que el olvido es un comienzo de muerte, no siempre injusto, a veces aun piadoso.

EL ABSURDO

Los absurdos de la fe son absurdos de la verdad abstracta que no siempre se ajusta a la realidad. Los atisbos de la religión suelen ser más exactos que los de la ciencia, porque la ciencia usa la lógica o la matemática que por abstractos no se ajustan por entero con la realidad. Los atisbos de la religión, a semejanza de las conclusiones de la sabiduría, nos permiten captar la cualidad, es decir, lo que hay de irregular en el plan; lo que a veces es incomprensible y sin embargo, positivo, tal como la experiencia nos denuncia las contingencias que son la base misma del proceso del mundo y que a menudo difieren de los esquemas que nos da la razón.

EL PESIMISMO

El pesimismo cristiano niega el mundo pero exalta el espíritu. Declara vanidad los triunfos de la tierra, pero revela al hombre un destino sobrenatural que sobrepasa el talento de Platón y la gloria de los faraones. Así como el cristianismo reduce al hombre a la simple posición del pecador y lo obliga a devolver bien por mal, haciéndolo humilde como un San Francisco, también le da un orgullo de su destino celeste que supera el fausto de los emperadores. El orgullo que hace del hombre un desterrado del cielo y, pese a su humildad, un objeto de salvación. La separación distinta de alma y cuerpo permite el contraste de pesimismo radical y humildad orgullosa.

EL MILAGRO

La inteligencia es el origen de la separación de las cualidades que constituyen a los seres; es analítica y no nos permite la reversión que nos muestra en forma operante la actividad propia, el vivir de los seres. Para el proceso de reversión, proceso sintético, contamos con la imaginación que de golpe nos resuelve el enigma. Hay un milagro implícito en toda existencia; la esencia del ser es el milagro que mantiene en función las partes heterogéneas de que cada ser se compone. Sin esta acción del milagro constante la existencia se desintegraría. Quizás es la función del Espíritu Santo atender al sostenimiento de la existencia mediante una como regularización del milagro: su soplo sostiene al mundo.

La fe es una súbita iluminación; es cosa del intelecto, pero ardida. De pronto la conciencia advierte que hay una verdad cuya doctrina es la más plausible de todas las conocidas. Un relámpago de comprensión nos convence de que así son las cosas. La inteligencia común raciocina, es decir, deduce a partir de proposiciones que casi siempre contienen ya de antemano las conclusiones, lo que da un convencimiento sereno. El de la fe es un conocimiento exaltado que se alcanza por imaginación más que por deducción. Se habla entre los matemáticos de cierto tipo de imaginación que nos permite calcular una multiplicación, sacar un porcentaje *grosso modo*, pero con rapidez que excede a la operación mecánica de la suma o la multiplicación; la imaginación se adelanta y deja entrever el resultado. Puede éste quedar sujeto a rectificación de detalle, pero en esencia y para fines prácticos inmediatos está bien. Así es la fe: una operación de la inteligencia que adelantándose a demostraciones lentas o imposibles descubre los resultados, adivina la verdad, conquista de súbito la síntesis. La complacencia que procede del amor de Dios y la intuición de la verdad se consolidan y se acrecientan con la fe.

En mi *Lógica orgánica* postulo que el milagro es la ley fundamental de lo creado.

MÍSTICA

La mística es una ciencia; más aún, la mística es la ciencia suprema. Como toda ciencia, la mística tiene su método; pero la mística, a

fuer de la más alta ciencia, tiene a su disposición no un método, sino un conjunto de métodos, a saber: la experiencia, la razón, la virtud, la poesía. Cuenta además con un factor que supera a los métodos conocidos en todas las ciencias: el factor de la Gracia, que es operación sobrenatural. Pero aparte el capítulo de los métodos, lo esencial de la mística es el descubrimiento y la sistematización de sus resultados. Los resultados de la mística siempre alcanzan la calidad del milagro. *Sabiduría de los milagros* podría ser la definición de la mística. Los milagros auténticos que consisten en una operación regida por leyes que no son las corrientes del mundo, sino las usuales en el reino de la Gracia, la belleza y la misericordia.

PREDESTINACIÓN

Uno de los más oscuros temas de la teología es el capítulo de la predestinación. Se supone por ella que Dios desde el principio conoce a sus elegidos: "Ha predestinado a algunos a la vida eterna". ¿Qué objeto tiene entonces seguir luchando si de antemano se está condenado? Parece que esta doctrina se funda más bien en textos del Antiguo Testamento que, como se sabe, suelen ser implacables. En el Nuevo Testamento se manifiesta la misericordia y ésta es incompatible con una elección demasiado rigurosa. El Redentor vino a corregir los resultados del libre albedrío mal empleado, es decir, los resultados del pecado; en consecuencia, abre todas las puertas. Por *elegidos* y *predestinados* puede entenderse entonces a determinado grupo que goza de favor y precedencia, lo cual no es contrario a la justicia ni al amor. El cielo no es una democracia igualitaria; en él todos reciben conforme a sus méritos y también conforme a la libre elección de la Gracia que escoge a algunos para mayor gloria. Es propio del amor consumir estas preferencias, que no deben ofender a los no elegidos puesto que, al contrario, deben complacerse en el triunfo de sus prójimos, tal como nos ocurre con los santos, que no nos provocan envidia sino estímulo y complacencia porque en ellos se manifiesta la gloria del Padre mejor que en el común de las criaturas. Por otra parte, tiene que haber en alguna parte compensaciones para los que en este mundo vivieren en el dolor y el desamparo, ignorantes del cariño de padres,

esposas, amigos; los feos y deformes; los inatractivos sexualmente que vivieron doloridos por falta de caricias y comprensión y ternura. Es imposible no protestar en alguna forma por esta suerte de predestinación al revés, predestinación para la soledad no buscada, el abandono, el desprecio de los demás. Para todos éstos, como los tullidos y los enfermos y los inválidos, la atención de Jesús fue preferente, como lo prueba la historia de sus milagros dedicados al ciego y al leproso, al desvalido de la fortuna y desdeñado de los hombres.

En cuanto a la expresión: "Ser borrados del libro de la vida", me parece que ésta es la forma más piadosa de la reprobación. No merece el don de la vida el que no supo usarla y llegó a deshonorarla: tal el que atormenta y prostituye a un niño; el que se goza en la pena del prójimo; tiranos y esbirros y verdugos. Para éstos la supresión definitiva, eterna, sería el castigo; pena justa y más fácil de entender que las llamas eternas, los tormentos eternos que aun para el peor de los hombres resultan desproporcionados a la culpa. Basta con podar la vida condenando al fuego las ramas podridas, pero para que ardan y se acaben, cesen, y no sean más, jamás.

SOBRE LA TRINIDAD

El misterio de la Trinidad que no se entiende racionalmente, se aclara si lo concebimos genéticamente: produciéndose uno a otro y actuando, según el caso, ya como impulso original creador, que es el del Padre, y como Verbo que redime, o como ley de amor que se difunde en el Espíritu Santo. En cada persona actúan los tres elementos, así como en el hombre actúan de consuno inteligencia, voluntad y belleza. Sin que tenga sentido averiguar cuál es primero, las tres Personas son factores de un conjunto divino que se reparte en tres Personas según lo expresa la Revelación. Lo que al mismo tiempo resulta natural si reflexionamos en que toda la obra del Creador es también de naturaleza trinitaria y en ella no se puede decir cuál es el más importante entre los distintos elementos. En el agua no tiene primacía el hidrógeno sobre el oxígeno, y en la sal común el cloro sobre el sodio. De la complejidad de los factores necesarios para la acción no se deduce que Dios sea un ser compuesto. Al contrario, es Él acción

perdurable y suprema que da cohesión a lo vario en proporción infinita. Las sustancias se disocian en cualidades y funciones que servirán para construir combinándose según las leyes y modos impuestos a la naturaleza por la voluntad divina. Y en Dios (que es el Absoluto original) la combinación es perfecta en el sentido de que las tres Personas de la Trinidad están una en la otra idénticamente. En nosotros (que somos imagen apagada de Dios), inteligencia, voluntad y amor rara vez coinciden; actúan en la conciencia, que es nuestra esencia, y se unifican en el acto, es decir, en la vida. Se trata por lo mismo de una esencia no abstracta sino viva y única en cada hombre. Entendimiento, voluntad y amor se apoyan uno en el otro, se producen, se desenvuelven o revierten según el juego de las pasiones de la conciencia. En el espíritu, a diferencia de la materia, hay reversibilidad. En la Revelación se nos dice que es el amor la causa de la procesión de las personas: por amor el Padre se desenvuelve en Verbo Creador y Redentor y por fin se derrama en plenitud según el Espíritu Santo.

EXPERIENCIA Y REVELACIÓN

La experiencia natural nos manifiesta el yo en el mundo según todos los medios ordinarios de conocer: primero los sentidos, luego el instinto, la primera estructuración de la conciencia. Más tarde la inteligencia ofrece sus reducciones a la unidad abstracta, es decir, un orden seudoexistencial hecho de entes y formas a los que falta el ser. Ante fracaso semejante la inteligencia siente que su curiosidad fue inútil; tras de mucho investigar sólo encuentra su igual, su propio reflejo, en cuanto la rodea. Pero el ser no se conforma; la inteligencia lo mide; pero la medida no explica su origen y condición, que es el existir. Se ensaya entonces la imaginación, que según investiga se identifica con el ser; a veces yerra y se alía con sus propias sombras; analiza y recae en la nada. La imaginación colabora con la razón y se adelanta a ella; si se mantiene apegada a lo que es, a maravilla de la naturaleza, fiel al misterio de lo invisible y ante Él humilde, sin presunción de develarlo, en dulce entrega de confianza y de amor, entonces la imaginación crece según se adapta a diversas zonas del ser, las recorre, las descubre y las

organiza según melodía y simpatía; las organiza en amor, esto es, Jesús. La ciencia cristiana es en primer lugar orden estético y conduce al amor. El amor es, entre todos los sentimientos del alma, el que más se parece a la eternidad, el que más nos acerca en ella. No a la eternidad vacía del maestro Eckart. *Eternidad plena* es saberse partícula de un mundo que es cántico de gloria. Se pasa de lo temporal a lo eterno, no por operación metafísica que desdeña la individualidad única y busca esencias, sino por el simple cambio que expresa el Evangelio cuando habla de naturalezas incorruptibles en oposición a lo corruptible, que es esclavo de la muerte. Trascendencia, pero no por desconcierto de caracteres, sino por síntesis que elimina lo accesorio e imperfecto, lo corruptible, para alcanzar estados de superación para vivir como seres de espíritu.

AMOR A DIOS

El primer Mandamiento es el amor de Dios; el pecado más difícil de evitar es el que nos aparta del Dios invisible por amor de la criatura visible o por amor de nosotros mismos, que también somos criaturas y, por ende, porción de la obra divina y no los autores de ella. De suerte que, así como la máxima virtud y la máxima dicha están en el amor de Dios, la máxima desventura es el amor de sí mismo que siempre degenera en disgusto y anarquía. El fuego es el símbolo de todo amor; el fuego del infierno corresponde al amor de lo desordenado y mezquino que es la criatura. El fuego se hace luz y llama de amor en el Pentecostés que recoge el afán y lo entrega a Dios.

*La publicación de esta obra la realizó
Editorial Trillas, S. A. de C. V.*

*División Administrativa, Av. Río Churubusco 385,
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340, México, D. F.
Tel. 56884233, FAX 56041364*

*División Comercial, Calz. de la Viga 1132, C. P. 09439
México, D. F. Tel. 56330995, FAX 56330870*

*Se imprimió en
junio de 2009,
en Diseños e Impresión AF, S. A. de C. V.
AO 75 TW*

NT: 733546

100 V37



Adq: 8165056, Vol: 1, Ej: 2, CG

Todología

Vasconcelos, José, 1882-1959

Biblioteca Vasconcelos

Todología

Con la palabra **Todología**, Vasconcelos designa la forma de mostrar los caminos que conducen a la armonía del saber total, que son el estudio de la filosofía, la teología, la ética y la estética.

Abogado, político, escritor, educador, funcionario público y filósofo mexicano, **José Vasconcelos Calderón** escribió ensayos y tratados a lo largo de su vida, los cuales dan cuenta de su pensamiento, que cambió y evolucionó desde un espíritu idealista a uno tortuoso, pero siempre dotado de una luminosidad como lo atestiguan sus obras.

Biblioteca José Vasconcelos

1. El monismo estético, 1918
2. Prometeo vencedor, 1920
3. Tratado de metafísica, 1929
4. Ética, 1932
5. Ulises criollo, 1935
6. La tormenta, 1936
7. Qué es la Revolución, 1937
8. Historia del pensamiento filosófico, 1937
9. El desastre, 1938
10. Breve historia de México, 1938
11. El proconsulado, 1939
12. Manual de filosofía, 1940
13. La raza cósmica, 1948
14. La sonata mágica, 1950
15. Discursos 1920 - 1950, 1950
16. Filosofía estética, 1952
17. **Todología**, 1952
18. De Robinson a Odiseo, 1952
19. La flama, 1959
20. Letanías del atardecer, 1959
21. Antología de textos sobre educación, 1981

NT: 733546

Adq: 8165056

Vol: 1

Ej: 2

CG

ISBN 978-607-1



9 786071 701787

www.trillas.com.mx